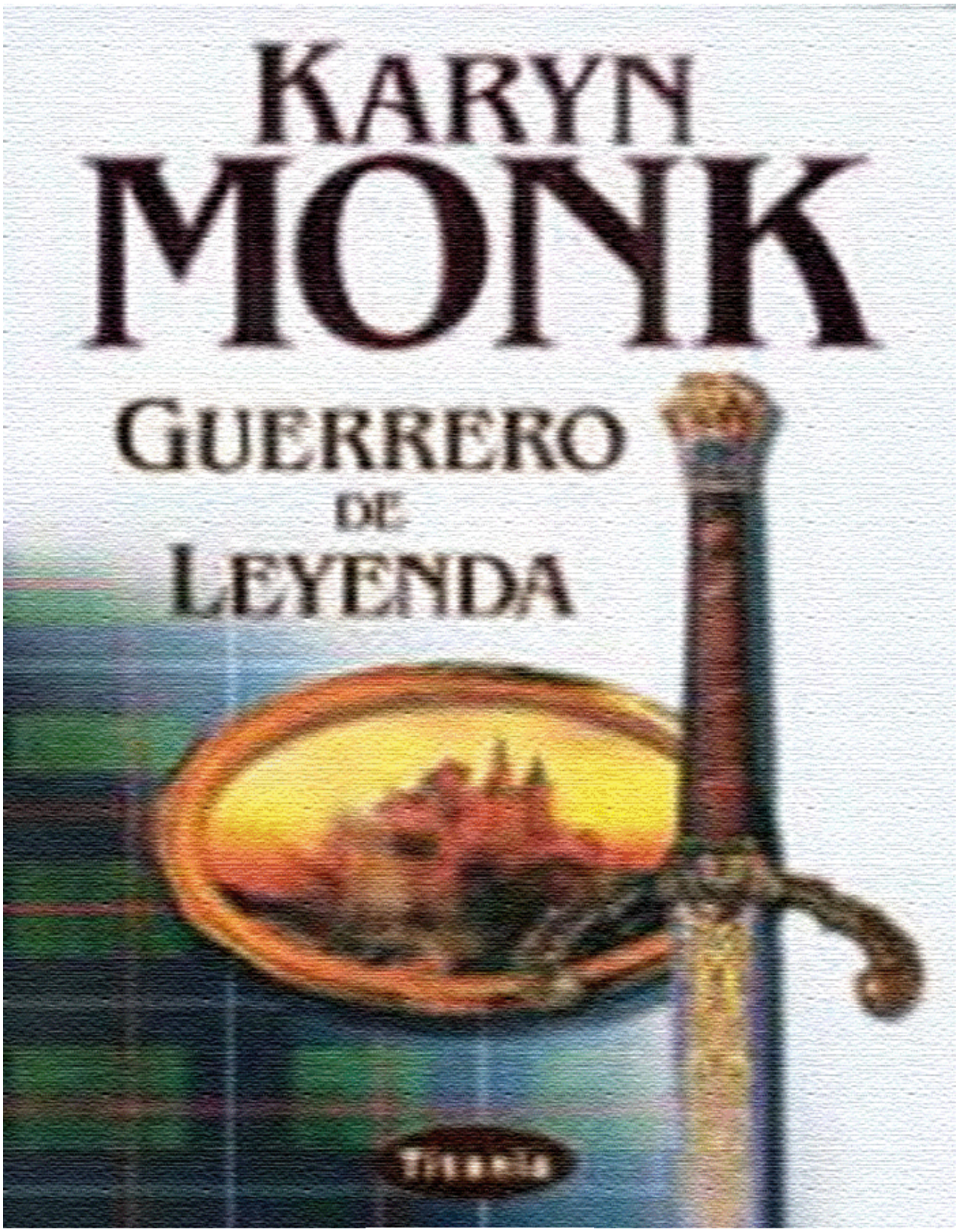
GUERRERO DE LEYENDA
KARYN MONK



LIBROdot.com
http://www.librodot.co

Escaneado por Pandora

Prologo

Las Higblands de Escocia
Primavera de 1207

—Me muero.

Aquellas palabras sonaron teñidas de amargura, y tal vez de una leve sombra de incredulidad, como si abrigase la esperanza de que aquella sombría conclusión pudiera suscitar una respuesta contraria.

Pero Alpin lo contempló con tranquilidad, y su envejecido semblante no delató ni el más mínimo resentimiento que le atenazaba el corazón. Había sostenido a aquel hombre en sus brazos la noche en que había aspirado su primera bocanada de aire. Alpin había hablado al padre del chico del magnífico jefe en que se convertiría su hijo al hacerse adulto, de las décadas de paz y prosperidad que esperaban al clan MacKendrick. Y, mientras contemplaba aquel bebe sonrosado y gimoteante, mientras relataba maravillas acerca de su brillante futuro, supo con dolorosa, desesperada certidumbre que llegaría este siniestro momento. Y que él iba a estar allí, a su lado, para ver como su amado protegido se hacía un hombre, para ver cómo sus pulmones exhalaban el último y ronco suspiro.

—Es la hora —le dijo Alpin con sencillez.

El jefe MacKendrick reflexionó sobre ello durante unos segundos, tratando de resignarse a la idea. Gritos de miedo y de aflicción surcaron el corredor más allá de su cámara, unos gritos que añadieron mas tormento a sus instantes finales. Aferrándose a los últimos vestigios de fuerza, se agarró con furia la pulsante herida que tema en el costado y se obligó a sí mismo a incorporarse.

—Pero no ha venido —protestó, intentando demostrar a Alpin que tenía que estar equivocado—. Debo continuar dirigiendo la batalla contra Roderic. Seguiré con vida el tiempo suficiente para ver al Lobo Negro. Tengo que estar seguro de que es él.

—No te corresponde a ti decidirlo —dijo Alpin en voz baja—. Sólo Ariella puede determinar si él ha de ser el jefe del clan. La decisión le corresponde únicamente a ella.

La expresión de MacKendrick se oscureció.

—Si es él, debería estar aquí, maldita sea —dijo, haciendo rechinar los dientes—. ¿Dónde diablos está? —La pregunta retumbó en el aire antes de disolverse en un patético acceso de tos.

—Vendrá —prometió Alpin, al tiempo que obligaba al jefe moribundo a acostarse de nuevo en la cama—. Yo lo he visto. El Lobo Negro vendrá.

—¿Estás seguro? —exigió él con la voz ronca—. ¿No estarás intentando aliviar mis últimos momentos mintiéndome?

—Lo he visto —le aseguró Alpin—. Vendrá.

El jefe lo contempló durante largos instantes, desesperado por la necesidad de creerlo. Y entonces, al ver reflejado en la dura mirada de Alpin lo que comprendió que era la verdad, se permitió cerrar los ojos.

—Cuida de Ariella hasta que venga él —le ordenó con voz queda—. Mantenía a salvo, hasta que venga él.

Alpin apoyó su mano pálida y apergaminada sobre la frente del jefe y guardó silencio. No era precisamente experto en hacer promesas vacías respecto a cosas que no podía controlar ni prever. Sabía que MacKendrick lo comprendía. Aun así, descubrió que no podía negar a un padre moribundo un pobre gesto de consuelo.

—Cuidaré de ella, MacKendrick —juró—. Como si fuera mi propia hija.

Aquellas palabras fluyeron sobre el agonizante como un bálsamo.

—Muy bien —murmuró con voz bronca.

Alpin observó su respiración dificultosa, en lucha contra el asedio de la muerte, aunque ambos sabían que era una batalla que no podía ganar. MacKendrick apretó la mano de Alpin cuando la última bocanada de aire hinchó sus pulmones, y se aferró a este mundo con todas sus fuerzas, hasta que por fin no pudo resistir más. La vida lo abandonó lentamente en un áspero suspiro, y una fracción de segundo después la mano con que se agarraba a su amigo perdió fuerza, exactamente tal como Alpin sabía que iba a suceder.

Al instante lo invadió una sensación de pérdida, vacía y glacial, como le ocurría siempre que alguien a quien había amado durante muchos años sucumbía a la fragilidad de la carne. Sostuvo la mano de jefe un poco más de tiempo, más para consolarse a sí mismo que al cuerpo destrozado que yacía ante él, ya libre de todo sufrimiento y carente de todo espíritu. Oía a su alrededor el sonido de la brutalidad y del miedo, pero nada podía penetrar el muro de su pena. Por fin, invadió sus sentidos el olor acre del humo, que lo sacó de su trance y lo atrajo hacia la ventana.

Al otro lado del patio distinguió las llamas doradas y escarlatas que devoraban hambrientas la estructura de madera de la torre. Hombres y mujeres corrían de un lado para otro, chillando y vociferando mientras acarreaban cubos de agua que sacaban del pozo. Arrojaban pequeños chorros de agua a las llamas, pero el fuego no hacía sino reírse de sus lastimeros esfuerzos por controlarlo. Una densa cortinaje humo se elevaba hacia el azul cristalino del cielo primaveral manchándolo de negro y gris, nublándolo con delicadas volutas de pavesas que bailaban al aliento de las llamas antes de descender flotando hasta el suelo como una lluvia de cenizas.

—¡Ariella! —chilló Elizabeth con el corazón encogido por la angustia mientras contemplaba aquel infierno—. ¡Ariella!

Alpin sintió el aguijón del miedo mientras luchaba por asimilar lo que estaba sucediendo. Roderic había encerrado a Ariella en la torre para obligarla a mirar mientras él saqueaba su hogar y trataba brutalmente a su gente. Ahora la torre estaba envuelta en llamas.

Y Ariella estaba atrapada en su interior.

-No —dijo con vehemencia, moviendo la cabeza en un gesto negativo—. No puede ser. No puede.

Contempló, inerme, extasiado por la luminosa antorcha de mortíferas llamas, cómo éstas engullían la habitación situada en lo alto de la torre. Abajo, la gente continuaba arrojando agua al fuego con desesperación, pero sus esfuerzos no lograban detener el insaciable apetito de la hoguera. Aun así, siguieron luchando hasta que sus caras quedaron ennegrecidas por el humo, hasta que sus cuerpos comenzaron a protestar de dolor, hasta que las gargantas se les quebraron.

Por fin, los gritos que llamaban a Ariella fueron debilitándose hasta caer en un silencio hostil, aturdido, y ya nadie pudo hacer otra cosa que contemplar cómo se quemaba la torre.

Capítulo. 1

Verano de 1207

Como siempre, su primera sensación fue de dolor.

Frunció el entrecejo y se removió inquieto en su jergón, debatiéndose en las turbias aguas del sueno, que rápidamente -retaban. En sueños, el dolor podía mantenerse a raya; no del todo y tampoco durante mucho tiempo, justo lo suficiente para que él prefiriera aquel respiro borroso y saturado de alcohol a la agresiva claridad del día.

El mismo notaba que estaba perdiendo la batalla del sopor frente a su implacable enemigo. Sintió el latigazo de dolor recorrerle la espalda. Una palpitación ya familiar le atenazó la pierna izquierda. A continuación, naturalmente, le tocó el turno al brazo Capaz de esgrimir tan sólo una fracción de la fuerza que tuvo en otro tiempo, el espasmo que contrajo sus entumecidos músculos resultaba tan debilitante como cualquier guerrero o arma que él hubiera conocido, jamás. Lucho por refugiarse una vez más en el sueño. En sueños casi podía.

-Levántate, Malcolm -exclamó una voz irritantemente alegre—. Tienes invitados.

No se inmutó

-Sal de aquí -rugió. Sentía la lengua torpe dentro de boca seca como la estopa-. Antes de que te arranque la cabeza de los hombros.

Impertérrito, Gavin fue hasta la ventana y abrió de golpe las contraventanas La luz del mediodía penetró en tromba en la pequeña cabaña en forma de un haz dorado que se extendió por el atestado suelo y llegó hasta el rostro de Malcolm.

—Por todos los santos... —Frunciendo el ceño para protegerse de la luz, cogió la jarra vacía que yacía en el suelo junto al lecho y la arrojó contra Gavin.

Este echó hacia un lado, y la jarra se hizo añicos contra la pared.

—Ya comprendo que para ti es un poco temprano todavía —dijo en tono contrito—, pero afuera hay unos hombres que han viajado durante más de una semana para verte. Dicen que les urge hablar contigo.

Malcolm volvió la cabeza para apartarla de la luz y se protegió los ojos con el brazo dolorido.

—Diles que estoy indispuesto —replicó con voz cansada.

—Ya se lo he dicho. Y también les he sugerido que si necesitan ayuda deberían acudir a Harold. Y me han contestado que ya han estado en la casa del jefe MacFane y que Harold los ha enviado aquí.

—Entonces, han perdido el tiempo. —Era una firme declaración—. Harold debería saber que no debe mandarme a nadie.

—Le han dicho a Harold que están buscando al Lobo Negro.

Malcolm titubeó, y seguidamente lanzó un resoplido de disgusto.

—El Lobo Negro está muerto —dijo con brusquedad. Se volvió de costado, cara a la pared, para ignorarlo—. Díselo.

—Al parecer, ellos opinan lo contrario —señaló Gavin—. Y me han asegurado que no piensan marcharse hasta que hayan hablado con él. Pertenecen al clan MacKendrick.

Malcolm frunció el ceño mientras buscaba el apellido MacKendrick en su cerebro dolorido y embotado por el alcohol. Al cabo de un momento le vino el nombre a la cabeza.

—Dios santo, el jefe MacKendrick es un hombre persistente —masculló con mal humor—. Ya les dije a sus mensajeros que no me interesaba su oferta. ¿Qué diablos querrá ahora?

—No lo sé —repuso Gavin encogiéndose de hombros—. Pero si quieres librarte de ésos, tendrás que salir a hablar con ellos.

—¡Dios!

Se empujó lentamente a sí mismo hasta quedar sentado. El dolor era intenso, pero supuso que no peor de lo que había sido el día anterior, ni la semana anterior, ni el año anterior. Se estaba volviendo difícil recordar haber pasado algún momento libre de él.

El sol lo asaltó con un brillo cegador cuando siguió a Gavin afuera de la cabaña. Por entre los párpados entornados vio a sus no deseados visitantes. Dos de ellos eran altos y de constitución bastante fuerte; uno con cabello castaño que le llegaba hasta los hombros, el otro de cabello negro. Malcolm calculó que no tendrían más de veinticinco años. El tercero era apenas poco más que un muchacho, y lucía una cabellera sucia y desgreñada de un color indefinido, además de una cara con suciedad de varias semanas. Aunque él no estaba en situación de criticar a nadie en cuanto a su aspecto, reflexionó con ironía. Como de costumbre, Gavin le había dejado un desayuno a base de cerveza ligera, pan y queso sobre la mesa que había frente a la cabaña. Haciendo caso omiso de los recién llegados, Malcolm cogió la jarra de cerveza, bebió un trago, lo utilizó para lavarse la boca y lo escupió ruidosamente en el suelo. Una vez refrescado, echó la cabeza hacia atrás y bebió a conciencia hasta vaciar totalmente la jarra. A continuación se secó los labios con el brazo y contempló tranquilamente al trío, que lo miraba fijamente con expresiones que iban desde la sorpresa hasta el asco apenas disimulado.

—¿Qué queréis? —exigió sin contemplaciones.

El alto de cabello castaño pareció recuperarse antes que los otros.

—Soy Duncan MacKendrick —comenzó, con aire inseguro—, Y éste es Andrew, y aquél Rob. —Señaló con un gesto al muchacho, que miraba a Malcolm con expresión furiosa—. Hemos venido para hablar con el guerrero conocido como el Lobo Negro —terminó, pues estaba claro que había decidido que el hombre que

tenía delante no podía ser de ninguna manera el poderoso guerrero que buscaban.

—Pues ya lo habéis encontrado —declaró Malcolm brevemente.

Una profunda consternación se pintó en los rostros de los tres hombres, seguida de piedad. Malcolm soportó su escrutinio sin demostrar nada de la amarga humillación que sentía. Tan sólo el muchacho pareció no alterarse; siguió mirando a Malcolm con cara de pocos amigos, una expresión en la que ardía algo más parecido a la furia que a la simpatía.

—Perdonadnos —balbució el de cabello negro, conocido como Andrew—. Hemos ido primero al castillo de los MacFane, y allí nos han dicho que vos ya no erais el jefe del clan. El nuevo jefe MacFane nos ha enviado aquí, pero no mencionó... es decir... no nos han dicho que...—Dejó la frase en suspenso, inseguro.

Malcolm maldijo en silencio, preguntándose por qué Harold le había enviado aquellos hombres.

—¿Qué les ocurrió a los otros mensajeros que envió vuestro jefe a hablar conmigo? —quiso saber.

—Que jamás regresaron —respondió Duncan—. No supimos si lograron comunicaros la oferta del jefe MacKendrick

—Lo lograron —dijo Malcolm—. Y les dije, como os digo ahora a vosotros, que no me interesa. Decid al jefe MacKendrick que considero el asunto zanjado y no deseo que se me vuelva a molestar. —Dio media vuelta y se dirigió lentamente a la tranquila oscuridad de su cabaña.

—Está muerto —anunció el muchacho en tono imperturbable.

Malcolm se detuvo. Los ojos grises del chico ardían de odio, como si creyera que Malcolm era de alguna manera responsable.

—¿Cómo?

Rob abrió la boca para responder, pero Duncan se interpuso.

—El clan fue atacado por una banda de guerreros merodeadores —explicó—. El jefe MacKendrick murió de un golpe de espada. Sucedió varias semanas después de que enviara a los mensajeros.

—Los combatimos como mejor pudimos —añadió Andrew—, pero no estamos adiestrados para la guerra. Nuestro jefe tenía la esperanza de que vos y vuestro ejército pudierais protegernos.

Malcolm controló el fuerte impulso de echarse a reír. No podía censurar al señor de los MacKendrick por aquel plan. Hubo un tiempo en que él fue el jefe del clan MacFane, con más de un millar de guerreros bien adiestrados y preparados para luchar y morir por él. Durante seis largos años había luchado en el ejército del rey Guillermo, y había conducido a sus hombres a la victoria en incontables sangrientas batallas. Pero aquello había sucedido mucho tiempo atrás. El único hombre al que podía apelar en la actualidad era Gavin. Si hubiera acudido al

señor de los MacKendrick a decirle que aceptaba su oferta de convertirse en jefe, éste se habría desplomado en el suelo muerto de risa.

Y aquel maldito lo sabía perfectamente.

—¿Hubo muchos heridos? —inquirió, deseando que no le importara.

—Murieron catorce hombres —contestó Duncan—. Y varias decenas resultaron heridos. Los guerreros se llevaron todos los objetos de valor del castillo. Y después le prendieron fuego.

—Lo lamento.

Lamentaba no haber estado allí para proteger lo que en otro tiempo podía haber defendido con facilidad. En la carta que le había enviado el jefe MacKendrick, éste describía su clan como pequeño, formado tan sólo por unos pocos cientos de personas. No tenían aliados, le explicó, pero tampoco tenían enemigos. MacKendrick abrigaba la esperanza de que el gran Lobo Negro les hiciera el honor de aceptar el cargo de jefe del clan. Como símbolo de fe, le ofreció la mano de su única hija, que estaba convencido de que sería una hermosa y devota esposa para el poderoso Lobo Negro.

Malcolm había quemado la carta.

—Como podéis ver, poco habría podido hacer yo para ayudaros —masculló—. Mis circunstancias han cambiado ligeramente desde que fui el jefe del clan MacFane. —De repente, se volvió. El dolor de cabeza se había vuelto insoportable, y necesitaba aliviarlo con otra jarra de cerveza.

—Debéis venir con nosotros, MacFane.

Malcolm se volvió hacia ellos y miró fijamente al muchacho.

—¿Crees que puedes burlarte de mí? —dijo en tono violento.

—Naturalmente que no —terció Duncan al tiempo que alzaba una mano para hacer callar a Rob—. Lo que el chico ha querido decir es que necesitamos desesperadamente vuestra ayuda, y que nos sentiríamos honrados si quisierais regresar a nuestro hogar con nosotros.

Malcolm lo estudió durante unos instantes, preguntándose si estaría ciego o loco. Por fin decidió que tenía que ser ambas cosas para hacer una sugerencia tan absurda.

—Ya no soy el señor de los MacFane —dijo, luchando por controlar su mal genio—. Y tampoco soy ya el Lobo Negro. Si necesitáis ayuda, regresad a casa de Harold y pedidle a él que defienda vuestro clan.

Duncan y Andrew dirigieron una mirada de inseguridad al muchacho. Éste frunció el entrecejo y sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Habéis de ser vos —declaró con su mirada gris clavada en Malcolm—. No hay nadie más que pueda ayudarnos.

Una leve risotada surgió del pecho de Malcolm.

—¿Y cómo puedo ayudaros yo? No mando ningún ejército. Mi cuerpo es poco más que el de un lisiado. En nombre de Dios, ¿qué podría hacer yo para defender vuestro clan?

—No lo sé —admitió el chico—. Pero vendréis con nosotros.

Observó a Malcolm con triste resignación, como si deseara que aquello fuera de otra manera. El propio Malcolm se sorprendió a sí mismo extrañamente paralizado por aquella mirada glacial que resultaba condenatoria, y sin embargo asustada, la mirada de un niño que ha presenciado cosas terribles que jamás podrá olvidar. Mientras se miraban, Malcolm olvidó su dolor. Durante un breve instante se sintió fuerte y pleno, como el guerrero que había sido antaño, el cual no habría vacilado en correr a ayudar a aquel clan aterrorizado y brutalmente tratado. Tan rápido como le había llegado, dicha sensación lo abandonó y lo dejó dolido, cansado y vacío.

Y profundamente consciente de que no le quedaba nada que ofrecer a nadie, y mucho menos a un clan desamparado que lo que necesitaba era un jefe con un poderoso ejército.

—No puedo ayudaros —dijo impulsivamente—. Ahora, marchaos de una vez y dejadme en paz.

Dio media vuelta y regresó cojeando a la oscura cueva que era su cabaña, sintiéndose fracasado y avergonzado, y desesperadamente necesitado de beber un trago.

Ariella contemplaba pensativa el fuego, observando el modo en que aquellas llamas doradas y rojas ofrecían belleza y calor al mismo tiempo que, inmisericordes, sustraían la vida de la leña que las alimentaba. Alpin le había dicho en una ocasión que no había nada en el mundo que existiera de modo aislado, que todo dependía de alguna otra cosa para sobrevivir. Ariella había pensado de inmediato en su amor incondicional hacia su padre y lo había entendido perfectamente. Sin él, sabía que no podría sobrevivir.

El terrible día en que fue asesinado, ella se hizo un ovillo diminuto a su lado y deseó morir también. Para amargura y desilusión suyas, la muerte no llegó. Durante varias semanas, cada mañana se despertaba sintiéndose muy viva, a pesar de que el corazón estaba a punto de estallarle de pena, tanto que estaba segura de no poder soportarlo ni un minuto más.

Por fin, comprendiendo que tenía que continuar, aprendió a aplacar la pena con el odio.

Al principio dirigió su odio hacia Roderic. Él le había mentido, había fingido ser su amigo, y después la había traicionado trayendo un ejército que atacó su clan, con la intención de obligarla a entregarle a él la espada y convertirlo en jefe. Odiar a Roderic resultaba fácil, pero no fue suficiente; de manera que incluyó a todos sus guerreros bajo el manto de su aversión, aquellos malvados salvajes que habían obtenido un placer tan vil atacando su hogar y su gente, asesinando sin dificultad a hombres indefensos que apenas sabían sostener un arma. Pero se trataba de figuras sin rostro y sin nombre, y odiarlos no bastaba para aliviar el intenso dolor que corría por sus venas.

De modo que afiló la daga de su odio y la hundió sin piedad en el corazón del Lobo Negro.

Alpin le había dicho a su padre que él vendría. Lo había visto en una visión, y las visiones de Alpin, aunque en ocasiones fueran borrosas, nunca se equivocaban. Su padre aguardó, alborozado por saber que el próximo jefe de su clan sería un hombre que poseía la valentía y el honor excepcionales del jefe conocido como el Lobo Negro. Conforme aumentaba su recelo de Roderic y el Lobo Negro no llegaba, creía cada vez más la preocupación del padre de Ariella. Envío dos hombres a buscar a aquel guerrero y comunicarle su mensaje, con la oferta de hacerlo jefe del clan MacKendrick y de entregarle como esposa a Ariella, si acudía inmediatamente con su gran ejercito.

Pero el Lobo Negro no llegó jamás.

Por ese motivo, Ariella no lo perdonaría nunca. Aunque no conocía sus razones, el hecho de no haber cumplido la profecía de Alpin era demasiado horrendo para ser disculpado. Furiosa, había asegurado a Alpin que no importaba que viniera o no, porque no quería saber nada de él.

Por desgracia, Alpin veía las cosas de otra manera.

El clan MacKendrick estaba aislado y sin jefe, lo cual lo ponía en una situación peligrosamente vulnerable. Habían estado en paz durante cien años por lo tanto; se había perdido la costumbre de combatir En lugar de construir fortificaciones y adiestrarse para la batalla, el clan había cultivado sus destrezas en las artes Eso les permitió poseer una espléndida colección de objetos labrados en plata, tallas, tapices, joyas y telas. Los MacKendrick consideraban aquellos objetos parte de la vida cotidiana. Pero Rodeno les había enseñado que los demás no eran tan naturales en su actitud. Para un forastero aquellos objetos valían una fortuna, lo cual quería decir que cuando los hombres de Roderic hicieran correr el rumor de lo que habían encontrado allí, vendrían otros con la intención de robarles de nuevo.

Y además, por supuesto, estaba la espada.

Ariella no sabía cómo se había enterado Roderic de su existencia. Le costaba mucho creer que uno de los suyos fuera capaz de traicionar al clan. Pero Roderic supo que existía, y supo que ella era la única persona que poseía la capacidad de entregársela En realidad, nadie sabia hasta donde llegaban los poderes de la espada, ya que hacía más de un siglo que no era esgrimida en combate. Pero la leyenda afirmaba que aquel a quien se le concediera el poder de aquel acero podía lanzarse sin miedo alguno a la más sangrienta de las batallas. Aquella arma no podía derrotar un ejército entero, pero sí proteger a su dueño. Por desgracia, tras varias generaciones de paz, la espada había llegado a reverenciarse como un objeto sagrado y ceremonial, y el padre de Ariella no la llevaba consigo, ni siquiera la guardaba dentro de los muros del castillo. Aquélla era la razón por la que no pudo defenderlo aquel día. Como su padre había fallecido sin un heredero varón, ahora le correspondía a Ariella el deber de buscar al siguiente portador de la espada, el cual se convertiría en el jefe del clan MacKendrick y adoptaría su nombre. Si escogía bien, su clan continuaría

prosperando en paz; pero si escogía de manera insensata, la muerte y la destrucción se abatirían sobre su gente y se extenderían con rapidez por todas las Highlands. Era una tremenda responsabilidad. Cuando rehusó entregar la espada a Roderic, éste la encerró en la torre y juró matar uno por uno a los hombres de su clan hasta que cediera. A Ariella no le cabía ninguna duda de que Roderic era lo bastante malvado para cumplir su promesa.

Y por eso, Ariella Mackendrick tuvo que morir.

Una vez que estuvo convencido de que Ariella había perecido en el incendio, Roderic, furibundo, decidió que allí ya no quedaba nada para él. Él y sus hombres cogieron todo lo que eran capaces de transportar y se marcharon, amargamente decepcionados por no haberse hecho con el único objeto que codiciaban por encima de todo lo demás. Pero Ariella sabía que era sólo cuestión de tiempo que Roderic, o bien otro como él, atacase su clan de nuevo. Por todas partes se extenderían los relatos de las riquezas que habían encontrado, de la leyenda de la espada, de la debilidad del clan MacKendrick. Su gente estaba en peligro, y era su deber protegerla. Aquél era el motivo por el que Alpin le había dado instrucciones para que hallase al Lobo Negro y le entregara el poder de la espada. Con tan solemne encargo había enviado a Ariella a buscar a aquel poderoso guerrero y traerlo a él y a su gran ejército a casa.

Hoy, al contemplar aquella triste sombra de lo que fue un hombre, asqueroso, borracho y tullido, no supo si rabiar o llorar.

—Has de comer algo, Ariella —ordenó Duncan con suavidad, interrumpiendo sus pensamientos. Él mismo se sentó en el suelo y le ofreció un pedazo de conejo asado—. Toma.

Ella hundió la mano en su cabello sucio y enredado y negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

Andrew dejó de pulsar las cuerdas de su pequeña arpa y la miró con gesto de preocupación.

—Tenemos un largo camino por delante. Si caes enferma, Alpin se disgustará.

—Se disgustará aún más al ver que no regresamos acompañados del poderoso Lobo Negro —señaló Ariella amargamente.

—El hombre que hemos visto hoy no puede ser el mismo de la profecía de Alpin —arguyó Duncan—. O bien los poderes de nuestro vidente se están perdiendo, o bien hemos dado con el hombre equivocado. Tal vez haya otro guerrero que ha adquirido el título de Lobo Negro —sugirió esperanzado.

—Alpin dijo que era conocido como el jefe MacFane —replicó Ariella—. Y ése es el hombre que hemos visto hoy. Aunque haya sido expulsado de su clan y ya no lleve ese nombre.

—En tal caso, la visión de Alpin debe haberse equivocado —dedujo Andrew, tocando suavemente el instrumento con los dedos—. Porque ese pobre diablo borracho no sería capaz de defenderse a sí mismo, y mucho menos gobernar y defender a un clan entero.

—Lo sé —suspiró Ariella—. Pero Alpin se mostró tan inflexible respecto de que lo lleváramos a casa, que he tenido que intentarlo, incluso al ver lo asqueroso y patético que era. Es una suerte que nos haya rechazado. —Avivó el fuego con una delgada rama—. Cuando lleguemos a casa, explicaré a Alpin y al consejo por qué MacFane no es el elegido. Quizás Alpin tenga otra visión. Hasta entonces, debemos procurar adiestrarnos para estar mejor preparados contra otro ataque.

—Pero mientras Roderic crea que estás muerta, no regresará —insistió Andrew—. Sin ti no hay espada, y eso es lo que busca él.

—Si no es Roderic, será otro como él —repuso Ariella en tono sombrío—. Sus guerreros extenderán el rumor de nuestras supuestas riquezas y de lo fácil que resultó vencernos. Y aunque digan que yo he muerto, la leyenda de la espada podría distorsionarse, y así otro podría creer que puede obligar al clan a entregarla.

—No te atormentes con esos pensamientos —la tranquilizó Duncan—. Encontrarás al próximo jefe antes de que suceda eso, y él se asegurará de que estemos a salvo.

—Dentro de unos días llegaremos a casa y podrás lavarte y ponerte otra vez un vestido —agregó Andrew, intentando animarla—. Debo decir que casi he olvidado cómo eres debajo de toda esa suciedad.

—Yo también —musitó Ariella al tiempo que se frotaba una mejilla mugrienta—. Aunque este disfraz ha resultado muy eficaz para no llamar la atención, en realidad añoro tomar un baño y el pudor de un vestido.

—Cuando termine este viaje, podrás olvidarte durante un tiempo del joven Rob —dijo Duncan—. Tendrás que convertirte en él otra vez sólo si llega un desconocido al clan. Hasta que encontremos un nuevo jefe, ningún forastero puede saber que sobreviviste al incendio, por si dicha información llegara a oídos de Roderic.

Andrew pulsó un acorde en su arpa y empezó a cantar:

—«Erase una doncella, rubia y esbelta, que por vestido llevaba un tartán, y en el pelo cenizas…»

—«Se oscureció la piel, cabalgó entre los árboles» —prosiguió Duncan—, «y se esforzó por cubrir sus blancas rodillas».

—¡Duncan! —exclamó Ariella, mortificada por el hecho de que ellos se hubieran fijado en sus rodillas, o en cualquier otra parte de sus piernas que aquel corto tartán no alcanzaba a cubrir. Se inclinó hacia delante para propinarle un cachete en el hombro.

En aquel momento, una flecha cortó el aire por el punto donde había estado su cabeza.

—¡No os mováis! —bramó una voz en la oscuridad—. O estáis todos muertos.

Cuatro figuras emergieron de los árboles que los rodeaban. Tres de ellas blandían pesadas espadas, mientras que la cuarta sostenía una flecha preparada

sobre la cuerda tensa del arco. Conforme fueron avanzando hacia el suave resplandor del fuego, Ariella advirtió que formaban un grupo peludo y mugriento, con pobladas barbas, y camisas y tartanes gastados y andrajosos. De manera incongruente con su raído atuendo, todos lucían una impresionante colección de joyas de piedras preciosas. Uno de ellos llevaba alrededor de su cuello, grueso y fornido, una delicada cadena de mujer, con un colgante, mientras que los otros lucían varios broches de reluciente plata prendidos a los tartanes que llevaban echados al hombro. Son ladrones, comprendió Ariella, con el estómago encogido por el miedo. Rápidamente recorrió con la mirada el campamento, buscando su arco. Éste descansaba, junto con su manta, al otro lado de la fogata, fuera de su alcance, lamentablemente.

—Levantaos —ordenó el más fornido del grupo agitando su espada frente a él—, y tirad al suelo todas vuestras armas y objetos de valor.

Demasiado sorprendidos para discutir, Duncan y Andrew se quitaron al instante sus broches y los arrojaron al suelo. A continuación sacaron sus puñales y los tiraron también. Ariella, titubeando, empezó a desprender su broche, intentando desesperadamente pensar en algún modo de conservar su puñal oculto a la vista.

—Date prisa, muchacho —dijo el corpulento ladrón, impaciente—, Dame ese puñal que llevas en la cintura.

Comprendiendo que no tenía modo de conservarlo en su poder, lo añadió de mala gana al montón de armas.

—Coged los caballos —ordenó el ladrón a sus cohortes.

A Ariella se le cayó el alma a los pies al ver cómo aquellos hombres iban hasta sus monturas y comenzaban a desatarlas. Les quedaban tres días a caballo para llegar al castillo. No sabía cuánto tiempo tardarían sin animales, armas ni provisiones.

—Esas botas que calzáis tienen muy buen aspecto —observó el ladrón, vigilante—. Nos las llevamos también.

Andrew y Duncan se arrodillaron de inmediato y empezaron a desatarse las botas.

—Pero ya nos robáis los caballos —protestó Ariella, abatida al pensar en quedarse descalza—. Si nos quitáis las monturas y las botas, jamás llegaremos a casa.

El ladrón alzó sus tupidas cejas, asombrado. Era evidente que no estaba acostumbrado a que sus víctimas se quejasen del trato que recibían.

-Estoy pensando que tienes razón, chico —convino, y se rasco la barba pensativamente— Ya que no podéis llegar a casa descalzos, y como nosotros vamos a llevarnos vuestra comida y vuestras armas, supongo que deberíamos ser compasivos. Duff, Calum y Giles tendrán mucho gusto en rebanaros el gaznate antes de irnos. —Y soltó una fuerte y desagradable risotada.

—Aquí tenéis mis botas —se apresuró a decir Duncan—. Estoy seguro de que puedo arreglarme sin ellas.

—Y las mías —añadió Andrew—. Que las disfrutéis con salud.

—Muy generoso de vuestra parte —dijo el ladrón con una risita—, pero no vais a necesitarlas donde vais. —Su mirada se clavo en Ariella—. Date prisa, chico, no pienso quedarme aquí apuntándote con la espada toda la noche.

Ariella se puso de rodillas y empezó a manotear con los cordones.

—Están hechos un nudo —declaró, desvalida—. Necesito mi puñal para cortarlos.

El ladrón le dirigió una sonrisa irónica que revelo una tila de dientes de color marrón, torcidos y podridos.

—Se me ocurre una idea mejor —anunció, divertido por aquel pequeño ardid—. Los cortaremos con mi espada.

Ariella se puso en pie cuando él se acercó y dobló una rodilla.

—Muy bien —dijo, bajando la cabeza—, ¿cuál es?

—Esta —siseó Ariella al tiempo que estampaba la bota contra la cara del otro con todas sus fuerzas.

El ladrón lanzó un grito de dolor y cayó de espaldas al suelo. Momentáneamente aturdido, enseguida se llevó las manos a la nariz, que le sangraba, lo cual permitió a Ariella revolverse para arrebatarle la espada.

—¡Que no se mueva nadie! —ordenó mirando fijamente a Calum, Duff y Giles mientras apretaba la punta de la espada contra la peluda garganta del bandido—. ¡O lo ensartaré por el cuello al suelo!

Los ladrones la miraban estupefactos. Entonces, el que atendía por el nombre de Calum levantó su arco y lo apuntó con toda calma hacia Andrew.

—Estoy pensando que no tienes pelotas para cortarle la garganta a un hombre con su propia espada, muchacho —reflexionó en tono sardónico—. Así que devuélvele a Owen su espada antes de que yo atraviese el frágil corazoncito de tu amigo con esta flecha.

Ariella dudó un segundo, buscando frenéticamente una alternativa. Calum levantó un poco más el arco, y entonces comprendió que no tenía más opciones. La espada resbaló de su mano y cayó al suelo con un ruido sordo.

—¡Dispara a este bastardo! —chilló furioso Owen, que todavía se agarraba la nariz con los dedos empapados de sangre—. ¡Me ha roto la nariz!

Calum, complaciente, apuntó a Ariella y tiró de la flecha hacia atrás.

El sonido de un débil susurro rasgó el aire. Ariella se lanzó hacia un lado, pero la flecha no había llegado a tocar el alza. Confusa, levantó la vista hacia Calum. Éste contemplaba con expresión perpleja la empuñadura de un puñal firmemente alojado en su pecho. Con el ceño fruncido, levantó la mirada hacia

Ariella y de su garganta escapó un leve quejido al desplomarse en el suelo, aún aferrando la flecha que iba destinada a la joven.

Un terrible rugido de furia rompió en jirones el velo de silencio. Ariella vio, incrédula, dos jinetes que irrumpían al galope en el claro del bosque con grandes espadas que lanzaban destellos de color naranja y plata a la luz del fuego. El Lobo Negro cargó hacia Owen, guiando su caballo de forma experta con las piernas al tiempo que levantaba la espada con las dos manos. Owen, aterrorizado, quedó despachado fácilmente en un solo golpe, veloz y despiadado. Acto seguido, MacFane hizo girar a su poderosa montura para enfrentarse a Giles. El ladrón atacó con un miedo salvaje a su agresor y le asestó un golpe en el brazo. Un bramido de furia llenó el aire cuando MacFane alzó su espada y la hundió con letal determinación en las carnes de su rival. Mientras tanto, su amigo Gavin luchaba con el bandido de nombre Duff, quien logró batirse durante unos momentos con su arma antes de reunirse con sus compañeros en el suelo.

De pronto el calvero quedó en silencio excepto por el resollar y piafar de los caballos. Ariella miró boquiabierta los cuerpos que yacían en tierra, incapaz de hablar.

—Por los clavos de Cristo —juró Malcolm dejando caer su espada para llevarse una mano a la herida que tenía en el antebrazo derecho. Con el rostro contorsionado por el dolor, posó su mirada en Gavin—. Ayúdame a bajar.

Gavin se apresuró a desmontar y acudió en ayuda de su amigo para bajarlo del caballo.

—¿Es grave?

—No es de lo peor que he visto —repuso Malcolm, dolorido—. Pero no sé cuánto podrá soportar este maldito brazo.

Al comprender que el Lobo Negro estaba herido, Ariella salió inmediatamente de su trance.

—Dejad que lo vea, MacFane —se ofreció—. Puedo coseros la herida.

Los dos hombres la miraron con expresión dubitativa.

—Ya me encargo yo —aseguró Gavin—. Cuando lleguemos a casa.

—Pero está sangrando mucho —replicó Ariella con impaciencia—. En la bolsa tengo medicinas. Si la cosemos y la vendamos enseguida, la herida permanecerá limpia y sanará mejor. Malcolm le dirigió una mirada de irritación mezclada con dolor.

—¿Qué puede saber un jovenzuelo imberbe como tú de curar heridas?

Ariella estuvo a punto de replicar que contaba con muchos años de experiencia en el arte de curar, pero entonces recordó que MacFane no estaba mirando a una mujer, sino a un chico sucio llamado Rob.

—Mi madre me enseñó a curar —contestó, buscando rápidamente una explicación plausible—. Yo fui hijo único, y ella no quería que sus conocimientos se perdieran.

Él la estudió durante unos instantes, con el rostro contraído por el dolor y la mano agarrada con fuerza al brazo que le sangraba.

—Entonces trae tu aguja —cedió por fin— y cierra esta maldita herida. Vosotros dos —continuó, mirando a Duncan y Andrew— ayudad a Gavin a retirar los cadáveres del campamento, antes de que el hedor de la sangre atraiga a los lobos.

Duncan y Andrew palidecieron aún más. Miraron nerviosos a su alrededor y acto seguido se calzaron las botas rápidamente y corrieron hacia Gavin, que estaba subiendo uno de los ladrones muertos a un caballo con una sola mano.

—Está claro que no habéis pasado mucho tiempo durmiendo al aire libre — observó Malcolm.

Ariella cogió una jarra de agua, un cuenco de madera y la bolsa de cuero que contenía sus medicinas. Se sentó a su lado, vertió un poco de agua en el cuenco y comenzó a lavarse las manos con un pequeño trozo de jabón.

—¿Por qué decís eso?

—Porque sólo un completo idiota haría una fogata de ese tamaño en un bosque en el que no pudiera estar seguro de encontrarse a salvo—se burló Malcolm—. Es como si hubierais invitado a esos hombres a venir a robaros. ¿Y por qué diablos no había ninguno de vosotros montando guardia?

—No sabíamos que fuera necesario —reconoció Ariella, sintiéndose tonta. MacFane tenía razón; ellos no habían entendido los peligros que entrañaba encender fuego en el bosque. Ninguno de ellos había viajado nunca tan lejos de casa, y en las tierras de los MacKendrick no existía la amenaza de verse atacado. Por lo menos no existió, se corrigió Ariella amargamente, hasta que llegó Roderic.

Echó un poco de agua de la jarra en el brazo de Malcolm, formando una cascada de color escarlata que cayó al suelo. En cuanto lavó aquella sangre, más sangre nueva afloró a la superficie. Ariella se apresuró a envolver el brazo con un paño limpio y apretó la herida con una suave presión.

—Sujetadlo con fuerza —ordenó—, para que vaya dejando desangrar mientras yo enhebro la aguja.

La mano de Malcolm se veía grande y oscura en contraste con el paño de color claro. Era una mano fuerte, bronceada por el sol y esculpida por el peso de blandir una gran espada. El hombre patético y fracasado que había conocido aquella tarde guardaba escaso parecido con el peligroso guerrero que había entrado como una tromba en el campamento para socorrerlos. Pero ahora, allí sentado y respirando profundamente, con la mandíbula tensa y la frente surcada de arrugas de dolor, reconoció de nuevo a aquel hombre herido. Al instante acudió a su mente una imagen de él guiando su caballo con las piernas y usando ambas manos para manejar la espada. Observó su brazo derecho herido y reparó en una cicatriz gruesa y pálida que lo atravesaba de parte a parte. Comenzaba justo por encima del codo, desaparecía debajo del paño que él sostenía contra la herida y reaparecía sobre el hueso liso y redondeado de la muñeca. Algo había hendido la dura musculatura del antebrazo abriendo el tejido como si fuera el

vientre de un pez. La cicatriz se veía jalonada de grandes marcas de puntadas desiguales. La herida había sido profunda y probablemente necesitó una rápida sutura. Al ver el otro brazo, se apreciaba claramente que el brazo derecho era ligeramente más delgado que el izquierdo. Aquella laceración le había robado fuerza y agilidad a MacFane, y lo había obligado a usar el brazo izquierdo, o ambos, cuando era necesario. Ariella se preguntó qué nuevos daños infligiría esta nueva herida a aquellos músculos atrofiados y cubiertos de cicatrices.

—Ya podéis retirar la mano, MacFane.

—Ya no soy el jefe MacFane —la informó él en tono tajante al tiempo que levantaba la mano—. Dirígete a mí como Malcolm. —Era una orden, no un ruego.

Ariella reflexionó sobre aquello mientras empapaba suavemente la sangre que cubría la herida. El nuevo señor de los MacFane, Harold, les había dicho que el Lobo Negro había sido relevado de su puesto de jefe y desterrado del clan con oprobio. Al transmitir aquella información, en sus palabras no había rastro de furia ni de condena, sino que, en cambio, su expresión estaba velada por el arrepentimiento, como si deseara poder cambiar de algún modo lo sucedido. Ariella sabía que no debía preguntar qué había hecho el Lobo Negro para merecer un castigo tan espantoso. El asunto le correspondía al clan MacFane, y que un forastero lo hubiera cuestionado se habría considerado un insulto. El estado físico del Lobo Negro y su necesidad de alcohol constituían un motivo lo suficientemente claro como para reemplazarlo como jefe. Pero despojar a un hombre de su apellido y expulsarlo de su clan era una sentencia que se reservaba sólo para los crímenes más horrendos. Introdujo la aguja en la carne, preguntándose qué imperdonable ofensa habría cometido el Lobo Negro para ser condenado tan duramente por su propia gente.

—Aprendiste bien de tu madre, Rob —comentó Malcolm, observando cómo el muchacho cosía con todo cuidado la herida. Tenía unas manos pequeñas y suaves, prueba de su juventud y de la falta de familiaridad con los trabajos duros—. Es obvio que has practicado bastante.

—Hubo muchos heridos tras el ataque sufrido por mi clan.

Malcolm se sintió atravesado por un sentimiento de culpa. No se le ocurrió nada que decir, de modo que permaneció en silencio.

—¿Por qué habéis venido a socorrernos? —preguntó Rob, tras unos instantes.

Malcolm se encogió de hombros, e hizo una mueca al sentir un pinchazo de dolor que le bajó por la espalda.

En su carta, MacKendrick habría descrito a su clan como pacífico y totalmente inexperto en el arte de la guerra. Aquello, junto con el hecho de saber que los mensajeros anteriores no habían conseguido llegar a casa, llevaba todo el día carcomiendo a Malcolm. Para cuando comenzó a hacerse de noche, tenía ya los nervios desquiciados. Le dijo a Gavin que tenía necesidad de cabalgar un poco, lo cual era ridículo, naturalmente. Gavin sabía que el cuerpo destrozado de Malcolm lo torturaba demasiado para que encontrara placer en la actividad de

montar. De todos modos, su amigo no discutió, sino que se dio prisa en ensillar los caballos y sacó solemnemente los puñales y espadas de los dos. Gavin tenía la costumbre de conservar las armas abrillantadas y afiladas en todo momento, listas para la batalla sin previo aviso. Aquélla era la seña de identidad de un buen guerrero, pensó Malcolm con melancolía cuando tomó su reluciente espada. Gavin era mayor que él en más de una década, y por eso su carrera como guerrero era más larga. Evidentemente, su formación estaba arraigada con mayor firmeza.

—Gavin me convenció de que posiblemente tendríais problemas y no sabríais defenderos solos —mintió.

—Ha sido una suerte que decidiera seguirnos —comentó Rob, anudando el último punto. A continuación abrió una jarrita que llevaba en la bolsa y extendió una sustancia maloliente sobre el brazo de Malcolm—. Sois mucho más fuerte de lo que parecéis.

—No lo soy —replicó Malcolm—. Hemos sido afortunados de que esos hombres fueran tan ineptos. La arrogancia los volvió descuidados, y el miedo los volvió débiles. Si hubieran tenido siquiera una vaga idea de lo que es ser un guerrero, el encuentro podría haber terminado de manera muy distinta.

—¿Estáis diciendo que con un adiestramiento adecuado esos hombres podrían haberos vencido? —preguntó Ariella con curiosidad mientras le vendaba el brazo.

-Con el adiestramiento adecuado —afirmó Malcolm—, y con la actitud correcta. Desde el momento en que irrumpimos en el campamento gritando y blandiendo las espadas, esos hombres creyeron que era su fin. Eso los volvió fáciles de vencer.

Ariella frunció el ceño mientras pensaba en aquello. No se podía negar que el Lobo Negro estaba gravemente herido; su brazo derecho era casi inservible, caminaba cojeando, sus movimientos rígidos y sus constantes muecas sugerían que sufría de un agudo dolor de espalda. Además de todo aquello, no poseía ningún ejército, y mostraba una clara dependencia del alcohol, probablemente para ayudar a mitigar el dolor. Sin embargo, él y su amigo habían recorrido muchas millas cabalgando sin descanso, y después habían atacado y vencido a cuatro ladrones armados que estaban a punto de matarla a ella, a Duncan y a Andrew.

Adiestramiento y actitud.

-¿Cualquier hombre puede ser adiestrado para que sea un guerrero?— quiso saber.

-Quizá no para ser un guerrero —puntualizo Malcolm—, pero cualquier hombre puede recibir adiestramiento para pelear mejor. El adiestramiento es ensayo y error, y repetición exhaustiva. Si un hombre está bien adiestrado, reacciona al instante y con total precisión, sin la fatal debilidad de la duda. Aprende no sólo a manejar un arma, sino a convertirse él mismo en un arma. Cuando lo atacan no responde impulsado por el miedo, sino por los métodos

profundamente inculcados de su adiestramiento. Eso lo hace ser mucho más peligroso que su enemigo.

-Y cuando os llamaban el Lobo Negro y contabais con vuestro gran ejército, ¿erais vos quien adiestraba a vuestros hombres?

El semblante de Malcolm se ensombreció.

-Cuando era el jefe de los MacFane, tenía un millar de hombres bajo mi mando —afirmó con voz teñida de amargo orgullo—. Y adiestré hasta al último de ellos.

Fijó la mirada más allá de Ariella, en la oscuridad, recordando. Un claro destello de resplandor de la fogata brilló por un instante en su rostro, que estaba en su mayor parte oculto bajo una barba desalmada y crecida. Su cabello enmarañado también se veía excesivamente largo y necesitado de agua y jabón; era el cabello de un hombre que se ha apartado de la sociedad y no se interesa por cuestiones de aspecto. Pero en aquel fugaz momento que duró el destello de luz, fueron sus ojos lo que la mantuvo cautivada. Estaban iluminados por el brillo de las llamas, o quizá por el recuerdo que estaba reviviendo en su mente. Mientras resplandecían con las agridulces reminiscencias del pasado, Ariella captó de pronto un ramalazo de dolor dentro de aquel azul profundo. La sorprendió descubrir semejante vulnerabilidad en el hombre que aquel mismo día había visto tan asquerosamente borracho y egocéntrico, y más tarde tan poderoso y despiadadamente salvaje. Antes de que pudiera estudiarlo un poco más, él cerró los ojos y sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Necesito un trago —dijo con la voz ronca—. Luego, Gavin y yo debemos irnos. —Se incorporó con dificultad, con una mano apoyada en la dolorida espalda al levantarse.

—Tengo una pregunta que haceros, MacFane.

—Ya no soy un MacFane —gruñó él—. Y si estás pensando que te gustaría ser escudero, no necesito ninguno. Además, dudo que tus amigos se mostraran de acuerdo si les dijeras que quieres venir conmigo.

—No quiero ir con vos —le aseguró Ariella—. Lo que quiero es que vos vengáis con nosotros.

Él negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, no puedo ayudar a tu clan.

—MacKendrick abrigaba la esperanza de que vinierais con vuestro gran ejército y asumierais el puesto de jefe —continuó Ariella, haciendo caso omiso de su rechazo—. Obviamente, eso no es posible, pero aun así podríais venir a adiestrarnos en el arte de la guerra. Si lo que decís es cierto, cualquier hombre puede ser adiestrado para luchar, siempre que cuente con el maestro adecuado. Incluso yo —finalizó esperanzada.

—Podríais ser adiestrados para luchar —convino Malcolm—, pero no por mí. Mis días de adiestrar y combatir han terminado. —Se dirigió cojeando hacia Gavin.

—Habéis adiestrado a un millar de hombres —insistió Ariella—. Habéis conducido ejércitos a incontables victorias. Podríais ayudar al clan MacKendrick a que aprendiera a defenderse sólo hasta que encontremos un nuevo jefe.

—No.

—¿Por qué no? —quiso saber Ariella—. Aquí no tenéis nada.

La expresión de Malcolm se endureció.

—Tienes razón —aceptó bruscamente—. Y así es como deseo vivir mi vida en este momento. Sin responsabilidades.

Ariella se sintió invadida por la rabia. Alpin la había enviado a buscar al Lobo Negro, a pesar de lo mucho que lo odiaba ella. Al principio estaba convencida de que no había nada que pudiera hacer por su clan aquel ermitaño borracho y lisiado, pero después de presenciar la brutal eficacia con que había despachado a los bandidos, ya no estaba tan segura de que aquel maltrecho guerrero no tuviera nada que ofrecer.

Además de eso, él le debía algo por haberle fallado tan estrepitosamente.

—El clan MacKendrick fue agredido porque vos no pudisteis ni quisisteis acudir en su ayuda —afirmó en tono duro—. Ahora somos peligrosamente vulnerables. Hasta que encontremos otro jefe que posea un ejército, hemos de aprender a defendernos solos. Pero no podemos hacerlo sin un guerrero con experiencia. Estáis en deuda con mi gente, MacFane.

—Si estás tratando de apelar a mi sentido innato del honor, no te molestes —recalcó Malcolm—. En cuanto al sentimiento de culpa, ya llevo tanto dentro, que apenas me doy cuenta cuando se añade un poco más de leña al fuego. Gavin —rugió—, es hora de irnos. —Y echó a andar en dirección a su caballo.

Lo estaba perdiendo. Ariella miró a Duncan con desesperación.

—Os pagaremos —se apresuró a ofrecer Duncan.

Malcolm vaciló.

—Generosamente —agregó Andrew, comprendiendo que habían captado su atención—. En oro.

La expresión de Malcolm oscilaba ligeramente entre el rechazo y la intriga.

—¿Cuánto?.

Ariella abrió la boca para hablar, pero Duncan alzó una mano y le dirigió una mirada de advertencia.

—El precio dependerá —comenzó— del tiempo que permanezcáis con nosotros y de lo satisfactoria que resulte la labor realizada. Yo diría que ayudarnos con las fortificaciones y adiestrar a nuestros hombres requeriría un compromiso no inferior a seis meses. —Lanzó una fugaz mirada de complicidad a Ariella.

Ella ladeó imperceptiblemente la cabeza en señal de aprobación.

—Es demasiado tiempo —replicó Malcolm en tono tajante—. No podría quedarme más de dos meses. Si en ese tiempo los MacKendrick consiguen aprender algo, perfecto. En caso contrario, me pagaréis de todos modos.

Ariella levantó cuatro dedos y se rascó la cara con naturalidad.

—Cuatro meses —contraatacó Duncan—, y se os pagará según el rendimiento de los hombres.

—Tres meses —contestó Malcolm—, y cobraré cien monedas de oro, sea cual sea el rendimiento de los hombres. Y Gavin también recibirá una remuneración —añadió—. Igual a la mía.

Duncan miró a Ariella, la cual asintió apenas.

—Hecho.

Malcolm frunció el entrecejo, irritado de pronto por haber consentido que lo contrataran.

—Tú —exclamó, señalando a Andrew—. Tú comenzarás tu adiestramiento esta noche haciéndote cargo de la primera guardia. Si se mueve algo, dispara, y luego ven a contármelo a mí. ¿Ha quedado claro?

Andrew asintió con expresión vacía y fue a recuperar su arco y su flecha.

Malcolm se acomodó junto al fuego, apoyó el brazo herido en el regazo y contempló las llamas con gesto malhumorado.

—Gavin —llamó en tono agrio—, por Cristo, tráeme algo de beber.

Ariella se situó al otro lado de la fogata para poner distancia entre ella y el guerrero que acababa de contratar. Se ciñó la manta sobre los hombros y se acostó. Al cabo de unos instantes, Gavin y Duncan también se tendieron en el suelo. MacFane permaneció sentado, bebiendo y contemplando cómo iban muriendo las llamas con un siseo de protesta por las menguantes ascuas de color negro. Por espacio de una hora, Ariella observó cómo iba hundiéndose poco a poco en la ebriedad, hasta que por fin se derrumbó con un gemido y empezó a roncar. Cerró los ojos e intentó dormir, pero tenía la mente ocupada por la incertidumbre de lo que acababa de hacer.

Había encontrado al Lobo Negro. Tenía el aspecto y el comportamiento de un salvaje, estaba gravemente tullido, no poseía ejército y era un lamentable borracho. Y para colmo de todo, no los acompañaba por el deseo de ayudarlos, sino sólo por el deseo codicioso de obtener oro.

No tenía ni idea de cómo iba a hacer que su gente lo aceptase como adalid, aunque sólo fuera por un corto período de tiempo.

Capítulo 2

Otra vez el dolor.

La niebla que le embotaba el cerebro se había despejado lo suficiente para permitirle comprender que debería procurar quedarse quieto y respirar de forma superficial. Así. Aquello parecía ayudar un poco. Pero el dolor de la pierna... Gimió y cambió el peso de sitio. Entonces sintió un intenso dolor en el brazo cuando éste tocó el suelo, y de su garganta escapó un leve sonido, medio maldición, medio sollozo.

—Levántate, Malcolm. Es hora de irse.

Abrió los ojos.

—¿Adonde? —farfulló con dificultad.

Siguió la mirada de Gavin. Los MacKendrick estaban montados en sus caballos y lo miraban con impaciencia.

—Por Cristo —gimió él, cerrando los ojos una vez más.

—Una vez que estemos en camino, no te parecerá tan malo —le aseguró Gavin—. Pero ellos llevan en pie desde que salió el sol, y a juzgar por sus caras, yo diría que están más bien deseosos de partir.

«Pues que se vayan», pensó ácidamente Malcolm.

Se levantó, intentando contener las muecas de dolor por las protestas de su cuerpo. Caminó con paso rígido hasta su caballo y tomó impulso para montar, con la mandíbula apretada. Era muy consciente de que lo estaban observando y no tenía en absoluto ganas de que se notara lo difícil que le resultaba incluso el más simple movimiento, nada más despertarse. Cuando era el Lobo Negro, solía levantarse mucho antes de las primeras luces, para aprovechar la quietud de la mañana para practicar con sus armas antes de que se despertaran sus hombres. Le encantaba la claridad matinal, aquella silenciosa soledad para despertar y prepararse para afrontar la jornada. Su actual falta de disciplina resultaba embarazosa. Se suponía que él debía dirigir a aquellos hombres, y un caudillo no se pasaba la mañana entera durmiendo.

—Vamonos —ordenó bruscamente, como si fueran ellos los que lo habían hecho esperar. Clavó los talones en su caballo y enfiló hacia el norte dejando que los demás lo siguieran.

Mañana trataría de despertarse más temprano.

Ya era bien entrado el mediodía cuando Malcolm cedió por fin a su cansancio. Los MacKendrick fueron inmediatamente hasta sus alforjas y empezaron a desempaquetar pan y queso para el almuerzo.

—No os preocupéis de la comida. Es hora de comenzar con el adiestramiento.

El trío lo miró con gesto de desconcierto.

—¿El adiestramiento?

—Sí, el adiestramiento. —Entregó a Gavin su espada y su puñal—, Tú primero —dijo, señalando a Andrew—. Quítate la espada y el puñal y atácame.

Andrew parecía estupefacto.

—¿Que os ataque?

—No tengo por costumbre repetir las órdenes —lo advirtió Malcolm.

—Perdonadme —Andrew se apresuró a pedir disculpas—, pero no deseo heriros.

—Es un alivio oír eso —replicó él secamente—. Te estoy ordenando que me ataques de todos modos.

—Pero estáis desarmado.

—Y también lo estarás tú —señaló—, igual que lo estabais todos anoche.

Andrew lanzó a Duncan y a Rob una mirada interrogante. Duncan se encogió de hombros, el chico asintió. Con obvia desgana, Andrew se despojó de sus armas y avanzó inseguro hacia Malcolm, con los brazos extendidos.

—Te mueves igual que un pretendiente enamorado —dijo Malcolm en tono impaciente—. ¿Vas a atacarme o a sacarme a bailar?

Aquel insulto captó la atención de Andrew, quien, con un bufido de determinación, se lanzó contra él a la carrera.

Malcolm lo agarró por el brazo y lo hizo girar en redondo. Después lo aprisionó contra su cuerpo al tiempo que lo enganchaba por debajo del cuello con el dolorido brazo derecho.

—Un tirón fuerte y te rompo el cuello. Te has movido demasiado despacio, y a tu ataque le ha faltado la sorpresa. Antes de que llegases siquiera a mi altura, ya tenía decidido cómo iba a enfrentarme a ti.

—Aflojó el brazo y dejó a Andrew en libertad—. Ahora tú —dijo, mirando a Duncan.

Duncan se quitó rápidamente las armas y echó a correr hacia Malcolm. Mientras el otro se acercaba, Malcolm dio un paso atrás y dejó una pierna extendida. Duncan tropezó y fue a dar de bruces en el suelo. Entonces, Malcolm lo pisó en la espalda con el pie.

—Si yo fuera tu enemigo, esto sería una espada que te estaría atravesando las costillas. Tu ataque poseía velocidad, pero todavía ha sido demasiado obvio. —Levantó el pie de la espalda de Duncan—. Ahora tú —ordenó, mirando a Rob.

—¡No! —exclamó Duncan, horrorizado. Entonces comprendió que su protesta podía parecer extraña, y añadió rápidamente—: Rob no es más que un niño. Apenas ha cumplido los trece. No se puede esperar que luche.

—Por supuesto que sí —replicó Malcolm—. Los hombres de anoche no hicieron ninguna excepción con su juventud, ni tampoco voy a hacerla yo. Si es lo bastante mayor para correr peligro, es lo bastante mayor para aprender a salir de él. Vamos, muchacho —dijo—, intenta atacarme.

El chico se mordió el labio, claramente asustado.

—No creo que...

—¿Quiere el clan MacKendrick aprender a defenderse o no?

—Sí, pero...

—¡Entonces, atácame! —rugió Malcolm—. ¡Antes de que renuncie a todos vosotros y regrese a mi casa! Los ojos grises del muchacho se tornaron fríos. Con un grito de furia y las manos cerradas en dos puños, arremetió contra Malcolm. Éste rodeó el frágil cuerpo del chico con su brazo sano y lo levantó del suelo sin esfuerzo mientras él pataleaba frenéticamente. Tenía una cintura pequeña y blanda, que delataba su estilo de vida rodeado de mimos. Malcolm lo depositó tumbado de espaldas, disgustado.

—Levántate y prueba de nuevo. Y esta vez, sorpréndeme.

Bajo la mirada atenta y angustiada de Duncan y Andrew, Rob se incorporó lentamente.

—Es obvio que tú y tu clan estáis acostumbrados a una vida a base de poco más que comer y dormir. Pero esto va a cambiar. Vamos, atácarne.

Rob titubeó.

—Vamos —ordenó Malcolm, cada vez más impaciente.

El muchacho lo observó con ojos grandes y suplicantes, y por fin sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—No puedo —gimoteó, y bajó la cabeza avergonzado.

—Que Dios me dé paciencia —musitó Malcolm en tono siniestro, y acto seguido se volvió hacia Gavin—. Supongo que esto es todo lo que puedo esperar de ellos hoy. Dame mis armas y vamos a comer.

De pronto, algo lo golpeó con fuerza en la espalda provocándole un intenso dolor. Se tambaleó hacia delante y cayó a tierra de bruces.

—Ahí lo tenéis —resopló Rob triunfante. Se levantó y se sacudió el polvo del tartán—. Os he sorprendido.

Malcolm miró al muchacho con cara de pocos amigos, luchando por reprimir su furia.

—Si vuelves a hacer algo así —lo advirtió con voz peligrosamente grave—, me aseguraré de que no puedas sentarte en un mes.

Rechazó de un manotazo el brazo que le ofrecía Gavin y se levantó con dificultad por sus propios medios. Seguidamente se encaró con sus tres alumnos.

—Durante el tiempo que tardemos en llegar a vuestras tierras, os ejercitaréis dos veces al día, al mediodía y al anochecer, antes de comer nada. Aunque no seréis guerreros para cuando lleguéis a casa, por lo menos tendréis una cierta comprensión de lo que es luchar. Y si durante el camino nos atacan de nuevo, tal vez resultéis de mayor utilidad que anoche. Ahora ya podéis comer.

Se apartó de ellos y buscó solaz bajo la sombra de un enorme pino.

Ariella se acercó a su caballo y desempaquetó un poco de pan y queso de las alforjas. Estaba contenta de haber tumbado a Malcolm; él había intentado humillarla, y le sentó maravillosamente ver un poco de esa misma humillación en el rostro sorprendido del guerrero.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Duncan, preocupado—. No se puede esperar de ti que recibas la misma instrucción que un hombre.

—No pienso adiestrarme igual que un hombre —replicó Ariella en voz baja al tiempo que tomaba asiento a su lado—. Voy a adiestrarme como un muchacho.

—¡Pero si te ha tirado al suelo! —protestó Andrew, claramente horrorizado.

—No me ha hecho daño —señaló Ariella, intentando calmarlos— Además, tiene razón. Lo hemos contratado para que nos enseñe a pelear, y ¿qué mejor momento para empezar que éste? Cuando lleguemos a casa, necesitaremos a todo el que sea capaz de recibir adiestramiento, y eso incluirá a los chicos de trece años. Por lo tanto, no podemos decir que Rob es demasiado joven.

—Pero si resultas herida…

—No creo que él permita que nos hagamos daño en seno —lo interrumpió Ariella.

Andrew la observó con curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

Ella cambió el peso en su dolorido trasero y miró a Malcolm, que estaba bebiendo con ansia de un odre de vino que le había traído Gavin. A pesar de su admirable actuación durante la sesión de adiestramiento, se veía claramente que su cuerpo protestaba por las largas horas pasadas a caballo.

«Porque, —reflexionó Ariella en silencio—, él sabe demasiado bien lo que es el dolor.»

Malcolm alzó la vista hacia la bóveda oscura y fría de la noche. Estaba bebido, pero no tanto como le hubiera gustado estar. Gavin no se había dado cuenta de que iban a estar ausentes durante tanto tiempo, y el vino que había traído no le duraría más que un día. Se había bebido la mayor parte la noche pasada, y aquella mañana había tenido que empezar bebiendo de nuevo para controlar la incomodidad de cabalgar. Para cuando anocheció, sólo quedaba un odre de vino, el cual apuró rápidamente. Le sirvió para mitigar lo más agudo de

su dolor, pero no fue suficiente para aplacar el tormento de la espalda, la pierna y el brazo. El sufrimiento le impedía retirarse a dormir, y por eso permanecía despierto, con los sentidos sólo nublados en su intento de combatir la desesperación que lo inundaba por la noche, cuando su mente quedaba encadenada a su doliente cuerpo.

Ojalá Gavin le hubiera dejado morir.

Jamás había imaginado que iba a ser así. A decir verdad, no había esperado vivir, de modo que no tenía una idea hecha de cómo iba a ser su futuro. Después de aquella batalla final, brutal, cuando estaba tendido en el suelo con la pierna destrozada y el cuerpo entero acuchillado por tajos de espada, sencillamente creyó que iba a morir. Su impresión inicial fue más de sorpresa que de ira. Tras seis años de servicio en el ejército del rey Guillermo, no sabía por qué la idea de morir tenía que parecerle tan ajena. Había visto a decenas de hombres sufrir el final más espantoso, y no tenía motivos para pensar que a él no le tocaría el turno. El suelo se iba calentando a causa de su propia sangre, y por su cabeza no cesaban de dar vueltas borrosos y placenteros pensamientos acerca de su clan y de Marrian. Sentía dolor, pero no era insoportable.

Hasta que alguien lo levantó de repente, lo arrojó a lomos de un caballo y lo sacó del campo de batalla. Entonces sí que sintió un dolor como jamás había conocido.

Y ya nunca cesó.

Gavin hizo todo lo que estaba en su mano para curarlo. Le vendó la pierna entre dos fuertes estacas de madera. Le cosió las heridas de los costados y del pecho, y cerró el profundo desgarro que sufría en el brazo derecho. Y después lo llevó a casa. Cuando llegaron, Malcolm se sentía abrumado por el sufrimiento y la fiebre, pero se encontraba lo bastante lúcido para comprender que su padre había muerto y que el clan aguardaba ansiosamente su retorno como jefe del mismo. Igual que Marrian.

El horror que vio en los ojos de la joven lo perseguiría ya para siempre.

Entonces lo invadió una inquietud que despejó la niebla de aquellos pensamientos. Recorrió con la vista el campamento, intentando determinar qué era lo que lo había perturbado. Gavin, Duncan y Rob estaban dormidos junto al fuego. Andrew, que se suponía que hacía guardia, estaba reclinado contra un árbol, roncando. Malcolm se esforzó por escuchar, pero no oyó nada fuera de lo normal.

Tomó su espada y se internó muy despacio en el bosque que los rodeaba, escrutando la oscuridad. Sus pies levantaban un suave murmullo al aplastar hojas y agujas de pino. Intentó pisar con menos fuerza, pero la cojera se lo impidió. Aparte del gorjeo ocasional de algún pájaro y del desigual arrastrar de sus pisadas, el bosque estaba silencioso. Se internó aún más en las sombras y escuchó el silencio. Sus sentidos estaban gravemente embotados por el vino, y sospechó que aquella intranquilidad probablemente era obra de su imaginación. De todos modos, continuó explorando la oscuridad, pues prefería fiarse de su instinto. Hubo un momento en que experimentó la extraña sensación de ser

observado. Se dio la vuelta con la espada en alto, en un gesto amenazador, pero no vio nada más que árboles y negrura.

Con un juramento, bajó el brazo dolorido preguntándose qué diablos le estaría ocurriendo.

En eso, un rugido salvaje rasgó el aire. Malcolm giró en redondo y vio un lobo rabioso que se abalanzaba contra él, con sus grandes mandíbulas rugiendo. Pero antes de que pudiera alzar la espada, el animal lanzó un aullido de dolor y se desplomó en el suelo. Malcolm se lo quedó mirando, estupefacto.

Entonces, al volverse, vio a Rob de pie detrás de él, con otra flecha apuntando hacia la infortunada bestia, por si acaso se movía.

—No deberíais vagar solo por el bosque —observó el muchacho, bajando el arco.

—¿Dónde diablos has aprendido a disparar así?

—Me enseñó mi padre. Insistió en que practicase con frecuencia para poder salir a cazar con él.

—Pero este lobo ha surgido de pronto en medio de la oscuridad —indicó Malcolm, asombrado—. Hasta mis mejores guerreros habrían tenido dificultades para hacer un disparo así.

Rob se encogió de hombros.

—Poseo bastante habilidad con el arco.

—Es evidente que tu padre te ha enseñado también a seguir pistas —observó Malcolm al comprender que era el muchacho quien lo había seguido. Contempló la forma sin vida del lobo—. Estoy deseando conocerlo cuando lleguemos a tus tierras. Quizá pueda ayudarme a adiestrar a otros.

—Está muerto. —El chico metió el arco en el carcaj—. Murió durante el ataque. —Su tono estaba desprovisto de toda emoción, pero sonó a acusación de todos modos. Dio media vuelta y emprendió el regreso al campamento.

—Rob.

Este se detuvo, pero no se volvió.

—Gracias.

Percibió la sorpresa del muchacho. Tal vez Rob pensara que la simple cortesía quedaba fuera de lo que cabía esperar del código de conducta del Lobo Negro; dado el comportamiento de Malcolm hasta aquel momento, el chico no tenía motivos para pensar otra cosa. Transcurrieron unos instantes de incómodo silencio.

—Vamos a pagaros bien por vuestros servicios, MacFane —dijo Rob por fin—. Procurad no terminar muerto antes de que os hayáis ganado la paga.

Y dicho aquello continuó en dirección al campamento, dejando a Malcolm a solas con el lobo muerto.

—Hoy vamos a aprender a atacar las zonas más vulnerables de un hombre. ¿Sabéis cuáles son?

Duncan, Andrew y Ariella intercambiaron miradas inseguras.

—¿El corazón? —sugirió Andrew.

—El corazón es vulnerable si se atraviesa con un arma —admitió Malcolm—. Pero me refiero a lugares que se pueden atacar sin un arma, y que pueden efectivamente dejar a un hombre fuera de combate.

—Los ojos —dijo Duncan.

—Exacto. —Malcolm procedió a hacer una demostración con Gavin—. Agarráis a vuestro oponente de la cabeza, así, y le hundís bien los pulgares en los ojos hasta que grite. Mientras está ciego, lo golpeáis con la frente en la nariz para rompérsela, y acto seguido levantáis una rodilla y le aplastáis las pelotas, con lo cual se derrumbará en el suelo. El truco consiste en asestar cada golpe en rápida sucesión, antes de que tenga oportunidad de recuperarse. Una vez que está en tierra, le propináis una patada lo más fuerte que podáis en la cabeza o en las costillas. Es mejor en la cabeza. Después le quitáis el arma y le rajáis la garganta o se la hundís en el pecho para cercioraros de que lo matáis, y no sólo de dejarlo herido. ¿Alguna pregunta?

Cuando levantó la vista descubrió que sus alumnos lo miraban con una expresión de mudo horror.

—¿Qué sucede?

—Es tan… tan violento —balbució Andrew.

—Por eso se llama pelear.

—Pero seguro que no es necesario recurrir a tanta brutalidad —protestó Duncan—. Ha de haber otras formas de tratar con un oponente.

—Podríais rogarle sencillamente que se fuera —ironizó Malcolm intencionadamente—. A mí no me ha parecido nunca que eso resulte muy eficaz que digamos.

Andrew movió la cabeza en un gesto negativo.

—No podéis esperar que Rob haga uso de métodos tan viles. Es sólo un muchacho.

—Es precisamente por él por quien sugiero estos métodos —afirmó Malcolm—. Rob es bajo y frágil, de modo que no puede vencer a un hombre hecho y derecho empleando tácticas que requieren fuerza. Pero sí puede sacar los ojos, morder, propinar rodillazos en las pelotas y tirar del pelo. Ésas son cosas que distraen al contrincante y nos permiten tener ventaja. Vamos, vosotros dos, empezad a pelear el uno con el otro —ordenó, señalando a Andrew y a Duncan—. Procurad no mataros de verdad. Rob, tú lucharás con Gavin.

Andrew y Duncan miraron a Ariella con el semblante tenso por el miedo.

Ariella no pudo reprocharles que se preocupasen por ella. Como querida hija del jefe MacKendrick que era, había sido educada gentilmente para llevar una

vida de elegancia y belleza. Su padre nunca había consentido que se expusiera al lenguaje soez ni a las malas maneras. Y, desde luego, jamás habría permitido que luchase con un hombre. Pero eso fue antes de Roderic, reflexionó Ariella gravemente, antes de que su padre fuera asesinado, su clan diezmado y aterrorizado, y su hogar saqueado.

Aquélla era una Ariella distinta.

—Muy bien —dijo. Enderezó los hombros y se encaminó hacia Gavin—. Vamos allá.

En el adiestramiento que siguió, Ariella fue tumbada de espaldas más veces de las que se molestó en contar. Aunque Gavin en ningún momento le hizo daño en serio, la trató con la misma naturalidad que uno emplearía al luchar con un chico de trece años. Por suerte, sus pequeños senos estaban firmemente sujetos contra el pecho, de modo que las raras veces que Ariella se vio aprisionada contra Gavin, éste no dio muestras de notar ninguna blandura indebida. Se suponía que no debían hacerse daño el uno al otro, pero los movimientos de Ariella eran espontáneos y carentes de control, por lo que en dos ocasiones golpeó a Gavin con más fuerza de la pretendida. El le aseguró que estaba perfectamente bien, pero a partir de entonces ella ajustó sus ataques y procuró golpearle con más suavidad. Duncan y Andrew parecían tener el mismo problema, ya que constantemente se detenían y se pedían disculpas el uno al otro mientras se frotaban una rodilla o una costilla contusas.

—Por el amor de Dios, ¿cómo pretendéis aprender a pelear si os detenéis cada vez que os hacéis un pequeño chichón? —rugió Malcolm en tono impaciente.

—Le he golpeado más fuerte de lo que debería —explicó Andrew al tiempo que dirigía a Duncan una mirada en la que le pedía disculpas—. Lo siento.

—Dile que lo sientes mucho después de terminar, ¡pero no te pares! Y en cuanto a ti —continuó, mirando ceñudo a Ariella—, he visto a niños de cuatro veranos de edad pelear con más convicción. Golpea a Gavin como si tu vida dependiera de ello.

—No quiero hacerle daño —objetó Ariella.

—No me harás daño, muchacho —le aseguró Gavin en tono jovial—. Adelante. Pega con todas tus fuerzas.

Ariella titubeó.

—Hazlo —ordenó Malcolm—, si no quieres que te pegue yo mismo. Y apuesto a que no seré contigo tan blando como ha sido Gavin.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Imagina que Gavin ha venido a atacar tu hogar —la instruyó Malcolm ásperamente—. Ya ha descuartizado a dos miembros de tu clan, y ahora está a punto de partirte a ti por la mitad con su espada. Cuando hayas muerto, saqueará tu casa, violará a las mujeres y los niños de tu clan y le prenderá fuego a todo. No tienes armas. ¿Qué vas a...?

La rabia invadió a Ariella mucho antes de que Malcolm hubiese terminado. Cegada por horribles recuerdos, se precipitó contra Gavin. Éste blandió la espada frente a sí, pero Ariella ya sabía cómo hacer frente a la hoja. Tomó un puñado de tierra y se la arrojó a Gavin a los ojos. Él parpadeó y sacudió la cabeza, y entonces bajó la espada, lo cual aprovechó la joven para golpearle con la rodilla en la ingle. Gavin soltó una exclamación de dolor y cayó de rodillas. Ariella, jadeando, se volvió para mirar a Malcolm.

—Muy bien —dijo Malcolm, ocultando su sorpresa—. Excepto que deberías haberle quitado la espada y atravesado con ella.

Gavin gimió.

—Creo que ya basta de adiestramiento por hoy —sugirió con voz ahogada—. El chico puede atravesarme mañana.

Malcolm sonrió.

—Ayuda a tu oponente a ponerse en pie, Rob. Me parece que el pobre Gavin ha descubierto que eres un adversario más formidable de lo que indica tu tamaño—. Y se alejó cojeando.

Ariella fue hasta Gavin y le ofreció una mano.

—Lo siento de verdad, Gavin —se disculpó—. No ha sido mi intención haceros daño.

—No pasa nada, chico —repuso él, incorporándose—. Ha merecido la pena.

Ariella frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Es lo más cerca que he estado nunca de verlo sonreír en años —contestó Gavin, con aspecto casi jubiloso—. Y sólo por eso, gustosamente te permitiría que volvieras a derribarme.

Una cálida luz le rozó la cara y lo hizo despertar. Allí estaba su conocido enemigo para saludarlo, punzando los músculos, agarrotando la espalda y los miembros. Pero sentía la cabeza extrañamente despejada, lo cual le permitió disipar el sopor del sueño a pesar del agotamiento. Abrió los ojos y frunció el ceño al ver la luz del sol que se filtraba por entre el ramaje, y se preguntó por qué no experimentaba la habitual neblina de todas las mañanas. Entonces se acordó de que la noche anterior no hubo vino; por eso estaba tan cansado. Había permanecido horas despierto sobre aquel suelo duro y húmedo, luchando contra el dolor mientras se esforzaba por entrar en el refugio del sueño.

Necesitaba encontrar pronto algo de beber.

El campamento estaba vacío excepto por el joven Rob, que se hallaba ocupado en disponer la primera comida del día. Malcolm observó cómo extendía con todo cuidado un paño sobre el suelo, estiraba las arrugas y ajustaba las esquinas. A continuación colocó encima una hogaza de pan, un pedazo de queso, algunos arenques secos y una jarra, además de unas cuantas tazas de madera. El chico

observó ceñudo el resultado, cortó el pan y lo repartió entre las demás viandas, concentrado en proporcionar un aspecto agradable a aquella comida. Seguidamente extrajo un pañuelo y secó el interior de cada taza. Estaba claro que los MacKendrick constituían un clan inusualmente meticuloso. Malcolm contempló la escena con impaciencia; mejor harían en emplear el tiempo convirtiendo a sus jóvenes en guerreros.

_¿Dónde están los otros? —inquirió al tiempo que se incorporaba.

Rob levantó la vista, sobresaltado.

—Esta noche llegaremos a mi casa —contestó, metiendo el pañuelo en su alforja—. Han ido al río a bañarse y a prepararse para la llegada.

Malcolm se estiró, lanzó un juramento por el dolor que le provocó aquel acto y después eructó sonoramente. Se sentó junto al paño extendido, cogió un trozo de pan y empezó a comer. En aquel momento Gavin, Duncan y Andrew regresaron del río, con las caras recién afeitadas y el cabello mojado. Malcolm contempló divertido las mejillas sonrosadas de Gavin. Hacía mucho tiempo que no veía a su amigo sin la sombra oscura de su barba crecida.

—Te hace varios años más joven —comentó secamente cuando Gavin se sentó a su lado—. Jamás diría que ya has rebasado los cuarenta.

Gavin se pasó la mano por la lisa mejilla.

—Siento curiosidad por ver qué aspecto tendrás tú bajo esa barba, amigo mío.

—No tengo intención de afeitarme —le aseguró Malcolm, estirándose para coger un pedazo de queso.

—¡Pero debéis hacerlo! —exclamó Rob.

Malcolm elevó una ceja.

—Lo que quiero decir —se apresuró a rectificar el muchacho— es que mi clan espera ansioso nuestro regreso con el poderoso Lobo Negro. Han oído contar relatos sobre vuestro excepcional coraje y sobre vuestra fuerza, y sobre las numerosas hazañas que habéis realizado a lo largo de los años. Esperan dar la bienvenida a un guerrero magnífico. De ningún modo podéis presentaros ante ellos con el aspecto de un…

-¿De un qué?—preguntó Malcolm en tono amenazante.

-De un guerrero que no ha tenido tiempo de bañarse —termino Duncan— Los MacKendrick somos muy puntillosos en cuestiones de higiene.

Malcolm dirigió una mirada sardónica a Rob.

—Y que lo digas.

—No lo somos tanto en lo que se refiere a los niños —puntualizo Andrew—. Sólo con los adultos y los guerreros.

—Ése es un problema vuestro —declaró Malcolm alzando los hombros—. No tengo la menor intención de bañarme ni afeitarme.

—¿Y cómo esperáis que mi clan os respete si llegáis con el aspecto de un salvaje mugriento? —exigió Rob en tono impaciente—. ¿Pensáis que van a creerse que sois el Lobo Negro?

Malcolm sintió cómo aumentaba su irritación.

—Pueden creer lo que les venga en gana si…

—Hoy va a hacer mucho calor —interrumpió Gavin en tono cordial—. Te vendría bien nadar un poco, Malcolm, antes de reanudar el viaje.

Malcolm miró ceñudo a su amigo, furioso de que este se hubiera puesto de parte de los otros. Nadie dijo nada en el silencio que siguió, pero Malcolm era muy consciente del escrutinio de desaprobación de todos los presentes.

—Muy bien —masculló al fin—. Me daré un maldito baño.

Poco después, Ariella vio a Gavin y Malcolm regresar del río La barba desalmada del Lobo Negro había desaparecido, dejando ver una mandíbula cuadrada y fuerte y unos pómulos bien formados. Estaba desnudo excepto por el raído tartán que llevaba envuelto con descuido alrededor de la cintura. Su pecho, sus hombros y su estómago mostraban una musculatura muy marcada, y aunque su cuerpo lucía muchas cicatrices, resultaba obvio que era un hombre de fuerza considerable. Tan sólo era el dolor, no la debilidad, advirtió Ariella, lo que limitaba sus capacidades. Su cabello de color castaño oscuro goteaba agua que caía en reguerillos sobre su pecho y sus hombros bronceados por el sol. Ariella contempló fascinada cómo aquellos hilillos resplandecientes se deslizaban por su cuerpo antes de desaparecer en el interior de la tela.

—¿Mejor? —preguntó Malcolm con acritud.

Ella afirmó con un gesto de cabeza.

—Tal vez tú también podrías probar a darte un baño, chico —sugirió— A lo mejor, con algo de jabón y un cepillo duro salía un poco de esa mugre.

—A mi clan no le interesa mi aspecto —replicó Ariella sucintamente—. Pero sí le interesará el vuestro. Ésa es la razón por la que debo cortaros un poco el pelo. Si me lo permitís —se apresuró a decir al ver que Malcolm volvía a apretar la mandíbula.

—Cuando le hayas cortado el pelo a Malcolm, puedes cortármelo a mi —dijo Gavin antes de que el otro tuviera oportunidad de reaccionar—. Después de vivir solos durante tanto tiempo, me temo que hemos descuidado nuestro aspecto. No queremos que vuestro clan piense que estamos sin civilizar. —Y dirigió una mirada elocuente a Malcolm.

—Date prisa en cortarlo, pues -<lijo Malcolm—. Estamos desperdiciando la mañana con estas tonterías.

Ariella fue a buscar el peine y las tijeras y procedió a cortar a conciencia el cabello del Lobo Negro. Una vez que hubo deshecho los enredos y eliminado un buen trozo, su cabello castaño oscuro comenzó a ondularse al caer sobre los

hombros. Él soportó sus atenciones sumido en un silencio hostil. Animada por su colaboración, aunque fuera de mala gana, Ariella le trenzó rápidamente un pequeño bucle a un lado. Después le puso un vendaje nuevo en el brazo herido y declaró que había terminado.

-Ahora ocúpate de Gavin, y partamos ya -dijo Malcolm cogiendo su camisa.

Ariella se fijo con repugnancia en la prenda sucia y gastada que tenía Malcolm arrugada en la mano.

-¿No tenéis nada mejor que poneros?

-Cuando salimos en vuestra busca, no esperaba necesitar un atuendo elegante –ironizó él

-Pero yo sí –Gavin fue hasta su caballo y extrajo varias prendas y un par de botas de su alforja-. Aquí tienes.

Malcom se quedó mirando la ropa, estupefacto. Procedía de su propio guardarropa de cuando era el jefe de los MacFane. Tras ser desterrado, abandonó sus pertenencias, aun cuando Harold le dijo generosamente que se llevara lo que necesitase. Era obvio que Gavin había sido más previsor. Pero ¿por qué había traído aquella ropa, se pregunto Malcom, cuando pensaban solamente cerciorarse de que los MacKendrick se encontraban bien y a continuación regresar a casa aquella misma noche?-

-Es una lástima que no se te haya ocurrido traer también más vino para el viaje -comentó en tono ácido.

Gavin se encogió de hombros.

—No había sitio suficiente.

Malcolm puso mala cara y dejo caer al suelo su tartán.

Con las mejillas ardiendo, Ariella se dio la vuelta.

-Si venís aquí, Gavin, os cortare el pelo.

No se dio ninguna prisa en llevar a cabo la tarea pues quería estar segura de que Malcolm estaba vestido antes de volver a mirar. Tras guardar de nuevo el peine y las tijeras en su bolsa, se giró con cautela.

El desconocido que estaba de pie frente a ella no guardaba semejanza alguna con el ermitaño borracho y sucio que había conocido cuatro días atrás. Este hombre estaba realmente espléndido con su camisa de color azafrán, su justillo de cuero y su magnífico tratan de colores marrón, verde y negro, que se había sujetado al hombro con un broche viejo y gastado. Un fuerte cinturón ceñía la espada a su cintura, y calzaba unas botas nuevas de piel de ciervo anudadas a las pantorrillas. Malcolm la contempló con calma, con sus ojos azules despejados y levemente burlones. Todo en él indicaba poder y seguridad, era la postura de un hombre que sabe que posee fuerza y que está preparado para esgrimirla. Aquél era el Lobo Negro del que le habían hablado Alpin y su padre; aquél era el guerrero que había mandado un ejército de un millar de hombres, que había protagonizado hazañas de inigualable valor, y que emergía ileso y victorioso de prácticamente todas las batallas.

Era una fantasía, se recordó Ariella amargamente. Aquel hombre era un borracho, y bajo aquellas ropas estaba todo sembrado de cicatrices. Y si diera unos pocos pasos, delataría la debilidad de su espalda y de su pierna. Pero en aquel momento, bajo el cálido resplandor del sol, Ariella se sintió cautivada por la figura gloriosa que ofrecía.

—¿Y bien? ¿Merezco por fin tu aprobación? —preguntó él en tono hosco.

Ariella se volvió, pues súbitamente cayó en la cuenta de lo sucia que llevaba ella la ropa, su cabello enmarañado, su piel cubierta de mugre. Por causa de aquel hombre no le quedaba más remedio que ofrecer aquel aspecto; por culpa de aquel hombre su hogar había sido atacado y ya no tenía la libertad de ser Ariella MacKendrick.

—En efecto —respondió, al tiempo que montaba su caballo—. Vamonos ya.

Clavó los talones en los costados de Shena y se alejó al galope, pues sentía la necesidad de distanciarse de Malcolm, por si acaso su odio afloraba a la superficie y se le ocurría devolver a aquel hombre al lugar donde lo había encontrado.

Era casi el crepúsculo cuando alcanzaron la frontera de los MacKendrick. Una cálida emoción la inundó por dentro al acercarse a su tierra. Nunca se había separado de su clan, y en aquel viaje llevaba ausente nueve interminables días. Su deseo de ver su hogar la hizo galopar por delante de los demás, buscando la soledad al divisar por primera vez su amado castillo y las alegres casas aldeanas que lo rodeaban.

Fue la primera en ver los cadáveres.

Yacían sobre la hierba que crecía en el prado situado junto al bosque. Los habría pasado de largo si no hubiera sido por el brillante destello amarillo que de pronto atrajo su mirada. Sintiendo curiosidad, sofrenó a su caballo y se dirigió hacia aquel lugar, preguntándose si alguien habría perdido una capa mientras iba de caza. Al acercarse más se dio cuenta de que aquella prenda amarilla era una camisa, y que cubría la espalda de un hombre que yacía boca abajo en el suelo. Había sido brutalmente apuñalado, y el estado del cadáver indicaba que llevaba algún tiempo muerto. Horrorizada, Ariella apartó la mirada de él, sólo para toparse con otro hombre tendido a pocos pasos de allí.

Guy y Marcus.

Desvió su caballo, y acto seguido se deslizó hasta el suelo y apoyó la frente contra el cuello de Shena, luchando por contener los sollozos que le subían desde la garganta.

—¿Qué sucede? —quiso saber Malcolm, acudiendo a su encuentro. Llegó hasta Ariella y desmontó todo lo rápido que le permitió su cuerpo—. ¿Te encuentras mal?

Ella tragó saliva y sacudió la cabeza negativamente. Sin mirar, señaló en la dirección de los cadáveres.

Malcolm fue a investigar, seguido de los demás.

—Son Guy y Marcus —dijo Duncan, impresionado—. Los mensajeros que envió el jefe de los MacKendrick a hablar con vos.

—Llevan unos dos meses muertos —observó Malcolm con expresión grave—. Quizá, cuando regresaron, se toparon con la banda de guerreros que estaba a punto de atacar vuestro clan. Los mataron para que no pudieran advertiros.

Un odio renovado invadió a Ariella. Dos muertes más a manos de Roderic.

—Tenemos que llevárnoslos con nosotros —dijo Andrew—. Necesitarán un entierro como es debido.

—No.

Los cuatro la miraron sorprendidos.

Atormentada por su propia decisión, Ariella intentó hacerlos comprender.

—Regresamos a nuestro clan con el poderoso Lobo Negro, que ha accedido a ayudarnos. Es causa de celebración, y nuestra gente ha esperado largamente este momento. No podemos llegar portando la prueba de más muerte y salvajismo.

—Pero no podemos dejarlos aquí—protestó Duncan—. ¿Los enterramos?

Ariella negó con la cabeza.

—Marcus y Guy merecen recibir un enterramiento decente en presencia de su clan y de su sacerdote. Los ocultaremos con una tela y los dejaremos dormir bajo las estrellas una noche más. Mañana, Andrew y tú volveréis aquí a recoger sus cadáveres. Así, todavía será tiempo de que el clan se entere de esta atrocidad.

Duncan y Andrew asintieron y fueron a buscar una manta.

Ariella se volvió hacia Malcolm.

—Será mejor que no digamos a los míos que ya no sois el jefe del clan MacFane. Eso daría pie a demasiadas preguntas y podría socavar el respeto que necesitáis para adiestrar a mi gente. —No le gustaba la idea de mentirles, pero sabía que tenía poco donde elegir.

Malcolm se encogió de hombros.

—Vais a pagarme por mis servicios, de modo que decid a vuestro clan lo que os apetezca.

—Iré yo delante, para anunciar nuestra llegada.

Ariella montó su caballo y cruzó al galope el prado en dirección a su casa, sintiendo sobre sí el peso del odio y de la pérdida.

Si MacFane hubiera conservado su puesto de jefe, aquello no habría pasado, reflexionó con amargura. Él habría aceptado la propuesta del padre de Ariella, habría reunido un grupo de guerreros y habría regresado con Guy y Marcus sanos y salvos. Habría dado muerte a Roderic, expulsado a sus hombres y continuado avanzando hasta el castillo de ella como el poderoso Lobo Negro, tal como había profetizado Alpin.

Pero echarle a él la culpa no logró atenuar el desaliento que se apoderó de ella al comprender lo que había hecho. Había ido a buscar al magnífico Lobo Negro para traerlo de vuelta a su clan como su nuevo jefe; y en lugar de eso regresaba con aquel patético guerrero, borracho y fracasado, que iba a adiestrarlos a cambio de oro.

En el momento en que su gente pusiera los ojos en él, cuestionaría el derecho que tenía ella a conceder a alguien los poderes de la espada.

Capítulo 3

-¡Han vuelto!

El anuncio reverberó en el aire cuando Ariella surgió del abrigo del bosque. Las gentes la saludaron con la mano mientras ella pasaba volando por delante de las casas de los aldeanos, y se apresuraron a coger a sus hijos y a subir por la verde colina que conducía al castillo, deseosas de dar la bienvenida al poderoso Lobo Negro.

Ariella no se detuvo, tan ansiosa estaba por advertir a Alpin y a los ancianos del estado de MacFane antes de que llegara éste. Al penetrar en el patio a caballo encontró su castillo todo alborotado. Por todas las puertas salía gente ajustándose a toda prisa los mejores vestidos y tartanes, mientras una fila de niños recibían un rápido lavado junto al pozo. En el centro del patio se había erigido un pequeño estrado, sobre el que había cinco hombres jóvenes tocando a pleno pulmón unas gaitas ribeteadas de franjas de tartán de vivos colores. Intentando hacerse oír por encima de aquel estruendo, vio un montón de gente que gritaba órdenes a un grupo de hombres situados en el tejado, que se esforzaban por bajar un enorme estandarte de oro. Cayó una soga y la tela se desplegó prematuramente, revelando un temible lobo negro que amenazaba a un corderillo blanco. Varias mujeres corrían de un lado para otro llevando fuentes repletas de pan, carne y fruta, y enormes barriles de vino y cerveza rodaban por el patio hasta un rincón en el que se estaban disponiendo decenas de copas sobre unas mesas. Por todas partes había artistas, unos haciendo malabarismos con pelotas de colores brillantes, otros recitando poemas, otros más realizando piruetas y andando sobre las manos. Nadie se percató de la presencia de Ariella, que pasó rauda, totalmente concentrados en practicar la parte que les tocaba en la inminente ceremonia.

Ariella se fijó en el miembro más anciano del consejo, que caminaba nervioso de un lado para otro, con su cabeza canosa inclinada en actitud de intensa concentración sobre una hoja de papel arrugada.

—¡Angus! —exclamó Ariella al tiempo que desmontaba.

—Ahora no tengo tiempo de hablar, muchacho, no tengo tiempo —murmuró Angus—. En cualquier momento llegará el Lobo Negro, y he de aprenderme de memoria este discurso.

—Angus, soy Ariella.

El anciano alzó la mirada, atónito.

—¿Qué haces vestida así todavía? Tu prometido va a llegar en cualquier momento. Date prisa y ponte un vestido, no hay necesidad de que sigas fingiendo ser un muchacho.

—MacFane no sabe que estoy viva, Angus —dijo Ariella con urgencia—. Debo hablar con Alpin y con el resto del consejo. He de hacerlos comprender que…

—Ariella, ¿eres tú?

Hacia ella venía Niall, con el semblante resplandeciente de alivio. Al oír la mención de su nombre, todo el mundo se detuvo de repente.

—¡Ariella! —exclamó Elizabeth, agitando la mano desde la ventana del segundo piso. Pero su sonrisa se esfumó al advertir su aspecto—. ¡Oh, cielos, tienes que cambiarte! ¡Aprisa, ven adentro!

Un grupo de mujeres acudió a conducirla hacia el castillo.

—No, esperad —protestó—. Antes debo hablar con vosotros…

—¿Cuánto falta para que llegue MacFane con su ejército, pequeña? —preguntó Dugald—. Los hombres de las torres no los han visto aún.

Ariella se volvió hacia el segundo hombre más anciano del consejo.

—Eso es de lo que tengo que hablaros…

—¿Por qué vas así vestida todavía? —preguntó Niall, frunciendo el ceño—. ¿Acaso MacFane no sabe quién eres?

Un torrente de ávidas preguntas ahogó el intento de Ariella de responder.

—¿Es tan poderoso como dicen?

—¿Manda un millar de guerreros?

—¿Ha realizado hazañas de gran fuerza durante el viaje?

—¿Vas a entregarle la espada inmediatamente, o vas a esperar?

Su gente se apiñaba en torno a ella, incapaz de contener la emoción, deseosa de saber más acerca del nuevo jefe.

—Dejadme verla.

Aquella orden dictada en voz baja tuvo el efecto silenciador de un poderoso trueno. La multitud que rodeaba a Ariella se abrió en dos para dejar espacio a Alpin.

—Ven aquí, pequeña.

Ariella obedeció. El anciano se apoyó pesadamente sobre su bastón y la examinó detenidamente con sus ojos negros, penetrantes y evaluadores.

—Así que —musitó al cabo de un momento— él no es lo que tú esperabas.

Ariella movió la cabeza en un gesto negativo.

—Y piensas que mi profecía se equivocó.

No respondió, renuente a mostrar desprecio por MacFane delante de su clan. Pero no importaba; Alpin era capaz de leer el pensamiento con tanta claridad como si se hubiera expresado en voz alta.

El anciano asintió.

—Veámoslo, pues —dijo en voz baja—. Veamos a esa bestia herida.

-¡Ya vienen! —gritó el joven Colín desde la torre—. Duncan, Andrew y dos más. ¡Se han adelantado al ejército del Lobo Negro!

—Escuchadme —rogó Ariella urgentemente, mirando a su gente—. MacFane no sabe quién soy. Cree que morí en el incendio, y debe seguir creyéndolo. Todos me trataréis como Rob, el muchacho, ¿entendido? Y cuando lo veáis, es posible que os deis cuenta de...

—¡Ya están aquí! —gritó Colín emocionado.

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, interrumpiendo lo que decía Ariella y precipitándose hacia delante para mirar.

Duncan, Andrew y Gavin fueron los primeros en penetrar en el patio. A continuación entró Malcolm, lentamente.

Venía a lomos de su magnífico caballo, y su enorme estatura empequeñecía a los demás jinetes. Observó con calma a la multitud reunida frente a él, exudando poder y seguridad. En aquellos instantes de silencio y expectación, tenía todo el aspecto del poderoso guerrero que había aguardado el clan con tanta ansiedad. Ariella no dijo nada, temiendo romper el hechizo que había envuelto a los suyos. Sabía que la impresión inicial de MacFane sería efímera.

Y el hecho de darse cuenta de ello la llenó de temor.

—¡Gaiteros, tocad! —ordenó Angus con un gesto de la mano.

Un profundo bramido llenó el aire. Los músicos habían compuesto una pieza especial en honor de la llegada de MacFane, y por lo visto al gentío le gustó tanto, que la tocaron dos veces. Cuando terminaron por fin, Angus subió al estrado.

—Yo, Angus MacKendrick, el miembro más anciano del consejo, os doy la bienvenida, MacFane, jefe del poderoso clan MacFane. —Miró su papel entornando los ojos—. Los MacKendrick nos sentimos profundamente honrados por vuestra presencia. Como sabéis, últimamente nuestras desgracias han sido numerosas. Las muertes de nuestro amado jefe y de miembros de nuestro clan han causado heridas que no sanarán fácilmente. Nos sentimos aliviados de que hayáis venido por fin, a protegernos, a guiarnos y, lo más importante, a desposar a nuestra amada...

—¡Gaiteros, tocad! —gritó Duncan.

Al instante, los músicos repitieron su eufórica composición y ahogaron eficazmente el resto del discurso de Angus. El anciano continuó hablando de todos modos, pero levantó los ojos varias veces con gesto confuso, sin saber cómo podría oírlo su público en medio de aquel estruendo.

La música terminó al fin, y Dugald subió lentamente al estrado para recitar un poema aparentemente interminable que había escrito sobre la historia del clan, y que comenzaba aproximadamente cuatrocientos años atrás. Cuando finalizó, el padre de Elizabeth, Gordon, se reunió con él sobre la plataforma para declamar otro poema acerca de las legendarias heroicidades del Lobo Negro. Después, saltaron al estrado cuatro malabaristas y dos volatineros, junto a los miembros del consejo, y empezaron a exhibir sus habilidades. Sus proezas eran cada vez más frenéticas e impresionantes, hasta que por fin gaiteros y poetas se vieron obligados a bajar del entarimado para no resultar heridos por alguna pelota perdida o algún pie suelto. La multitud aplaudió con gran entusiasmo, animándolos a continuar, cosa que hicieron. Luego, los gaiteros atacaron otra vez la nueva pieza que habían compuesto, y Dugald hizo una señal con la mano a los hombres que estaban en el tejado. El magnífico estandarte se desplegó una vez más, dejando ver la imagen del feroz lobo negro vigilando al corderillo blanco. La multitud estalló en vítores.

Ariella miró nerviosa a MacFane.

A primera vista, su rostro mostraba una aparente tranquilidad; pero al examinarlo más detenidamente percibió que tenía el cuerpo en tensión y las manos apretadas con fuerza. Era como si estuviera deseando girar el caballo y huir al galope de allí. Debería haberlo advertido, se dijo pesarosa; debería haberse imaginado que su clan prepararía una bienvenida espectacular para el hombre al que creían su nuevo jefe. Angus subió una vez más al estrado y levantó las manos, acallando por fin la música y el griterío.

—Tal vez MacFane desee decir algo. Venid, señor, unios a mí en esta plataforma y decidnos cuándo podemos esperar la llegada de vuestro poderoso ejército.

MacFane posó su mirada en Ariella, y ésta vio cómo ardía la tuna en lo más profundo de aquellos ojos azules.

«Díselo tú.»

—El ejército de MacFane está ocupado en otra misión en estos momentos —explicó Duncan—. Tardará algún tiempo en venir.

La multitud lanzó un suspiro de consternación.

—Y, por fortuna, tiene otras obligaciones que le impiden aceptar el puesto de jefe de nuestro clan —prosiguió, mirando nervioso a Ariella—. Pero le hemos explicado nuestra difícil situación, y ha accedido amablemente a ayudarnos.

—¿Cómo? —voceó Helen, la esposa de Gordon.

—Adiestrándonos para luchar —dijo Ariella—. No necesitamos que venga un ejército de forasteros a protegernos. Hemos de aprender a protegernos nosotros mismos.

Aquella afirmación fue recibida por murmullos de incredulidad.

—No somos un clan de guerreros, Rob —replicó Gordon, inexorable—. Lo que tú propones es imposible.

Dugald mostró su acuerdo con un gesto de cabeza.

—Necesitamos encontrar un gran ejército, y pronto, antes de que seamos atacados de nuevo.

La multitud expresó su aprobación con un murmullo.

—Un ejército no es algo tan fácil de encontrar —contestó Ariella—. Y no podemos esperar. Debemos aprender a pelear y a proteger lo que es nuestro, antes de que otros intenten arrebatárnoslo. MacFane ha mandado uno de los mejores ejércitos de toda Escocia. Ha adiestrado a más de mil hombres. Posee un gran conocimiento del uso de las armas y las fortificaciones. Hasta que encontremos un nuevo jefe con un ejército, nos pondremos bajo su supervisión y dejaremos que nos enseñe cómo protegernos mejor nosotros mismos.

Aquella proclamación fue recibida con un intranquilo silencio. Resultaba obvio que su gente no estaba de acuerdo con ella, pero tampoco deseaban insultar al Lobo Negro debatiendo la cuestión delante de él. La dejarían para discutirla en el consejo.

—Bien, MacFane —dijo Angus, recobrando la compostura—, os estamos agradecidos por ofrecernos generosamente vuestra ayuda.

Subid aquí conmigo, señor, y alzaremos una copa de vino para brindar por vuestra estancia entre nosotros.

Malcolm titubeó. No había esperado aquel derroche de adulación. Pero después de tan halagador recibimiento, de pronto descubrió que no deseaba revelar su debilidad delante de aquellas personas. La multitud aplaudió cortésmente mientras Angus aceptaba dos copas de vino de un sirviente y hacía un gesto a Malcolm para que se acercase. Comprendió que no tenía alternativa. Reunió coraje para hacer frente a la inevitable reacción y desmontó con dificultad, y acto seguido echó a andar, despacio y renqueante, en dirección al entarimado.

Un murmullo de sorpresa se extendió por entre los presentes. La ovación cesó, y el aire se llenó de susurros de desconcierto. Malcolm no hizo caso y continuó su lenta marcha, con paso inestable. Comprendió, furioso, que nunca debería haber venido. Aquellas gentes esperaban que llegase el poderoso Lobo Negro con su ejército y las salvase, y su decepción al comprender que él no traía consigo ningún ejército fue muy humillante. Pero cuando subió con desmaña al estrado, la pasmada conmiseración del público fue tan intensa, que no se creyó capaz de soportarla.

Angus lo miraba con expresión atónita, demasiado estupefacto para ofrecerle la copa que sostenía en la mano. Malcolm se volvió y recorrió la multitud con la mirada, respondiendo a su escrutinio con aparente serenidad. No pensaba permitir que vieran lo profunda que era su mortificación, juró para sus adentros. De hacerlo, revelaría otra debilidad más, y en aquel momento ya se sentía bastante humillado.

—¡No, Catherine! —exclamó de pronto una mujer de aspecto sencillo—. ¡Vuelve aquí!

Una preciosa niña de cabello de color castaño y unos siete años de edad se estaba abriendo paso por entre la multitud. No hizo caso de la orden y continuó avanzando hacia Malcolm con ojos muy abiertos y expresión grave. Cuando alcanzó la plataforma, extendió las manos en petición de ayuda para subir. Como no sabía qué otra cosa hacer, Malcolm la izó al estrado, a su lado.

—Me llamo Catherine MacKendrick —declaró la pequeña—. He hecho esto para vos. —Y le puso en la mano un bulto de tela arrugada.

Malcolm abrió el bulto de tela, y apareció un lobo toscamente bordado, con puntadas de hilo negro, bajo un salpicado de estrellas doradas. Debajo del lobo, dibujadas en letras infantiles, se leían las palabras «bien venido».

—Es precioso —murmuró.

Catherine asintió sin falsas modestias.

—Lo más difícil han sido las letras —lo informó, señalando con un delicado dedito- Tuve que hacer dos veces la segunda e, porque me había salido mucho más grande que la primera. -Examino su obra durante unos instantes, y luego frunció el ceno—, ¿os parece que ahora son del mismo tamaño?

—Son absolutamente idénticas —le aseguró Malcolm.

El ceño fruncido de la niña se transformó en una sonrisa.

—Qué bien. Quería que estuviera perfecto para vos.

Y, dicho aquello, deslizó su manita en la de Malcolm, como si percibiera lo mucho que él necesitaba un aliado.

Al ver a Catherine cogida de la mano del Lobo Negro, Ariella despejó todas sus incertidumbres. Había contratado a aquel hombre sabiendo exactamente cuáles eran sus limitaciones. Estaba allí para tratar de ayudarlos. No se hacía ilusiones de que pudiera convertir a los suyos en un ejército invencible, pero sí que podía enseñarles algo sobre defensa mientras ella continuaba buscando al adecuado portador de la espada. Una vez que encontrara a dicho hombre, pagaría a MacFane y lo despediría.

Era así de sencillo.

Subió al entarimado al lado de Catherine y contemplo a su gente con mirada solemne.

-Os pido que deis la bienvenida a Malcolm MacFane, el gran guerrero conocido como el Lobo Negro, y a su principal guerrero, Gavin. Ambos serán nuestros huéspedes de honor durante un tiempo. Durante su estancia, MacFane nos enseñará a defendernos Debemos cooperar con él en todos los sentidos, así podremos beneficiarnos de sus conocimientos y de su vasta experiencia.

Aquella proclamación fue contestada por el silencio.

-Así lo haremos -anunció Angus, mirando al clan con reprobación-. Haremos lo que sea preciso para hacer fuerte al clan MacKendrick. -Le tendió a Malcolm una copa de vino-. Bienvenido, MacFane —dijo alzando su copa.

Entre los presentes se oyeron unos cuantos «bienvenido» desinflados. Se veía a las claras que la gente estaba profundamente desilusionada por el hombre que había traído Ariella. Si bien se sentían aliviados de que ella no tuviera intención de convertirse en su esposa, no tenían fe alguna en que él fuera capaz de ayudarlos. Los miembros del clan comenzaron a dispersarse, pues ya no estaban de humor para mas celebraciones.

—Venid, MacFane —dijo Ariella—, vamos a enseñaros el castillo. Tal vez podáis decirnos cómo podemos reforzarlo.

Malcolm asintió, deseoso de escapar de las miradas de desilusión de los MacKendrick.

Ariella se inclinó y acarició la mejilla de Catherine con sus nudillos sucios.

—Ve con Agnes —le dijo suavemente a la niña—. Más tarde iré a verte y te contaré mi viaje.

Catherine le dio un abrazo y después se fue obedientemente a buscar a Agnes.

—Al parecer, te tiene mucho afecto —observó Malcolm.

—Es mi hermana —repuso Ariella, bajando del estrado—. Éste es Niall. Es el encargado de restaurar los daños causados en el castillo.

Era un hombre apuesto y de aspecto recio, que lo contempló con hostilidad mal disimulada. Cruzó los brazos por delante del pecho, lo cual le permitió a Malcolm ver las cicatrices de quemaduras que tenía en las manos.

—¿Cómo os quemasteis las manos?

—Se declaró un incendio en la torre sur —contestó Niall, adusto.

Malcolm observó los restos carbonizados de la estructura desmantelada, que estaban apilados en un rincón del patio. La torre nueva se estaba construyendo de piedra. El resto del salón era de piedra, razón por la que el fuego no se propagó a todo el edificio.

—Esa torre de madera debió de pertenecer a la parte más antigua del castillo —dijo pensativo—. A partir de ahora, todo debe hacerse de piedra.

—Gracias por tan brillante idea —ironizó Niall.

—Los atacantes entraron por las puertas —explicó Ariella cuando Gavin, Duncan y Andrew se reunieron con ellos—. Y después se extendieron por todo el castillo.

Malcolm alzó la vista hacia los barrotes de hierro suspendidos por encima de la entrada al patio.

—¿Cómo consiguieron atravesar la puerta?

—Ah, se limitaron a cruzarla a caballo —replicó Angus, como si la respuesta fuera obvia—. Esa abertura es más que suficiente para que pase un caballo.

—Quiero decir, ¿cómo consiguieron levantar la reja? —puntualizó Malcolm.

Angus y Dugald parecían desconcertados.

—Estaba cerrada, ¿no?

Dugald negó con la cabeza.

—Nunca se cierra.

—¿Por qué no?

—Las cadenas están muy oxidadas —explicó Gordon—. La última vez que la bajamos fue… dejad que piense… hace casi veinte años.

—Me acuerdo de eso —dijo Dugald con una risita—. Nos costó muchísimo volver a subirla, la maldita.

Malcolm los contempló con incredulidad.

—¿No habéis bajado la reja en veinte años?

Los tres miembros del consejo movieron negativamente las cabezas.

—No ha habido necesidad de hacerlo —explicó Dugald—. Somos un clan pacífico. Nadie nos molesta nunca.

—Hasta ahora —observó Gavin.

—Así es —convino Angus—. Hasta ahora.

Malcolm apartó a un lado el asunto de la reja por el momento y se puso a calcular la altura y la profundidad del muro que rodeaba el castillo. Era lo bastante alto, pero el parapeto que discurría a lo largo de la parte frontal resultaba ridículamente bajo, y no tenía almenas desde las que pudiera disparar un arquero.

—¿Por qué es tan bajo el parapeto?

—Por el paisaje —explicó Gordon—. Hemos subido bancos hasta ahí, ya que es un lugar maravilloso para sentarse a contemplar las montañas. Resulta ideal para componer música o poesía. Se puede ver prácticamente todo —le aseguró con entusiasmo.

—Lo cual significa que vuestros asaltantes pueden obtener un blanco perfecto al dispararos —señaló Malcolm, procurando ser paciente.

Dugald adoptó una actitud levemente ofendida.

—Nadie nos dispara nunca.

—Hasta ahora —dijo Gavin.

—Así es -—convino Angus, asintiendo—. Hasta ahora.

Quizá debiéramos enseñar a MacFane el interior del castillo —sugirió Ariella.

Malcolm los siguió hacia la entrada, donde los aguardaba una bonita joven de cabello color miel.

—Elizabeth, éstos son MacFane y el jefe de sus guerreros, Gavin —dijo Gordon—. Ésta es Elizabeth, mi hija.

—Sed bienvenidos, señores —murmuró ella con una ligera reverencia. Miró nerviosa a Malcolm, y después a Gavin. Éste sonrió, y la joven bajó las pestañas tímidamente.

El grupo avanzó hacia el interior del gran salón, un enorme espacio de piedra gris que contenía dos gigantescas chimeneas profusamente decoradas, una a cada extremo. Cuatro grandes ventanas arqueadas inundaban la estancia de luz. Sobre un extremo se extendía una galería para juglares construida de madera que alternaba en color claro y oscuro, donde había un hombre subido en una escalera reparando una parte dañada. En el centro de la sala se alzaba la mesa del jefe del clan, colocada sobre un estrado cubierto con un paño escarlata, y rodeada de una docena de mesas auxiliares. Sobre aquellas mesas descansaban varios montones de tela de colorido variado, que un grupo de mujeres estaban cortando y cosiendo. Otras estaban ocupadas con ruecas de hilar en los rincones, mientras que un pequeño grupo situado cerca de las ventanas trabajaba en intrincados tapices. El suelo estaba cubierto de juncos y hierbas aromáticas, que se mezclaban con el aroma de la carne asada procedente de la cocina situada más allá del salón. La estancia no era, ni con mucho, tan grande como había sido la suya, reflexionó Malcolm, pero resultaba mucho más luminosa y agradable.

—¿Qué están cosiendo todas esas mujeres? —preguntó, sintiendo curiosidad por su intenso trabajo.

—Están trabajando para reponer los estandartes y los tapices que robaron durante el ataque —explicó Niall—. Esperaban tenerlos terminados a tiempo para vuestra llegada con vuestro gran ejército.

El tono que empleó era abiertamente de desdén. Malcolm prefirió ignorarlo; era evidente que aquel hombre no estaba conforme con su presencia. Quizás, al igual que Rob, opinaba que él debería haber evitado la agresión a su clan.

Continuaron la visita, que incluyó la cocina, los almacenes del nivel inferior y las cámaras del superior. En todos los lugares a donde iban, encontraban miembros del clan tejiendo, pintando, tallando y reparando, en un afán de devolver al castillo su antiguo estado. En conjunto, la opinión que extrajo Malcolm del edificio resultó bastante crítica. No había sido construido como fortaleza, sino como un hogar de belleza y luz, con gran atención a los detalles estéticos y prácticamente ninguna atención a la defensa. Su exasperación fue en aumento cuando hizo ciertas sugerencias sobre cómo mejorar sus defensas y le contestaron que las rejas de hierro de las ventanas disminuirían la luz, o que la construcción de troneras en las torres dejaría pasar las corrientes de aire. Con todo, no pudo evitar admirar el inusual talento artístico de aquellas gentes. En todas las habitaciones se veían intrincados dibujos en la piedra de ventanas, chimeneas y puertas, además de elegantes artesonados de madera de agradable olor que cubrían los techos y prestaban calidez y belleza a cada estancia.

—¿Adónde conduce ese paso? —quiso saber, señalando una puerta terminada en arco y cruzada por una gruesa soga.

—Es la escalera que lleva a la torre sur —contestó Gordon—. Hemos puesto esa soga porque todavía la estamos reconstruyendo.

Malcolm arrugó la frente.

—Esta torre no es un punto de entrada —observó—. Si vuestros atacantes entraron por la puerta principal, como habéis dicho, ¿por qué prendieron fuego a esta torre?

Los MacKendrick se miraron unos a otros, inseguros.

—¿Había algo en esa torre que quisieran destruir?

Nadie le respondió.

—Si he de ayudaros, necesito saber qué sucedió en ese ataque —insistió, exasperado—. ¿Por qué incendiaron los guerreros lo que intentaban capturar?

Fue Rob quien habló por fin.

—Esa torre albergaba las habitaciones de la hija del jefe de los MacKendrick —explicó—. Si el cabecilla de los guerreros la hubiera obligado a casarse con él, el clan no habría tenido más remedio que aceptarlo como jefe, porque ella habría proporcionado el lazo de sangre con nuestro jefe anterior. Eso habría declarado a su hijo como siguiente heredero por linaje.

—Lo que me estás diciendo no tiene sentido —discutió Malcolm, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué iba a querer ese hombre quemar la torre si necesitaba a la joven para desposarla?

—No fue él quien la quemó —dijo Niall—. Después de haber herido de muerte a nuestro jefe y de haber matado a muchos, encerró en ella a Ariella. Después, juró asesinar de uno en uno a los hombres del clan hasta que ella accediese a casarse con él. Ariella prefirió morir abrasada antes que exponer a su gente a la brutalidad de aquel guerrero.

Malcolm miró fijamente a los ancianos.

—¿Se suicidó?

Los miembros del consejo desviaron la mirada, lo cual indicaba claramente que les resultaba demasiado doloroso hablar de aquel tema.

—Ya he visto bastante —dijo Malcolm, horrorizado por aquella inesperada revelación—. Quisiera descansar un rato.

Lo condujeron pasillo abajo hasta una cámara enorme. Allí había una cama grande y bellamente tallada que relucía debido al aceite recién aplicado, cubierta por una suave manta de tartán en colores dorado y carmesí. En la habitación destacaban también una hermosa mesa y dos sillas colocadas junto a la chimenea, un arcón, un lavamanos de piedra que estaba incorporado a la pared y desaguaba al exterior, y una puerta que conducía a un guardarropa. A diferencia del resto del castillo, los muros de aquella cámara estaban cubiertos de magníficos tapices, cada uno de los cuales representaba el relato de una de las hazañas del Lobo Negro. Malcolm se acercó a la ventana y contempló incómodo el valle y los bosques.

Sabía que no era digno de aquel alojamiento.

Ariella notó cómo la invadía la rabia al examinar el nuevo mobiliario de la cámara de su padre. Su clan la había preparado con sumo cuidado para el hombre que suponían que iba a ser su jefe. Pero MacFane no era aquel hombre; era el hombre que no había acudido cuando más lo necesitaban. Y ahora estaba allí en calidad de guerrero contratado, nada más. No merecía el honor de dormir en aquella habitación.

Lanzó una mirada a Niall, y la actitud hostil de la mandíbula de éste le dijo que estaba pensando lo mismo que ella.

—Ésta era la habitación del jefe de los MacKendrick —empezó

Ariella, haciendo un esfuerzo por mantenerse en calma—. No creo que…

—Se quedará aquí.

En el umbral apareció Alpin, observando fijamente a Ariella, con su marchito semblante sereno pero decidido.

—Muy bien —dijo ella. Dirigió una mirada reprobadora a MacFane, en la cual, sin decir palabra, le indicaba que no tenía derecho a ocupar aquella cámara. A continuación se marchó, incapaz de soportar un minuto más en su presencia.

—Debéis perdonar al muchacho —dijo Angus—. Quería mucho al jefe MacKendrick.

Malcolm asintió.

Dugald señaló con un gesto a la frágil figura que había entrado en la habitación. Iba envuelta en una voluminosa túnica de color zafiro ribeteada de oro, y se inclinaba pesadamente sobre un alto cayado.

—Éste es Alpin. Es nuestro vidente.

Malcolm enarcó una ceja en actitud escéptica al ver aquel espectro de cabellos blancos, preguntándose qué fantasías habría contado a aquella gente para hacerlos creer semejantes bobadas.

Alpin rió con suavidad.

—MacFane no cree en los videntes —los informó—. Pero sí creéis en el poder del destino, ¿verdad, señor?

Sus ojos negros centellearon, conocedores, en contraste con los pliegues de su carne cenicienta, lo cual indicaba que en el interior de aquel cuerpo extraordinariamente envejecido habitaba una mente activa.

—Hay cosas que suceden que quedan fuera de nuestro control —repuso Malcolm—. Si algunos desean llamar destino a eso, que así sea.

—Pero también hay cosas que suceden porque nosotros lo permitimos, ¿no es verdad, MacFane? —exigió Alpin—. ¿Cosas que quedan dentro de nuestro control?

—Por supuesto. Gran parte de las acciones de un hombre determinan su futuro.

Los chispeantes ojos de Alpin se entornaron.

—O lo encadenan al pasado. —Agitó la mano y rió de nuevo, rompiendo la quietud de aquel momento—. ¿Os gusta vuestra habitación, MacFane? ¿Es esa mesa lo bastante grande para que resulte cómoda para vuestra inusual corpulencia?

Malcolm miró la mesa sin interés.

—Estoy seguro de que es más que…

Pero frunció el ceño.

Sobre la mesa descansaba una estatua que no recordaba haber visto antes. Era la cabeza de una mujer joven, esculpida con reverencia en una luminosa piedra de color gris. Poseía rasgos delicados, casi infantiles, y sin embargo Malcolm supo que no era una niña. Sus ojos eran grandes, sus pómulos altos, su nariz pequeña y recta. Tenía los labios suaves, incluso en piedra, y la barbilla sobresalía ligeramente hacia delante, una actitud de desafío, o tal vez juguetona, que sugería que la tarea de sentarse frente al escultor le había resultado más bien aburrida. Experimentó una extraña e instantánea afinidad con ella, como si fuera una antigua amiga, y sin embargo sabía que no podía conocerla. Su cabello caía en largos bucles que le enmarcaban el rostro y le llegaban hasta los hombros. Malcolm se sorprendió a sí mismo contemplando extasiado el color y el peso de aquel cabello, y preguntándose qué sensación causaría hundir la mano en aquella masa sedosa, si no fuera de piedra.

—¿Quién es? —inquirió.

—Ésa es Ariella —respondió Alpin en voz baja—. La hija del jefe de los MacKendrick.

—Nuestro jefe ordenó que esculpieran esa estatua hace poco más de un año —dijo Gordon—. Era una de sus posesiones favoritas. —Su frente se arrugó por la confusión—. Creía que había sido robada durante el ataque —comentó, mirando con intención a Alpin.

Ariella. La muchacha con quien se suponía que iba a casarse. La muchacha que esperaba verlo llegar con su gran ejército, segura de que la rescataría a ella y a su clan de la brutal agresión que estaban sufriendo. ¿Cuánto tiempo lo habría esperado, se preguntó Malcolm, antes de prender fuego a su habitación? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Cuánto tiempo habría aguardado asomada a la ventana, con la vista fija en el horizonte, atenta a alguna señal del Lobo Negro? ¿Una hora? No, no pudo ser una hora, comprendió con gravedad; el cabecilla de los agresores había asesinado a su padre y amenazado con matar uno por uno a los miembros de su clan hasta que se sometiera a él. La mujer que tenía ante sí no habría esperado una hora para suicidarse. Lo habría hecho de inmediato, rezando para que su muerte sirviera para ahorrar una vida.

Creía que se había endurecido ante el tormento de la culpa. Lo había soportado durante tanto tiempo, que ya creía que nada podría hacerlo sufrir más en lo que respectaba a sus fracasos. Pero al mirar fijamente aquella hermosa muchacha que se había entregado a las llamas por su clan, al instante lo engulló una oleada de asco por sí mismo que lo privó de toda capacidad de habla. Peor

aún fue saber que no había nada que pudiera haber hecho para evitarlo. Si hubiera llegado antes del ataque para aceptar la oferta, los MacKendrick simplemente se habrían echado a reír y lo hubieran rechazado.

Igual que se habían sentido tentados de hacerlo hoy.

Todo el mundo lo estaba mirando, preguntándose qué correría por su mente. Era obvio que no creían que hubiera nada que él pudiera hacer por ellos. Esperaban un guerrero poderoso y un ejército, y en vez de eso lo único que habían encontrado era él. Sabía que no podía convertir aquel clan de poetas y cantores en un ejército, pero como mínimo podría mejorar sus fortificaciones. Nadie volvería a encontrar aquella plaza tan fácil de atacar. Le debía eso al jefe de los MacKendrick y a su hija, al menos.

—Venid —dijo súbitamente, al tiempo que se dirigía cojeando hacia la puerta, haciendo caso omiso del dolor de la espalda y de la pierna—. Deseo hacer una visita a la muralla exterior.

* * *

La luz amarilla y parpadeante de las ahumadas antorchas arrojaba un suave resplandor sobre los comensales. El clan entero había sido invitado a cenar aquella noche en el gran salón, y a compartir la comida y la bebida que se habían preparado para el ejército del Lobo Negro. Los hombres llegaron ataviados con sus mejores camisas y tartanes, las mujeres con sus mejores vestidos, y pese a la desilusión por el guerrero con el que había regresado Ariella, el estado de ánimo era en general alegre. Era como si su gente necesitara desde hacía tiempo un motivo para dar una fiesta, y aunque aquél no fuera el gran momento que habían previsto, se sentían ansiosos por aprovecharlo. Los músicos tocaban gaitas y arpas desde la galería situada en lo alto, mientras que diversos malabaristas, contorsionistas y bailarines se movían por el salón. MacFane estaba sentado a la mesa del señor del clan, muy propio en su papel de huésped de honor, con Gavin, los miembros del consejo, Niall, Alpin y Rob. Antes de que él entrara en el salón, Ariella había protestado con vehemencia por la disposición de los asientos Ya le había resultado muy doloroso verlo de pie en la cámara recién restaurada de su padre, como si tuviera derecho a estar allí, y ahora no tenía ninguna gana de sentarse a su lado, de modo que pidió ocupar otra mesa. Pero Alpin se negó y no le dejó alternativa.

—¿Es que no te lavas nunca? —le dijo MacFane cuando se acerco a la mesa.

—Si no os gusta, sentaos en otra parte —replico ella en tono desabrido.

Angus, Dugald y Gordon levantaron la vista de sus platos, sorprendidos, pues no estaban acostumbrados a oír a Ariella hablar de aquella forma.

—Rob lleva mucho tiempo siendo ajeno al agua y al jabón —declaró Alpin en tono jovial—. Esperemos que con el tiempo vaya superando esa aversión.

Ariella concentró la mirada en su comida con gesto hosco. Por culpa de MacFane tenía que lucir aquel aspecto. Si se lavara siquiera un poco, era posible

que él notase que sus facciones eran más femeninas que típicas de un muchacho. No podía arriesgarse a que un forastero descubriera que no había muerto en el incendio. Se dijo a si misma que no le importaba un comino su apariencia; pero aun así, se sintió extrañamente fuera de lugar allí sentada en compañía de los de su clan, que estaban todos recién lavados y vestidos con sus mejores galas.

MacFane se había traído consigo papel, tinta y una pluma, y durante la comida ignoró descortésmente a todo el mundo y no dejó de tomar notas. Angus, Dugald y Gordon se sentían confusos por su comportamiento, que resultaba claramente impropio de un huésped de honor. En varias ocasiones intentaron entablar conversación con él, pero sólo les contestó con un gruñido distraído, hasta que por fin renunciaron. Sin embargo, Gavin estaba deseoso de divertirlos con relatos de las aventuras vividas con MacFane. Cada relato era más increíble que el anterior, hasta que Ariella comenzó a preguntarse, irritada, si habría algo de verdad en todas aquellas historias. Varias veces Malcolm levantó la cabeza y frunció el ceño, pero Gavin continuó hablando, feliz y sin preocuparse del hecho de que estuviera molestando a su amigo.

Antes de que terminase la comida, Malcolm dejó la pluma y se levantó de la mesa. En aquel momento se hizo el silencio en el salón.

—Mañana empezaremos el adiestramiento y las obras para fortificar este castillo —anunció—. Se dividirá a los hombres en grupos para que unos puedan trabajan mientras otros se adiestran. Cada día habrá cuatro sesiones de adiestramiento, y todos los hombres deberán asistir por lo menos a una sesión.

—¿Y las mujeres?

Malcolm miró perplejo a Rob.

—¿Qué ocurre con ellas?

—Las mujeres también deben recibir instrucción —dijo el chico—. Necesitan saber defenderse solas si son atacadas.

—Desde luego que no —afirmó Malcolm en tono tajante—. No pienso dejar que las mujeres participen en la guerra.

—Los hogares atacados son tan nuestros como lo son de los hombres —arguyó Helen—. Necesitamos aprender a ayudar.

—Estás diciendo tonterías, mujer —dijo Gordon—. Una mujer no puede luchar contra un hombre. Cállate y deja que continúe MacFane.

—No son tonterías —protestó Rob—. Cuando volvíamos hacia casa, MacFane dedicó un rato cada día a adiestrarme a mí. Como soy pequeño, me enseñó métodos que no requieren una gran fuerza.

—Enseñar a un jovenzuelo duro y rabioso es cosa muy distinta de enseñar a una mujer suave y delicada —señaló Malcolm—. Yo nunca esperaría de una dama que atacase a un hombre tal como te he enseñado a ti. Queda descartado. Bien, mañana por la mañana se dividirá a los hombres…

—Si Rob ha podido hacerlo, también puedo hacerlo yo —anunció Elizabeth, poniéndose de pie para que la vieran.

—Elizabeth MacKendrick, te ordeno que se sientes y dejes de avergonzarme delante de este clan —tronó Gordon.

—No, padre —replicó ella moviendo la cabeza en un gesto negativo—. Tú me has enseñado a discutir por aquello en lo que creo. Pues bien, creo que debo ayudar a luchar si nos atacan de nuevo.

—Y yo también —afirmó una bonita joven pelirroja que se levantó igualmente de su mesa.

—¡Siéntate, Meagan! —ordenó su sorprendido padre, que poseía el mismo color de pelo. La joven palideció considerablemente, pero permaneció en pie.

—Y yo —exclamó otra mujer.

—Y yo.

—Y yo.

Malcolm recorrió el salón con la mirada, atónito, mientras todas las mujeres, incluidas las de cabello gris y rostro surcado de arrugas, se levantaban y se unían al resto. Jamás había visto mujeres deseosas de pelear. Quizá, reflexionó, se estaba precipitando en desechar la idea. Los hombres MacKendrick eran menos de ciento cincuenta, y en aquel número se incluían los ancianos como Angus y Dugald, que eran demasiado viejos para blandir una espada. Aquel número tan insignificante prácticamente los condenaba a la derrota si eran atacados incluso por un ejército modesto. Si agregaban las mujeres a aquel contingente, tal vez lograran inclinar la balanza a su favor en caso de asalto.

—No es necesario que les enseñéis todo lo que me habéis enseñado a mí —señaló Rob—. Pero tienen derecho a aprender algún modo de defenderse. Y dado que las mujeres pueden ser arqueros tan buenos como los hombres, deberían adiestrarse en el uso del arco. Eso permitiría que hubiera más hombres sobre el terreno luchando con espadas.

De mala gana, Malcolm reflexionó sobre la lógica del argumento del chico. La idea de que las mujeres tomaran parte en la guerra no le gustaba nada, pero Malcolm conocía muy bien las atrocidades especialmente repugnantes que se cometían con las mujeres durante un ataque. Las mujeres de su propio clan no supieron cómo protegerse el día en que él las dejó, imperdonablemente, tan vulnerables. Rob tenía razón, comprendió, ahogando sus recuerdos. Aquellas mujeres tenían derecho a saber devolver los golpes.

—Muy bien —cedió—. Toda mujer mayor de quince años que desee ser adiestrada para defenderse participará en una sesión aparte, que correrá a cargo de Gavin. ¿Os resulta satisfactorio? —preguntó, mirando a Elizabeth.

Un rubor rosado coloreó las mejillas de la joven.

—Sí —respondió, de pronto tímida e insegura. Bajó la mirada y ocupó su asiento, desconcertando a Malcolm por aquel cambio de actitud.

—Mientras un grupo esté adiestrándose, los otros trabajarán en el reforzamiento del castillo —prosiguió Malcolm, consultando sus notas—. En primer lugar, el parapeto debe subirse hasta una altura de seis pies…

—¡Pero eso ocultará el paisaje! —explotó Dugald, claramente horrorizado.

—Seis pies —repitió Malcolm con firmeza—, con merlones y almenas a intervalos regulares de tres pies. Eso permitirá a los arqueros disponer de un escudo para recargar las armas. Se ha de forjar un rastrillo nuevo, que se levantará y se bajará mediante cadenas bien engrasadas. Cuando esté bajado, se fijará con dos fuertes barras de hierro que se introducirán en el muro de piedra a cada lado de la entrada. Además, se construirá una gruesa puerta de roble enfrente del rastrillo, que también se fijará con dos trancas de hierro.

—Eso es un desperdicio de tiempo y de madera —declaró Niall con desdén—. Si tenemos un rastrillo, no veo para qué necesitamos también una puerta de madera.

—No existe ninguna puerta que sea impenetrable —explicó Malcolm, procurando no hacer caso del desprecio que destilaba el tono del joven—. Pero si conseguís frenar un ejército atacante a las puertas del castillo, eso os dará tiempo para prepararos mientras les lanzáis a la cabeza una lluvia de flechas, rocas, agua y aceite hirviendo.

—¿Ha dicho aceite hirviendo? —preguntó Angus con el ceño fruncido, llevándose la mano a la oreja.

—Transformaréis no menos de cuatro ventanas de cada torre en estrechas saeteras desde las que puedan disparar los arqueros —continuó Malcolm—. Detrás de la saetera se construirá un recinto, lo bastante grande para dos hombres, en el que haya espacio suficiente para apilar un suministro de flechas.

—En las torres hay dormitorios —protestó Dugald—. No hay espacio para esos espacios para arqueros de los que habláis.

—Vuestras torres han de ser para defensa, no dormitorios —lo informó Malcolm—. Si deseáis seguir durmiendo en ellas, deberéis aprender a vivir en un espacio más pequeño.

Dugald miró perplejo a Angus.

—Va a convertir nuestras cámaras en despensas de armas.

—La base de vuestra muralla es perpendicular al suelo, lo cual significa que, durante un asedio, un ejército atacante puede abrir fácilmente una abertura a través de la piedra, o bien cavar un agujero por debajo —prosiguió Malcolm—. Ampliaréis esa base de manera que forme un terraplén adicional de tres pies. Con ello, los zapadores tendrán que realizar su labor más lejos del muro, lo cual los dejará más expuestos a las piedras que les arrojaréis desde las almenas.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? —exclamó un hombre de abundante barba desde una mesa cercana—. Está diciendo que debemos aplastar a un hombre con una piedra, como si fuera un insecto.

—Tengo otros planes para la fortificación de vuestro castillo, pero pueden esperar —terminó Malcolm al tiempo que enrollaba el papel en que había tomado las notas—. Por ahora, os concentraréis en el rastrillo, la muralla y las torres. Quienes no estén trabajando en eso se dedicarán a adiestrarse o a fabricar armas. Necesitáis contar con un amplio arsenal de arcos, flechas, espadas, hachas, puñales, lanzas y escudos. También debéis hacer acopio de grandes cantidades de alimentos para almacenarlos en caso de un asedio. Muchas fortalezas han permanecido inexpugnables a todas las armas excepto la del hambre.

El clan entero lo miraba boquiabierto, abrumado.

—Os reuniréis en el patio con las primeras luces, para que yo pueda separaros en grupos y organizar vuestro trabajo y vuestro adiestramiento. Traed vuestras armas y todas las piezas de armadura que tengáis. Hasta entonces, os sugiero que durmáis un poco. Mañana va a ser un día muy largo.

Se inclinó y susurró al oído de Gavin la necesidad que tenía de beber. Acto seguido, se dirigió hacia la escalera. Intentó salir del salón con el mismo poder y seguridad que había demostrado durante su discurso, pero el dolor de la pierna venció todo intento de controlar la cojera. Consciente de tener las miradas de todos fijas en él, atravesó la estancia despacio, con rígida dignidad, preguntándose si sería lástima o desprecio lo que mantenía tan callado a su público.

El corredor al que daba la cámara de MacFane estaba vacío cuando Ariella llamó con los nudillos a la puerta de roble macizo.

—Adelante.

Malcolm se levantó de la silla cuando se abrió la puerta, mostrando una agilidad de movimientos que ella no había visto antes. Al ver que se trataba sólo de Rob, gruñó y volvió a derrumbarse en su silla abandonando todo fingimiento. Tomó la jarra que había sobre la mesa y bebió un buen trago, sin hacer caso del vino que goteó sobre la fina tela de su camisa. Después observó a Ariella con cansada indiferencia, con párpados pesados y ojos sin expresión. ¿Dónde estaba el experto jefe militar que se había erguido frente a su clan y descrito con todo detalle lo que había que hacer para transformar el castillo en un lugar seguro? Allí estaba otra vez el tullido atenazado por el dolor, dependiente del alcohol. Ariella se regañó a sí misma por haber caído víctima de la ilusión efímera que él había creado. ¿Cuántos más habían creído en él durante aquel breve instante, antes de que él les recordase su decrepitud cruzando renqueante la sala?

—¿Qué diablos quieres? —le espetó.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó con naturalidad contra la puerta.

—No deberíais beber tanto mientras estéis aquí, MacFane. Si mi clan os ve borracho, no os respetará.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco me respetan ahora —observó con gesto sombrío.

—Os juzgan por los relatos de vuestro pasado. —Ariella posó la vista en el tapiz que colgaba de la pared de detrás de la cama. Representaba al Lobo Negro conduciendo una pequeña banda contra un ejército de guerreros Munro, que estaban atacando salvajemente una aldea. Gavin había narrado aquella historia durante la cena, sin saber que los presentes ya la conocían. Su mirada volvió a fijarse en el borracho sentado en la silla, que se compadecía de sí mismo—. Si queréis que os respeten, demostradles que lo merecéis.

Él bebió otro trago de vino y contempló inexpresivo la llama de la vela que ardía sobre la mesa.

—Me importa un comino que me respeten o no.

—No podéis adiestrar a unos hombres que no os respetan.

La expresión de Malcolm demostró incredulidad.

—¿De verdad crees que puedo convertir en guerreros a esos músicos, poetas y malabaristas? —Soltó una áspera carcajada—. Tu gente son como niños. No entienden lo que hace falta para luchar contra un ejército invasor. Se preocupan por cosas como que no se pueda ver el paisaje, que ocupe espacio un arquero o lo desagradable que va a ser para su enemigo verse aplastado por una piedra. —Se recostó en la silla y cerró los ojos, con la jarra de vino en el regazo—. La próxima vez que os ataquen, rendios de inmediato y acabad de una vez. Por lo menos, así nadie resultará herido.

Ariella se acercó hasta quedar frente a él, con las manos cerradas en dos puños.

—Os equivocáis, MacFane —dijo con frialdad—. El solo hecho de que tengamos talento para la música y para la escultura no significa que no podamos aprender a utilizar las capacidades necesarias para defendernos. Y el hecho de que nos produzca placer un cielo hermoso, o que sintamos compasión por otra persona, no nos hace débiles, sino plenos y fuertes. Pero, naturalmente —terminó en un tono teñido de desprecio—, como estáis tan obsesionado por vos mismo, ¿cómo vais a entenderlo?

Aquel insulto lo obligó a abrir los cansados párpados. Los ojos de Rob ardían con una furia que Malcolm encontró desconcertante en un simple muchacho de trece años.

—Se os ha contratado para que nos enseñéis a defendernos solos, y se os pagará bien por tomaros esa molestia —continuó el muchacho con ardor—. Ya que habéis ordenado a todo el mundo que esté reunido con las primeras luces, os sugiero que dejéis de beber y durmáis un poco. Vendré a despertaros por la mañana.

—Puedo despertarme perfectamente solo —exclamó Malcolm.

—Desde luego, pero no al amanecer —se burló Rob.

La puerta se cerró de golpe antes de que Malcolm pudiera seguir discutiendo. Con la mente nublada por el alcohol, bebió un trago más y apartó de su cabeza a

aquel joven insolente. Su vista se posó en el tapiz que colgaba de la pared; el Lobo Negro derrotaba a un ejército de cincuenta guerreros con sólo diez hombres. Lo contempló súbitamente fascinado, preguntándose si de verdad había llevado a cabo tan increíble proeza. No se acordaba. Deprimido por no poder recordar aquel hecho, se levantó pesadamente de la silla y apagó las velas para dejar el tapiz sumido en la oscuridad.

A continuación se desmoronó sobre la cama y se terminó el vino, preguntándose con amargura si todas las historias que contaban de él serían tan exageradas, si ninguna era ya cierta.

Capítulo 4

Su puño golpeó contra la oscura hoja varias veces. Por fin alzó el pestillo de un tirón y empujó la puerta, preparada para arrastrar a MacFane fuera de la cama si fuera necesario.

Pero no estaba allí.

Con el ceño fruncido, Ariella recorrió el pasillo. Tras cada puerta que iba pasando se oían bostezos amortiguados y el chapoteo del agua. Abajo encontró a Duncan y a Andrew cogiendo un pedazo de pan de una mesa y corriendo al exterior. Los siguió hasta salir a la luz neblinosa de primeras horas de la mañana, y vio al resto del clan bostezando y arreglándose la ropa soñolientos, reunidos delante de MacFane.

Malcolm estaba sentado en el lomo de su poderoso semental negro, observando con calma cómo iban apareciendo lentamente los MacKendrick. Una vez más aparecía vestido con su tartán pulcramente colocado, su justillo de cuero aceitado y su camisa azafrán que no mostraba rastro alguno del vino que había derramado descuidadamente encima la noche anterior. Su cincelado rostro se veía recién afeitado, su cabello negro peinado, su porte totalmente sobrio y despierto. Si acaso, parecía estar mucho más despejado que su propia gente, que no estaba acostumbrada a darse cita a aquella temprana hora y que claramente aún sufría los efectos de las alegrías de la víspera Ariella lo observó confusa, incapaz de comprender como habría conseguido levantarse y estar listo tan temprano cuando la noche anterior estaba borracho como una cuba; durante el viaje de regreso. MacFane siempre había sido el último en levantarse. En aquel momento se acercó Gavin a caballo hasta él, y la respuesta se aclaró de pronto: MacFane no se había levantado sin ayuda. Su amigo lo había despertado temprano para que el orgulloso Lobo Negro no se humillara aún más delante del clan.

—Es un hombre muy apuesto, ¿verdad?

Ariella miró perpleja a Elizabeth.

—Jamás hubiera imaginado que ibas a sentirte atraída por alguien de aspecto tan rudo.

—A mí no me parece rudo en absoluto —replicó Elizabeth con ojos soñadores—. Opino que tiene un rostro amable, gentil... sobre todo cuando sonríe.

Ariella volvió a centrar su atención en Malcolm, maravillada. Mostraba una expresión de aplomo, pero incluso en calma sus rasgos eran duros y profundamente marcados. Era el semblante de un hombre que no ha encontrado placer en la vida, y no revelaba el menor rastro de dulzura.

—¿Lo has visto sonreír?

—Naturalmente —le aseguró Elizabeth—. Sonrió cuando nos presentaron, y casi se me paró el corazón. Luego sonrió a menudo anoche, durante la cena, y cada vez que lo hacía tuve la sensación de no poder volver a respirar. —Se llevó una mano a la garganta y suspiró.

—Estás imaginando cosas, Elizabeth —le dijo Ariella, meneando la cabeza—. Yo he viajado con ese hombre durante tres largos días, y te prometo que MacFane no sonríe nunca.

De la garganta de Elizabeth surgió una burbujeante risa de sorpresa.

—No estoy hablando de MacFane. Estoy segura de que ése no sonríe jamás, sobre todo desde que le destrozaron el cuerpo esas horribles heridas. Me refiero a su principal guerrero, Gavin.

Una punzada de irritación perforó a Ariella al oír semejante descripción de MacFane. Se apresuró a ahogarla, preguntándose por qué tendría que molestarla, cuando ella había pensado lo mismo muchas veces. Concentró su atención en Gavin, que estaba hablando con MacFane mientras continuaba pasando gente por la puerta. Resultaba bastante agradable a la vista, supuso; poseía unas facciones regulares, dientes rectos y cabello denso y negro con algunas hebras grises. Ciertamente, no tenía nada que no fuera atractivo. Y, en efecto, sonreía con frecuencia. Pero ¿apuesto?

—Es demasiado viejo para ti, Elizabeth —observó—. Ha rebasado de sobra la cuarentena, y tú acabas de cumplir los veintidós. Además, cuando se vaya MacFane, Gavin se irá con él. Debes tener cuidado en proteger tu corazón.

—Mi corazón lleva demasiado tiempo protegido —murmuró Elizabeth—. Y ningún MacKendrick ha logrado conquistarlo. —Una leve sonrisa curvó sus labios mientras contemplaba a Gavin.

Ariella observó a su bonita amiga en silencio. Como los MacKendrick se mantenían aislados, las mujeres y los hombres jóvenes buscaban pareja dentro del clan. Cuando ella era pequeña, se preguntaba cuál de los niños con quienes jugaba se convertiría en su mando, pero cuando murió su madre sin haber tenido un hijo varón, Ariella comprendió que tenía una enorme obligación con su clan en el asunto de elegir esposo. Callado y cabezota de niño, Niall se había convertido en un joven alto, guapo y más bien serio, y Ariella sabía que el afecto que sentía hacia ella era profundo. En el momento en que se dio cuenta de que aquellos sentimientos estaban evolucionando hacia algo más que la mera amistad, Ariella acudió a Alpin y le preguntó si Niall iba a ser el siguiente portador de la espada. Alpin la informó de que el próximo MacKendrick no se encontraba dentro del clan. Aunque siguieron siendo buenos amigos, no hubo ninguna otra mujer que llamara la atención de Niall, y Ariella sabía que él no ansiaba que ella buscara marido, aun cuando fuera su deber hacerlo. El día en que encontró a Roderic herido en el bosque y lo llevó al castillo, Niall percibió al instante la atracción que experimentó por él. Tras un breve encuentro con Roderic, llevó a Ariella a un lado y le dijo que no convenía fiarse de aquel oportuno desconocido.

Ariella desechó neciamente su consejo, pues lo tomó por un ataque de celos.

—Que los hombres se coloquen en el lado oeste del patio, y las mujeres al este —ordenó Malcolm.

Los soñolientos MacKendrick obedecieron despacio, pues no estaban acostumbrados a moverse con prontitud a aquellas intempestivas horas de la mañana.

Ni él tampoco.

—Ahora, las dos partes deben dividirse en cuatro grupos iguales. Los tres primeros grupos de hombres quedan asignados a las tareas de construir la puerta nueva, elevar el parapeto y fabricar armas. Los tres primeros grupos de mujeres deberán preparar comida para almacenarla, construir arcos y flechas y atender a las labores domésticas, incluida la preparación de las comidas de cada día y cuidar de los niños. El resto de vosotros os quedaréis aquí para la primera sesión de adiestramiento.

Si alguno de los presentes cuestionó sus órdenes, no dijo nada en aquel momento. De todos modos, sus expresiones eran adustas cuando se dispersaron para llevar a cabo cada uno la misión encomendada.

—Los que hayáis traído arcos y flechas, dádselos a las mujeres —prosiguió Malcolm—. Comenzarán su adiestramiento practicando el tiro con arco al otro lado de la muralla, con Gavin.

Una vez que estuvieron provistas de sus nuevas armas, las mujeres comenzaron a desfilar por la puerta. Rob se colgó el arco al hombro con naturalidad y se dispuso a seguirlas.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó Malcolm.

—Voy a ayudar a Gavin con la instrucción de las mujeres —repuso Rob.

—Gavin es perfectamente capaz de hacerse cargo de las mujeres él solo. Tú te adiestrarás con los hombres.

—Él no puede adiestrarse con nosotros —protestó Niall, escandalizado—. No es más que un muchacho.

—Se adiestrará con los hombres —repitió Malcolm con firmeza.

Rob vaciló, pero a continuación fue a unirse al grupo de los hombres.

—Muy bien —empezó Malcolm—, lo primero que quiero hacer…

—¡No empecéis! —gritó Angus, que salía en aquel momento del castillo arrastrando una vieja espada—. ¡Ya vamos!

Detrás de él venía lentamente Dugald, jadeando y cargando con su oxidada espada apenas con más garbo que Angus. Por fin apareció Alpin, ataviado con una magnífica túnica esmeralda y sin más arma que su cayado. Angus y Dugald ocuparon su sitio delante de los hombres e inmediatamente se pusieron a discutir sobre quién llevaba la espada más grande. Alpin hizo un gesto jovial con la mano a Malcolm y después se retiró a un lado para observar.

Malcolm se quedó mirando, incrédulo, a los dos ancianos de pelo cano.

—¿Qué diablos estáis haciendo?

Angus y Dugald lo miraron sorprendidos.

—Estamos aquí para el adiestramiento, muchacho —lo informó Angus, como si la respuesta fuese obvia.

—Para ser guerreros —aclaró Dugald, por si acaso Malcolm creía que estaban pensado en otra cosa.

Tensando con gran esfuerzo sus brazos pálidos y salpicados de manchas marrones, Angus alzó su vieja espada para que la viera Malcolm

-He traído la espada de mi padre, muchacho —anunció orgullosamente—. Tiene más de cien años, y nunca la ha usado nadie.

-La mía pesa más -alardeó Dugald. Intentó con un gruñido levantar el arma, y le tembló todo el cuerpo. Incapaz de alzarla mas arriba de la cintura, se rindió por fin y dejó que la punta roma de la espada cayera pesadamente al suelo-. Hace sesenta años se hacían espadas mucho mejores que las de antes.

-Eso no lo sabes —replicó Angus—, ya que nunca has tenido motivo para usarla

-Ahora tengo un motivo, y cualquier necio se daría cuenta de que pesa mucho más -declaró Dugald con enojo-. Si no, pregúntaselo a MacFane.

Ambos hombres lo miraron, esperando que él resolviera la cuestión.

Malcolm los contempló a su vez, perplejo. Los dos ancianos clavaron la mirada en él con profunda solemnidad, obligándolo a aceptar el hecho de que hablaban en serio acerca de recibir instrucción junto con los demás.

-Vuestro deseo de adiestraros me agrada —comenzó Malcolm, mientras buscaba rápidamente una forma de excluirlos sin herir sus sentimientos-. Es todo un ejemplo para cualquier hombre presente aquí que crea que no puede aprender a luchar debido a su estatura, su fuerza o su miedo. -Tuvo cuidado de no mencionar la edad-. Sin embargo, me haríais un honor mucho mayor, Angus y Dugald, si os unierais a mí a este lado y me ayudarais a dirigir el adiestramiento. Estoy seguro de que todos podremos beneficiarnos de vuestros muchos años de experiencia y de la sabiduría que ello conlleva.

Una ancha sonrisa de placer iluminó el semblante de Angus.

-Naturalmente, muchacho. Discúlpame, Dugald, pero el Lobo Negro necesita mi ayuda. -Y echó a andar hacia delante arrastrando sin ningún cuidado la espada de su padre tras él.

-Yo puedo ayudar a este joven igual de bien que tu —refunfuño Dugald, cuya arma fue convertida al instante en una muleta.

—Vamos a subirnos a la plataforma, así lo veremos todo mejor —sugirió Angus.

—Ya sabes que no puedo estar mucho tiempo de pie —le recordó Dugald—. Se me hinchan los tobillos.

—Que les traigan unas sillas —ordenó Malcolm, procurando ser paciente.

Enseguida se trajeron tres sillas. Cuando Angus, Dugald y Alpin estuvieron por fin sentados en lo alto de la tarima, Malcolm volvió a centrar la atención en el grupo de futuros guerreros que tenía frente a sí.

Eran de todos los tamaños y forrms imaginables, y de edades que variaban entre los doce y los sesenta años. Tal como se les ordenó, los MacKendrick habían hurgado en sus arcones y armarios en busca de cualquier arma que pudieran encontrar. El resultado no era precisamente prometedor: espadas oxidadas y melladas que probablemente fueron utilizadas por sus bisabuelos, hachas ya romas tras largos años de cortar leña, puñales con la hoja renegrida y muy gastados en tareas como despellejar animales y tallar muebles. Unos cuantos hombres especialmente laboriosos habían fabricado coloridos escudos a partir de bastidores de ramas cubiertos de lucidos, aunque inútiles, parches de tela. Otros traían un surtido de cubos y cuencos en la cabeza, que no dejaban de resbalarse y taparles los ojos. El pelotón en conjunto resultaba tan ridículo, que Malcolm tuvo que bajar la mirada y toser, temiendo de pronto romper a reír en serio.

—Para empezar, trabajaremos sin armas ni armaduras —anunció, pues decidió que era un modo de eludir el problema—. Dejadlas a un lado y separaos en dos filas, una frente a otra, con una distancia de diez pasos entre ambas.

La desilusión se pintó en todos los rostros, seguida de unos cuantos gruñidos. Evidentemente, creían que estaban preparados para ejercitarse con la espada. Malcolm no supo si animarse por su entusiasmo o deprimirse por su ingenuidad.

—Cuando yo dé la orden, quiero que carguéis uno contra otro y tiréis a vuestro oponente al suelo. —Hizo una pausa para cerciorarse de que estaban listos—. ¡Atacad!

Las dos filas de MacKendrick cargaron.

En el choque que siguió, la mayoría de ellos simplemente rebotaron unos contra otros y se precipitaron a tierra. Otros cayeron y, en un impulso de profunda irritación, agarraron a su adversario por los tobillos y lo arrastraron también al suelo. Aquello dio lugar a un revuelo de cuerpos que rodaban y forcejeaban, y también a unos cuantos intercambios de palabras. Un hombre gritaba sin cesar que estaba sin resuello, y hubo que sacarlo de allí. Otro afirmaba haberse hecho daño en el hombro al caer, y al instante se vio rodeado de un grupo solidario de curiosos, cada uno de los cuales se ofrecía a darle un masaje.

—No veo que eso les haya enseñado nada, muchacho —comentó Angus, meneando negativamente la cabeza—. Yo diría que es mejor que cojan sus armas y se pongan a pelear en serio.

—No me tentéis —musitó Malcolm.

—¿Qué has dicho? —preguntó Dugald, llevándose una mano al oído.

—He dicho que todavía no. —Malcolm volvió a fijar la vista en sus hombres, que estaban incorporándose y sacudiéndose el polvo de la ropa con toda meticulosidad.

—Separaos y probad otra vez —ordenó—. Y acordaos de que vuestro compañero es vuestro enemigo. Cuando ataquéis, hacedlo con la decisión de salir vosotros vencedores.

Las dos filas cargaron de nuevo, esta vez con mucha más agresividad. El resultado fue impresionante. Más de una docena de hombres yacían en el suelo, gimiendo, mientras que sus contrincantes los abrumaban con excusas y les preguntaban si les dolía mucho. Dos hombres se alejaron de allí a toda prisa, ninguno de los dos herido de gravedad, pero claramente reacios a continuar. El resto estaba absorto en examinar un sinfín de pequeños arañazos y rasguños, y en un caso una manga de camisa gravemente desgarrada.

—Es terrible que haya sucedido una cosa así —comentó Dugald, chasqueando la lengua—. Era la mejor camisa de Kenneth.

—Glynis se la coserá —le aseguró Angus—. Esa mujer hace maravillas con la aguja.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dijo Malcolm, luchando por tener paciencia—, sólo que esta vez...

En aquel instante, surgió una lluvia de flechas desde el otro lado de la muralla que cortó en seco su orden. Los atónitos MacKendrick dieron media vuelta y echaron a correr, lanzando exclamaciones bajo el aguacero de flechas que se les venía encima. Por desgracia. Gordon no se movió lo bastante aprisa y fue alcanzado en el trasero. Otra flecha se clavó en tierra a escasa distancia de la pezuña delantera del caballo de Malcolm, lo cual hizo al animal recular y apartar la cabeza.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —rugió Malcolm mientras acariciaba al caballo en el cuello para tranquilizarlo.

La lluvia de flechas cesó.

Al cabo de unos instantes apareció por la puerta Gavin, con expresión contrita.

—Lo siento mucho. Las mujeres no dejaban de disparar demasiado bajo y no acertaban en el blanco. Entonces les he dicho que apunten más alto de lo que creen que deben. —Se encogió de hombros—. Y así lo han hecho.

—Bueno, no se las puede censurar por eso, muchacho —dijo Angus.

Dugald asintió también.

—Después de todo, sólo han hecho lo que les han dicho que hagan.

—Por lo visto, se les da muy bien recibir instrucción —comentó Alpin, divertido.

—Tienes razón —dijo Angus, entusiasmado de pronto—. ¿Quién hubiera pensado que esas muchachas dispararían tan alto en su primera lección?

Con la mandíbula apretada, Malcolm observó cómo se llevaban a Gordon. Ahora había ya cuatro hombres menos, y eso que sólo llevaban diez minutos de adiestramiento.

A aquel ritmo, el clan entero estaría incapacitado antes de que terminase la jornada.

—Digo que no lo necesitamos —anunció Niall en tono terminante—. ¿Qué hemos aprendido hoy, excepto que de tanto levantar y atacar con la espada el brazo se le cansa a uno?

—Yo he aprendido que las mujeres están mejor capacitadas para manejar una aguja que un arco —rezongó Cordón, removiéndose dolorido en su cojín.

—Al final de la sesión ya lo hacíamos mucho mejor, padre —señaló Elizabeth a la defensiva—. Cuando se retiraron las dianas de la muralla del castillo.

—Intenta convertir a las mujeres en arqueras, mientras a nosotros nos tiene lanzando golpes y estocadas al aire —continuó Niall en su tono teñido de desdén—. Ahora, todos estáis doloridos y cansados, ¿y qué hemos ganado con todo esto? ¿Alguno de vosotros se siente mejor preparado para enfrentarse a un atacante?

—Yo estoy demasiado cansado para enfrentarme a nada que no sea mi cama —gruñó Ramsay.

—Yo tengo los brazos débiles como los de un bebé. Si ahora mismo entrase alguien por esa puerta, dudo que fuera capaz de levantar mi espada —dijo Graham.

—¿Que te duele el brazo? —se burló Hugh—. Eso no es nada. Deberías ver el arañazo que tengo en el muslo—. Empezó a subirse el tartán—. Apostaría a que es más grande que…

—¿Ya ese pequeño rasguño lo llamas arañazo? Yo me he hecho un corte en el hombro más ancho que un lago —declaró Bryce, aflojándose la camisa.

—¿Un corte? Pues yo tengo una costilla rota, estoy seguro, y no por eso vas a oírme llorar —fanfarroneó Ramsay.

—Ya lloraste bastante cuando yo embestí contra ti —señaló Graham—. Pensé que iba a tener que ir a buscar a tu mamá.

—Este adiestramiento es una pérdida de tiempo —prosiguió Niall, intentando recuperar la atención de los demás—. Nos engañamos si creemos que MacFane puede convertirnos en guerreros.

—Pelear no es lo nuestro —concordó Gordon, irritado—. Deberíamos dejárselo a otros.

—Exacto —asintió Niall—. Entonces, ¿qué está haciendo aquí MacFane? No hay más que mirarlo para saber que él no va a ser el próximo jefe…

—No es él, ¿verdad, Alpin? —quiso saber Bryce, al parecer horrorizado por aquella posibilidad.

Todos los ojos se volvieron hacia Alpin, que estaba sentado a la mesa del señor del clan. Al instante se hizo el silencio en el salón, y todos aguardaron su respuesta.

Alpin se levantó de su silla y observó con calma al clan, con ojos penetrantes y conocedores.

—Si os mostrara una única semilla diminuta y os dijera que dentro de su frágil cáscara había una interminable sombra en verano, acopio de frutos en el otoño y abundante madera para amueblar vuestros hogares y proporcionaros calor en el invierno, ¿me creeríais?

El silencioso clan lo miró fijamente, pasmado, admirando la sabiduría de sus palabras.

Alpin asintió con satisfacción y abandonó el salón lentamente, arrastrando el polvo del suelo con sus vestiduras escarlata a su paso. Nada más irse, el clan estalló en una cacofonía de preguntas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Angus.

Dugald movió la cabeza en un gesto negativo, perplejo.

—Algo sobre las semillas.

—Yo creo que ha querido decir que necesitamos reunir más semillas para replantar lo que recolectamos el otoño pasado —sugirió Graham.

—No es momento para preocuparse por las semillas —reflexionó Angus—. Creía que estábamos hablando del Lobo Negro.

Dugald se inclinó hacia su amigo y le susurró en voz alta:

—Ya no es el mismo de antes, ¿sabes? Se está haciendo viejo. He notado bastante diferencia desde que cumplió los ciento cuarenta.

—Se suponía que el Lobo Negro iba a venir con su gran ejército —declaró Niall, tratando de recuperar la atención de su público—. Y en vez de eso llega solo y débil, patéticamente incapaz de asumir el papel de jefe del clan. Por su culpa fueron asesinados el jefe MacKendrick y otros muchos, incluidos los pobres Guy y Marcus, que por fin hoy han sido enterrados. ¿Por qué deshonramos su memoria malgastando el tiempo con ese hombre?

—Hasta Ariella se ha dado cuenta de que no es el elegido, de lo contrario le habría entregado la espada —señaló Agnes, titubeando.

—Entonces, ¿para qué lo ha traído? —quiso saber Helen.

En aquel momento, Duncan se levantó de su silla y contempló al clan con mirada solemne.

—Lo ha traído porque ha creído que puede sernos de ayuda —explicó—. Y aunque esté cubierto de cicatrices, MacFane no es tan débil como parecéis creer vosotros.

—Eso es cierto —convino Andrew—. Durante el viaje de regreso fuimos…

—Si no es él el elegido —interrumpió Niall—, deberíamos aprovechar el tiempo intentando encontrar al jefe adecuado, no haciendo necias bufonadas en el patio. Necesitamos un jefe que conduzca un gran ejército que pueda defendernos. Y si hemos de recibir adiestramiento, busquemos a alguien que no esté tan tullido que apenas puede cruzar el salón cojeando sin inspirar compasión.

—Entonces, no lo compadezcáis.

Todos los ojos se volvieron hacia Ariella, que estaba bajando las escaleras. La joven barrió a su clan con una mirada reprobadora antes de centrar su atención en Niall.

—Me doy cuenta de que tu intención es buena, Niall, al tratar de incitar al clan a que rechace a MacFane —empezó en tono de reproche—. Pero tal como lo dejé bien claro ayer, no lo he traído aquí para que asuma el cargo de señor del clan. Lo he traído porque creo que puede enseñarnos a defendernos mejor.

—¿Cómo va a enseñarnos, haciendo que nos arrojemos al suelo los unos a los otros y que lancemos cuchilladas al aire? —exigió Niall.

—A él no lo vemos correr ni saltar ni luchar contra el aire —añadió Ramsay—. ¿Cómo puede enseñarnos a hacer cosas que ni siquiera puede hacer él?

—MacFane ha librado incontables batallas, y jamás ha perdido ninguna —afirmó Ariella audazmente. No tenía ni idea de si aquello era cierto o no, pero las caras de asombro que la rodeaban le indicaron que había logrado captar su atención—. Ha adiestrado a miles de hombres —exageró—, ha convertido a los más simples campesinos en los mejores guerreros de toda Escocia. —Calló durante un momento para que sus palabras calaran hondo en el mal humor de los presentes.

»Sí, su cuerpo, en otro tiempo perfecto, está debilitado por el terrible precio que supuso librar muchas batallas victoriosas —reconoció—, pero no penséis ni por un momento que MacFane es un hombre desvalido. Durante nuestro viaje de regreso, Andrew, Duncan y yo fuimos atacados por ocho salvajes bandidos. Estábamos a punto de ser brutalmente asesinados, cuando MacFane surgió de la oscuridad a lomos de su magnífico corcel. Dio muerte con mano experta a los ocho asesinos antes de que ninguno de nosotros pudiera siquiera alzar una espada para acudir en su ayuda. —Hizo otra pausa más para dar tiempo a su gente a imaginar la escena, sumamente exagerada, pero gloriosa, que acababa de describir.

»De modo que, como veis, incluso con sus cicatrices, incluso con el cuerpo entero torturado por el sufrimiento, con un brazo y una pierna heridos, el Lobo Negro sigue siendo un gran guerrero. Podría derrotar con toda facilidad a cinco de vosotros a la vez, con o sin espada. Y, dada su extraordinaria destreza, no me cabe la menor duda de que será capaz de enseñarnos a defendernos, hasta que encontremos al que ha de ser el próximo jefe de nuestro clan por derecho.

Su clan la miraba fijamente en medio de un embelesado silencio, con ojos muy abiertos y solemnes. Ariella asintió satisfecha; no le cupo duda de que había resultado excepcionalmente convincente.

—Me halaga que tengáis tanta fe en mí.

Ariella dejó escapar una leve exclamación y giró en redondo.

Entonces vio a MacFane, de pie en las escaleras, a su espalda. La rabia endurecía las arrugas de su rostro dándoles la apariencia de profundas hendiduras, y en sus ojos ardía la furia. Ariella no supo decir si iba dirigida hacia ella o hacia su clan.

De pronto, MacFane apartó la vista de ella y la posó en los demás.

—El adiestramiento se reanudará al amanecer —anunció en tono adusto—. Sugiero que os vayáis a descansar. Mañana va a ser otro día muy largo.

Y fulminó a Ariella con la mirada antes de dar media vuelta y empezar a subir los escalones despacio. A la joven no le quedó ninguna duda de que había oído buena parte de la conversación.

• * * *

Déjame en paz.

Los golpes en la puerta se repitieron, fuertes y decididos.

—Me he retirado a descansar —rugió Malcolm con voz turbia—. Sea lo que sea, podrá esperar hasta mañana.

Entonces se abrió de golpe la pesada puerta, y Rob lo observó con cautela desde el pasillo.

—Gavin ya me ha traído una bandeja —dijo Malcolm, señalando con un gesto la comida sin tocar que reposaba sobre la mesa. Apuró su copa y se derrumbó sobre las almohadas apiladas detrás de su dolorida espalda. De repente reparó en una jarra que había en la bandeja que traía el muchacho—. ¿Es eso vino?

—Agua —contestó Rob al tiempo que depositaba su bandeja al lado de la otra. Miró en el interior de las tres jarras vacías—. Al parecer, ya habéis bebido bastante vino por esta noche.

—Yo decidiré lo que es bastante —le espetó Malcolm—. La próxima vez que sientas lástima de mí, tráeme vino, o si no, no me molestes. ¿Queda claro?

—No siento lástima de vos, MacFane.

Su expresión, o lo que se podía adivinar de ella bajo las capas de suciedad que le cubrían el rostro, era intensa. Malcolm clavó una mirada soñolienta en aquellos fríos ojos grises, decidido a arrancar de raíz la lástima que sabía que anidaba en aquellas profundidades. Rob cruzó los brazos sobre su estrecho pecho y contestó a aquel escrutinio con total indiferencia. Estaba diciendo la verdad, decidió Malcolm al cabo de un momento. El chico no sentía hacia él nada parecido a la lástima; desprecio, sí, pero no lástima. Soltó un gruñido de satisfacción y cerró los ojos.

El desprecio era más fácil de soportar que la lástima.

—Deberías haberme dejado donde estaba —dijo con voz ronca, al tiempo que cambiaba de postura, incómodo, sobre la cama—. En cuanto viste en lo que me había convertido, deberías haberte largado y haberme dejado en paz.

—Y os dejé, MacFane. Vos vinisteis tras nosotros.

Malcolm frunció el ceño, intentando acordarse.

—¿Yo fui tras vosotros?

—En realidad, fue Gavin el que se preocupó de que pudiera ocurrimos algo —puntualizó Rob—. Vos simplemente decidisteis acompañarlo.

Malcolm reflexionó durante unos instantes. Aquel recuerdo daba vueltas dentro de su dolorido cerebro, y le costaba aprehenderlo. Sin embargo, la cosa parecía lógica. Por fin asintió.

—Fui tras vosotros por Gavin. —Y cerró otra vez los ojos, satisfecho de que el asunto hubiera quedado aclarado. Pero entonces arrugó la frente y alzó los párpados de nuevo— Pero tú me convenciste para que viniera aquí. Me hiciste creer que no tenía importancia…esto. —Señaló con un gesto su propio cuerpo con asco—. Pero sí que importa. Me miran y saben que estoy lisiado. Observan cómo me muevo, y en sus ojos veo compasión.

Sintió que lo inundaba la rabia, y arrojó su copa vacía por la habitación. El recipiente de madera no se hizo añicos como él esperaba, sino que chocó contra la pared y cayó al suelo de una pieza, hundiéndolo aún más en la impotencia.

—Deberías haberme dejado en paz, maldita sea —terminó con amargura.

—De manera que —dijo Rob despacio, en un tono teñido de desdén— así es como el poderoso Lobo Negro planta cara a un desafío. Decidme, MacFane, ¿siempre os habéis compadecido de vos mismo al enfrentaros a algo que no podíais superar de inmediato? Me sorprende que hayáis conseguido forjaros una reputación tan magnífica. ¿O es que cada una de las legendarias hazañas del Lobo Negro sucedió fácilmente, sin esfuerzo alguno por vuestra parte?

—¡No ha existido ninguna hazaña legendaria! —tronó Malcolm, enfurecido por la insolencia del joven—. ¡Son todo mentiras! Lo que alguna vez pudo haber de cierto está tan enterrado debajo de fantasías y exageraciones, que ya ni siquiera me acuerdo de lo que sucedió en realidad.

Calló por unos instantes, luchando por ahogar la desesperación que le inflamaba el pecho. Por fin murmuró con voz sepulcral:

—¿Es que mi verdadero pasado era tan intrascendente que hubo que embellecerlo hasta el punto de que ni siquiera yo me lo creo ya?

—No —contestó Rob en voz baja, negando con la cabeza—. No lo era.

Malcolm pensó en ello durante un momento, deseoso de creerlo.

—Dices eso ahora, pero no le has dicho la verdad a tu propio clan —dijo entornando los ojos.

—Me equivoqué —admitió—. Pero si ellos han de permitiros que los adiestréis, deben respetaros. Por eso hice que fueran ocho los ladrones, en lugar de cuatro.

—Tres —corrigió Malcolm—. A uno lo mató Gavin. —Soltó un resoplido—. No es precisamente la proeza de un gran guerrero. —Se cubrió los ojos con el brazo.

—Si ésa no os gusta, MacFane, y si vuestras victorias en combate no cuentan, mirad entonces ese tapiz que cuelga sobre la cama —sugirió Rob—. Os representa a vos y a una partida de diez hombres que llegan a una aldea que está siendo atacada por casi cincuenta Munro. Los habitantes de esa aldea no formaban parte de vuestro clan. Os superaban grandemente en número. Y sin embargo, vos y vuestros guerreros expulsasteis a los Munro con tal ferocidad, que desde entonces nadie se ha atrevido a acosar esa aldea.

Guardó silencio, a la espera de alguna clase de reacción. Malcolm bajó el brazo pero rehusó mirar el tapiz. Conocía el relato, pero el recuerdo concreto del mismo lo sentía borroso.

¿De verdad llevaba sólo diez hombres aquel día?

—Luego está la noche en que acudisteis a una casa en llamas —continuó Rob, señalando con un gesto el tapiz que colgaba en la pared de enfrente—. Dentro había cinco niños y sus padres durmiendo. ¿Os acordáis de esa noche, MacFane? Cuentan que las llamas se apartaban cada vez que vos entrabais, y os permitieron sacar a los niños afuera sin que el fuego les chamuscara siquiera la camisa. Por fin, la casa empezó a derrumbarse, pero vos regresasteis y sacasteis al último de los pequeños protegiéndolo con vuestro cuerpo. El niño resultó ileso, pero vos sufristeis graves quemaduras en las manos.

Rob se plantó delante de la descripción en tela de aquella escena, con los puños apoyados en sus pequeñas caderas mientras aguardaba a que Malcolm confirmase o negase el relato. Malcolm se resistió al impulso de mirarse las manos, temeroso de no encontrar las cicatrices.

—O tal vez os acordéis de la tarde en que, cuando cabalgabais por el bosque, encontrasteis cuatro hombres que estaban violando a una joven desvalida —prosiguió Rob—. Los matasteis a los cuatro. Cuando más tarde os enterasteis de que el padre de la muchacha le había dado una paliza por avergonzar a su familia, le propinasteis un puñetazo y os llevasteis a la joven a vuestro castillo para que viviera como una MacFane, bajo vuestra protección. ¿Os acordáis?

Malcolm observó con mirada cansada los ojos grises del chico, que ardían con una inquietante mezcla de admiración y asco. Era como si se hubiera aprendido demasiado bien aquellas historias y no pudiera soportar su decepción al ver el hombre que era ahora.

—No —confesó, asqueado por su incapacidad de recordar su supuestamente heroico pasado—. No me acuerdo.

Rob sacudió la cabeza, ya fuera de frustración o de rabia, Malcolm no pudo distinguirlo.

—Luego está el día en que matasteis al jabalí que atacó a aquellos muchachos...

—¿Cómo sabes tú eso? —quiso saber de pronto Malcolm, sorprendido—. No se lo conté a nadie. Aquellos muchachos jamás supieron lo cerca que habían estado de la muerte.

—Me lo ha contado Alpin. Él lo vio.

Malcolm lanzó un bufido de incredulidad.

—Lo vio —repitió Rob, inflexible—. Del mismo modo que os vio venir aquí.

—Si me vio venir aquí, ¿por qué están los MacKendrick tan horrorizados por mi estado físico? —exigió Malcolm secamente.

—No os vio venir… así —reconoció Rob—. A veces, las visiones de Alpin son un tanto ambiguas.

—Resulta muy cómodo que os haga creer eso cuando las cosas no ocurren tal como él tenía previsto —observó Malcolm.

—No importa que vos creáis en las dotes de Alpin o no —replicó el chico en tono impaciente—. Lo único que importa son vuestras dotes para enseñar a luchar a mi clan.

—Después de lo que he visto hoy, no creo que nadie pueda enseñar a luchar a tu clan —dijo Malcolm con sorna—. Ni siquiera el Lobo Negro cuando estaba en su mejor momento.

—Los MacKendrick no tienen afición por pelear —reconoció Rob—, pero seguro que cuando vos mandabais vuestro ejército no siempre contabais con los hombres más fuertes y más preparados para adiestrarlos, ¿me equivoco?

—No siempre eran fuertes y preparados al empezar, pero por lo menos ninguno de los MacFane temía dar o recibir unos cuantos rasguños.

Rob reflexionó sobre aquel detalle con el entrecejo fruncido.

—Entonces, eso es algo que debéis superar. ¿Cómo se adiestra a hombres que tienen miedo de hacerse daño o de hacer daño a otro?

—No se los adiestra —replicó Malcolm—. Se los pone a fabricar armas o a mejorar las fortificaciones. A no ser…

No terminó la frase. Tal vez hubiera un modo de contrarrestar el carácter pusilánime de los MacKendrick. Se esforzó por despejar la niebla que le embotaba el cerebro y se levantó de la cama. Junto a la mesa encontró papel y pluma, y enseguida se puso a dibujar un plano. Cuando estuvo terminado, añadió unas cuantas instrucciones en las que detallaba las medidas y los materiales que se debían utilizar.

—Lleva esto a Duncan y Andrew —ordenó—. Diles que organicen la construcción de dos de éstos esta noche, a tiempo para el adiestramiento de mañana por la mañana. Dada la destreza de vuestros carpinteros, no creo que les lleve más de unas pocas horas. Quizá con esto pueda provocar mañana un poco de agresividad en los MacKendrick.

Rob alargó la mano para tomar el papel. De pronto se detuvo con expresión inescrutable.

—¿Qué ocurre? —preguntó Malcolm con impaciencia.

—Nada. —El chico cogió el dibujo y abrió la puerta—. Acabo de fijarme en vuestras manos. —La puerta se cerró.

Intrigado, Malcolm alzó las manos.

Y entonces descubrió unas cicatrices leves y perladas que las cruzaban, allí donde las llamas habían quemado la piel para siempre.

Capítulo 5

Ariella suspiró y hundió la cabeza más profundamente en la almohada, en un intento de escapar de las sombras grises que se extendían sobre su cama.

El constante retumbar de martillos perforaba su sueño y la obligó a abrir los ojos. Saltó de la cama y atravesó descalza el frío suelo hasta la ventana, donde se asomó con cautela para ver el patio. Gavin, Duncan y Andrew estaban dirigiendo a una docena de hombres en la construcción de dos estructuras de madera, que reconoció a partir del dibujo que había hecho MacFane. Sintiendo curiosidad por averiguar cómo pensaba él emplear aquellos andamies, se sacó el camisón por la cabeza y lo arrojó sobre la cama; acto seguido se dio prisa en ponerse la mugrienta camisa de Rob, el tartán y las gastadas botas, tragándose su revulsión al tiempo que se frotaba la cara, el pelo y las pantorrillas con cenizas de la chimenea.

En aquel momento se abrió la puerta. Al instante Ariella inclinó la cabeza hacia un lado y encorvó ligeramente los hombros, fingiendo la postura indolente de un chico de trece años que necesitara que alguien le dijera que se pusiera derecho.

—Duncan no quiere dejarme jugar con las muñecas grandes —se quejó Catherine, enfadada—. Es muy malo.

—¿Qué muñecas grandes? —preguntó Ariella, abandonando su comportamiento de chico.

—Las que pidió que le cosieran anoche Agnes, Elizabeth y Meagan —explicó la niña—. Esta mañana las he visto encima de unas mesas del salón. Elizabeth me ha dicho que ya estaban terminadas, pero se han olvidado de ponerles caras, y parecían muy tristes. Así que he cogido pintura y les he dibujado una cara, con una gran sonrisa. Luego me di cuenta de que no tenían pelo. ¿Te lo imaginas? —preguntó, con una expresión de incredulidad en su carita—. Así que se lo he pintado también. He pensado que Isabel debía tener el pelo oscuro, como tú, y Flora rubio como Elizabeth. Me ha salido muy bien, pero ahora que ya tienen cara y pelo, se ve que las dos están desnudas. ¡Ahí abajo, en el salón, donde puede verlas todo el mundo! Son demasiado grandes para vestirlas con mi ropa, así que he ido a buscar unas cuantas cosas de Agnes, porque sé que a ella no le importará. Y justo cuando estaba vistiendo a Isabel con un precioso camisón púrpura, ha llegado Duncan y me ha gritado qué demonios estaba haciendo. Así mismo me lo ha dicho. Yo le he contestado que estaba muy mal dejar unas muñecas desnudas en el salón, y él me ha gritado que no son muñecas y que yo no debía tocarlas. Entonces —terminó, subiéndose de un salto a la cama—, ¿qué opinas tú?

—Hablaré con él —prometió Ariella, haciendo todo lo posible para no echarse a reír. Tuvo una visión espantosa en cuanto a la finalidad de aquellas «muñecas»—. Pero, Catherine, ya deberías saber que no debes tocar cosas que no son tuyas.

—Estaban muy tristes, allí tiradas con la cabeza monda y lironda —protestó Catherine—. Estaban ciegas.

—Aun así —dijo Ariella—, no eran tuyas. ¿Qué te parecería a ti que llegara cualquiera y decidiera que Matilda necesita que le corten el pelo, o que se lo pongan de un color diferente? La niña abrazó con fuerza su muñeca.

—No me gustaría —admitió.

—Bueno, pues lo mismo le pasa a Duncan. Él quería esas muñecas tal como estaban, y no te tocaba ti decidir que tenían que ser distintas. ¿Lo entiendes?

Su hermana asintió taciturna, obviamente molesta por ver que Ariella no se ponía de su parte.

—Bien. —Ariella se sentó a su lado y le dio un abrazo.

—¿Vas a seguir vistiéndote de esa manera mucho tiempo? —quiso saber Catherine, arrugando la nariz.

—Mientras esté aquí MacFane —repuso Ariella—. Hasta que encontremos al nuevo jefe, ningún forastero debe saber que estoy viva, o de lo contrario se extendería el rumor y podría regresar Roderic.

—Yo pensaba que nuestro nuevo jefe iba a ser MacFane.

—Yo también lo pensaba. Pero no cumple los requisitos. —Pasó los dedos por el pelo de su hermana—. Ven, voy a llevarte a la cocina para que ayudes a Agnes. Y esta noche terminaremos el cuento del espíritu del agua que se llevó a la niña a vivir en el mar.

—No es malo, sabes —dijo Catherine, poniendo su manita pequeña y limpia en la de Ariella.

—¿El espíritu?

—El Lobo Negro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ariella.

—Lo sé por el aspecto que tenía al llegar aquí —explicó Catherine mientras bajaban las escaleras—. Parecía muy triste. Por eso le regalé enseguida mi bordado.

—Eso fue muy considerado por tu parte.

La niña asintió.

—Dijo que mi bordado era muy bonito. —De repente sonrió—. Me gustaría saber qué opina MacFane cuando vea lo bien que he pintado las muñecas de Duncan.

Malcolm contempló furioso e incrédulo las ridículas sonrisas de las figuras que colgaban de la horca.

—¿Se supone que esto es una broma? —exigió.

—Me temo que la pequeña Catherine decidió que necesitaban tener una cara —explicó Duncan, pidiendo disculpas—. Apenas tuve tiempo de detenerla antes de que las vistiera con ropas de mujer.

—A mí me parece que están bien —dijo Gavin—. Les da un aire simpático.

—Esperemos que los MacKendrick no las encuentren demasiado simpáticas para atacarlas —musitó Malcolm, dirigiendo su atención al clan.

—Hoy comenzaremos aprendiendo a embestir a un oponente —anunció—. Pero en vez de cargar unos contra otros, atacaréis las figuras que veis aquí colgando. Mientras vosotros corréis, ellas se balancearán, así que debéis prever su movimiento. Golpeadles tan fuerte como podáis, y después quitaos del medio para dejar sitio al siguiente. Por el momento emplearéis sólo vuestros cuerpos. Las figuras están rellenas de trapos y arena, de modo que pesan más de lo que imagináis.

Los MacKendrick se miraron unos a otros con inseguridad. Era obvio que no confiaban mucho en aquellas instrucciones.

—Duncan y Andrew, vosotros empujaréis con fuerza las figuras al ver que se acercan los hombres. El resto, formad dos filas y empezad. —Perdóname, muchacho, pero no entiendo cómo esto va a enseñarles nada —indicó Angus, dubitativo.

—Atacar un hombre de saco no se parece en absoluto a atacar a un hombre de verdad —señaló Dugald—. Un hombre de saco no puede devolver el golpe.

—Ya lo sé.

Alpin rió suavemente.

—Yo creo que eso es lo que pretende MacFane.

—¿De qué sirve enseñarles a golpear muñecos rellenos? —preguntó Angus, confuso.

—A vuestro clan lo preocupa el miedo de hacerse daño y de hacer daño a otros —explicó Malcolm—. Eso hace que les resulte imposible enzarzarse en combate, con o sin armas. Como estos muñecos rellenos no pueden hacerles ningún daño, y como tampoco sienten dolor, creo que los hombres irán perdiendo gradualmente su miedo y se volverán más agresivos atacando. Quiero que aprendan lo que es sentir la agresividad palpitando en las venas, y después podremos pasar al adiestramiento. En cuanto a las mujeres, me parece que Gavin ha situado los blancos lejos del castillo, así que no tenemos por qué preocuparnos de que nos lluevan más flechas encima.

—Algunas de las mujeres tienen realmente buena puntería —comentó Gavin, instando a su caballo a dirigirse hacia la entrada—. Creo que van a convertirse en unas arqueras estupendas.

—Entonces, esperemos contar con unas cuantas saeteras en las torres, para que tengan un sitio desde donde disparar —recalcó Malcolm.

Después de haber formado despacio las dos filas, los MacKendrick estuvieron listos para empezar. Bryce fue el primero. Cuando echó a correr, Duncan empujó hacia él el muñeco de saco. Sorprendido, Bryce soltó un grito y se apartó a un lado, con lo cual esquivó completamente al sonriente maniquí.

Malcolm controló el impulso de ladrar un insulto.

—No te des tanta prisa —instruyó—. Aguarda a que llegue a ti.

—Se me figura más una mujer —observó Ramsay.

—Y además, fea —resopló Hugh.

El otro rompió a reír.

—Imaginaos que es vuestro peor enemigo —sugirió Malcolm sin hacer caso de los revoltosos—. Está desarmado, igual que vosotros. Es grande, pero hasta un hombre grande tiene sus debilidades. Un golpe bien dado a la rodilla y le partiréis el hueso, con lo cual se desplomara inmediatamente en el suelo. Un puñetazo en la ingle es capaz de reducir al oponente más mortífero a un mar de lágrimas Si arremetéis contra él justo por debajo de las costillas con ambos puños le dejareis sin aire. Si le agarráis el brazo y se lo retorcéis a la espalda, le arrancareis el hombro. Planead vuestro ataque mientras corréis, pero no delatéis nada con la mirada. Después, golpeadle donde más daño le hagáis.

Los MacKendrick lo miraban fascinados. Malcolm se dio cuenta de que había cometido un error al decirles tanto. Se veía a las claras que sus sugerencias los habían dejado estupefactos.

—¡Dejádmelo a mí! —rugió Graham de pronto, lanzándose a la carrera hacia la sonriente figura. Embistió con todas sus fuerzas al maniquí y lo lanzó por los aires.

—Muy bien, Graham —dijo Malcolm, sorprendido— La próxima vez intenta golpearle un poco más abajo. Eso le sacará todo el aire de los pulmones.

—Ahora me toca a mí —dijo Ramsay. Bajó la cabeza, y a continuación echó a correr hacia el muñeco y arremetió con los dos puños contra su abdomen— Toma eso, perro cobarde —resopló.

—Tu puntería ha sido excelente, Ramsay —alabó Malcolm— Un golpe así lo habría hecho doblarse por la cintura. La próxima vez junta las manos para darles más fuerza.

Durante las dos horas que siguieron, Malcolm observó con creciente asombro cómo los MacKendrick iban dominando su inseguridad y atacaban una y otra vez a las sonrientes figuras de saco. Se valió de Rob, Andrew y Duncan para hacer una demostración de algunas de las técnicas que les había enseñado a éstos durante el viaje. Como los muñecos eran insensibles al dolor, los hombres pronto se deshicieron de sus inhibiciones y atacaron con notable fervor. Cuando la sesión tocó a su fin y llegó el siguiente grupo, el primero alardeó de su destreza y

le retó a hacerlo mejor. Después de sólo una hora, los nuevos alumnos estuvieron listos para que Malcolm les enseñara métodos de ataque más complejos.

Desmontó de su caballo, se plantó de pie en el centro del patio e invitó a que diera un paso al frente todo el que creyera que podía vencerlo en una agresión. Nadie se ofreció voluntario. Malcolm sabía que no era porque no estuvieran seguros del resultado; los MacKendrick estaban convencidos de que él era poco más que un inválido. Pero nadie deseaba avergonzarse a sí mismo peleando contra un hombre al que creían indefenso. Por fin, ordenó a Duncan y Andrew que lo atacaran. Los MacKendrick contemplaron atónitos cómo Malcolm los vencía a ambos con gran habilidad. Después de aquello, otros intentaron cargar contra él, pero todos terminaron tumbados en el suelo, aunque Malcolm tuvo el cuidado de elogiar los esfuerzos de cada uno de ellos. Había descubierto que los MacKendrick respondían mejor a las alabanzas que a los insultos o las críticas, y por lo visto, con cada palabra de estímulo les entraban deseos de intentarlo otra vez. Para cuando anunció que el adiestramiento había terminado por ese día, sus alumnos no tenían ninguna gana de dejarlo.

En cuanto a él, tenía todo el cuerpo rígido y dolorido, y estaba ansioso por retirarse a la intimidad de su cámara.

—¿Te fijaste en lo fuerte que le aticé al muñeco? Por un momento creí que le iba a arrancar la cabeza —alardeó Ramsay mientras se servía una segunda ración de salmón.

—Eso no es nada —se burló Hugh—. Yo lo destrocé con los dos puños juntos, y oí cómo cedía la tela. Si no estuviera tan bien tejida, se le habría salido toda la arena de la barriga.

—Oíste ceder la tela porque yo la golpeé antes que tú y ya la dejé debilitada —informó Graham—. No hiciste sino terminar lo que yo había empezado.

—Yo tengo el hombro amoratado de arremeter contra él con tanta fuerza —terció Bryce al tiempo que se abría la camisa para enseñarlo—. Si esa cosa hubiera sido un hombre, le habría hecho crujir las costillas.

—¿Crujir? Yo le clavé el codo tan fuerte, que de haber sido la costilla de un hombre se la habría partido en dos y le habría perforado algún órgano. Ya me gustaría ver a uno de los guerreros de Roderic después de algo así —declaró Hugh en tono amenazante.

—Si Roderic o algún otro ataca de nuevo el castillo, no tendrán oportunidad de llegar hasta vosotros —les aseguró Elizabeth—. Hoy, en tres ocasiones he acertado justo en el centro del blanco. Meagan y Agnes han acertado dos. Para cuando termine la semana, nuestra puntería será ya tan precisa como la de cualquiera, sea hombre o mujer.

—Las jovencitas de hoy en día tienen ese temple —declaró Angus en tono jovial, y al instante frunció el entrecejo—. ¿Pensáis que eso es bueno?

—La muchacha se parece a su padre —declaró Gordon con orgullo.

Helen dio una palmadita en el hombro de su marido.

—Y supongo que yo no he tenido nada que ver al educarla, ¿no?

—Tienes ahí un buen arañazo, Ramsay…

Ariella escuchaba estupefacta cómo presumía su clan de las proezas realizadas aquel día. La noche anterior no habían hecho más que quejarse de sus dolores y refunfuñar diciendo que no habían nacido para ser guerreros; esta noche exhibían sus heridas como si fueran trofeos y proferían amenazas sobre lo que le iba a pasar a cualquiera que osara atacarlos. De algún modo, MacFane había provocado un profundo cambio en su actitud. Aunque los MacKendrick no fueran, ni con mucho, tan peligrosos como creían ser, era un comienzo excelente.

—Buenas noches.

Se hizo el silencio en el salón y todas las miradas se volvieron hacia MacFane, que estaba, alto y erguido, al pie de las escaleras. Su expresión era serena, pero Ariella creyó detectar una ligera tensión en su mandíbula.

—Estoy complacido por la labor que habéis realizado todos en este día —empezó—. No sólo en el adiestramiento, sino también en las obras del castillo. He dado órdenes a Duncan de que disponga lo necesario para fabricar espadas y escudos de madera, para que mañana podamos empezar con lo básico de la lucha a espada. Cuando tengáis dominada la técnica, pasaremos a usar espadas de verdad, que se forjarán especialmente para ese fin.

Un murmullo de emoción se extendió por entre los presentes.

—Cenad bien esta noche, y luego id a dormir —les aconsejó—. Mañana, el adiestramiento empezará con las primeras luces.

Dio media vuelta con un leve gesto de dolor, como si aquella acción le hubiera costado más de lo que esperaba, y, utilizando la pared para apoyarse, comenzó a subir las escaleras despacio, tratando valientemente de reducir al mínimo su cojera. Los MacKendrick lo contemplaron en medio de un incómodo silencio, hasta que por fin se cerró la puerta de su cámara.

—Por lo que parece, el ejercicio de hoy se ha cobrado su precio en nuestro respetado maestro —comentó Niall con sarcasmo.

—Si no te conociera, Niall, pensaría que en realidad te has alegrado de verlo sufrir —le espetó Ariella—. O es eso, o abrigas la esperanza de que fracase en su intento de adiestrarnos.

Y acto seguido cogió una jarra de vino de la mesa y corrió escaleras arriba, pues no deseaba escuchar ninguna explicación que Niall pudiera querer darle.

* * *

—Pasa.

Lo encontró de pie frente al fuego que ardía suavemente en la chimenea. Una vez más, su porte era fuerte y erguido, y su cuerpo no dejaba ver señal alguna del malestar que había soportado tan sólo unos momentos antes. En cuanto ella cerró la puerta, Malcolm apoyó la mano contra la repisa de la chimenea y tomó

asiento en la silla con un gesto de dolor. Todo intento de fingir que se encontraba bien lo abandonó ahora que sabía que se trataba sólo de Rob.

Ariella fue hasta la mesa y le sirvió una generosa copa de vino.

—El clan parece estar muy contento con el adiestramiento de hoy. Los habéis hecho sentirse capaces, mientras que ayer se creían incompetentes.

Malcolm apuró la copa, desesperado por paliar el dolor que le subía por la pierna y la espalda.

—Más —pidió, tendiendo la copa. Rob se la llenó otra vez, y Malcolm la vació. El calor del líquido comenzó a extenderse como un bálsamo por su pecho. No alivió su malestar, pero sí le proporcionó una débil promesa de aplacarlo—. Otra.

El muchacho titubeó, pero llenó la copa. Esa vez Malcolm se limitó a beber sólo un sorbo.

—Estaba acostumbrado a adiestrar a hombres que no soñaban con otra cosa que convertirse en guerreros —empezó a decir, cambiando de postura para aliviar el peso que soportaba su pierna izquierda—. Hombres que habían manejado espadas y hachas de juguete desde que aprendieron a andar. Sus padres les exigían que fueran duros y atrevidos, y los castigaban con severidad si mostraban algún signo de debilidad o de miedo. Ayer me quedó claro que no podía esperar el mismo comportamiento de unos artesanos y poetas criados entre algodones, a quienes se les ha enseñado desde la infancia que un parapeto es un lugar desde el que se puede admirar el cielo.

Ariella lo observó contemplar con expresión pensativa las llamas anaranjadas del fuego. Sus cejas oscuras estaban apretadas, y las arrugas de su rostro parecían más marcadas. Esta noche descubrió que su expresión no era de rabia, sino un reflejo de la batalla que libraba constantemente contra el tormento de su cuerpo. El azul despejado de sus ojos se veía ensombrecido, como si tuviera algún recuerdo que lo perturbaba. Entonces comprendió que no estaba hablando de los guerreros que había adiestrado.

Estaba hablando de sí mismo, y de las implacables exigencias de su propio padre.

—Los MacKendrick estimulan a sus hijos a que busquen la belleza que hay en el mundo y a que después busquen el modo de incrementarla —dijo—. Jamás he entendido cómo pueden conseguir nada esos clanes que se pasan todo el tiempo haciendo la guerra. El hecho de estar en paz nos ha permitido a nosotros concentrarnos en crear, más que en destruir.

—También os ha hecho vulnerables.

—Por el momento —aceptó Ariella—. Pero ¿deberíamos haber dedicado cien años a adiestrarnos para la guerra, sólo para este momento?

Él mantuvo la mirada fija en las llamas, pensando.

—Se lo estás preguntando a un hombre que fue un guerrero. Para mí, la respuesta ha de ser sí. —Volvió a cambiar de postura, y al instante hizo una mueca al sentir el dolor que le recorrió la espalda.

—¿Dónde os duele, MacFane?

Una risa amarga escapó de sus labios.

—Sería más fácil preguntar dónde no me duele.

—¿Cuánto tiempo lleváis así?

Malcolm bebió un largo trago de vino.

—Más de tres años ya. Conduje a mis hombres en una batalla por el rey Guillermo contra un barón inglés conflictivo. Un guerrero atravesó el vientre de mi caballo con su lanza, y yo me vi atrapado debajo del animal al caer. Me destrozó el hueso de la pierna y me hirió en la espalda. Seguí luchando, pero estaba aprisionado. Eso le puso las cosas fáciles a aquel hijo de puta. Me alcanzó con su espada varias veces, pero justo cuanto estaba a punto de acabar conmigo, Gavin lo mató. —Contempló las llamas, recordando cómo se iba calentando y humedeciendo el suelo con su sangre. Después sacudió la cabeza para apartar aquella imagen de su mente—. Lo siguiente que supe fue que Gavin me estaba cosiendo las heridas.

—¿Os enderezó la pierna enseguida, o esperó?

—No me acuerdo. Supongo que lo hizo unas cuantas horas después.

—¿Y el brazo? ¿Se ocupó alguien de él después de que lo cosiera Gavin?

Malcolm escrutó al muchacho por encima del borde de su copa.

—¿A qué se debe ese súbito interés por mis heridas?

Él se encogió de hombros.

—Ya os lo he dicho, MacFane, tengo cierta habilidad en el arte de curar. —Se dejó caer en la silla de enfrente—. Ya visteis lo bien que os cosí el brazo la noche en que matasteis a aquellos ladrones. Las demás heridas que tenéis son antiguas, pero existen medios para tratar de aliviar ese malestar, si queréis.

—Cuando llegamos a casa, me atendió mi sanador. Me ardía todo el cuerpo, de modo que me hizo una sangría para librarme de toda la sangre infecta. Después me cubrió las heridas con unas pociones malolientes y con hierbas. Estuve inconsciente durante un tiempo, de modo que no sé qué más me hizo. Cuando al fin recobré la lucidez, sólo me dijo que descansara.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé. Hasta que me sintiera mejor.

—Quiero decir, ¿cuánto tiempo pasó hasta que comenzasteis a mover de nuevo el brazo y la pierna? —insistió Rob.

—La herida del brazo había seccionado los músculos. Cuando intenté usarlo, el dolor fue atroz. El sanador me dijo que tenía que aceptar el hecho de que mi brazo derecho siempre iba a ser más pequeño y más débil que el otro.

—Deberíais haberlo ejercitado de todos modos —lo informó el muchacho en tono impaciente—. Cuanto antes, mejor. ¿Y la pierna?

—Por ti mismo la puedes ver —resopló Malcolm—. Es la pierna de un lisiado.

—¿Pero cuándo empezasteis a ejercitarla después de que se hubiera curado el hueso?

—Empecé a caminar en cuanto pude soportar el dolor. Poco a poco fue disminuyendo, pero nunca desapareció lo suficiente para permitirme volver a caminar con normalidad.

—No me refiero sólo a caminar, MacFane. ¿Ese sanador no os obligó a realizar ejercicios para fortalecer los músculos?

—Deberían haberse fortalecido andando y montando a caballo.

—Eso no basta —replicó el chico—. Mi madre me enseñó que cuando un miembro se rompe o resulta gravemente herido, hay que hacer ejercicios concretos para esos músculos. Esos ejercicios deben hacerse muchas veces al día, durante cortos períodos de tiempo. Poco a poco, conforme los músculos se van fortaleciendo, se puede aumentar la cantidad de ejercicio. Así es como se repara el daño.

—Ya he aceptado que el daño no puede repararse nunca —repuso Malcolm en tono cansado—. A estas alturas, lo único que quiero es que cese el dolor. —Bebió otro buen trago de vino.

—En ese caso, es el momento de probar con algo más que la borrachera.

Malcolm levantó los ojos hacia el insolente muchacho. No comprendía por qué toleraba su mala educación. Quizá fuera porque el joven Rob mostraba una sinceridad que desarmaba. De manera extraña, Malcolm encontraba consuelo en el hecho de que Rob dijera siempre exactamente lo que sentía.

-¿En qué estás pensando?

-En un baño caliente –anunció Rob-. Para relajar los músculos.

-No me resultan relajantes los baños -replico Malcolm.

-Porque estáis acostumbrado a bañaros en el agua fría de un lago o de un río -dijo el chico, encaminándose hacia la puerta- Esta vez será distinto.

Y se fue antes de que Malcolm pudiera seguir protestando. Al cabo de unos minutos aparecieron Graham y Ramsay cargando con una pesada bañera. Siguió un desfile de varios MacKendrick que transportaban cubos de madera llenos de agua caliente. La muchacha llamada Agnes le trajo jabón y toallas, que depositó sobre el arcón antes de hacer una nerviosa reverencia y salir a toda prisa de la cámara. Malcolm continuó sentado en su silla y observó la humeante bañera con gesto indiferente, seguro de que no podría hacer nada para aliviar su sufrimiento.

Minutos después regresó Rob.

-Se supone que debéis meteros en el agua mientras aún esté caliente –se quejó el joven, más bien exasperado. Fue hasta la bañera y vació en ella el contenido de un frasco de color marrón. Al momento flotó en el aire un aroma dulce y penetrante-. Las hierbas que contiene este aceite ayudarán a disminuir el dolor –dijo mientras removía el agua con las manos-. Debéis quedaros en el agua hasta que se vuelva tibia,, pero sin llegar a enfriarse. Cuando hayáis salido y os hayáis secado, volveré para...

Entonces sus ojos grises se agrandaron por la sorpresa.

Malcolm vino cojeando hacia ella, desnudo, y se introdujo en la bañera, molesto por el hecho de que el chico encontrase tan perturbadora la imagen de su cuerpo cubierto de cicatrices de guerra. Era obvio que el muchacho nunca había visto un hombre con tantas heridas. Rob se dio la vuelta y empezó a recoger las prendas que Malcolm había dejado tiradas en el suelo. Malcolm cerró los ojos y se recostó, dejando que el agua lo cubriera por encima de la cabeza. De modo sorprendente, de hecho le produjo una sensación muy agradable tener todo el cuerpo rodeado por aquel líquido caliente. Cuando emergió de nuevo, Rob estaba doblando su tratan con todo cuidado. Sus pequeñas manos manejaban expertas la tela de lana hasta formar un pulcro cuadrado con ella en cuestión de segundos. Malcolm encontró el esmero con que trataba la ropa peculiar en un muchacho, sobre todo uno que mostraba una total falta de interés por su propio aspecto desaliñado.

—Os dejaré que os bañéis a solas —dijo Ariella arriesgándose a mirar furtivamente a MacFane ahora que su enorme cuerpo estaba oculto a salvo dentro de la bañera. Tenía pensado frotarle la espalda con linimento, pero el hecho de haberlo visto allí de pie, desnudo y poderoso ante ella, la había dejado extrañamente aturdida.

—Frótame la espalda antes de irte.

—Voy… Voy a decir a Agnes que lo haga —balbució.

—Agnes actúa como un conejo asustado cada vez que se acerca a mí —gruñó Malcolm—. No quiero que me atienda ella. Toma —dijo, tendiéndole un paño mojado.

Ella no se movió.

—¿Tanto miedo tienes de mojarte con un poco de agua y jabón? —le espetó.

Reacia, Ariella se acercó a él y tomó el paño.

—Dios no permita que te vea las manos limpias —musitó él cuando Ariella metió el paño en el agua junto a su cadera.

—Vos no teníais un aspecto mucho mejor la primera vez que os vi, MacFane —le recordó la joven al tiempo que frotaba el jabón contra el paño—. No creía que os correspondiera a vos precisamente quejaros de mi aspecto.

—Mis normas han cambiado desde entonces. Y aquí no he visto a nadie, niños incluidos, que ande por ahí tan sucio y desaliñado como tú.

—Mi aspecto es asunto mío, no vuestro.

Plantó el paño en la espalda de MacFane y empezó a frotar vigorosamente aquellos anchos músculos cubiertos de cicatrices.

—Por Dios —exclamó él con la mandíbula fuertemente cerrada.

Ariella vio que sus músculos se agitaban bajo la piel tensa.

—Perdonadme —murmuró, y al instante apretó con menos fuerza.

Introdujo el paño en el agua y lo pasó lentamente por la espalda de MacFane dejando caer con suavidad el acariciante líquido sobre aquella piel bronceada por el sol. Cuando el agua hubo resbalado, hizo bajar el paño por la espalda y lo empapó de nuevo en el agua para subir una vez más, recorriendo en lentos círculos los músculos doloridos y maltratados. El agua, caliente y con un fragante aroma a hierbas y jabón, le resbalaba por el cuello y los hombros dejando un rastro de gotitas perladas que le caían hasta la cintura. MacFane se inclinó hacia delante y suspiró. Ariella repitió el mismo movimiento una y otra vez, aliviando el dolor y la tensión, cubriendo su cuerpo de aquel aroma caliente y húmedo hasta que empezó a notar cómo se aflojaba ligeramente la tenaza del dolor. Bajo el tejido del paño percibió con toda claridad la estructura de su cuerpo, las perfectas protuberancias de las costillas, la ondulación que formaba la columna vertebral, la firmeza de su carne. Los músculos de la parte alta de la espalda estaban tan duros y agarrotados, que casi le pareció que lo que tenía bajo sus manos era una piedra en lugar de un hombre. Como sabía que aquella zona le provocaba un agudo dolor, soltó el paño de los dedos para poder masajear los nudos del tejido. Su madre le había enseñado bien a aplicar presión sin causar molestia, a usar los dedos para masajear y aliviar la tensión de las fibras, a llevar la sangre a la carne rígida, para que ésta recordase lo que era estar relajada. Y así, se acercó un poco más y cerró los ojos para dejarse guiar por el tacto, presionando y acariciando los músculos rígidos, despacio, con suavidad, palpando el daño producido por años de contractura, y escuchando los gemidos graves y contenidos que dejaba escapar MacFane mientras ella le administraba aquella calmante mezcla de placer y dolor.

Poco a poco fue cediendo el espasmo muscular, al principio casi de modo imperceptible, como un alfilerazo de aire que escapase de un muro macizo de piedra. Su contacto se hizo más firme, más exigente, lo cual estimulaba al músculo a ceder, a liberar la fuerte tenaza que había mantenido durante tanto tiempo. Y luego, sabedora de que no podía aflojar del todo aquella contracción en una sola noche, dejó que sus manos se deslizaran hacia afuera, masajeando y acariciando el resto de la espalda llena de cicatrices, que se erizó y agitó bajo su contacto, como si estuviera sedienta del alivio que ella le ofrecía. Bajó por la columna vertebral, masajeó los costados, recorrió los anchos hombros; Ariella se permitió explorarlo, escuchando los suaves gemidos que emitía mientras ella llevaba la cálida y blanda persuasión de sus manos a aquel cuerpo destrozado y furioso.

Malcolm suspiró de placer mientras Rob masajeaba con mano experta sus músculos cansados y doloridos. Jamás lo habían tocado con tanta suavidad y seguridad, ningún sanador, y desde luego ninguna mujer. Era como si aquel chico supiera exactamente dónde encontrar el dolor en cada zona de su espalda. Y también sabía cuánta presión aplicar, y exactamente durante cuánto tiempo, para que reaccionaran los músculos, no con más dolor, sino con algo parecido a un suspiro. Era como si llevaran mucho tiempo esperando a alguien que los aliviase de aquel modo firme y curativo, que los liberase de la garra del sufrimiento. Permaneció sentado y con los ojos cerrados, inhalando el fragante vapor del agua perfumada, con su cuerpo desnudo empapado en el líquido

caliente. Poco a poco su carne comenzó a despertar, no sólo por el suave contacto en la espalda, sino por la inesperada sensación de ser acariciado de un modo que resultaba cada vez más experimental, explorador.

Cambió ligeramente de postura y se dijo a sí mismo que aquello era ridículo, y trató de recobrar la tranquilidad de la que había disfrutado tan sólo momentos antes. Pero algo había cambiado. El masaje en la espalda parecía menos firme y terapéutico, y de alguna manera se había convertido más bien en una caricia casi sensual, como si fuera una mujer la que exploraba su espalda en vez de un muchacho. Rob se acercó más, hasta que Malcolm notó su aliento en la piel desnuda mientras las pequeñas manos del chico le recorrían los hombros.

Abrumado por las sensaciones que comenzaban a invadirlo, Malcolm se apartó bruscamente salpicando agua al suelo.

—Ya basta —ordenó en tono tajante—. Déjame.

El chico lo miró confuso.

—Pero no he terminado. He traído un linimento…

—No quiero tu linimento —repuso Malcolm en tono hosco—. Lo que quiero es que me dejes en paz de una maldita vez. Ya.

Su rostro estaba oscurecido por la furia. Ariella lo contempló aturdida, incapaz de comprender qué habría hecho para enfadarlo así. Había notado cómo se relajaban sus músculos al tocarlos, y sin embargo ahora estaba allí, con el cuerpo en tensión, como si sufriera una tortura.

—Muy bien, MacFane —le contestó en el mismo tono.

Cruzó la estancia a grandes zancadas y cerró la puerta de golpe al salir.

Algo había cambiado entre ellos, comprendió Ariella, porque en algún momento, en aquella cámara caldeada y perfumada de hierbas, había ido más allá de simplemente intentar aliviar su dolor; su contacto había evolucionado hasta convertirse en una exploración prohibida del cuerpo de MacFane, que mostraba profundas cicatrices pero continuaba siendo firme y cálido, vibrante de fuerza.

Y aunque odiase admitirlo, había disfrutado mucho al tocarlo.

Capítulo 6

—¿ Qué ha pasado entre tú y MacFane?

Ariella se revolvió en su asiento, incómoda.

—Nada.

—¿Nada? —repitió Dugald con incredulidad—. Antes eras tú la única persona con la que deseaba hablar. Ahora se va directamente a su cámara al finalizar el adiestramiento y no ve a nadie.

—Ve a Agnes —señaló Andrew—. Agnes le lleva la cena y se ocupa de su baño.

Ariella se sintió aguijoneada por la irritación. Desde la noche en que le masajeó la espalda, algo había cambiado entre ella y MacFane. Al día siguiente él ignoró a Rob por completo, como si estuviera enfadado con el muchacho. Molesta por la descortesía de Malcolm, esa noche Ariella envió a Agnes a que le organizara el baño, pues sabía que él no deseaba tener a aquella joven cerca. Pero en vez de rechazar a Agnes tal como Ariella esperaba, MacFane la recibió de buen grado e insistió en que fuera ella quien lo asistiera en el baño todas las noches.

—Ya no quiere cenar más en el salón —comentó Gordon—. Se pasa el día entero adiestrando al clan, y después se encierra en su cámara y no sale. ¿Qué hará allí dentro?

Niall soltó un bufido.

—Probablemente beber.

—Eso no lo sabes —replicó Duncan, irritado—. Y aunque hiciera eso, ¿qué importancia tiene, mientras a la mañana siguiente esté levantado para adiestrarnos?

—Ese muchacho debería cenar con el clan y divertirse un poco —dijo Angus—. Cuando yo era joven…

—Si MacFane desea quedarse en su cámara, está en su derecho —lo interrumpió Ariella—. No tiene nada que ver con su capacidad para adiestrarnos.

No quería que el consejo supiera hasta dónde llegaba su dependencia del alcohol. A lo largo de la última semana, Malcolm se había ido ganando gradualmente la confianza del clan, lo cual los hizo creer que quizá pudieran efectivamente rechazar un ataque en caso necesario. Cada vez que les enseñaba una táctica diferente, se ganaba otro pedazo de admiración por parte de ellos. Si supieran que todas las noches se hundía en un estupor de autocompasión provocado por la bebida, sin duda se erosionaría aquel recién nacido respeto.

—No comprendo por qué malgastamos el tiempo en estas tonterías —se quejó Niall—. En cualquier momento podríamos ser atacados de nuevo, y mientras

tanto nos lanzamos contra muñecos enormes y luchamos unos contra otros con espadas de madera. ¿Cuánto tiempo hemos de esperar hasta encontrar un guerrero auténtico que posea un ejército fuerte para protegernos?

—Supongo que hasta que aparezca ese hombre, o hasta que Alpin tenga otra visión —contestó Ariella brevemente.

Dugald miró a Alpin.

—No habrás tenido otra visión, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio expectante. Alpin los miró fijamente, disfrutando de ser el centro de atención. Por fin suspiró y movió la cabeza en un gesto negativo.

—No.

—Dado que no tenemos forma de saber cuándo puede suceder cualquiera de esas dos cosas, debemos continuar con el adiestramiento que nos proporciona MacFane —dijo Ariella a modo de conclusión.

—Yo no lo creo así —rezongó Niall—. Ariella tiene que vestirse de chico para seguir viva, mientras nosotros nos adiestramos a las órdenes de un tullido. Es ridículo

—MacFane no es un tullido —replicó Ariella.

—Estamos olvidándonos del gran ejército de MacFane —dijo Angus con entusiasmo—. Tal vez pueda reunirse pronto con él aquí. Entonces no tendremos nada que temer, ni de Roderic ni de nadie.

—El ejército está ocupado en otro lugar —le recordó Ariella—. No podemos depender de él para que nos ayude.

-Resulta más bien extraño, ¿no? —señaló Niall— Que el ejército del Lobo Negro esté luchando en otra parte, sin él.

-Ariella ha decidido que él no es el próximo señor del clan —dijo Duncan-, así que no viene a cuento dónde se encuentre su ejército. Él está aquí para ayudarnos temporalmente, y nada más.

-Y como es evidente que jamás seremos capaces de repeler un ataque, deberíamos dejar esta insensatez y dedicamos a buscar al próximo jefe de los MacKendrick -aseveró Niall, impaciente-. Nuestro clan no estará a salvo hasta que Ariella se case y entregue la espada.

Se hizo un súbito silencio mientras los ancianos reflexionaban sobre aquel punto.

—Es posible que tengas razón —cedió Cordón por fin

A Ariella se le cayó el alma a los pies. Si Niall y Cordón opinaban así sobre MacFane y su adiestramiento, ¿cuántos más pensaban lo mismo?

Malcolm se inclinó sobre el cuello de Caín, procurando no hacer caso del dolor que le costó aquel movimiento, mientras se internaba más profundamente en el

verde y oro del bosque. El follaje se estremeció al paso raudo de Gavin, Ramsay y Hugh, quienes, con los arcos bien sujetos en la mano, se lanzaron tras el bello ciervo rojo que habían avistado. Malcolm hizo acopio de fuerzas y espoleó a Caín para que hiera más deprisa. Pero su cuerpo se rebeló, y se vio obligado a sucumbir y sofrenar a su montura hasta avanzar al paso.

Sacudió la cabeza con asco.

No resultaba fácil aceptar aquellas limitaciones. Era frustrante degradante... incluso acobardante. Sobre todo desde que llegó allí' donde cada movimiento que hacía era observado con una insufrible mezcla de decepción y lástima. Tenía la impresión de ser constantemente examinado y de que lo hallaban patéticamente imperfecto

Lo cual no era de sorprender, ya que él se juzgaba a sí mismo de igual manera.

Aspiró profundamente, saboreando el aroma de la tierra, del caballo y del cuero, intentando disfrutar del sencillo placer de montar despacio entre los árboles en aquella tarde de verano. Desde su llegada sucedida dos semanas antes, no se había aventurado más allá del patio del castillo, pues prefería ocuparse de sus obligaciones y después retirarse a la intimidad de su habitación. Pero los MacKendrick habían trabajado mucho aquella semana, y como reaccionaban bien a los elogios Malcolm razonó que también agradecerían una recompensa De modo que les regaló un día sin los rigores del adiestramiento ni las obras de construcción, para que pudieran descansar o acompañarlo a cazar. Para sorpresa suya, aquella mañana encontró a la mayoría de los hombres congregados en el patio a la temprana hora de siempre, ya convertida en costumbre, ávidos de demostrar sus habilidades cabalgando y disparando. El bosque que rodeaba el castillo era rico en caza, y habían matado varias docenas de conejos y aves, además de tres ciervos rojos. Esa noche se prepararía un gran festín, y habría música y baile para celebrar el éxito de la cacería.

Era una lástima que a esas horas él estuviera ya demasiado agobiado por el dolor como para asistir.

Todas las noches se daba un baño caliente, tal como le había sugerido Rob. Aunque ello lo relajaba en cierto modo, no llegaba a surtir el mismo efecto que varias jarras de vino. Así que practicaba ambas cosas, con la esperanza de que juntas pudieran mitigar el dolor de sus músculos y sus huesos torturados. La sencilla y tímida Agnes le traía sumisamente jabón y toallas, desviaba la mirada con pudor cuando él se desnudaba y se metía en la bañera, y seguidamente le preguntaba con voz temblorosa si necesitaba algo más. La primera noche que se presentó, Malcolm se dio cuenta de que Rob estaba intentando a propósito fastidiarlo por haberlo echado la noche anterior. Pero en lugar de despedir a Agnes, le ordenó que le lavara la espalda. Los pequeños ojos castaños de la joven se agrandaron, pero obedeció. Mientras soportaba el movimiento asustado y tentativo del paño mojado en manos de Agnes, Malcolm se preguntó cansadamente por qué motivo le había pedido que hiciera aquello. Tal vez fuera porque hacía mucho tiempo que no lo tocaba una mujer y ansiaba recordar lo que era sentir unos dedos delgados y suaves recorrer su piel. Seguramente por

eso había experimentado aquellas sensaciones tan perturbadoras cuando Rob lo tocó la noche anterior. Sentía la mente lánguida, el cuerpo aliviado, y en aquel momento líquido y silencioso imaginó que eran unas manos de mujer las que vibraban sobre él, en lugar de las manos de un muchacho mugriento. Sorprendido por su propia reacción, al día siguiente trató a Rob con actitud desabrida, como si el chico tuviera la culpa de algo. Sabía que no estaba bien castigarlo por una reacción extraña que había experimentado sólo él, pero sintió la necesidad de distanciarse, pues creía que así tal vez erradicaría aquel inquietante momento. Ignoró totalmente al muchacho durante el adiestramiento y se las arregló para evitarlo durante el resto del día. Por la noche se retiró a su cámara, y Rob no acudió a charlar con él como tenía por costumbre.

Y entonces descubrió que echaba de menos a su insolente amiguito.

La tierra comenzó a vibrar, señal de que se aproximaba otro jinete. Una yegua de color gris perla surgió de la densa cortina de árboles, con una figura pequeña inclinada sobre su lomo. Rob no vio a Malcolm inmediatamente, tan concentrado estaba en la presa que perseguía. Al cabo de unos segundos, el chico comprendió que su víctima no había tomado aquel camino. Tiró de las riendas de su yegua y le acarició el cuello, sonriendo y elogiándola en un tono inesperadamente suave y amable. El viento le había apartado el pelo de la cara y había dejado al descubierto una delicada estructura ósea que parecía casi femenina, y además sus ojos grises chispeaban de placer, una sensibilidad que Malcolm no había visto antes en el muchacho. La yegua agitó la cabeza y lanzó un resoplido, y entonces fijó la vista en Caín. Los ojos de Rob hicieron lo mismo.

Si su primera reacción al ver a Malcolm fue de sorpresa, desde luego se dio prisa en dominarla. Su delgado cuerpo adoptó una postura desgarbada, no de repente, sino despacio, con movimientos apenas imperceptibles. Eso hizo que el pelo le cayese hacia delante y ocultase la forma escultural de sus mejillas. Malcolm contempló fascinado cómo se cerraba su expresión, y cómo desaparecía el joven sonriente que había aparecido un momento antes. Se sintió vagamente desilusionado al comprender que había sido su presencia la causa de semejante transformación.

Un incómodo silencio se interpuso entre ambos.

—¿Se da bien la caza? —preguntó Malcolm por fin, intentando llenar el vacío.

—Bastante bien —suspiró Rob encogiéndose de hombros.

Malcolm aguardó a que el chico dijera algo más. Al ver que el silencio proseguía, insistió:

—No te vi cuando salimos del castillo esta mañana.

—Me uní a la cacería momentos más tarde —contestó Rob brevemente. Después de haberte marchado tú, terminó de decir con la mirada.

Lo molestó aquella frialdad, aunque había sido él quien la provocó con su propio comportamiento adusto. Un abismo los dividía ahora..., un giro extraño de los acontecimientos, se dijo Malcolm, ya que nunca había considerado que fueran

amigos. Pero se daba cuenta de que, en efecto, había existido un lazo, y él lo había cortado.

—Tu clan lo está haciendo muy bien —dijo, buscando reparar parte del daño.

Rob lanzó un bufido.

—¿Y Agnes? —dijo en tono sarcástico—. ¿También ella lo está haciendo bien?

Malcolm se sintió a punto de sonreír. De repente le quedó clara la razón de la animosidad del chico.

—Hablas igual que una esposa celosa —observó con ironía—. Si te gustaba esa muchacha, ¿por qué me la enviaste a mí?

Rob estaba estupefacto.

—¡No me gusta esa muchacha! —escupió.

—¿Por qué no? —lo provocó Malcolm, disfrutando tomándole el pelo—. Es bastante bonita. —De cara, Agnes resultaba bastante insulsa, pero Malcolm sospechaba que para un chico de trece años aquel rostro lavado y aquella figura amplia podrían resultar atractivas.

—Porque no.

—Entonces, ¿por qué te molesta que se ocupe de atenderme?

—insistió Malcolm, procurando esconder lo mucho que se estaba divirtiendo.

Rob lo miró furioso.

—No me molesta.

—No posee tu habilidad para curar —reconoció Malcolm—, pero, sin embargo, tampoco tiene tu lengua viperina. —Fingió reflexionar sobre ello durante unos segundos, y después suspiró—. Supongo que habré de aceptar sus defectos a cambio del placer supremo del silencio.

—Se os ha contratado para adiestrar a mi clan, MacFane —le recordó Rob con acritud—, no para acostaros con las mujeres.

Su boca formaba una expresión remilgada, y sus ojos grises brillaban fríos y reprobatorios. Incapaz de controlarse, Malcolm echó la cabeza atrás y rompió a reír, un sonido grave y olvidado que le llenó el pecho de un vibrante calor.

De pronto, Rob se abalanzó contra él y lo hizo caer hacia atrás. Malcolm lanzó un gruñido y rodeó al chico con un brazo, instintivamente, al tiempo que los dos se estrellaban contra el suelo en un montón confuso.

Un ramalazo de dolor le atravesó todo el cuerpo, como si cada uno de sus nervios estuviera ardiendo.

—Maldita sea —exclamó, lanzando a Rob a un lado sin contemplaciones—, ¡para qué diablos has hecho eso!

Lo distrajo el ruido de los cascos de un caballo. Volvió la mirada hacia los árboles y vio una figura cubierta con una capa que desaparecía entre las sombras

a todo galope. Con el entrecejo fruncido, miró a Rob, el cual yacía junto a él en el suelo, hecho un ovillo.

Una flecha sobresalía de su brazo.

A toda prisa, Malcolm se sacó la daga del cinturón y se puso de pie para escuchar atentamente mientras barría con la vista el bosque a su alrededor. Convencido de que se encontraban solos, se arrodilló al lado del muchacho.

—¡No me toquéis! —ordenó Rob.

-Tengo que ver si la herida es muy profunda —le dijo Malcolm con firmeza—. Deja que te abra la camisa...

—¡No! —exclamó Rob, apartándole las manos—, ¡Dejadme en paz!

—Si la flecha no ha entrado muy hondo, es mejor sacarla ahora que regresar cabalgando hasta el castillo con ella clavada —explicó

Malcolm, intentando ser paciente—. De lo contrario, sólo conseguiremos que se clave todavía más.

—No me toquéis, MacFane —advirtió el chico con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Oh, por el amor de Dios. —Antes de que Rob pudiera seguir protestando, Malcolm asió la manga y rasgó la tela, dejando al descubierto la herida de la que sobresalía la flecha.

—No ha penetrado muy hondo —decidió, al estudiar la herida—, Puedo extraerla aquí mismo.

—¡No! —exclamó Rob con voz ahogada, horrorizado—. No os atreváis a...

Pero, sujetándole el brazo con fuerza, Malcolm extrajo la flecha en un solo movimiento. Un grito de dolor y sorpresa rasgó el aire.

—Ya está —dijo suavemente—. Ha salido. —Tiró la flecha y procedió a vendar el brazo del chico con la tela desgarrada de la manga—. ¿Estás bien?

Rob tomó aire con un estremecimiento y afirmó con la cabeza. Las lágrimas empezaron a rodar por sus sucias mejillas.

—Bien. Cuando regresemos al castillo, haremos que te cosan la herida y que te la venden como es debido. Montarás conmigo.

—Puedo montar mi caballo —le dijo el muchacho con voz temblorosa.

-Ya sé que puedes —convino Malcolm—, pero estás herido y prefiero que montes conmigo.

Se puso en pie y ayudó al muchacho a incorporarse. Seguidamente apoyó las manos en su cintura para izarlo a lomos de Caín. En vez de notar la constitución magra y huesuda de la mayoría de los chicos de su edad, Rob le resultó sorprendentemente blando al tacto. Con el ceno fruncido, Malcolm ajustó la fuerza con que lo sujetaba; la suave curva de las caderas se hizo evidente bajo sus manos.

—¡Apartad las manos de mí! —le espetó Rob— ¡Ya os he dicho que soy perfectamente capaz de montar mi caballo!

Fue con aire ofendido hasta su yegua, respiró hondo y se izó con dificultad hasta el lomo.

Malcolm decidió no discutir más sobre el asunto y montó a Cain. La fría oscuridad los envolvió a ambos cuando iniciaron el regreso en silencio atravesando el bosque. Malcolm tuvo cuidado de no avanzar demasiado deprisa, por miedo a que su paso resultara excesivamente difícil para su joven amigo herido. Eso le dio tiempo para reflexionar sobre lo que había ocurrido.

Y para aceptar con absoluta certeza que la flecha iba dirigida a él.

Hasta ellos llegó un murmullo de risas y música, lo cual indicaba que hacia ya tiempo que había comenzado el banquete. Una luz de color ámbar se filtraba por las ventanas del castillo, y el penetrante aroma de la carne asada inundaba el aire de la noche. Malcolm se apresuró a bajar del caballo.

—Hemos de minimizar este asunto delante del clan, MacFane —dijo Rob con expresión grave.

Malcolm lo miró, incrédulo.

—Te han disparado. Y con una flecha que iba destinada a mí

—Al clan no le va a servir de nada saber eso —arguyó el muchacho-, Para lo único que servirá será para preocupar a todo el mundo.

Y no les faltaran motivos para preocuparse —rugió Malcolm—. Podrían haberte matado. Y a mí no me gusta que me disparen.

Rob sacudió la cabeza en un gesto de impaciencia.

—Si queremos averiguar quién lo hizo, no podemos hacer que todos vigilen a todos. Sería mejor dejar que el atacante crea que pensamos que se trataba de una flecha perdida.

Malcolm recapacitó por un momento. Tal vez el chico tuviera razón. Un atacante que creyera que había escapado sin que nadie lo detectara era menos probable que mostrara cautela. Y probablemente volvería a intentarlo.

Muy bien --Levantó los brazos para ayudar al herido a bajar

-Puedo bajar solo -le dijo Rob, tajante. Con la frente arrugada a causa del esfuerzo, desmontó, se apoyó un momento contra la yegua y después dio un paso.

Malcolm lo cogió justo cuando se derrumbaba en el suelo.

—La herida ha sangrado, y te ha debilitado. —Gruñendo por el dolor que experimentaba él mismo, tomó al chico en brazos torpemente.

—No quiero que me llevéis en brazos —protestó Rob.

—No creo que puedas escoger en este caso —observó Malcolm mientras se dirigía cojeando hacia el castillo—. La próxima vez, podrás llevarme tú a mí.

El gran salón hervía de música y animación. Cuando entró Malcolm llevando en brazos a Rob, todo el mundo se paró en seco y se los quedó mirando fijamente.

—¡No! —exclamó Elizabeth dejando caer sobre Gavin la copa de vino que le estaba ofreciendo. Corrió hacia ellos seguida inmediatamente por Agnes, Helen y la pequeña Catherine.

—¿Dónde es la herida? —exigió saber Duncan.

Gavin se levantó de su asiento sin hacer caso del tartán manchado de vino.

—¿Qué ha sucedido?

—No es nada —les aseguró Rob cuando Malcolm lo depositó de pie en el suelo con todo cuidado—. Una flecha perdida durante la cacería. Me ha alcanzado en el brazo, y MacFane me la ha sacado. —Cogió la mano de su hermana pequeña y sonrió—. Estoy bien.

Una oleada de alivio inundó el salón. Malcolm estudió las expresiones de los que lo rodeaban en busca de un indicio de culpabilidad o quizá de rabia por que la flecha no hubiera alcanzado el blanco previsto, pero lo único que vio fue preocupación y sorpresa... excepto en Alpin. Los penetrantes ojos negros del anciano retribuyeron el escrutinio de Malcolm con idéntica serenidad, como si siempre hubiera sabido que iba a suceder aquello y no lo inquietara lo más mínimo.

Y en Niall, cuyo semblante estaba contorsionado por la furia.

—Va a ser necesario limpiar la herida y darle unos puntos —informó Malcolm a Duncan—. Llevad al chico a mi cámara y quitadle esa ropa sucia. Vamos a aprovechar esta oportunidad para que se dé un baño por fin.

Las mujeres presentes soltaron una exclamación ahogada.

Malcolm frunció el ceño sin entender aquella reacción.

—Quizá, MacFane, sea mejor que Rob se quede conmigo y con Andrew —sugirió Duncan—. Nosotros disponemos de espacio de sobra, y podemos turnarnos en cuidarlo esta noche, por si necesita algo.

—Sí —concordó Rob rápidamente—. Eso será lo mejor.

—Agnes y yo nos ocuparemos de curar la herida —se ofreció Elizabeth.

—Y yo le contaré un cuento para que se sienta mejor —declaró Catherine, fuertemente agarrada del brazo sano de su hermano.

Malcolm se encogió de hombros. ¿Qué importancia tenía quién se ocupara del muchacho, siempre que se ocupara alguien?

—Muy bien.

—Bueno, ya que el chico va a recuperarse, no encuentro ninguna razón para no continuar con el banquete —dijo Angus cuando se llevaron a Rob. Miró a Alpin, no muy seguro—. ¿La hay?

—No la hay —convino Alpin, encantado. Alzó un dedo huesudo en el aire y dijo—: ¡Que toquen los músicos!

Un ensordecedor bramido de gaitas asaltó los oídos de Malcolm. Volvió la vista hacia Gavin, el cual le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Y acto seguido dio media vuelta y se encaminó despacio hacia su habitación.

—¿Crees que esa flecha iba dirigida a ti?

—Rob vio cómo aquel individuo apuntaba —respondió Malcolm—. Por eso intentó empujarme a un lado.

—Pero cuando el atacante se dio cuenta de su error, no volvió a disparar —señaló Gavin—. Puede ser que sólo tratara de asustarte, no de matarte.

—En ese caso, confía excepcionalmente en su puntería —observó Malcolm con gravedad. Bebió un largo trago de vino—. Sea como sea, alguien quiere que yo desaparezca. Si no tenía la intención de matarme, entonces pretendía hacerme huir. La cuestión es: ¿por qué quiere que me vaya?

Gavin contempló pensativo el fuego.

—A juzgar por lo que yo puedo ver, los MacKendrick están empezando a aceptarte como consejero militar. Como no saben que has sido contratado para venir aquí, creen que deseas ayudarlos sinceramente. Y la mayor parte de ellos aceptan que necesitan tu ayuda, por lo menos hasta que encuentren a su nuevo jefe. Pero —continuó, dubitativo— Elizabeth me ha dicho que hay algunos que te culpan a ti del ataque sufrido por el clan.

Malcolm lo miró con expresión incrédula.

—¿Por qué diablos van a culparme a mí?

Su jefe les prometió que tú ibas a venir con tu ejército para casarte con su hija y asumir el puesto de señor del clan, tal como lo había visto Alpin -explico Gavin- Todos conocían los relatos de tu pasado y estaban emocionados ante la perspectiva de tener por jefe al gran Lobo Negro. Cuando fueron atacados y murieron el jefe y su hija, el clan quedó destrozado. Adoraban al antiguo jefe y a la joven. Al parecer poseía una belleza excepcional.

Malcolm lanzó una mirada furtiva a la escultura que descansaba sobre la mesa. Si aquel elegante busto podía servir de indicación, Ariella, debía haber sido una criatura exquisita

-También era una joven valerosa -reflexionó Gavin- para haberse sacrificado por su gente de aquel modo.

Malcolm volvió a fijar la vista en el fuego, incapaz de mirarla. En lugar de hallar consuelo, lo atormentaba la imagen de aquel rostro encantador engullido lentamente por las llamas.

«¿Cuánto tiempo me esperó?»

-Me he percatado de que existe cierta renuencia a hablar de ella –prosiguió Gavin- Elizabeth dice que es porque el recuerdo sigue siendo muy doloroso.

Naturalmente que sí. Igual que la muerte de Marina supuso un sufrimiento atroz para é. La muerte de Marina, y de todas las demás mujeres y niños

indefensos de los MacFane que habían sucumbido por culpa de que é estaba borracho.

Bebió otro trago de vino, sintiendo odio por sí mismo.

-Podría ser que quienquiera que te disparó deseara castigarte por no haber acudido -sugirió Gavin- Los MacKendrick fueron brutalmente despertados de un apacible sueño que había durado casi cien años. Tal vez uno de ellos te culpe a ti de su pérdida de inocencia, y quiera que te marches porque cree que les fallaste y que no tienes derecho a estar aquí.

—Tiene razón.

Gavin lo miró irritado.

-No has venido aquí porque pensaras que estabas en tu derecho, Malcolm. Has venido porque te lo han pedido.

-No –replicó él en un tono teñido de desprecio-. He venido porque deseo el oro que me han ofrecido.

-Aun así, tus motivos para haber venido no tienen nada que ver con lo que hagas mientras estés aquí. Si puedes ayudar a los MacKendrick, ¿qué importa que te paguen por ello?

Malcolm permaneció en silencio mientras reflexionaba sobre aquello último. Quizás el hecho de haber sido contratado no hubiera molestado a un guerrero común; desde luego, no lo molestó cuando Duncan le hizo la oferta. Él había sido el Lobo Negro, y el jefe del poderoso clan MacFane. Unos años atrás, habría prestado su ayuda sola y exclusivamente porque era justo prestarla, no porque esperase recibir nada a cambio.

—Existe otra posibilidad, más preocupante —reflexionó, apartando a un lado la idea de cuan bajo había caído— Podría ser que alguien quiere que me vaya porque le preocupa que el clan se esté haciendo mas fuerte.

Gavin frunció el ceño.

—¿Quién puede desear que el clan siga siendo débil?

Malcolm apuró la copa y a continuación miró a su amigo con expresión sombría.

—Alguien que sabe que el clan va a ser atacado de nuevo.

El fuego era ya un montículo de ascuas de color rosado y gris cuando Malcolm intentó convencer a una última gota de vino de que penetrare en su boca. Irritado al ver que la jarra estaba vacía, la arrojó a un lado y escuchó con total indiferencia cómo se hacía añicos contra las losas del suelo. Parpadeó pesadamente y centró la mirada en la vela, que estaba ya peligrosamente cerca de consumirse en un charco amarillo de cera. No quería que se apagara. Si se apagaba, no quedaría nada con que alumbrar las mejillas lisas de altos pómulos y la nariz pequeña y recta de la joven que podía haber sido su esposa. Sin embargo, si él fuera todavía el jefe del clan MacFane, ella no habría sido su

esposa, se recordó sordamente. Porque si no lo hubieran herido, si no estuviera tan torturado por el sufrimiento, si no se hubiera vuelto tan dependiente del alcohol sólo para poder pasar los interminables días, horas y minutos, ahora estaría casado con Marrian, con un hijo ya nacido y tal vez otro creciendo en el vientre de ella.

Apoyó la cabeza sobre su brazo dolorido y contempló la llama rojo dorada, que le recordaba el color del cabello de Marina. Su prima pequeña lo había adorado desde siempre, que él recordara, y ya iba detrás de él desde que aprendió a caminar con sus piernecitas regordetas. La tímida Marrian floreció en una bella joven, alta y lozana, y Malcolm se consideró ciertamente afortunado cuando su padre arregló el matrimonio entre ambos. Ella apenas había cumplido los dieciséis años y él tenía veintiocho, y se acordó que no se casarían hasta que Malcolm regresara definitivamente a casa. Con frecuencia había acampado de noche imaginando aquel momento, el momento en que el Lobo Negro volvería orgulloso y fuerte al frente de su gran ejército, y Marrian acudiría a su encuentro corriendo por el prado, con las mejillas arreboladas y el cabello iluminado por el sol y flotando a la espalda.

En lugar de eso, Gavin lo llevó a casa en un carro, destrozado, ensangrentado y delirando de fiebre. Aunque no deliraba tanto para no poder ver el horror que nubló el encantador rostro de su prometida cuando lo llevaron al interior del salón. Horror, y lástima, e incluso una leve sombra de repulsión.

En aquel momento supo que no se casaría jamás.

La cara de piedra de aquella muchacha llamada Ariella lo contempló en silencio. Desvió la mirada, avergonzado de su propia autocompasión. Él estaba vivo, mientras que las dos mujeres con las que podría haberse casado estaban muertas. Marrian fue asesinada mientras él, ebrio, conducía a su ejército lejos del castillo y dejaba éste totalmente vulnerable. Y Ariella, que había amado a su clan de forma tan desinteresada que prefirió morir a permitir que su gente sufriera, había aceptado por fin que él no iba a llegar nunca, y se había suicidado. ¿Lo habría odiado, en aquel terrible momento? ¿Habría lanzado una última mirada, desesperada, al horizonte, en busca de alguna señal del hombre que Alpin había prometido que vendría a salvarlos? Experimentó un asfixiante sentimiento de culpa, que anegó la habitación y la convirtió en un recinto pequeño, sofocante y sin aire. Aquélla era la cámara del señor de los MacKendrick, se recordó a sí mismo duramente. No tenía ningún derecho a ocuparla. La vela chisporroteó y se apagó por fin, sumiéndolo en el abandono. Se incorporó con esfuerzo y avanzó tambaleándose en medio de la oscuridad, buscando la puerta. A continuación echó a andar cojeando por el pasillo, bajó las escaleras y salió por la puerta principal en busca de aire limpio y fresco, y de la negrura infinita de la noche para calmar sus sentidos.

Un cielo de terciopelo se extendía allá en lo alto, silencioso e insondable. Siguió avanzando un poco, buscando una estrella en la cual concentrar la mirada, pero halló tan sólo la luna, y le pareció demasiado grande, demasiado luminosa, casi cegadora con su aura. Cerró los ojos y se dejó caer en el suelo, consolándose con la sensación de la tierra dura bajo las rodillas. Le dolía el

cuerpo, pero aquel dolor estaba amortiguado por el vino que fluía por sus venas, lo cual le permitió pensar en otras cosas. Pensó en Marrian, y en la sensación que le produjo posar los labios castamente sobre su boca sonriente y dulce Y en Harold, su primo y medio hermano de Marrian, que le tomaba el pelo acerca de lo que haría si algo le sucediera a su hermana. «Debería haberme matado», pensó Malcolm con amargura. «Creyó que fue compasivo dejándome marchar.»

«Debería haberme atravesado con su espada y así acabar de una vez.»

Un sonido se escapó de sus labios, un sollozo o un quejido, no lo supo bien. Sorprendido, escudriñó la oscuridad para ver si lo había oído alguien. El castillo dormía, sus ventanas semejaban bostezos de cavernas negras, excepto por un haz dorado que se filtraba por una abertura en lo alto de una de las torres. Se quedó mirándola, vagamente consolado por la idea de que no estaba solo, de que había alguien mas que no podía descansar en aquella solitaria noche de verano. De pronto apareció una figura de mujer en el haz de luz ambarina. Su rostro estaba en sombras, su silueta era pequeña y sutil, pero la serena gracia de sus movimientos no dejaba lugar a dudas de que era una mujer lo que estaba viendo, no un niño. La figura se inclinó hacia delante buscando algo en el cielo, o quizá para sentir el frescor del aire en las mejillas. Entonces, la claridad de la luna le dio de lleno en la cara y revelo sus facciones en una cascada de luz plateada.

Malcolm dejó de respirar.

La mente le estaba jugando una mala pasada, se dijo, insensibilizado. Era el alcohol, combinado con la culpa y el agotamiento, lo que le hizo creer que se trataba de Ariella. Él no creía en espectros ni en espíritus; ni siquiera creía en los videntes ni en ninguna de las demás supersticiones tontas que tanto les gustaban a las gentes de las Highlands. Sin embargo se quedó allí inmóvil, sin poder apartar la mirada de la mujer que contemplaba la luna, temeroso de que, si parpadeaba ella desapareciera para siempre. Por fin parpadeó, y la mujer permaneció. Noto una profunda sensación de alivio.

Entonces la joven se volvió y desapareció, dejando a Malcolm solo en medio de las sombras del patio.

No podía dejarla marchar. No podía hacerlo sin decirle cuánto lamentaba todo lo ocurrido. Ella había muerto por su causa; habría prendido fuego a su cámara y se había dejado devorar por las llamas. Una muerte horrible y dolorosa. No esperaba que ella lo perdonase ya que no era digno de su perdón, pero necesitaba suplicárselo de todos modos. Quería que supiera que él no había deseado de ningún modo que sucedieran todas aquellas cosas horribles.

Y que si le hubiera sido posible, habría acudido.

La hierba para dormir cayó en forma de pálida nube sobre la superficie carmesí del vino.

Ariella cogió la copa y la hizo girar varias veces mientras observaba como se disolvía el polvo. Sentía un intenso dolor en el brazo que le impedía tumbarse entre aquellas sábanas limpias y quedarse dormida. Elizabeth le había cosido y

vendado cuidadosamente la herida y Agnes le había preparado un baño caliente para aliviar sus músculos cansados Juntas, sus amigas le habían lavado el pelo tan sucio, para procurarle así un descanso de la ceniza con que iba a mancharlo al día siguiente, y le habían puesto un camisón de suave lino. Al comprender que la herida iba a dificultarle el sueño, Ariella tomó una mezcla especial de hierbas que la ayudasen a dormir, pero ya habían transcurrido vanas horas y seguía con la frustración de continuar despierta. Se sentó delante del fuego y bebió lentamente un poco de vino esperando a que su mente le concediera al cuerpo el consuelo del sueño pero por mas que lo intentaba no lograba sobreponerse al horror de lo que había sucedido aquel día.

Alguien había intentado matar a MacFane.

Al principio trató de convencerse de que había sido un accidente. Pero había visto aquel jinete oculto bajo una capa salir de entre el follaje, despacio acechando, igual que un cazador que acorrala a su presa. Por todo el bosque resonaba la risa de MacFane, nadie podía haber dejado de oírla. El jinete sabía que estaban allí, fue a por ellos. Y cuando apareció con la flecha ya tensa contra la cuerda del arco, apuntó a toda prisa pero con cuidado. Ariella apenas tuvo tiempo de abalanzarse sobre MacFane cuando el proyectil atravesó el aire. La alcanzó en e brazo, pero la herida no era nada; nada en comparación con el terrible hecho de que alguien había intentado matar al Lobo Negro.

Alguien perteneciente a su clan.

Sabía que ellos no querían que Malcolm estuviera allí. Resultaba fácil de entender su aversión a ser adiestrados por el hombre que les había fañado tan gravemente. Y en su estado actual, MacFane distaba mucho de ser el magnífico guerrero que habían soñado que vendría a salvarlos. Pero ella era la guardiana de la espada, y su clan debía obedecer sus decisiones. La idea de que alguien hubiera intentado herir a MacFane, aunque la intención de dicha persona fuera tan sólo ahuyentarlo, resultaba sorprendente. En aquel momento él era su única esperanza de aprender a defenderse de otro ataque por parte de Roderic, o de alguien como él. Hasta que ella encontrase al jefe adecuado y le hiciera entrega de la espada, los MacKendrick eran claramente vulnerables. ¿Qué podría esperar ganar alguien al librarse de MacFane?

Tomó otro sorbo de vino y contempló pensativamente el fuego, esforzándose por pensar con claridad bajo los efectos de la hierba, que comenzaba a embotarle los sentidos. Quizá, reflexionó, en el clan había alguien a quien preocupaba que ella pudiera entregarle la espada a MacFane. Aquella idea era ridícula. Si bien estaba resultando ser un maestro y consejero razonablemente capaz, su cuerpo maltrecho, su fracaso para con su propio clan, su adicción al alcohol y el hecho de carecer de un ejército lo volvían indiscutiblemente inapropiado para recibir el honor y la responsabilidad de convertirse en el señor de los MacKendrick. Si escogía a MacFane, condenaría a su clan al sufrimiento y a la destrucción. Pero su gente no sabía hasta dónde alcanzaban sus heridas, ni que había sido destituido como jefe de los MacFane, ni que su poderoso ejército era ahora mandado por otro. Ni que todas las noches se hundía en una vorágine provocada por el alcohol. Ningún hombre que sufriera debilidades tan abrumadoras podía

empuñar la espada de los MacKendrick. Se preguntó qué habría ocurrido si hubiera conocido a MacFane en el punto más alto de su fuerza y capacidad físicas. ¿Podría la espada haberlo salvado de su propia destrucción?

Pero aquello ya no venía a cuento, se recordó Ariella con amargura. MacFane estaba allí, y no por ningún deseo noble de ayudar a su clan, sino porque ella lo había sobornado con oro. El arreglo era simple: ella se serviría de él por sus conocimientos sobre adiestramiento y fortificaciones, y se encargaría de que su gente se esforzase con ahínco para beneficiarse de dichos conocimientos. Tan pronto como dejara de necesitarlo, lo despediría.

En aquel momento crujió ligeramente la puerta. Ariella alzó la vista, preguntándose quién podría necesitar hablar con ella a aquellas horas.

En cuanto vio a MacFane se puso en pie de un salto, con lo que se derramó la copa de vino sobre toda la parte delantera del camisón.

Malcolm contempló, horrorizado y fascinado, la exquisita aparición que tenía frente a sí. Su cabello era del color de la madera más brillante, surcado de hebras de tono cobrizo que lanzaban destellos bajo la luz del fuego. Era abundante, tal como esperaba, y fluía en ondas, las mismas que había visto talladas en piedra. Tan sólo su longitud lo sorprendió; en lugar de caer en cascada por la espalda, apenas le sobrepasaba los hombros. Debió de quemarse en el incendio, razonó, experimentando una sensación de pérdida. Su cutis era claro, las facciones delicadas y finas. Qué bien conocía los contornos de aquel rostro: la nariz pequeña y recta, los pómulos elegantes, el gesto prominente y decidido de la barbilla. Todo en ella resultaba dolorosamente familiar, desde la curva sensual de los labios hasta sus ojos grandes y grises. Ella lo contempló consternada, como si tuviera miedo de él, aunque no se le ocurría el motivo. El parpadeo anaranjado de las llamas en la chimenea convertía su camisón de hilo en el más transparente de los velos y dejaba entrever las líneas esbeltas y redondeadas de su figura. Sintió nacer una intensa oleada de deseo. Abrumado por aquella reacción indecorosa, bajó la mirada, y sólo entonces reparó en la mancha de color escarlata que mostraba la parte delantera del camisón.

Estaba cubierta de sangre.

—Perdonadme —articuló. Su voz sonó como un ronco quejido en contraste con el silencio que reinaba en la cámara.

Ella lo miró insegura, como si no hubiera entendido.

—Yo… Yo no lo sabía —continuó MacFane, sintiéndose desvalido y avergonzado—. No comprendí el peligro que corríais.

Ariella no dijo nada, pero su silencio fue condenatorio.

—Y aunque lo hubiera sabido —admitió con un profundo desprecio hacia sí mismo mientras luchaba con aquella confesión—, no había nada que yo pudiera hacer. No disponía de un ejército para acudir en vuestro rescate, ningún arsenal de armas, escudos o caballos. —Se señaló a sí mismo con asco y añadió—: Ni siquiera un cuerpo sano con el que luchar.

Los ojos grises de la joven se ensombrecieron. Permaneció donde estaba, observándolo en una actitud rígida, como si considerase una cobardía sus patéticas excusas.

Y lo eran.

—Tenéis razón, mi señora —reconoció Malcolm por fin con un áspero susurro—, debería haber venido.

El sentimiento de culpa por aquello era más de lo que pudo soportar. Atormentado por el arrepentimiento, cerró los ojos para no ver aquella terrible mancha de sangre. Deseó poder cambiar su vida por la de ella. Ella, al menos, tenía una vida que merecía la pena ser vivida, con personas que la amaban y la necesitaban. Pero, en cambio, se había dejado consumir por las llamas, y así lo condenó a él con la carga insoportable de una muerte más sobre su conciencia.

No creía que fuera capaz de soportarlo.

—Ariella —susurró. Su nombre le resultó obsesivo y agridulce—. Lo lamento profundamente.

Ariella lo miraba sorprendida y atónita. Jamás había visto así a MacFane. A menudo se lo veía atormentado, pero había pensado que era un tormento egoísta, cuyas raíces se alimentaban de la autocompasión. Pero el hombre que tenía ante ella no era el MacFane que se emborrachaba y se preguntaba amargamente si de verdad habría llevado a cabo las afamadas proezas del Lobo Negro; aquel hombre estaba intoxicado, sí, pero no se compadecía de sí mismo. En cambio, se consumía por el solo hecho de creerse responsable de la muerte de una mujer. Y aquella idea lo hacía sentirse tan culpable, que ni siquiera era capaz de mirar el espíritu de dicha mujer.

Tenía todos los motivos para despreciarlo. Le había fallado a ella, a su padre, a su clan. Sin embargo, en aquel momento silencioso y solemne no pudo odiarlo. Estaba demasiado impresionada por la intensidad del sufrimiento que lo abrumaba.

No podría permanecer allí mucho más tiempo, comprendió Ariella, o de lo contrario pronto empezaría a preguntarse por qué aquel espíritu no se esfumaba en el aire. Llenó una copa de vino para él, a la cual agregó una generosa cantidad de polvos para dormir.

—Bebed, MacFane —le ordenó, al tiempo que le tendía la copa—. Hasta el fondo.

Él abrió los ojos y la miró. Si estaba sorprendido por el hecho de que una aparición pudiera hablar, no hizo comentario alguno. En vez de eso, alargó la mano para coger la copa. Al hacerlo, sus dedos rozaron los de Ariella; una chispa de calor contra la piel fría de la joven. MacFane mantuvo fija en ella su mirada azul, inclinó la cabeza y apuró la copa obedientemente. Acto seguido se limpió la boca con el dorso de la mano y dejó la copa sobre la mesa con detenimiento.

—No os atormentéis con mi muerte —murmuró Ariella en voz queda—. Pertenece al pasado.

MacFane negó con la cabeza. No merecía la absolución.

—Tuvisteis una muerte horrenda por culpa mía. Visteis morir a vuestro padre, visteis despedazados a los miembros de vuestro clan mientras luchaban por proteger su hogar. Y durante ese tiempo permanecisteis aferrada a la esperanza de que tal vez llegara yo. Pero, por Dios bendito —juró, furioso de repente—, ¿no pudisteis esperar un poco más? Si hubierais accedido a casaros con aquel guerrero, habríais conservado la vida. Podríais haberme enviado de nuevo un mensaje. Yo habría buscado una manera de ayudaros.

—No podía casarme con él —repuso Ariella—. No podía convertirlo en jefe de mi clan. El sufrimiento de mi gente habría sido... inimaginable.

—Hasta los jefes crueles y opresores pueden ser asesinados. No son invencibles.

«Con la espada, sí lo habría sido. Como lo habría sido mi padre, si se le hubiera ocurrido tenerla cerca de él.» Ariella sabía que la espada por sí sola no podía salvar a su clan, pero al menos su padre no habría caído bajo el acero de Roderic.

—No podía casarme con él —repitió en tono pétreo. Comenzaron a desatarse terribles recuerdos, imágenes del sufrimiento que había presenciado aquel día—. Después de todo lo que hizo, preferí morir antes que permitir que me tocara. —Se rodeó a sí misma con los brazos, en un intento de protegerse de los horrores que se arremolinaban en su mente.

MacFane lo comprendió.

—Naturalmente —dijo, sintiéndose necio y simplón por haberlo sugerido siquiera. Se acercó un poco más—. Él no tenía derecho a tocaros.

Extendió una mano y la posó sin pensar sobre la mejilla de ella, olvidándose de que era un espectro y de que no tenía sustancia. Para sorpresa suya, la notó claramente sólida bajo su contacto; sólida, pero también pequeña y delicada. Y fría, pensó, notando cómo temblaba ligeramente. Pese al hecho de que estaba de pie frente al fuego que le calentaba la piel. El espectro no rechazó su contacto, ni tampoco fue a su encuentro, sino que permaneció totalmente inmóvil, con la mirada fija en él, con los ojos de color plateado a la luz ambarina de las llamas. Malcolm experimentó una oleada de deseo que le nubló el pensamiento. Aquélla era la mujer que podría haber sido suya, la mujer que le habían ofrecido por esposa, si él hubiera sido lo bastante hombre para venir a protegerla, la mujer que habría yacido con él por las noches, envuelta en su abrazo, con una mejilla pálida y sedosa apoyada en su pecho dolorido. Abrumado por la pérdida, deslizó los dedos por el frágil contorno de su mentón, dibujó su pequeña barbilla, descendió por la cremosa columna de su garganta. El rápido latido del pulso vibró en las yemas de sus dedos, leve como el susurro de unas alas de mariposa. En su mente sabía que estaba muerta, sin embargo para él estaba tan llena de vida como lo estaba su propia carne, o las llamas que crepitaban a su espalda, o el aire que penetraba con suavidad por la ventana.

—Ariella —murmuró con la voz enronquecida por el deseo. Hundió profundamente los dedos en la seda cobriza de su cabello y se inclino hacia ella para inhalar su aroma a brezo y jabón. En los ojos de la joven brillaba la incertidumbre, pero no se apartó. Y en aquel momento, de alguna manera, dejó de ser un espectro o un mero truco de su imaginación. Con la mente nublada por la pasión y por el vino Malcolm la rodeó con sus brazos.

Y entonces, aceptando el hecho de que había perdido completamente la cordura, inclinó la cabeza y capturó la boca de la joven con la suya.

Ariella contuvo la respiración, tan sorprendida estaba por sentir la boca de Malcolm cálida y dura sobre la suya. Sabía que debía apartarlo de sí. MacFane no tenía derecho a tocarla de aquel modo, no tenía derecho a atraerla hacia el denso calor de su cuerpo, no tenía derecho a estrecharla contra él mientras su boca invadía la suya con terrible aterradora desesperación. Pero por algún motivo no consiguió resistirse alzar los brazos y empujar contra el pecho de él para zafarse de su abrazo Una extraña sensación comenzó a crecer en su interior despacio al principio, una diminuta ascua que ardía en el fondo de su estomago. Intento expulsarla de su mente al tiempo que las manos de Malcolm empezaban a acariciarle con ansia posesiva la espalda, los hombros, la cintura, las caderas, al tiempo que exploraban las curvas y valles de su cuerpo como si no pudiera creer del todo que ella era real y necesitara comprobarlo por sí mismo. Su beso se volvió más audaz y más exígeme, le aprisionó los labios, después la saboreó con la lengua, hasta que ella, sorprendida, lanzó una exclamación ahogada al sentir el intenso placer que comenzaba a invadirla. Eso le permitió a él besarla mas profundamente, más plenamente, hasta eliminar los últimos vestigios de su resistencia.

El ascua de su estómago estalló en una llamarada. Incapaz de contenerse ya, Ariella le rodeó el cuello con los brazos. La inmensa estatura de Malcolm la obligó a alzarse de puntillas, lo cual la empujó un poco mas contra el cuerpo macizo de él. Malcolm la estrechó con más fuerza, la envolvió en su fortaleza y su deseo, la tocó, la paladeó y la abrazo hasta hacerla perder el equilibrio, hasta que ella tuvo la sensación de nacer a la vida por primera vez, de que hasta aquel momento todo no había sido más que una sombra de las sensaciones que la recoman ahora que estaba besando al hombre destinado a ser su esposo El hombre que no había acudido cuando ella lo necesitaba y que había dejado sufrir a su clan.

La vergüenza perforó sus sentidos. En aquel mismo instante Malcolm le apretó el brazo herido y le arrancó un gemido de dolor. Al instante dejó de abrazarla y dio un paso atrás.

-¿Os he hecho daño? —le preguntó, estupefacto por aquella posibilidad.

—No —murmuró Ariella, negando con la cabeza—. No ha sido nada.

Malcolm tenía la mirada borrosa por los efectos del alcohol y del somnífero. Aun así, conservaba la suficiente lucidez para encontrar peculiar la incomodidad de Ariella. Con el ceño fruncido, alargó una mano y de un tirón le retiró el

camisón del hombro. Al descubrir la tela blanca del vendaje, se la quedó mirando un momento, intrigado.

Y entonces sus ojos se entornaron.

—¿Qué diablos es esto? —rugió con la voz ronca.

La mente de Ariella funcionaba a toda velocidad, buscando una explicación plausible.

Pero antes de que se le ocurriera ninguna, Malcolm lanzó un suspiro como si el asunto hubiera dejado de interesarle.

Entonces cerró los ojos y se desplomó pesadamente en el suelo profundamente dormido.

CAPÍTULO 7

Alguien lo estaba llamando. La voz tenía un timbre amortiguado, como si la persona en cuestión estuviera gritándole al viento. Malcolm no sabía qué estaba diciendo aquel individuo, pero ojalá se callara de una vez. Tenía la mente enredada en una serie de capas de suave lana, que lo resguardaban del dolor y de cualquier otra cosa que pudiera experimentar si se permitía a sí mismo despertarse. Suspiró y hundió la cabeza un poco más en la almohada. Si no hacía caso de aquel ruido tan irritante, seguro que desaparecería sin más.

Lo siguiente que supo fue que habían desaparecido las mantas y que tenía el cuerpo desnudo al aire helado de la mañana.

—¿Qué diablos… ?

—Hora de levantarse, Malcolm —anunció Gavin alegremente—. Dios, tienes un aspecto horrible. ¿Cuánto bebiste anoche?

Malcolm parpadeó y trató de enfocar la vista.

—No lo sé —farfulló. Sentía la lengua extrañamente torpe y lenta, tenía que concentrarse para articular palabras—. Lo que me trajiste tú.

—Yo te traje tres jarras —dijo Gavin echando una mirada a los recipientes vacíos que había sobre la mesa—. Lo mismo de siempre.

Malcolm se frotó los ojos e intentó incorporarse. Sentía una intensa debilidad, y cada movimiento le costaba un esfuerzo.

—Ese vino debía de ser más fuerte de lo normal. No recuerdo haberme caído en la cama.

—Bueno, pues fuiste de lo más ordenado —observó Gavin—. Nunca te he visto doblar la ropa, ni borracho ni sobrio.

Malcolm frunció el entrecejo al ver las prendas cuidadosamente colocadas sobre el arcón que había a los pies de la cama. No tenía por costumbre doblar la

ropa, sino que por lo general la dejaba tirada en el suelo, porque para cuando ya estaba lo bastante borracho para dormirse, aquello era todo lo más que podía hacer.

-Debió de doblarlas Agnes.-Pero aquello no parecía coincidir. Agnes nunca hacía nada más que traerle toallas y jabón, y Malcolm no recordaba que se hubiera dado un baño la noche anterior.

-Muy considerado por su parte -se burló Gavin al tiempo que le lanzaba la camisa y el tartán-. A lo mejor está enamorada de ti y trata de impresionarte con sus detalles femeninos.

-Agnes me tiene miedo -replicó Malcolm- Hacía ya tiempo que había aceptado el hecho de que ninguna mujer podía encontrar atractivo su cuerpo destrozado y lisiado, lo cual no lo molestaba, ya que jamás había deseado a una mujer desde el momento en que Marrian lo miro con repugnancia y con lástima.

Hasta la noche anterior.

Dejó por un instante de ajustarse el tartán.

—¿Anoche vino alguien a verme?

-No, que yo sepa -contestó Gavin, tomando asiento- Pero después de traerte la cena, yo regresé al salón a disfrutar de la compañía de unas cuantas damitas encantadoras de los MacKendrIck. ¿Por qué?

Un recuerdo se agitaba enredado en la niebla de su mente Había una mujer, calor, el crepitar de las llamas. Juntó las cejas en un esfuerzo por recordar más. El cabello de la mujer era extraño porque era corto lo cual e resultó curioso. «¿Por qué?», se preguntó Poco a poco fue disipándose la niebla y la imagen de a joven se volvió más clara. Estaba esculpida por las sombras delante de un fuego, ataviada con un vestido de lino blanco. Fue atraído hacia ella, pero el vestido tenía algo que lo alteró, algo perturbador...

—¿Qué te ocurre, Malcolm?

-No lo sé -musitó, sacudiendo la cabeza- Creo que anoche estuve con una mujer, pero no recuerdo quién era ni dónde estaba, ni si fue todo un sueño.

-A lo mejor no has conseguido asustar a todas las MacKendrick tanto como tú crees. ¿Cómo era?.

Malcolm intentó acordarse mientras se sujetaba el tratan con el cinturón.

-Era menuda –comenzó, recordando su leve figura delante de la chimenea. Y tenia el pelo de un color maravilloso. No era castaño, ni rojo, sino más bien como... –Hizo una pausa para buscar la palabra correcta-. Como barro y herrumbre –dijo al fin.

-Una descripción muy original –comentó Gavin-. Puede que estos MacKendrick hagan de ti un verdadero poeta.

Malcolm frunció el ceño.

-Su cabello no tiene importancia –dijo, impaciente-. Lo importante es el hecho de que yo conocía todos los demás detalles de ella: sus mejillas, su barbilla, su

nariz... Era como si la hubiera estudiado durante largo tiempo... pero en realidad no la había visto nunca.

-Entonces, ha sido un sueño o un fantasma –decidió Gavin-, porque en las dos semanas que llevas aquí, has visto a todas las mujeres del clan MacKendrick en una u otra ocasión.

-Supongo que sí. –Malcolm se sentó en la cama y se calzó las botas-. Pero parecía muy real. Recuerdo lo blanda que resultaba en mis brazos, y cuando me acerqué aún más, olía muy bien, como a brezo y... a otra cosa. –Cerró los ojos intentando recordarlo.

-¿A rosas? -sugirió Gavin- ¿A violetas?

—A jabón.

Gavin afirmó con la cabeza, en gesto de aprobación.

—Me gustan los fantasmas que se lavan.

-No sé por qué te estoy contando esto –gruño Malcolm.

-¿Te dijo algo? –lo instó Gavin sin hacer caso de su enfado.

Malcolm reflexionó durante unos instantes. La joven había hablado, de eso estaba seguro. Dejó la mirada perdida en el espacio y la imagino de pie delante de la chimenea, con el vestido convertido en un ligero velo contra el resplandor del fuego. El cabello le llegaba justo hasta los hombros, y por alguna razón aquello era culpa de él. Bajó la mirada para crearla de nuevo. Sangre. En su vestido había sangre.

“No os atormentéis con mi muerte”.

Aquello era lo que había dicho. Porque él era el responsable. Ella estaba muerta por su culpa. Pero no era Marina ni ninguna otra de las mujeres del clan MacFane, muertas aquella fatídica noche en la que él le falló a su clan; era otra. Su mirada se trasladó a otro punto, súbitamente atraída hacia el busto que descansaba sobre la mesa.

Ariella.

-No puede ser –murmuró aturdido. Pero el recuerdo empezó a hacerse más claro. La había visto asomada a la ventana de la torre mientras él estaba en el patio. Y entonces fue a verla, a pedirle disculpas. La encontró en la habitación de la torre, y le pareció más hermosa que ninguna otra mujer que hubiera conocido jamás. Tal como lo había prometido el jefe de los MacKendrick. Sintió la punzada del deseo, fuerte y animal.

Deseo por un espectro.

—No está muerta.

Gavin lo miró, confuso.

—¿Quién?

—La hija del jefe MacKendrick. —Fue hasta la puerta y la abrió de un tirón.

Gavin se apresuró a seguirlo pasillo abajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la vi anoche —respondió Malcolm, furioso de que le hubieran hecho alguna jugarreta—. Está escondida en su torre Y yo voy a averiguar por qué.

La cojera le impidió moverse tan deprisa como hubiera querido Aun así, subió con velocidad considerable las estrechas escaleras de la torre, impaciente por encararse con aquella mujer y preguntarle por que jugaba aquel juego. Abrió el pestillo y empujo violentamente la puerta. La encontró en la cama, acurrucada bajo un montón de mantas. Se acercó hasta ella con sigilo y arrancó los cobertores de un fuerte tirón.

—¿Qué demonios... ?

Fue Angus el que, ceñudo, buscó con una mano huesuda las mantas que habían desaparecido. Como no encontró más que aire frío abrió los ojos y contempló a Malcolm irritado y soñoliento.

—¿Qué sucede, muchacho? —quiso saber—. ¿Nos están atacando? –De repente se incorporó en la cama con expresión radiante—. ¿Voy a buscar mi espada?

—¿Qué estáis haciendo aquí, Angus? —exigió Malcolm, debatiéndose entre la exasperación y el desconcierto.

—Pues estaba durmiendo. —Se rascó la cabeza canosa y dirigió una mirada confusa a Gavin, como si se preguntase qué demonios le pasaría a MacFane— ¿Qué estáis haciendo vos?

Soy yo el que quisiera saber qué hacéis vos en esta habitación —aclaro Malcolm en tono tajante.

Angus lo miró desconcertado.

—Ya he dicho que estaba durmiendo, y ahora estoy hablando con vos.

Malcolm cerró los ojos y rezó pidiendo paciencia.

—¿Por qué no estáis en vuestra habitación?

—Mi habitación es ésta, muchacho. Desde hace casi veinte años.

—No lo es —replicó Malcolm—. Es la habitación de Ariella.

—La habitación de Ariella estaba en la otra torre, muchacho —lo corrigió Angus—. La que se quemó cuando ella le prendió fuego.

—Sí, pero ahora es ésta su habitación. Yo mismo la vi aquí anoche.

Angus se pasó la mano por la barba blanca, reflexionando.

—Eso es muy raro. Anoche subí aquí nada más cenar, y no recuerdo haber visto a ninguno de los dos. Naturalmente —continuó, mirando a Gavin—, Ariella está muerta, de modo que tampoco esperaba verla.

—Anoche, yo vine a esta habitación —rugió Malcolm—, y ella estaba sentada ahí mismo...

Calló un momento y recorrió la habitación con la vista buscando la elegante silla de madera tallada en que la que estaba sentada Ariella cuando él abrió la puerta. Pero no estaba. En vez de eso, había una silla recia y tosca. Desconcertado, barrió la habitación con la mirada. Tampoco estaban ya los intrincados tapices que cubrían antes las paredes, ni la delicada mesa sobre la que descansaba el vino de Ariella, ni la cama pequeña y pulida con su tartán color escarlata. Los únicos muebles que mostraba ahora el dormitorio estaban muy gastados y eran claramente masculinos, el mobiliario viejo y carcomido de un hombre que lleva años usándolo y no ve motivo alguno para cambiarlo.

—¿Decís que la visteis sentada en mi silla? —preguntó Angus, muy intrigado— . ¿También visteis al señor de los MacKendrick?

—No —repuso Malcolm sacudiendo la cabeza. Estaba casi seguro de haber estado en aquella habitación. Pero en ese caso, ¿por qué era todo tan distinto aquella mañana? ¿Y qué hacía Angus durmiendo allí?

Un dolor sordo comenzó a introducirse en su cabeza para recordarle todo el vino que había bebido.

—Perdonadme, Angus —murmuró, masajeándose la sien—. Es obvio que anoche me sobrepasé un poco. No era mi intención molestaros.

—No tiene importancia, muchacho —contestó Angus, afable—. No suelo recibir muchas visitas aquí arriba. Venid a verme cuando queráis. —Y volvió a tumbarse y arroparse con las mantas hasta la barbilla.

Malcolm, con su dolor de cabeza, se dirigió de vuelta a la estrecha escalera de la torre. ¿Qué diablos le estaría pasando? ¿Tanto estaba bebiendo para no lograr distinguir los sueños de la realidad? Aquella idea le dio asco, pero era la única explicación.

O eso, o la noche anterior había visto un fantasma.

Descendió hasta el gran salón donde estaban Duncan, Andrew, Niall y Rob sentados frente a una mesa y tomando la comida de la mañana. Rob se hallaba encorvado sobre su plato, sin hacer caso de los demás. No levantó la vista cuando ellos se acercaron, pero Malcolm se fijo en que el chico estaba tan sucio como siempre. Si era posible, su pelo mate tenía un aspecto aún peor que el día anterior.

-Por el amor de Dios, Duncan, ¿por qué no te encargas de que sé de un baño?- exigió Malcolm en tono irritado.

Rob levantó apenas la cabeza para mirarlo con cara de pocos amigos.

-No creo que sea asunto vuestro que el chico se lave o no, MacFane —lo informó brevemente el aludido.

-No ha querido bañarse —intervino Duncan— Pero Elizabeth y Agnes se aseguraron que la herida estuviera bien limpia antes de coserla.

-Maravilloso -ironizó Malcolm- Es un alivio saber que tiene por lo menos una parte que no lleva encima una costra de mugre y de parásitos. Dios santo, Rob, ¿cómo puedes andar así por ahí?

-¡Si no os gusta, no os acerquéis a mí! -exclamó Rob al tiempo que daba un golpe con su copa en la mesa.

Duncan y Andrew lo miraron sorprendidos.

-Los muchachos son así -señaló Gavin, intentando aliviar la tensión-. Luego descubren a las chicas, y entonces resulta imposible que dejen de preocuparse por su aspecto.

-Esperemos que éste las descubra pronto —masculló Malcolm- para que podamos respirar aire un poco más puro.

-¡Muy bien! -escupió Rob, apartando su silla de la mesa de un empujón-. Hoy no pienso adiestrarme con vos, MacFane –anunció con vehemencia dirigiéndose hacia la puerta- Así que podéis respirar todo el aire puro que os apetezca. -Y cerró de un portazo tras él.

-No se por que molestas tanto al chico con lo de su aspecto -señalo Gavin-. El día en que os conocisteis, tú no estabas muy diferente.

-Hoy no se siente bien -agregó Duncan-. Le duele el brazo por culpa de esa flecha.

Andrew y él digirieron sendas miradas reprobatorias a Malcolm lo cual quería decir que Rob les había contado la verdad sobre el ataque contra MacFane. Obviamente, el chico confiaba en ellos lo suficiente para creer que no tenían nada que ver con aquel asunto Malcolm miró a Niall para valorar su expresión; era más de desprecio que de fastidio, como si le agradara el hecho de que Rob estuviera enfadado con él. Irritado por ser objeto de la censura de todo el mundo, Malcolm dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Los ejercicios empiezan dentro de un minuto —dijo en tono terminante—. No lleguéis tarde.

La paciencia de Malcolm aquel día era sumamente escasa. No sabía si achacarlo al intenso dolor de cabeza, al atentado contra su vida o a su disputa con Rob. Fuera cual fuera la razón, los MacKendrick lo sorprendieron por su total ineptitud en cada ejercicio que abordaban, y le fue necesario recurrir hasta al último resquicio de autocontrol para no estallar y ordenarles a todos que volvieran a sus malabarismos y sus poesías. Para media tarde, cuando Graham y Ramsey se enzarzaron en una discusión sobre quién debía utilizar la más grande de las dos espadas que les habían dado, Malcolm ya no pudo más. De malas maneras, ordenó a Gavin que asumiera el mando y se encaminó hacia su habitación en busca de un poco de soledad.

Pero, en cambio, se sorprendió a sí mismo metido en lo más recóndito del castillo, a punto de llamar a la puerta de la cámara de Alpin.

—Entrad, MacFane —dijo Alpin en tono jovial.

Desconcertado, Malcolm empujó la puerta. La habitación estaba fresca y oscura, iluminada tan sólo por unas cuantas velas amarillas que goteaban sobre las mesas que atestaban la estancia. Al entrar se vio inmediatamente obligado a

agachar la cabeza, pues le pasó volando por encima un enorme búho que fue a posarse sobre un estante. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, sobre la que pendían tres calderos burbujeantes. Flotaba en el aire un olor extraño, rancio, mezcla de humo y hierbas y otras cosas que Malcolm no quiso saber. Alpin estaba encorvado sobre una mesa situada en el rincón más alejado. Malcolm se le acercó despacio, preguntándose cómo podía haberlo oído llegar aquel anciano antes de que llamase a la puerta.

—No os he oído —le aseguró Alpin con una risita—. A mi edad, ya no puedo depender de mis oídos como antes.

Malcolm se abstuvo de preguntarle nada más. No quería oír alguna tonta fantasía sobre cómo Alpin lo había «visto».

—¿Qué estáis haciendo?

—Preparar una cura para las náuseas —respondió Alpin, llenando una jarra con grandes cucharadas de un polvo oscuro.

Malcolm se acercó un poco más, intrigado.

—¿Qué es eso?

Alpin alzó la jarra hasta la nariz de Malcolm para permitirle un mejor acceso.

—Excrementos de jabalí salvaje.

Malcolm tosió y dio un paso atrás.

—Los recojo en el bosque y los seco al fuego. Molidos y tomados con agua, resultan una purga espléndida para cuando se tiene el estómago revuelto.

—Me lo imagino —dijo Malcolm con una sensación de repulsión.

Alpin tapó el recipiente y lo dejó sobre un estante, junto a una jarra repleta de sanguijuelas.

—Y bien, MacFane —dijo, con una súbita expresión penetrante y evaluadora en sus ojos negros—, ¿qué os ha traído hasta mí?

Malcolm titubeó. No sabía por qué había ido a aquel lugar. Empezaba a sentirse un necio por permitir que lo pusiera nervioso lo que no cabía duda que era un sueño. Con todo, ya que estaba allí, quizá no hubiera nada de malo en contárselo al anciano.

—He tenido un sueño.

Alpin asintió, como si aquella información no lo sorprendiera.

—Pero eso en sí mismo ya es extraño —puntualizó Malcolm—, porque yo no sueño nunca.

—Porque tenéis miedo.

Aquella afirmación era ridícula.

—Yo no tengo miedo de nada —aseguró Malcolm con dureza.

—Claro que sí, MacFane —rió Alpin, sin molestarse lo más mínimo por el enfado de Malcolm. Cogió su cayado, fue hasta el fuego y echó en uno de los

humeantes calderos algo que extrajo del bolsillo—. Todos tenemos miedo de algo. Vos tenéis miedo de soñar, porque no podéis soportar enfrentaros a lo que tal vez veáis en vuestros sueños. Eso es lo que os obliga a tener la mente en blanco una noche tras otra.

Tenía razón, comprendió Malcolm. Los sueños podrían devolverle una visión de Marrian, tendida sobre un frío suelo de piedra, con su encantadora garganta blanca cercenada y sangrando. O de Abigail desplomada en las escaleras, o de Fiona acurrucada en un rincón, o de la pequeña Hester yaciendo pacíficamente en su cama. Todas con el rostro ceniciento, desprovisto de sangre, porque la sangre había escapado por sus heridas y empapado sus ropas. Más de doscientas mujeres y niños habían sido asesinados aquella noche, se recordó a sí mismo furiosamente.

Por su culpa.

—Estábamos hablando de vuestro sueño —le recordó Alpin en tono suave.

Malcolm respiró hondo para disipar aquel recuerdo.

—Había una mujer —comenzó—. Y aunque no la había visto nunca, supe que se trataba de Ariella.

Alpin levantó la vista del caldero cuyo contenido estaba removiendo.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó con curiosidad.

—Conocía su cara. Por el busto que hay en la cámara del señor de los MacKendrick.

El anciano afirmó con la cabeza y siguió removiendo.

—Era muy hermosa —murmuró Malcolm, recordando la imagen de la joven junto al fuego—. Aunque se le había quemado el pelo y llevaba el vestido manchado de sangre.

Alpin frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Se había cortado?

—No lo sé. Supongo que tenía algo que ver con su espantosa muerte.

Alpin reflexionó durante unos instantes, acto seguido se encogió de hombros y concentró su atención en otro caldero.

—Continuad.

—Me dijo que no me atormentara con su muerte…

—¿De veras?—saltó Alpin, asombrado.

Malcolm entrecerró los ojos.

—¿Os sorprende?

—No, claro que no —se apresuró a replicar Alpin—, a mi edad hay pocas cosas que me sorprendan. Es que no he tenido ninguna visión en la que Ariella os ofrezca su perdón.

—No me perdonó —aclaró Malcolm—. Simplemente me dijo que no me atormentara. No es lo mismo.

Alpin asintió, pensativo.

—Por supuesto que no. —Fue hasta la mesa y empezó a verter un líquido oscuro en un frasco con sumo cuidado—. ¿Y qué sucedió después?

Malcolm pensó unos momentos.

—Conversamos un poco, pero no recuerdo de qué hablamos. Luego yo la abracé y la besé.

En ese momento el frasco se hizo pedazos contra el suelo, lo que hizo que el búho extendiese sus grandes alas y ululase ruidosamente.

—Estoy bien —le aseguró Alpin con un gesto de la mano, y se puso a recoger los trozos—. A mi edad uno se vuelve un tanto torpe, eso es todo. No hay de qué preocuparse. ¿Decís que la besasteis?

Malcolm afirmó con la cabeza.

—¿Y ella os lo permitió?

—Por supuesto que me lo permitió —replicó Malcolm con impaciencia— No tengo por costumbre forzar a las mujeres, ni siquiera a las que sólo existen en mi imaginación.

—¿Fue un beso prolongado, o sólo una caricia rápida? —insistió Alpin.

Malcolm elevó una ceja.

—¿Por qué os interesa tanto?

—Por nada —contestó Alpin encogiendo los hombros—. Es sólo la curiosidad de un viejo. Tal vez sea porque me trae a la memoria los borrosos recuerdos de mi juventud perdida. No os preocupe complacer a un anciano vidente con una respuesta, si no lo deseáis.

Malcolm suspiró.

—No fue una caricia rápida.

—¡Maravilloso!

—No entiendo por qué —recalcó Malcolm en tono árido—. Tengo un sueño por primera vez en varios años, en el que beso a una mujer que tiene el pelo quemado y está cubierta de sangre, ¿y eso es maravilloso?

—No, es terrible —enmendó Alpin en tono compasivo—. Quiero decir, es terrible que ese sueño, si es que es eso lo que ha sido, os haya perturbado tanto.

—¿A qué os referís con eso de «sí es que es eso lo que ha sido»? —quiso saber Malcolm—. ¿Qué otra cosa puede ser?

Alpin lo miró fijamente por espacio de unos instantes, como si tratara de decidir si responder o no. Por fin lanzó un suspiro y dijo:

—Sé que no creéis en cosas que carecen de una explicación fácil, como los fantasmas y los videntes —empezó—. Y no tengo motivos para intentar

convenceros. Lo único que debéis entender, MacFane, es que la hija de MacKendrick amaba a su padre, su clan y su hogar más que a la vida misma. Los amaba tanto, que no pudo soportar verlos sufrir. Y cuando fuimos atacados, ella habría hecho cualquier cosa por evitar sufrimientos a un miembro del clan. Más que ninguno de nosotros, Ariella era una luchadora.

—¿Por qué me decís eso? —preguntó Malcolm—. ¿Creéis acaso que yo no he sufrido bastante por lo que sucedió?

—No lo estoy diciendo para castigaros más —le aseguró el anciano-. Os lo digo porque deseo que comprendáis mejor a la mujer que había de ser vuestra esposa.

—Mi esposa iba a ser Marrian —replicó Malcolm con brusquedad—. Si realmente tuvierais la capacidad de ver cosas, deberíais saber eso.

—Pero vuestro camino ha cambiado, MacFane. Marrian murió aquella noche, pero vos estáis vivo. Por más que os hubiera gustado, no moristeis con ella.

«Una parte de mí sí murió», pensó él con amargura.

—Sí —convino Alpin, asintiendo—. Pero no todo vuestro ser.

Malcolm lo miró sorprendido.

—Quizá se pueda decir lo mismo de Ariella —prosiguió Alpin—. Prendió fuego a la torre, y una parte de ella murió. Pero ella era una parte demasiado importante de este clan, de este castillo, de estas tierras, para marcharse del todo. De modo que sigue estando aquí, observándonos, intentando guiarnos por el nuevo camino.

—Si estáis tratando de convencerme de que su fantasma vive en este castillo, malgastáis el tiempo —gruñó Malcolm. Echó a andar cojeando en dirección a la puerta—. Fue sólo un sueño, Alpin. Un sueño que pareció real por culpa de todo el vino que había bebido.

—¿Estáis seguro, MacFane?

—Yo no creo en absoluto en fantasmas —recalcó, y se fue dando un portazo.

Un viento limpio y frío soplaba contra él mientras recoma velozmente los páramos. Combatió el dolor de la espalda y de la pierna e instó a Caín a correr más deprisa, disfrutando de la sensación de atravesar al galope la hierba seca en dirección al reflejo de color zafiro del lago que se abría delante de él. Sentía los músculos tensos y doloridos por el esfuerzo y respiraba hondo y con fuerza, pero el ejercicio le produjo más placer que incomodidad. No había cabalgado así desde el día en que salió en busca del joven Rob y de sus amigos antes de que alguien los matara. Su cuerpo ya le estaba advirtiendo de que iba a tener que pagar un alto precio por ello. Descansaría al día siguiente, y después volvería a salir a cabalgar con la misma intensidad que hoy. Tal vez, si se obligaba lo bastante, aprendiera a superar la irritante debilidad de su cuerpo.

Sofrenó al caballo para ponerlo al paso, no porque estuviera cansado, sino porque deseaba estudiar los alrededores. El castillo de los MacKendrick se erguía allá a lo lejos, con su elegante estructura de piedra clara que surgía de un

repecho de color esmeralda, salpicado de destacados racimos de flores silvestres. La torre quemada continuaba en obras, como feo recordatorio del ataque, pero aparte de eso el paisaje era notablemente agradable. Bajo el castillo se extendía un grupo de casitas blancas, de cada una de las cuales se elevaba una delgada columna de humo. También se veían manadas de gansos y pollos que lanzaban graznidos al paso de unos niños que corrían colina arriba entre risas, para salir al encuentro de hombres que regresaban a casa a cenar. Había terminado la jornada de trabajo y adiestramiento, y acudían a reunirse con sus familias y mientras cenaban se contaban unos a otros lo que había ocurrido durante su ausencia. Malcolm contempló cómo los hombres tomaban en brazos a sus hijos y alborotaban los rizos de los otros niños y los cogían de la mano, dejando que los pequeños los guiaran colina abajo hasta donde los aguardaban sus madres y esposas.

De pronto hizo girar a su caballo y se alejó al galope.

Había aceptado el hecho de que él nunca conocería aquellos sencillos placeres. Su oportunidad para ser marido y padre había quedado destruida mucho antes de la noche en que murió Marrian. Se esfumó en el momento en que ella lo vio tumbado y vencido en el gran salón. La joven hizo todo lo posible por ocultar la aversión que sentía hacia él en los meses que siguieron, pero cada vez que se acercaba a ella, Malcolm percibía cómo retrocedía con asco. Cuando quedó claro que él jamás se recuperaría del todo, que estaba destinado a vivir dentro de aquel cuerpo roto y lleno de cicatrices durante el resto de su vida, comprendió que no podía condenar a la bella y vibrante Marrian al papel de esposa de un lisiado. Pero tampoco se atrevió a disolver definitivamente el compromiso; la humillación que supondría semejante acto le habría resultado insoportable. El gran Lobo Negro, señor del clan MacFane, era incapaz de hacer que la mujer que lo había elegido sintiera deseo por él. Su orgullo quedó profundamente lacerado, y no podía agravar la herida dejando a Marrian en libertad para que se arrojara a los brazos de otro.

En vez de eso, se limitó a aplazar el casamiento con el pretexto de que no estaba preparado.

Ella aceptó su decisión con estoico silencio, sin que su semblante delatara el alivio que él había previsto ni la desilusión que había esperado ver.

Se sintió inundado por la rabia, rabia hacia Marrian por no rodearle el cuello con los brazos y decirle que no importaba, que ansiaba ser su esposa con independencia de lo maltrecho que estuviera su cuerpo. Sin embargo, Marrian permaneció donde estaba, serena y con la cabeza ligeramente baja, sin decir nada. La dulce y sumisa Marrian, que había sido educada para aceptar toda decisión que tomasen por ella su padre, su señor o su esposo. Había aguardado pacientemente durante más de un año a que Malcolm le dijera cuándo iban a casarse. Nunca lo presionó al respecto. Tras aquel encuentro, Malcolm la ignoró abiertamente, como si el tema de su compromiso careciera de interés para él. Pero todos los días la observaba de lejos, hallando amargo placer en su encanto, en su donaire, torturándose con la idea de que en cualquier momento podría ser suya, si tan sólo él estuviera dispuesto a ordenarlo. Sospechaba que había

entregado su corazón a otro; una joven tan hermosa como ella habría llamado la atención de todos los hombres del clan, casados o no. El convencimiento de que ella lo había traicionado ayudó a justificar su cruel rechazo.

Sólo después de su muerte le informó Harold de lo equivocado que estaba.

Había llegado al final del páramo, al punto en que bordeaba el azul parpadeante de un profundo lago. Junto al borde poco profundo del agua vio la bonita yegua de Rob, con las orejas enhiestas al oír que se acercaba Caín. Una figura pequeña estaba sentada sobre un tronco justo al otro lado del animal. Era Rob, que lanzaba piedras ociosamente con los pies descalzos metidos en el agua. Malcolm desmontó y fue hasta él despacio, cojeando. Se dio cuenta de que aquella mañana había sido innecesariamente duro con el muchacho, y quería hacer las paces.

—¿Puedo sentarme contigo?

Rob le dirigió una mirada adusta.

Malcolm interpretó aquel gesto como algo ligeramente mejor que un no, de modo que se sentó y cogió unas cuantas piedras con la mano.

—Hoy te hemos echado de menos en el adiestramiento —dijo, al tiempo que lanzaba una piedra al lago.

Rob no se molestó en mirarlo.

—¿Quiénes?

—Yo —reconoció—. O yo estaba de un humor de perros, o es que el clan estaba haciendo todo verdaderamente fatal.

—Teniendo en cuenta el humor negro que teníais esta mañana, yo diría que el problema erais vos, MacFane.

—Tal vez tengas razón. —Malcolm vaciló, y después arrojó otra piedra al agua—. Espero que podamos olvidarnos de ese incidente.

El chico se volvió hacia él, incrédulo.

—¿Me estáis pidiendo disculpas?

Tenía toda la cara manchada de churretes de suciedad, y el pelo le caía en mechones faltos de todo lustre sobre los hombros. Pero fueron sus ojos lo que captó súbitamente la atención de Malcolm. Eran grandes e intensos, de un color gris de lo más oscuro. Malcolm se los quedó mirando, maravillado.

—Supongo... Supongo que se podría llamar así.

Rob volvió a fijar la vista en el lago.

—Muy bien —rezongó—. Quedáis disculpado.

—Bien —dijo Malcolm, sintiéndose extrañamente inquieto.

Contemplaron el paisaje en silencio.

—¿Cuánto tiempo falta para que el castillo esté seguro? —preguntó Rob al cabo de unos instantes.

Malcolm lanzó una piedra que rebotó en el agua.

—Tu clan ha trabajado con ahínco, y se le dan increíblemente bien las obras. La puerta nueva estará lista dentro de poco. El muro del parapeto también va bastante bien, y Duncan me ha asegurado que estará terminada antes de que acabe el verano. Ya se han abierto saeteras en dos de las torres. Ampliar la base de la muralla llevará más tiempo, pero ya se está cortando la piedra, y las obras comenzarán en cuanto esté terminado todo lo demás.

—¿Y cuánto tiempo falta hasta que podamos defendernos solos y vos podáis marcharos?

Malcolm enarcó una ceja.

—Lo dices como si estuvieras ansioso de que me vaya.

—Vos no deseabais venir aquí, MacFane —le recordó Rob, lacónico—. Habéis venido tan sólo por el oro, y dijisteis que no os quedaríais más que tres meses. Después de lo de anoche, supongo que estaréis más deseoso que nunca de marcharos.

—¿Cómo te has enterado tú de lo de anoche? —quiso saber Malcolm, sorprendido.

Rob le dirigió una mirada hosca.

—Resulté herido por la flecha, ¿no os acordáis?

Naturalmente. La flecha. ¿Pero qué demonios le pasaba?

—Si crees que voy a marcharme empujado por el miedo, puedes estar tranquilo. No me voy a ninguna parte.

Rob apretó la mandíbula. Si Malcolm no lo conociera, creería que aquella respuesta desagradaba al chico.

—En lo que respecta a tu clan —prosiguió—, no creo que lleguen nunca a saber defenderse solos. Al menos, contra un contingente de hombres curtidos. Tu gente aprende bien, ahora que han decidido que quieren aprender, pero carecen de la actitud despiadada que hace falta para ser un guerrero. Y la brutalidad no es algo que yo pueda enseñarles.

—¿Estáis diciendo que estamos desperdiciando el tiempo?

—No. Como mucho, yo puedo enseñaros a repeler un ataque pequeño, pero para algo más que eso vais a necesitar ayuda. Ese es el motivo por el que debéis formar alianzas con los clanes que os rodean.

Rob movió negativamente la cabeza.

—Los MacKendrick nunca hemos hecho alianzas. Una alianza significa que nos veríamos obligados a ir a la guerra siempre que nos lo exigiera el otro clan. Nosotros hemos sido siempre un clan pacífico. Yo jamás podría pedir a los míos que consintieran en algo así.

—No te corresponde a ti tomar esa decisión —observó Malcolm—. Es un asunto que debe presentarse al consejo.

—Entonces, presentadlo al consejo —dijo el chico encogiendo sus delgados hombros—. Jamás aceptarán.

Probablemente estaba en lo cierto, razonó Malcolm. Los apacibles MacKendrick podían estar muy dispuestos a defender sus hogares ellos mismos, pero salir a pelear por otros era un asunto completamente distinto.

—Si no queréis formar alianzas, más vale que os deis prisa en buscar un nuevo jefe que posea un ejército, antes de que os ataquen otra vez.

—No es tan sencillo. Ha de ser el hombre adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Para dirigir a mi gente —contestó Rob con impaciencia.

—A estas alturas, a mí me parecería adecuado cualquiera que fuera medianamente decente y que tuviera un ejército de buen tamaño.

—Puede que eso sirva para algunos clanes —declaró Rob con desdén—, pero no para los MacKendrick. —Se volvió y de nuevo fijó la mirada en el lago—. El próximo jefe de los MacKendrick debe ser mucho mejor que eso. Ha de poseer una fuerza excepcional y un valor inquebrantable, y guiarse por su sentido innato del honor.

—¿Cómo era yo? —preguntó Malcolm, medio en broma.

-Sí, MacFane —asintió Rob al tiempo que arrojaba una piedra al agua—. Como erais vos. —Hizo énfasis en el pretérito.

Aquel insulto caló más hondo de lo que había esperado Malcolm. ¿Qué hacía allí sentado, aceptando injurias de aquel muchacho sucio y desmañado?, se preguntó irritado. Tenía mejores cosas en que emplear el tiempo. Se levanto y se dirigió cojeando hacia su caballo.

Ariella se arrepintió de lo que había dicho no bien aquellas palabras hubieron salido de su boca. No sabía por qué había intentado herirlo pero es que algo había cambiado entre ellos desde la noche anterior. Malcolm la había rodeado con sus brazos y la había estrechado contra él, y ella sintió el palpitar del calor y la vida en su interior. De algún modo, a pesar de su cuerpo destrozado y de su estado de ebriedad, Malcolm había prendido en ella la llama del deseo. Por espacio de un momento breve, imposible, se sintió segura contra el escudo que le proporcionaba la fuerza del cuerpo de Malcolm; ella, que era la guardiana de la espada y que tenía el solemne deber de entregar su corazón solamente al próximo jefe de los MacKendrick. Su conducta era tan incomprensible como vergonzosa. Por eso quería que se fuera Malcolm. Desde el momento en que se sentó a su lado, experimentó la abrumadora necesidad de apartarlo de ella. Sin embargo, ahora se estaba yendo, y ella sentía la angustia de la pérdida.

—MacFane.

Malcolm se detuvo.

—No... No ha sido mi intención decirlo de ese modo.

-¿De verdad? ¿Y cómo pretendías decirlo, entonces? -El tono de Malcolm era claramente de burla.

Ariella calló por un momento, intentando escoger con cuidado las palabras

-Vos no habéis venido aquí porque queráis ayudarnos. Habéis venido por el oro. Lo único que quería decir es que el auténtico MacKendrick no estaría motivado por pensar en su propia recompensa.

—Te engañas si crees que existe ese hombre -afirmó Malcolm con dureza- El guerrero que se convierta en vuestro jefe lo hará porque deseara el control de vuestras tierras y de vuestro clan. Una vez que esté aquí, verá la habiĺidad que posee tu gente para fabricar objetos bellos y los querrá también, para venderlos a otros clanes y aldeas y así, obtener más oro. Se llevará, la cama a una bonita muchacha y engendrara hijos. Y conforme vayan transcurriendo los años si es honrado y justo, nadie se acordará de la razón por la que llegó a convertirse en señor del clan. En algún momento dejará de importar. Pero yo te digo ahora que el hombre que venga a gobernar tu clan no lo hará porque tenga algo que dar, sino porque tiene algo que coger.

-¡Os equivocáis! -escupió Ariella poniéndose en pie de un salto y acortando la distancia que los separaba a ambos- Hubo un tiempo, MacFane, en que vos habríais venido tan sólo porque se os necesitaba. Eso habría sido una razón más que suficiente para vos. Encontrabais amplia recompensa simplemente en el hecho de ayudar a alguien. Es posible que hayáis cambiado, pero no podéis hacerme creer que no existe otro ahí fuera, que vive su vida rigiéndose por las mismas reglas de honor que en otro tiempo os guiaban a vos.

—En ese caso, más vale que lo encontréis —recalcó Malcolm— antes de que os ataque otro que decida destriparos uno por uno hasta conseguir lo que desee.

Unos vividos y brutales recuerdos acudieron a la mente de Ariella. Se rodeó el cuerpo con los brazos en un intento de protegerse contra aquellas imágenes gélidas.

—Lo encontraré —juró con voz temblorosa.

Malcolm se quedó mirando a Rob, sorprendido. Se rodeaba su frágil constitución con los brazos, como si dicho gesto le proporcionara consuelo. Revivió el recuerdo de Ariella: de pie junto al fuego, su esbelta figura tensa por la angustia, rodeándose el cuerpo con los brazos. Su estatura era aproximadamente la misma que la del muchacho, la cabeza le llegaba apenas a mitad del pecho de él. Desconcertado, Malcolm estudió la delgada figura que tenía ante sí. El cabello de Rob, largo hasta los hombros, estaba sucio y enredado, lo cual hacía imposible distinguir su color, salvo el hecho de que era oscuro. Centró su atención en el rostro, tratando de ver por debajo de las capas de mugre. El chico tenía los pómulos altos, la nariz pequeña y recta, la barbilla ligeramente prominente y de gesto decidido..., una estructura delicada que Malcolm conocía bien, ya que la había estudiado interminablemente mientras contemplaba el busto de Ariella. Pero se recordó a sí mismo con impaciencia que aquel cachorro insolente y sucio no era la mujer que tanto deseo había despertado en él la noche anterior. Sacudió la cabeza en un gesto negativo, preguntándose qué diablos le estaba pasando. Si

existía algún parecido, probablemente fuera porque estarían emparentados de algún modo. Ariella MacKendrick estaba muerta; ¿acaso no se lo había asegurado así Alpin?

«De modo que sigue estando aquí, observándonos, intentando guiarnos por el nuevo camino.»

No, comprendió de pronto. Alpin no le había dicho que Ariella hubiera muerto; dijo que había muerto una parte de ella. Y que, más que ninguna otra persona del clan, Ariella era una luchadora.

Si Malcolm sabía algo con seguridad, era que los luchadores no se suicidaban.

Frunció el entrecejo.

Ariella notó que había algo extraño en el modo en que la estaba mirando MacFane. Su expresión era dura, y sus ojos azules ardían de intensidad, como si intentara ver dentro de ella. Nerviosa, volvió el rostro temiendo haberle revelado demasiado.

—Creed lo que queráis, MacFane —terminó en tono indiferente rascándose la cadera-. Este asunto no es de vuestra incumbencia.

—Escupió en el suelo para crear efecto, se puso las botas y acto seguido encorvo los hombros y echó a andar en dirección a su caballo

Pero Malcolm la agarró por el brazo herido y le arrancó un grito de dolor.

Malcolm aflojó la mano, pero no soltó su presa. En vez de eso, asió el cuello de la camisa y la desgarró de un fuerte tirón que dejó al descubierto el brazo vendado y una parte del pecho. Ariella dejó escapar una exclamación ofendida y tiró de la tela, pero sabía que ya era demasiado tarde. Malcolm había visto la banda de lino que le vendaba los senos Y, por si aquello no fuera suficiente, vio que el hecho de ver aquel vendaje estaba trayendo de nuevo los recuerdos de la noche anterior.

Se quedó mirando a la joven que tenía ante sí, estupefacto. Estaba tan sucia y desaliñada como un momento antes, pero de pronto no pudo imaginarse confundirla con un chico. Sus facciones eran demasiado finas y delicadas, sus ojos grises demasiado grandes y hermosos. La furia había hecho desaparecer aquella postura desgarbada propia de un jovenzuelo, y le había enderezado la espalda para poder mirar a Malcolm a la cara con toda su rabia.

—Dios mío —jadeó él, abrumado—, estáis viva.

—¡Sí! —escupió ella lanzándole una mirada de pura cólera—. ¡Y no precisamente gracias a vos, MacFane!

—¿Pero por qué? —quiso saber él, todavía luchando por creer que el chico con el que había hecho tan buenas migas era en realidad una mujer—. ¿Por qué habéis fingido estar muerta?

—¡No tenía otra alternativa! —siseó Ariella—. Roderic atacó y asesino a mi padre porque quería que yo fuera su mujer, aunque para ello tuviera que matar a todos los miembros de mi clan con el fin de obligarme a aceptar. Sólo mi muerte podía detener su brutalidad.

«Roderic.»

—Cuando comprendí por fin que no ibais a venir, y que mi clan no podía derrotar a sus guerreros, incendié la torre, sabiendo que podría escapar a través de un pasadizo secreto que conducía al nivel interior del castillo.

«No podía ser el mismo Roderic.»

—¿A qué clan pertenecía ese tal Roderic? —preguntó Malcolm de pronto.

—Dijo que era un Sutherland. Pero casi todo lo que decía eran mentiras —terminó Ariella amargamente.

—¿Cómo es que llegó a vuestras tierras?

Ariella lo miró confusa, sin entender semejante interés.

—Lo encontré yo dos meses antes del ataque, herido, cerca de la frontera de los MacFane. Me dijo que había estado luchando en el ejército del rey Guillermo y que al regresar a casa descubrió que sus padres habían muerto. Afirmaba estar de camino a Inverness para buscar trabajo cuando fue atacado por unos ladrones que le robaron el dinero, la espada y el caballo.

Una historia conmovedora, pensó Malcolm. Apropiada para no suscitar sino compasión de una gente tan ingenua como los MacKendrick.

—Pero las heridas que sufría no eran tan graves —dijo Malcolm recalcando las palabras.

—No —contestó Ariella—. Tenía heridas de espada en el hombro y en la pierna. Hubo que cosérselas y dejarlo descansar, pero nada más.

Nada grave. Lo justo para que una muchacha candorosa se lo llevara a su casa y lo cuidara, lo cual le daría a él la oportunidad de valorar el castillo del clan y sus defensas.

—¿Cómo era ese hombre?

Ariella lanzó un bufido de asco.

—Algunas personas lo consideraban apuesto. —Calló unos instantes, y acto seguido se encogió de hombros—. Yo también lo consideraba apuesto —admitió de mala gana—. Era un hombre alto, de constitución ancha y musculosa, que hablaba de horas interminables pasadas trabajando al aire libre.

«De horas interminables trabajando en su adiestramiento.»

—Tenía el cabello largo y rubio, y se veía que se sentía orgulloso de él. Sus rasgos eran agradables, pero eran sus ojos lo que llamaba la atención. Eran de un insólito...

«Verde.»

—... verde oscuro...

Un rumor sordo comenzó a invadir los oídos de Malcolm.

—... en realidad bastante engreído, y por esa razón se puso tan furioso cuando yo le hice el corte en la cara —finalizó Ariella con desdén.

-¿Le hicisteis un corte en la cara? -Preguntó Malcolm, estupefacto.

—Cuando me estaba arrastrando hacia la torre. Me dijo que había herido de muerte a mi padre y amenazó con matar a todos los de mi clan si no me casaba con él. Aquello era horrible, de modo que saqué la daga de debajo del vestido y le herí la mejilla.

—¡Cielo santo, podría haberos matado! —tronó Malcolm, ya convencido de que el tal Roderic era el que él conocía.

-O yo podría haberlo matado a él -replicó Ariella-. Le apunte a la garganta, pero por desgracia él me agarró de la muñeca.

Malcolm meneó la cabeza en un gesto negativo, intentando asimilar todo lo que Ariella le estaba contando. Roderic había estudiado el clan MacKendrick y había decidido apoderarse de él. De manera que lo ataco, mato a su jefe y después trató de obligar a la hija de éste a que se casara con él. Pero ella se suicidó, y él se marchó.

-Si Roderic deseaba el control de vuestro clan, y vos erais tan solo un medio para conseguir ese control, ¿por qué no se quedó después de que supuestamente fallecisteis en el incendio? Podía haberse casado con vuestra hermana. -Catherine era joven, pero no tanto como para que Roderic no hubiera podido obligarla a ser su esposa

—Catherine no es descendiente directa del fundador de nuestro clan -explico Ariella-. Sus padres murieron de unas fiebres cuando ella tema dos años, y mi padre la trajo al castillo a vivir con nosotros. Casarse con ella no le habría proporcionado a Roderic un lazo de sangre que lo vinculara con nuestro jefe original.

—Aun así, podría haberse quedado y simplemente obligar al clan a someterse a el -arguyó Malcolm- Para eso no os necesitaba a vos.

Ariella titubeó. No podía decirle lo de la espada. Si MacFane se enterase de sus poderes, la querría para sí.

Y él no era el elegido;

—Podría haberlos obligado hasta cierto punto —concedió Ariella-, pero no de corazón. Roderic había asesinado a su jefe, además de otra docena de hombres, y había provocado que yo me suicidara. Ningún MacKendrick le perdonaría jamás por eso. Si hubiera sido lo bastante necio para quedarse aquí, sería sólo cuestión de tiempo que alguien le pusiera veneno en la comida o que le cortara el cuello mientras estuviera dormido. Por muchos guerreros que hubiera traído para protegerse, nunca tendría un momento de paz. Debió de comprenderlo así por eso se limitó a robar lo que pudo y después se fue –Se encogió de hombros para zanjar la cuestión.

Había algo más que no quería decirle. Roderic no era un guerrero que renunciara a algo que deseaba tener. Y difícilmente pudo creer que tenía algo que temer de aquel clan de gaiteros y poetas. Si pensara que podrían envenenarle la comida, habría obligado a un niño a que la probara primero. No, había algo más que quería Roderic, algo que, al morir Ariella, pensó que ya no podría conseguir.

—¿Por ese motivo habéis fingido ser un chico? —pregunto Malcolm, dejando el asunto a un lado-. ¿Por qué creéis que si Rodeno se entera de que estáis viva, volverá?

Ariella afirmó con la cabeza.

—Se pondrá furioso cuando descubra que ha sido engañado. Sin jefe ni ejército, sabe cuán vulnerables somos. Mi clan sabía que yo estaba viva, pero no podía arriesgarme a permitir que lo supiera un forastero.

—De modo que toda esta mascarada la habéis montado para mí —comentó Malcolm.

—Para vos y para Gavin. Una vez que ambos os fuerais, yo podría volver a ser yo misma. Si llegase otro desconocido al castillo, fingiría de nuevo ser Rob.

Malcolm juntó las manos a la espalda y contemplo el reflejo del sol en la superficie del lago, reflexionando sobre todo lo que le había contado Ariella. La hija del jefe de los MacKendrick estaba viva. El terrible peso de su muerte acababa de ser retirado de sus hombros, pero otra carga había ocupado aquel lugar. Roderic podía regresar en cualquier momento, decidido a asumir el control del clan con o sin Ariella O bien podía jactarse de sus hazañas ante otros y enviar un nuevo ejército para ver qué podía saquear. De un modo u otro, los MacKendrick se encontraban en un peligro inminente y necesitaban un jefe capaz de protegerlos.

El hecho de comprender que él no era aquel hombre supuso un duro golpe para su orgullo. Pero era lo bastante realista para reconocer que no poseía la fuerza ni la vitalidad, ni siquiera el respeto, necesarios para pensar en asumir dicho cargo. Y no porque no lo deseara, se recordó a sí mismo. Había sido jefe de un clan, y le había fallado a su gente, lo cual dio como resultado decenas de muertes.

No podía soportar la posibilidad de sufrir de nuevo aquel dolor.

—Os guste o no, el clan MacKendrick no es lo bastante fuerte para repeler otro ataque durante mucho tiempo. Tendréis que formar alianzas, por lo menos hasta que encontréis a ese mítico jefe con su ejército que estáis esperando. Yo tengo experiencia en esa clase de negociaciones, de modo que puedo ayudaros. Quizá pueda poner límites a la reciprocidad del acuerdo. Además, me quedaré y seguiré haciendo vuestro clan lo más fuerte posible, hasta que llegue vuestro nuevo jefe o hasta que haya conseguido formar suficientes alianzas para consideraros a salvo.

—¿Cuánto oro esperáis recibir por esos servicios?

La pregunta era insultante.

—No más de lo acordado inicialmente.

Ariella lo miró con sorpresa.

—Me siento generoso —musitó Malcolm—. Y ahora que ya sé quién sois, no hay razón para que os revolquéis en la chimenea todas las mañanas por mí. Os lavaréis y volveréis a vestiros de mujer inmediatamente... con algo que os cubra

las piernas —añadió, frunciendo el ceño y mirando con gesto reprobatorio la suave curva de las pantorrillas sucias de Ariella.

—Pero si viene un desconocido…

—Si viene un desconocido, podréis poneros el disfraz más ridículo que encontréis —replicó en tono impaciente—. Hasta entonces recuperaréis vuestro papel de Ariella MacKendrick y os comportaréis como corresponde al mismo. —Se dirigió cojeando hacia su caballo—. Lo cual quiere decir que se acabó lo de adiestraros con los hombres —agregó, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué? —exigió Ariella—. Lo estaba haciendo muy bien.

—No pienso permitir que peleéis con hombres —gruñó Malcolm, espantado por el hecho de que llevara ya dos semanas haciéndolo— Y vestida con un maldito tartán, nada menos. —Subió a la silla de Caín—. No resulta apropiado en absoluto.

Ariella le dirigió una mirada de exasperación. Aunque estaba deseando librarse de aquella maldita ropa y volver a estar limpia, había empezado a disfrutar del adiestramiento diario.

—¿Y no sería inapropiado, MacFane, que me atacase un hombre y no supiera defenderme? —lo desafió.

—Ningún hombre conseguirá acercarse tanto a vos, Ariella —juró Malcolm en tono grave y duro—. Al menos mientras yo esté aquí.

Su expresión era implacable, y provocó un leve estremecimiento de miedo en Ariella. Súbitamente recordó el guerrero que había irrumpido audazmente en su campamento, esgrimiendo la espada con despiadada precisión contra los ladrones que habían intentado matarla. Era muy consciente de hasta dónde alcanzaba la debilidad física de Malcolm; sin embargo, al verlo montar su magnífico corcel negro, erguido por encima de ella, quedó convencida de que si MacFane tuviera que enfrentarse a un solo hombre, saldría vencedor. En momentos de furia, las limitaciones de su cuerpo destrozado y maltratado no parecían tener importancia. Ariella descubrió aquella idea extrañamente consoladora, mientras observaba cómo MacFane hacía girar a su caballo y se alejaba.

Hasta que lo recordó: si fueran atacados, sería por un ejército, no por un solo hombre.

Capitulo 8

Sosteniendo las sábanas contra el pecho, Elizabeth respiró hondo y abrió la puerta.

—Oh —exclamó con voz ahogada, fingiendo sorpresa al ver a Gavin sentado junto a la ventana—. No sabía que estabais aquí. Iba a cambiaros la ropa de cama, pero ya volveré más tarde.

—Hazlo ahora, si quieres —dijo Gavin mientras continuaba puliendo la espada de Malcolm—. No me molestas.

Con los labios curvados en una sonrisa, Elizabeth cerró la puerta a su espalda.

—Quizá debieras dejar la puerta abierta, Elizabeth —sugirió Gavin—. Puede que tu padre no apruebe que estés aquí dentro a solas conmigo.

—Agnes y Meagan están barriendo el pasillo, y hay un polvo terrible. No quisiera que se colara en vuestra habitación. Además, será sólo un momento. —Sin esperar a que él pudiera discutir, fue hasta la cama y empezó a retirar las mantas—. Sabéis, estoy segura de que podría hacer que uno de los muchachos se encargara por vos de esa tarea de pulimentar y afilar —ofreció al tiempo que señalaba con un gesto de la cabeza la otra espada, el hacha y los puñales que yacían en el suelo.

Gavin negó con la cabeza.

—Un guerrero es responsable de sus armas. Además, llevo tantos años haciendo esto, que no quedaría satisfecho si lo hiciera otra persona por mí. —Lanzó un suspiro—. Cuando uno llega a mi edad, le cuesta abandonar sus costumbres.

-De modo que sois un viejo, ¿eh? —bromeó Elizabeth.

—Lo bastante viejo para ser tu padre.

—¡No puede ser!.

—Pues lo es —le aseguró Gavin—. Tengo cuarenta y dos años y empiezo a notarlo ya.

—Bueno, yo rengo veintidós, de modo que, para ser mi padre, tendríais que haberos casado cuando erais apenas un muchacho —se mofo la joven mientras retiraba las sábanas. Entonces se le ocurrió una idea súbita—. No estaréis casado, ¿no?

El se concentró con ahínco en una marca que tenía la espada.

—No.

—¿Lo habéis estado? —insistió Elizabeth, pues percibía que Gavin no le estaba contando todo.

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Murió —Su tono fue brusco, lo cual indicaba que no quería hablar de aquel tema.

—Lo siento. —Elizabeth volvió a su tarea—. ¿Ha sido algo reciente, pues?

—No.

—¿Tenéis hijos?

—Elizabeth, ¿has venido a cambiar las sábanas o a interrogarme?

—¡Vaya, no podíais ser más grosero! —Dejó las sábanas para apoyar las manos en las caderas-. Da la casualidad, Gavin MacFane, de que los MacKendrick valoramos el hecho de establecer una conversación cortes con nuestros invitados. Pero supongo que después de haber pasado tanto tiempo luchando con MacFane y su ejército, no sabéis nada de eso.

-Perdóname —se excusó Gavin, disfrutando al ver el rubor que había subido a las mejillas de la joven. Qué deliciosa criatura era, con aquel cabello rubio como la miel que le caía en gruesas ondas sobre los hombros y aquellos ojos azul claro que chispeaban de indignación-. No ha sido mi intención insultarte. Te ruego que continúes con tu intero… conversación.

-Ya no deseo saber nada más -le aseguró ella en tono áspero, extendiendo la sabana sobre el colchón.

Se hizo el silencio en la estancia excepto por el susurro de la ropa de cama al estirarse y meterse debajo del colchón. De pronto, Gavin se arrepintió de haberla ofendido. Dentro de un momento terminaría y se iría, lo cual sería lo mejor, se recordó a sí mismo. Él no estaba allí para encapricharse en un romance con una joven a la que casi le doblaba la edad, con independencia de lo tentador que resultase. Malcolm y él se marcharían dentro de pocas semanas, y no quería que su partida se viera complicada por los tiernos sentimientos de Elizabeth MacKendrick.

Ni por la cólera de Gordon MacKendrick.

Con todo, no pudo evitar admirarla mientras ella se inclinaba sobre la cama y alisaba las arrugas de los cobertores con sus manos pálidas y esbeltas. El delgado vestido de verano que llevaba se le adhería al cuerpo cada vez que se agachaba para ajustar una esquina y acentuaba la plenitud de sus senos. Apenas era poco más que una niña, al menos para él, que era mucho más mayor y acusaba el desgaste y el cansancio del combate, y que ya había amado y enterrado una esposa y un hijo pequeño. Pero mientras sus dedos acariciaban con gesto experto las mantas de la cama, parecía una mujer de los pies a la cabeza, toda curvas y piel suave, rebosante de risa y de vida. No entendía por qué no la había hecho su esposa alguno de los MacKendrick. Sonrió y recordó la noche en que ella se plantó audazmente delante del clan y anunció que quería aprender a pelear. Ni siquiera su padre logró detenerla. Una mujer así necesitaría un hombre fuerte que estuviera a su altura, un hombre con experiencia suficiente para comprender sus necesidades, y lo bastante juicioso para permitir

que ella las explorase. Repasó rápidamente los jóvenes MacKendrick que estaban disponibles, y con la misma rapidez los desechó a todos.

—Bueno, pues ya está —dijo Elizabeth un tanto enojada, recogiendo las sábanas usadas—, he terminado. —Y se encaminó hacia la puerta meneando suavemente las caderas bajo el vestido.

—Gracias, Elizabeth.

La joven se detuvo.

—La próxima vez que necesitéis que os cambien la cama, Gavin, me aseguraré de que se encargue Ada. Ya veo que os sentís más cómodo si os atiende una mujer que sea más de vuestra edad. —La puerta estaba casi cerrada cuando añadió con dulzura— Naturalmente, ya ha cumplido los setenta, pero ya veréis que está tan ágil como siempre.— Y cerró la puerta de golpe.

Gavin sonrió, su diversión atemperada por la pesadumbre. Sospechaba que allí no había nadie que pudiera ser un marido adecuado para Elizabeth MacKendrick.

• * * *

Malcolm observó cómo los varones del clan MacKendrick practicaban con precaución en la lucha cuerpo a cuerpo con sus nuevas y relucientes espadas, escudos y hachas. Sus movimientos eran inseguros, lo cual hacía que a sus contrincantes les resultara más fácil prever el próximo punto al que iban a atacar.

—Más rápido —ordenó impaciente—. Cielo santo, he visto ancianas luchar con más energía que vosotros.

—Tenéis razón, muchacho —convino Angus—. ¿Queréis que Dugald y yo entremos ahí y les enseñemos cómo tienen que hacerlo?

—Gracias, Angus, eso no será necesario —dijo Malcolm—. Preferiría que aprendiesen por sí solos.

—Si cambiáis de idea, estamos más que dispuestos a ayudar —le aseguró Angus—. He traído la espada de mi padre. —Acarició la antigua arma que estaba apoyada contra su silla.

—La mía pesa más —alardeó Dugald.

—No por eso es mejor —replicó Angus.

Alpin los contempló con curiosidad.

—¿Dónde está tu espada, Dugald?

—La he dejado en mi habitación —admitió—. Pesa demasiado para andar cargando con ella por ahí sin motivo. Pero si la necesitamos, puedo ir a buscarla —se apresuró a añadir, pues no quería que MacFane pensara que no podía participar en el adiestramiento si se lo solicitaban.

—Para cuando consiguieras arrastrarla hasta aquí, se habría terminado ya la sesión de adiestramiento —se burló Angus.

—Sería capaz de ir y volver antes de que tú tuvieras tiempo de bajarte de esta plataforma —le aseguró Dugald en tono hosco—. Después de todo, soy tres años más joven que tú.

—Dos y medio.

—Tres.

—Me acuerdo perfectamente de que son dos y medio.

—Estamos hablando de mi edad —remarcó Dugald—. Supongo que la conoceré yo mejor que tú…

Malcolm sacudió la cabeza negativamente y centró de nuevo la atención en los hombres. Los MacKendrick iban progresando bien, pero seguían sin estar a la altura de un ejército preparado ni de nadie a quien no perturbara mucho la perspectiva de arrancar un brazo o partir una cabeza en dos con un hacha. Si Roderic decidiera volver, aquella gente no tenía ninguna esperanza de derrotar a los brutales guerreros que se traería consigo.

Apretó la mandíbula de pura frustración.

Desde que se enteró dos semanas atrás de que había sido Roderic el que atacó a los MacKendrick, Malcolm había intensificado el nivel de adiestramiento para todo el mundo. Se abandonaron las espadas y los escudos de madera, y los hombres empezaron a practicar con armas auténticas. Para evitar que se hicieran daño, habían empezado dando tajos y mandobles al aire, para así poder aprender el peso y el equilibrio de sus instrumentos recién forjados. Pero Malcolm no les permitió recrearse durante mucho tiempo en aquella actividad, sino que les ordenó que se enfrentaran entre sí en cuanto le parecieron capaces de hacerlo. Por desgracia, al adiestrarse con armas de verdad les entró una vez más el terror de herirse unos a otros. Cuando vio la timidez con que hacían entrechocar las espadas, se vio obligado a ordenarles que volvieran a cargar contra los muñecos de saco.

También pidió a Duncan que ampliara el número de horas de trabajo en las fortificaciones del castillo. Las obras iban avanzando a un ritmo razonable, pero eso ya no servía. Aún no estaba terminado el nuevo rastrillo, estaban hechos solamente dos tercios del parapeto, y no todas las torres tenían saeteras abiertas. Si los atacaban, el castillo debía ser lo bastante seguro para poder evitar la entrada de los invasores durante el mayor tiempo posible, lo cual les daría a los MacKendrick tiempo para disparar a todos los que pudieran antes de que saltaran la muralla.

Y no quería pensar en lo que ocurriría una vez que estuvieran dentro.

—¿Podríamos hablar un momento con vos, muchacho? —preguntó Dugald, interrumpiendo los pensamientos de Malcolm.

—¿De qué se trata?

—Estábamos pensando que éste sería un buen momento para que dierais un banquete —dijo Angus.

—¿Para qué?

—Para celebrar.

Malcolm los miró con expresión muda.

—¿Celebrar qué?

—Pues el regreso de nuestra Ariella —replicó Dugald—. Ya han pasado más de dos semanas.

—Pero si ha estado aquí siempre —indicó Malcolm—, y lo sabía todo el mundo.

—El clan está contento de que su señora haya podido abandonar su disfraz y ocupar de nuevo la posición que le corresponde por ser hija del jefe MacKendrick -explicó Alpin- Les gustaría llevar a cabo algún tipo de celebración para festejar este acontecimiento

-Por supuesto, si eso no es motivo suficiente, hay otras cosas que podríamos celebrar -dijo Angus. Juntó sus blancas cejas, pensativo- Podríamos celebrar los maravillosos progresos que ha hecho el clan en su adiestramiento para la lucha.

-¡Vive Dios! -bramó Ramsay desde el patio- ¿Qué diablos estas internando hacer, Graham? ¿Matarme?

Con un gran esfuerzo Malcolm se abstuvo de comentar que los MacKendrick no habían alcanzado todavía un nivel que mereciera celebrarse.

-Luego están las obras hechas en el castillo -agregó Dugald- Los muchachos han trabajado mucho, y aunque ahora el parapeto no deja ver el paisaje, la obra de sillería es impresionante.

-Realmente de primera -concordó Angus con entusiasmo.

-Y también la cosecha promete ser buena -dijo Dugald, que estaba intentando encontrar más razones.

-Y yo acabo de inventar una cura especialmente eficaz contra las dolencias de estomago -añadió Alpin- Una que funciona incluso mejor que los excrementos de jabalí...

-Está bien -dijo Malcolm, sin ganas de oír nada más-. Preparad un banquete, si así lo deseáis. Mientras no interfiera con el adiestramiento ni con las obras.

—Excelente —contestó Angus con una ancha sonrisa— Lo único que tenéis que hacer es decírselo a Ariella, y ella lo organizará.

—¿Por qué no se lo podéis decir vosotros? —quiso saber Malcolm.

-Bueno, hemos pensado que tal vez quisierais hacerlo vos, muchacho —dijo Dugald.

MacFane se volvió bruscamente y fijó la vista en el clan.

—No tengo tiempo para eso.

Angus se mostró sorprendido.

—Sólo tardaréis un minuto...

-Yo no tengo tiempo para eso -cortó Malcolm-. Si queréis un banquete, decídselo vosotros mismos.

-Muy bien, MacFane -aceptó Alpin con calma-. Se lo diremos nosotros.

Malcolm sabía que debían considerar extraña su conducta, pero hizo caso omiso. El día en que descubrió que Rob era en realidad una chica, todavía pudo hablar con ella porque, con aquellas ropas sucias andrajosas e informes conservaba el aspecto de un muchacho de trece años. Pero aquella misma noche apareció en el gran salón, bañada y ataviada con un vestido de color verde oscuro que le caía sobre aquellas esbeltas curvas como si fuera agua, sin dejar lugar a dudas de que tenía ante sí a una mujer. Mostraba un cutis radiante y su cabello castaño rojizo se extendía como fuego sobre sus hombros, aunque su corta longitud le recordara amargamente que se había visto obligada a cortarlo a causa de él. Malcolm se sintió abrumado por su presencia; por su extraordinaria belleza, que rebasaba la de cualquier otra mujer que hubiera conocido; por el hecho de saber que debajo de aquella belleza había una mujer de una valentía y una fortaleza tremendas, que había dejado a un lado su propio dolor para arriesgarse por los suyos; por el recuerdo de la mujer que tembló en sus brazos cuando él la atrajo hacia sí y sintió nacer el deseo en sus venas.

Y por la idea insoportable de que aquella mujer podía haber sido suya, si él no le hubiera fallado de modo tan estrepitoso.

—Así que el espíritu del agua se llevó a la niña a vivir en el mar con él, y se hicieron una casita dentro de una cueva de roca blanca y rosa, y durmieron en camas de blandas algas marinas.

—¿Y qué comían? —preguntó Catherine, que no deseaba que se terminase la historia.

Ariella lavó el salmón destripado en el cubo de agua fría que tenía al lado.

—Comían pescado.

Catherine reflexionó unos instantes.

—¿Era pescado ahumado?

—No —contestó Ariella al tiempo que abría el vientre de otro salmón—. Por desgracia, el espíritu no tenía un ahumadero en el océano.

Catherine abrió unos ojos como platos.

—¿Entonces era pescado crudo? —preguntó, horrorizada por la idea.

—No, era cocinado —le aseguró Ariella.

—¿Pero cómo lo cocinaban, si vivían en el mar?

Ariella extrajo las entrañas de otro pescado y las echó en un cubo, mientras buscaba una explicación.

—El espíritu tenía poderes mágicos —dijo por fin—. No necesitaba más que lanzar un hechizo, y ya podía hacer una fogata que ardía en el interior del océano.

—Oh —dijo Catherine, asintiendo con satisfacción. Pero enseguida arrugó el ceño—. ¿Y tenían pan?

-Sí, tenían pan –respondió Ariella-. El espíritu tenía un horno enorme donde cocía las mejores hogazas del mundo, grandes, crujientes y doradas.

-Eso no tiene sentido –dijo Catherine moviendo negativamente la cabeza-. Si podían hacer fuego y podían construir un horno, ¿por qué no podían construir un ahumadero?.

-Eso mismo me estaba preguntando yo -terció Elizabeth, sonriente.

-Supongo que podrían construir un ahumadero si quisieran –dijo Ariella-, pero teniendo tanto pescado fresco nadando a su alrededor, ¿para qué necesitaban ahumarlo?

—Porque está muy bueno —sugirió Agnes

—Eso es -aceptó Catherine-. Porque está muy bueno

-De acuerdo –concedió Ariella-. La próxima vez que cuente el cuento, haré que el espíritu construya un ahumadero enorme para ahumar el pescado.

-Yo creía que los espíritus del agua devoraban a las mujeres y a los niños a los que atraían hacia el mar –dijo Agnes al tiempo que cortaba la cabeza de un pez.

Catherine lanzó una exclamación.

—No lo hacen, ¿verdad, Ariella?

-Desde luego, en mis cuentos no –repuso Ariella, ligeramente molesta con Agnes por haber sacado el tema.

-¿Cuántos pescados crees que llevamos limpios ya? –preguntó Elizabeth, cambiado de tema.

Ariella se frotó la frente con la manga, teniendo cuidado de no tocarse la cara con las manos.

-Mil, más o menos –exageró en tono cansado.

-Me van a doler las manos durante varios días –suspiró Agnes.

-Yo tengo una esencia especial que elimina el olor; Agnes –le aseguró Ariellla-. Se mezcla con agua caliente, se meten en ella las manos, y el olor desaparece.

-Tú piensa, Ariella, que si todavía fingieras ser Rob no estarías aquí limpiando pescado –señaló Elizabeth-. ¿Preferías trabajar en el castillo con los hombres?

-MacFane tiene incluso a las mujeres trabajando en las fortificaciones y en la fabricación de armas –le recordó Ariella-. Excepto para los trabajos muy pesados.

-Cierto. Pero no veo que haya ningún hombre ayudando a preparar provisiones por si acaso sufrimos un asedio. ¿Y tú?

—No —admitió Ariella—. Supongo que opinan que como son ellos quienes pescan los peces, no tienen por qué limpiarlos también.

—Si yo pudiera escoger, preferiría pescar —dijo Elizabeth—. Salir al lago en una mañana espléndida no tiene comparación con esto.

—No entiendo por qué MacFane está tan empeñado en que acumulemos tantos víveres —se quejó Agnes, mientras abría el vientre pálido de otro pez—. Quiero decir, si nos atacan, ¿no mandará llamar a su ejército?

—Tal vez —contestó Ariella prudentemente—, suponiendo que esté aquí.

Agnes la miró sorprendida.

—¿Es que se marcha?

—No de inmediato, pero se quedará sólo hasta que tengamos un jefe nuevo.

—¿Y cuánto tiempo crees tú que tardaremos en tenerlo? —quiso saber Elizabeth, procurando disimular su ansiedad. Cuando se fuera MacFane, Gavin se iría con él.

Ariella se encogió de hombros.

—No lo sé. No demasiado, espero. Sigo pensando que hace mucho que Alpin debería haber tenido otra visión. Cuanto antes se entregue la espada, más seguros estaremos.

—¿Por qué no se la entregas a MacFane, y ya está? —preguntó Catherine—. Papá y tú siempre decíais que el Lobo Negro era el elegido

—Eso fue antes de conocerlo.

Catherine dirigió a su hermana una mirada reprobatoria.

—¿Es porque está cojo?

—En parte, sí —reconoció Ariella—, pero hay otros motivos.

—¿Cómo cuáles?

—Motivos que tú eres demasiado pequeña para comprender, Catherine — replicó Ariella en tono firme, poniendo fin al tema.

—Entonces, ¿estás completamente segura de que él no es el elegido? —insistió Agnes.

-Sí.

Elizabeth lanzó un suspiro.

—Es una lástima.

Ariella la miró con sorpresa.

—Creía que no te gustaba.

—Me asusta un poco —confesó Elizabeth—. Pero, por lo visto, el clan están empezando a apreciarlo a pesar de su mal genio y de su debilidad física Es un buen maestro, y sus recomendaciones para fortificar el castillo han sido

acertadas. La semana pasada incluso puso fin a una discusión, y todo el mundo quedó contento con el modo en que manejó el asunto.

—¿Qué discusión? —quiso saber Ariella.

-El perro de Ewen se puso a cavar en el jardín de Thomas y echó a perder todas las verduras de verano. Así que Thomas fue a hablar con Ewen, le exigió que le pagase y le dijo, hecho un basilisco, que había que matar al perro. Ewen se negó diciendo que no era culpa suya que Thomas insistiera en enterrar en su jardín huesos viejos y comida, que es lo que hace que el perro se ponga a cavar. Pues nada, los dos estaban a punto de liarse a puñetazos, pero decidieron hablar con MacFane. Él escucho a ambas partes y le dijo a Ewen que su perro era responsabilidad suya, y que tendría que reparar lo que fuera necesario cuando el perro hiciera algo malo, o bien tenerlo atado En cuanto al perro, MacFane no quiso ni oír que tuviera que sufrir ningún daño, ya que era muy natural en él que quisiera cavar, sobre todo si alguien estaba escondiendo huesos dentro de tierra recién removida

-¿por qué no se me ha informado de eso? -exigió Ariella dolida al ver que su gente acudía a pedir consejo a MacFane, y no a ella

-No lo sé –dijo Elizabeth-. Supongo que creyeron que MacFane había resuelto el problema a satisfacción de todo el mundo, y que no había necesidad de molestarte a ti con ello.

-No es molestia -aseguró Ariella- Mi padre lo hacía y ahora es mi deber hacerlo yo, no MacFane.

-Si tanto te molesta, ¿por qué no hablas con él? -sugirió Agnes

-Lo haré -Hundió el cuchillo en otro salmón-. Cuando tenga una oportunidad —puntualizó.

A decir verdad, no estaba segura de cuándo iba a ser eso. MacFane y ella no habían hablado en las semanas transcurridas desde que él descubrió quien era la joven en realidad. Al principio, Ariella creyó que, como ambos se encontraban excepcionalmente atareados, simplemente no se habían cruzado sus caminos; pero luego comenzó a notar que MacFane se iba de una habitación en el momento en que entraba ella, y comprendió que la estaba evitando a propósito. Por lo visto ahora que sabia que no era un chico, no quería saber nada más de ella. Inicialmente, se sintió insultada. ¿Por qué el hecho de que fuera mujer tenía que arrancar de raíz la relación que antes existía entre ambos? Enfadada, echo el pescado destripado al cubo de agua de lavar.

Entonces se acordó de la noche en que él la encontró junto al fuego, en su cámara. Recordó cómo la había mirado, con aquellos ojos azules que ardían de deseo, luchando por convencerse a sí mismo de que lo que estaba viendo no podía ser real. La había atraído hacia la solidez de su cuerpo y la había envuelto en su fuerza, su calor y su deseo al tiempo que bajaba la cabeza y tomaba los labios de ella con los suyos. Sintió el roce áspero de su mejilla, el sabor a vino dulce de su boca, y le pareció un hombre grande, poderoso y sin miedo, un hombre que podría protegerla de cualquier cosa. Y le devolvió el beso, le rodeó el

cuello con sus brazos y se apretó más contra él, deseando sentir la dura y musculosa pared de su pecho, su cintura y sus muslos contra la blandura de su propia carne.

Alzó el cuchillo con mano temblorosa y abrió el vientre del siguiente pez.

Quizá, reflexionó, era ella quien estaba evitando a MacFane.

—¡Lanzadles piedras! —ordenó Malcolm mientras observaba cómo la primera fila de atacantes intentaba subir por las escalas—. ¡Ya!

Una lluvia de sacos llenos de tierra se abatió desde las almenas sobre los hombres que estaban debajo. Tras los sacos vinieron montones de hogazas de pan rancio, unos cuantos cuencos de madera y varios pares de botas viejas.

—¡Ahora el aceite hirviendo! —ordenó—. ¡Aprisa!

Los grandes calderos colocados sobre la plataforma de madera que había encima de la puerta de entrada se volcaron hacia delante.

—¡Maldición! —exclamó Cordón al sentir que le caía encima el líquido—. ¡Esta agua está helada!

—¡Arqueros, disparad! —ordenó Malcolm—. ¡Apartadlos de la muralla!

Las mujeres situadas a lo largo de las almenas y en las torres lanzaron obedientemente al aire una granizada de flechas forradas de tela.

—¡Me han dado! —chilló Bryce llevándose una mano al pecho. Dio unos cuantos pasos tambaleantes y después se derrumbó en el suelo.

—Todos los que estéis muertos, volved a la retaguardia y atacad de nuevo —gritó Malcolm—. ¡El resto, trepad por ese muro! ¡Y vosotros, arqueros, seguid disparando!

—¡Ya casi he llegado! —voceó Duncan, triunfal. Se apoyó contra el muro y continuó subiendo por la escala.

-¡Ramsay, Graham, no os quedéis ahí! –vociferó Malcolm-. ¡Agarrad la escala y lanzadla hacia atrás!

Duncan abrió mucho los ojos, con expresión consternada, cuando Ramsay y Graham obedecieron la orden y empujaron hacia atrás la escala con Duncan encima, que se aferraba desesperadamente a ella.

-¡Seguid arrojando piedras! –gritó Malcolm-. ¡No les permitáis alcázar las almenas!

Más hogazas de pan salieron volando entre los merlones del parapeto recién ampliado

—¡Hay unos hombres en la entrada con un ariete! —advirtió Gavin mientras un grupo de MacKendrick se lanzaba hacia delante cargando con un pequeño tronco de árbol ¡Echadles encima aceite hirviendo!

Un chorro de agua cayó de la plataforma pero los MacKendrick que llevaban el tronco lograron apartarse a tiempo para eludirlo.

-¡Esperadlos! -tronó Malcolm-. Atentos a sus movimientos Y no olvidéis proteger también la retaguardia. Sólo es cuestión de tiempo que descubran que la muralla es más baja por la parte de atrás.

Al ínstame, una docena de MacKendrick acudieron a la parte posterior de la muralla para esperar a los invasores. Malcolm se cruzo de brazos y aguardó calmosamente a que descubrieran que ahora habían dejado desprotegida buena parte del muro delantero.

Durante las dos últimas semanas, los MacKendrick habían superado su miedo a las espadas nuevas lo bastante para que Malcolm decidiera que estaban listos para librar una batalla de mentira. El clan se dividió en dos equipos, asaltantes y defensores. El objetivo de la primera fase de la batalla era evitar la entrada de los asaltantes durante el mayor tiempo posible. Teniendo en cuenta que luchaba con hogazas de pan, agua fría y flechas forradas de tela, Malcolm estimó que estaban llevando a cabo una labor bastante encomiable.

Su única esperanza era que lo hicieran igual de bien cuando se enfrentasen a un ejercito de verdad.

-¡Abrid la puerta! -gritó, dirigiéndose cojeando hacia su caballo- Los asaltantes conseguirán llegar hasta la entrada al patio, y debéis impedir que penetren en el castillo. Las mujeres, que disparen sólo si están bien protegidas, y sólo a los hombres se les permitirá que entren en el patio a pelear. ¡Moveos! –Y se subió pesadamente a la silla del caballo.

En aquel momento, en una súbita reacción de terror, Caín relinchó y reculó violentamente, un movimiento que lanzó a Malcolm al suelo.

El dolor fue insoportable.

Los MacKendrick atacantes abandonaron su lucha de inmediato y corrieron hacia él, mientras los defensores observaban preocupados desde las almenas.

—¿Estás bien? —preguntó Gavin lacónicamente, al tiempo que se arrodillaba junto a Malcolm con el rostro crispado por la preocupación.

—¿Estáis herido, MacFane? —dijo Duncan.

—Se encuentra bien —aseguró Gavin antes de que pudiera contestar Malcolm—. Sólo necesita un momento para recuperarse.

—¿Estáis seguro? —preguntó Gordon, dudando—. Si está herido, podemos llevarlo a...

—Ha sido una mala caída —interrumpió Niall, apareciendo por detrás de ellos—. ¿Soléis tener problemas para permanecer encima del caballo?

—¡Dejadme todos en paz, maldita sea! —bramó Malcolm, enfurecido de pronto—.¡Todos!

Los MacKendrick se retiraron lentamente hacia la muralla del castillo.

Mortificado por el hecho de que hubieran presenciado un incidente tan humillante, Malcolm hizo un esfuerzo y se levantó del suelo. Gavin le ofreció una mano, pero él la ignoró. Obligándose a sí mismo a dominar el dolor, se puso en

pie con dificultad y al instante se inclinó contra Caín en busca de apoyo. El caballo bajó su enorme cabeza y con el hocico le tocó suavemente el hombro, con un suave relincho. Malcolm le acarició el morro, preguntándose qué habría ocurrido para que el animal lo arrojase al suelo. Caín era un corcel de magnífica disciplina, y siempre conservaba la calma hasta en el más sangriento de los enfrentamientos. Como no vio ninguna herida aparente, le soltó la cincha y alzó la silla de montar.

Entonces vio que manaba sangre de un punto donde había una espuela de metal profundamente incrustada en la carne.

—Cielo santo.

—¿Qué sucede? —preguntó Gavin.

—¿Quién ha ensillado a Cain esta mañana? —exigió saber Malcolm.

Gavin contempló la espuela con incredulidad.

—Ha sido el joven Colín, como siempre, pero no se le ocurriría…

—¡Colín! —tronó Malcolm.

Colín se acercó, un tanto vacilante.

—¿Sí, MacFane? —dijo con voz temblorosa.

—¿Sabes tú algo de esto?

Colín abrió los ojos como platos, horrorizado

-¿Cuándo has ensillado a Cain? -le preguntó Gavin suavemente.

-Lo he ensillado a él el primero, como hago todas las mañanas. –Miró nervioso a Malcolm-. Quiero cerciorarme de que está listo para vos cuando bajéis para el adiestramiento.

—¿Y después lo dejas en su puesto del establo?

Colín afirmó con la cabeza.

—Gracias, Colín. Puedes irte —dijo Gavin

—Aguarda -ordenó Malcolm. Sujetó las riendas y extrajo rápidamente la espuela. Cain protestó por el dolor, pero se quedó quieto. Malcolm lo acarició, le murmuró unas palabras de elogio al oído y después entregó las riendas a Colin.

-Llévalo a los establos y límpiale la herida. Mira a ver si Alpin puede darte algún ungüento que ponerle. No volveré a montarlo hasta que se le cure la herida.

—Si, MacFane —dijo Colin solemnemente.

Malcolm contempló cómo el muchacho se alejaba llevando a Cain.

—No ha sido él.

-No -convino Malcolm— Pero cuando encuentre al bastardo que lo ha hecho, voy a matarlo. -Respiró hondo y echó a andar hacia el castillo. Al hacerlo

experimentó un ramalazo de dolor en la pierna que le ascendió por la columna vertebral- ¡Dios! –exclamó con voz ahogada, inclinándose.

-Vamos –dijo Gavin, acudiendo a su lado-, apóyate en mí.

-no –masculló él-. No pienso permitir que me vean llegar apoyado en el brazo de otro hombre, como si fuera una anciana.

—Por el amor de Dios, Malcolm…

—¡Déjame!

Aspiró profundamente para hacer acopio de fuerzas frente al dolor, y acto seguido entró cojeando lentamente en el patio, ardiendo de humillación e incapaz de enderezar la espalda.

Ariella pasó la cesta al otro brazo mientras subía la colina con paso cansino. Había estado con Glynis desde la noche anterior, ayudándola a soportar las largas horas de los dolores de parto. Por fin el bebé decidió que ya había hecho esperar bastante a su madre, y llego al mundo el niño más precioso que había visto Ariella en toda su vida, con una carita arrugada y un brillante penacho de cabello rojo. Glynis pareció recuperarse casi al instante de aquella dura prueba, y ambas mujeres rieron mientras examinaban los deditos de las manos y de los pies del pequeño, y discutieron sobre si se parecía más a su padre o a su madre. Ariella se quedó con ellos hasta que se quedaron dormidos, y después se fue de la casa sin hacer ruido. Estaba deseosa de encontrar a Kenneth para decirle que su pequeña familia estaba esperando para verlo.

Ya debía de haber terminado el adiestramiento de MacFane por ese día, porque no se oían ruidos de lucha al acercarse al castillo. Al penetrar en el patio se encontró a los miembros del clan pululando de un lado para otro, hablando entre sí con susurros. Era evidente que sentían gran preocupación por el prolongado parto de Glynis. Kenneth se acercó corriendo hasta ella, seguido por Duncan, Andrew, Angus y Dugald.

—¡Es un chico, Kenneth! —anunció feliz—. Un chico sano y muy guapo. Glynis está un poco cansada, pero se encuentra bien. Ya puedes ir a verla.

El alivio iluminó el rostro de Kenneth.

—¡Gracias, Ariella! —exclamó al tiempo que salía corriendo como loco por la puerta del castillo.

La joven se fijó en las caras de solemnidad de los miembros de su clan.

—No sé por qué estáis todos tan serios —bromeó—. ¡Esta noche hemos de celebrar la llegada de un nuevo MacKendrick!

—Ariella —empezó Duncan en tono apesadumbrado—. MacFane está herido.

Su sonrisa se esfumó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha caído del caballo, muchacha —dijo Angus.

Ariella lo miró sin poder creerlo.

—¿Que se ha caído del caballo?

—En realidad, el caballo lo tiró —puntualizó Dugald.

—Caín tenía clavada una espuela debajo de la silla —explicó Andrew—. Y cuando MacFane se sentó encima…

—¿Dónde está? —exigió Ariella.

—Se ha retirado a su cámara —respondió Duncan—. Gavin le llevó tres jarras de vino, y después MacFane le ordenó que saliera. Alpin sugirió que a lo mejor él tenía alguna medicina que pudiera aliviarlo, pero Malcolm no le dio permiso para entrar. Cuando Alpin lo intentó, MacFane estrelló una de las jarras contra la puerta. Eso ha sido hace más de dos horas -Titubeó-. No Puede enderezar la espalda, Ariella.

Ariella dio media vuelta y echó a correr hacia el castillo.

—Toca otra vez esa puerta, y te mato.

Ariella abrió la puerta con cautela y encontró a Malcolm acurrucado en la cama, con dos jarras de vino vacías en el suelo. Él cogió una entrar, preparado para arrojársela. Pero cuando vio quién era la soltó.

—Marchaos —musitó con voz ronca

—No.

Cerró la puerta a su espalda y depositó la cesta encima de la mesa

Malcolm tenía los párpados semicerrados y los ojos nublados por el alcohol y el dolor.

—Entonces traedme más vino —ordenó—. Ahora.

—Me parece que ya estáis bastante bebido, MacFane. Ya sé que estáis sufriendo, pero emborracharse no es la solución.

Él lanzó una carcajada, amarga y sarcástica.

—¿Qué demonios sabe ninguno de vosotros lo que es realmente el dolor?

—No he experimentado tanto como vos —concedió Ariella mientras desempaquetaba las jarras de su cesta-, pero sé un poco cómo aliviarlo.

—Santo Dios —murmuró él en tono desamparado—, va a obligarme a tomar otro baño.

—Dudo que en este momento seáis capaz de levantaros de la cama y meteros en una bañera -dijo ella, acercándose- ¿Pensáis que podéis haberos roto algo?

—Creo que me lo he roto todo.

—Dejadme ver.

—No me toquéis —dijo con expresión amenazante.

—Sabéis, recuerdo haberos dicho yo eso mismo cuando tenía aquella flecha clavada en el brazo.

—Eso fue distinto —le aseguró Malcolm.

—¿Porqué?

—Porque yo voy a mataros.

—No dejáis de decir eso.

Posó las manos con infinita suavidad sobre su brazo derecho herido y empezó a palparlo lentamente, a lo largo del hueso. Pese a sus amenazas, Malcolm no intentó hacerle nada. Cuando llegó a la mano, le fue moviendo con cuidado todos los dedos, observando a ver si hacía algún gesto de dolor. A continuación pasó a examinar el brazo izquierdo.

—Bueno, os quedan unos cuantos huesos aún intactos —anunció—. Dejad que os acueste de espaldas para palpar las piernas.

—No tengo las piernas rotas.

—¿Estáis seguro?

—He llegado hasta aquí caminando por mis propios medios, por Cristo.

—¿Así que el daño ha sido sobre todo en la espalda?

Él intentó afirmar con la cabeza, pero lo detuvo el ramalazo de dolor que le recorrió la columna.

Comprendiendo que no podía moverse, Ariella fue hasta el otro lado de la cama. Comenzó a levantarle la camisa, y vio cómo su cuerpo se ponía rígido.

—Seré suave, MacFane —prometió—. Procurad relajaros.

—Cómo diablos voy a relajarme. No puedo enderezar la espalda, maldita sea. —Su tono era rudo, pero Ariella percibió que estaba teñido de desesperación.

—Ya lo sé —dijo con suavidad—. Pero no puedo ayudaros si no me dejáis ver exactamente dónde ha sido el daño.

Bajó el tartán con cuidado para dejar al descubierto la totalidad de la espalda cubierta de cicatrices. A continuación apoyó suavemente los dedos en la base de la columna vertebral. Malcolm se estremeció, lo cual indicaba que el dolor en aquel punto era intenso.

—No pasa nada —le dijo en voz baja y tranquilizadora—, no voy a haceros daño.

Él dejó escapar el aire que estaba reteniendo.

Ariella procedió cautelosamente con su exploración y fue desplazando los dedos hacia arriba, palpando el muro macizo de aquella espalda, costilla por costilla. Los músculos estaban agarrotados en un espasmo, lo cual hacía que el cuerpo pareciera estar esculpido en piedra. Cada vez que tocaba un duro nudo de dolor, Malcolm se estremecía o aspiraba bruscamente, indicando así cuáles eran los puntos peores. Ariella fue suave pero concienzuda, fue palpando cada tramo de columna, los hombros y después ambos costados de la caja torácica.

—Creo que os habéis roto por lo menos dos costillas —le dijo al terminar—. Tenéis los músculos de la espalda gravemente contusos, y como consecuencia se han contraído, y por eso os duele tanto cuando tratáis de estiraros. Los huesos de la columna dan la impresión de no estar alineados correctamente, de modo que os pellizcan, y eso también esta provocando mucho dolor.

—Maravilloso —comentó Malcolm secamente—. Ahora que ya habéis terminado de torturarme, traedme más vino.

—Debéis aprender otras maneras de hacer frente al dolor —le dijo ella al tiempo que le bajaba la camisa- Un guerrero no puede aturdirse con el alcohol cada vez que no se siente bien.

—Yo ya no soy un guerrero —le recordó Malcolm con amargura, de modo que puedo hacer lo que me plazca.

—Mientras estéis aquí, no podéis —replicó Ariella— Mi clan cree que sois el gran Lobo Negro, señor del clan MacFane. Resulta de lo más inapropiado que bebáis y arrojéis cosas a quienes intentan ayudaros. –Fue hasta la puerta- procurad descansar- volveré dentro de unos minutos.

—¿Estás bien? —exigió Duncan al verla salir al pasillo

—Naturalmente que estoy bien.

—¿Qué tal está él? —preguntó Andrew.

—Está sufriendo mucho -respondió Ariella en voz baja- Ya tenia la espalda mal antes, pero esta caída la ha puesto mucho peor

—¿Se repondrá? —quiso saber Gavin.

Su expresión era adusta, lo cual delataba cuan profunda era su preocupación. En aquel momento, Ariella comprendió la devoción que sentía Gavin por Malcolm. MacFane había sido en otro tiempo su señor, y le debía su lealtad. Pero cuando Malcolm fue despojado de su puesto y expulsado de su clan, Gavin se fue con él a vivir una existencia aislada en el interior de una cabaña miserable. Fuera cual fuera el delito que hubiera cometido MacFane no había sido suficiente para cortar los lazos de amistad que los unían a ambos

-Se repondrá, Gavin -le aseguró-. Pero necesito vuestra ayuda. Por favor, entrad y encended fuego para que la habitación esté caldeada. No creo que os arroje nada. Duncan, ve a buscar dos vejigas de cerdo llenas de una mezcla de agua caliente y aceite. Y trae también una, jarra de agua fresca para beber. Por hoy ya ha consumido vino en cantidad más que suficiente. Andrew, dile a Alpin que necesito un poco de ungüento que prepara para relajar los músculos y aliviar el dolor. Tráemelo en un recipiente para que pueda calentarlo al fuego también voy a necesitar unas tiras largas de lino para vendarlo, cuando haya terminado,

—¿Vais a sangrarlo? —preguntó Gavin—. El sanador de los MacFane siempre lo sangraba cuando el dolor se intensificaba.

—¿Y servía de algo? —preguntó Ariella con curiosidad.

El se encogió de hombros.

—Al cabo de unos días, por lo general el dolor cedía. No sé si era gracias a la sangría o no.

—Mi madre no creía en las sangrías, de modo que yo no tengo práctica en hacerlas. Si vos no estáis seguro de que sirvieran para algo, no probaré. Venid —dijo al tiempo que abría la puerta—, vamos a caldear la habitación.

Pocos momentos después ardía un alegre fuego en la chimenea, y Duncan y Andrew ya estaban de vuelta con todo lo que Ariella había pedido.

—Bebed esto —ordenó, tendiendo a MacFane una copa—. Hasta el fondo.

Con un gran esfuerzo, Malcolm se izó sobre un brazo y tomó la copa.

—¿Qué es?

—Agua mezclada con unos polvos que ayudarán a mitigar el dolor. Como habéis bebido tanto vino, es posible que os dé sueño.

Malcolm inclinó la cabeza con dificultad y lo bebió.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto? —preguntó mientras Ariella recogía la copa.

—No mucho —prometió ella—. Necesito que os quitéis la camisa. ¿Creéis que podréis incorporaros un poco?

Humillado por su impotencia, Malcolm se obligó a adoptar una postura sentada aunque encorvada. Ariella se apresuró a sacarle la camisa y después lo ayudó a reclinarse contra el colchón.

—Voy a empezar por frotaros la espalda con este ungüento —le dijo. Recuperó el recipiente del fuego. De momento, podéis quedaros tumbado de costado, pero más tarde estaréis lo bastante relajado para acostaros boca abajo.

—Lo dudo.

Ariella no pudo censurarlo por su escepticismo. Se levantó las mangas del vestido y se extendió un poco de ungüento sobre las palmas de las manos. A continuación, puso las manos con suavidad sobre la espalda de Malcolm y empezó a darle masaje. Su contacto fue leve al principio, con el fin de dar tiempo al cuerpo de Malcolm para que aceptara sus atenciones. Poco a poco disminuyeron los estremecimientos y las respiraciones bruscas, lo cual le indicó a Ariella que podía incrementar la presión. Le recorrió la espalda muy despacio, suavemente, describiendo círculos sobre los músculos tensos con lánguida persistencia, sintiendo cómo el calor del ungüento penetraba en la piel y procuraba alivio a aquella carne dolorida. Trabajó en silencio, escuchando el sonido de la respiración de Malcolm y guiándose por ella para saber dónde el dolor era más intenso y dónde estaba consiguiendo aliviarlo. Mantuvo resbaladizo el cuerpo de Malcolm, pues así le resultaba más fácil deslizarse sobre su piel brillante y bronceada y notar cómo subía y bajaba su potente torso bajo sus manos. Tras largo rato, Malcolm por fin cambió de postura con un suspiro y enderezó la espalda.

—Tumbaos boca abajo, MacFane —dijo Ariella en voz queda.

Él no discutió, sino que se limitó a hacer lo que ella le decía. Ariella sospechó que los polvos que le había dado habían surtido efecto.

Ahora que estaba tendido boca abajo, era mucho más fácil administrar el masaje. Ariella se concentró en la base de la espalda por espacio de unos instantes, y cuando terminó, puso una de las vejigas de cerdo encima para que los músculos pudieran absorber el calor. Después se deslizó hacia arriba para masajear suavemente los espasmos musculares de ambos lados de la columna vertebral. Poco a poco, la dureza que sentía bajo los dedos comenzó a ceder. Su toque se hizo más firme, presionó más hondo, para estimular a los músculos a que aflojaran su tenaza. Cuando empezaron a dolerle las manos, fue a buscar la otra vejiga de cerdo, que había dejado junto al fuego para que estuviera caliente, y la depositó con cuidado en la parte superior de la espalda.

MacFane tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, con la cabeza apoyada en el brazo. En su deseo de que estuviera lo más cómodo posible, Ariella le quitó las botas y al hacerlo examinó la pierna herida. Malcolm le había dicho que se le había quedado destrozada cuando se le cayó el caballo encima. Ariella deslizó las manos por los músculos de la pantorrilla, la flexionó suavemente a la altura de la rodilla y después prosiguió su avance a lo largo del muslo. El hueso parecía estar bastante recto, y a juzgar por lo que podía ver, no había perdido nada de longitud. Pero ella sabía que una mala fractura podía atormentar a una persona durante el resto de su vida. La pierna estaba rígida, de modo que se echó un poco de ungüento en las manos y comenzó a masajearla. Después de haberlo visto cojear a lo largo del pasado mes, se preguntó si se podría hacer algo para aliviar el dolor y fortalecer los músculos. Tal vez con ejercicio…

—No me caí.

Ariella levantó la vista hacia Malcolm, sorprendida de que aún estuviera despierto.

—¿Cómo decís?

—No me caí —repitió él con voz espesa—. Alguien metió una espuela debajo de la silla de montar.

—Lo sé. —Ariella siguió masajeando la pierna.

Él asintió con satisfacción y cerró los ojos de nuevo.

—No tengo por costumbre caerme de mi maldito caballo. —Hablaba murmurando, pero Ariella percibió el tono furioso.

Pensó en él irrumpiendo en el campamento y sujetando la espada con ambas manos. No, MacFane no tenía por costumbre caerse del caballo; alguien estaba intentando ahuyentarlo. Lo de la flecha no había funcionado, así que le colocaron una espuela bajo la silla, al parecer con la esperanza de que la caída no sólo lo hiriera físicamente, sino que además lo humillara delante de todo el clan.

—Creo que ha sido Niall —murmuró.

Ariella se detuvo.

—¿Por qué decís eso?

—Nunca ha intentado disimular el desprecio que siente hacia mí. —Alzó los párpados y contempló a Ariella durante un momento con una expresión súbitamente intensa en sus ojos azules—. Y además he visto cómo os mira a vos. —Su semblante era serio, como si aquel asunto lo enfureciera. Entonces suspiró y cerró los ojos una vez más.

Ariella reflexionó sobre aquello. Niall había compartido su mismo odio por MacFane cuando éste no respondió a la misiva de su padre. Incluso su cólera había sido instigada por ella cuando el clan fue atacado y MacFane no acudió en su ayuda. Podía entender que expresara su desprecio, pero ¿de verdad podía estar intentando ahuyentar a MacFane? El hecho de hacerlo no traería ningún beneficio al clan. ¿Era posible que su rabia fuera tan grande?

Profundamente turbada por aquella posibilidad, retiró las vejigas de cerdo, que ya estaban enfriándose, de la espalda de MacFane. Él se tendió de costado, todavía con la cabeza apoyada en la dura almohada de su brazo, y con su cabello castaño oscuro suelto sobre su macizo hombro. Ariella decidió que le vendaría las costillas al día siguiente y lo cubrió con una manta, y después permaneció allí un instante, estudiándolo.

Allí tendido, MacFane exudaba una extraordinaria aura de fuerza y vulnerabilidad, herido y drogado, sin embargo aún formidable, de algún modo. Qué ironía tan cruel era que, tras haber librado tantas batallas cuando era el Lobo Negro, su mayor enemigo fuera ahora su propio cuerpo. Quizá le había exigido mucho al traerlo a su castillo para que adiestrara a su clan. Desde primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde no dejaba de trabajar: adiestrando, planificando, supervisando las fortificaciones. Aquellas exigentes jornadas dejarían agotado a un hombre que se encontrara en el punto más alto de su capacidad física, y con más razón a uno para el que ya suponía un esfuerzo cruzar una habitación o subir las escaleras. Y ahora, alguien estaba empeñado en que se marchara, aunque eso supusiera causarle más daño. No era correcto esperar que él se quedase dadas aquellas circunstancias, aun cuando hubiera prometido no irse hasta que ellos encontraran un nuevo jefe. Ariella debería dejarlo marchar en cuando estuviera preparado para montar, antes de que sufriera más daños de los que había sufrido ya. En su estado actual, no podía hacer nada más para ayudar a los MacKendrick. Ahora dependía de ella encontrar un guerrero que contara con un ejército y que pudiera blandir la espada.

Sin embargo, al contemplar cómo subía y bajaba su pecho, no pudo evitar preguntarse qué le ocurriría a MacFane cuando se marchara. No tenía familia ni clan que celebrase con regocijo su regreso. En cambio, volvería a la húmeda y sucia cabaña que compartía con Gavin, en la que sus días no eran otra cosa que largos, y cuyas horas vacías estaban llenas de dolor, alcohol y amargura. Aunque aquel hecho no la había preocupado antes, de pronto la idea se le antojó horrorosa. Por mucho que MacFane les hubiera fallado a los suyos, ¿de verdad merecía ser condenado a llevar una existencia tan desgraciada?

Tenía la frente arrugada, un rasgo indicativo de que aún estaba luchando contra el dolor. Gimió levemente y enterró el rostro en el brazo, como si intentara

escapar de su malestar. Un mechón oscuro de pelo se le deslizó sobre el contorno de la tensa mandíbula. Sin pensarlo, Ariella se inclinó hacia delante y le apartó el mechón de la mejilla. Al instante, la mano de MacFane se cerró alrededor de su muñeca y la sujetó contra sí con fuerza, casi haciéndole daño.

Malcolm abrió los ojos y la miró furioso, una mirada amenazadora, en su esfuerzo por despejar la neblina del alcohol y de las hierbas. Cuando se dio cuenta de quién era, aflojó la mano pero no la soltó, sino que la acercó más hacia él, hasta que la tuvo apenas a una pulgada de su cara.

—No pienso abandonaros, Ariella —susurró con voz áspera— hasta que sepa que estáis a salvo.

Ariella lo miró fijamente, con el corazón acelerado, preguntando se cómo habría sabido MacFane lo que estaba pensando.

--No podéis quedaros, MacFane —replicó—. Sea quien sea el que quiere que os vayáis, no descansará hasta que estéis muerto.

Malcolm le soltó la muñeca y aguardó a que ella se apartara. Al ver que no lo hacía, le posó los dedos sobre la mejilla, inseguro.

—Ya estoy muerto —murmuró, fascinado por la suavidad de su piel—. Llevo muerto mucho tiempo.

Permanecieron así unos instantes, mirándose el uno al otro. Después, vencido por el agotamiento, Malcolm dejó escapar un suspiro y se quedó dormido, con la mano todavía posada en la sedosa mejilla de Ariella.
»'

Capítulo 9

Abundantes risas flotaban en el aire inmóvil de la noche, mezcladas con los acordes del arpa y de las gaitas.

—Por lo visto, se están divirtiendo mucho —comentó Tavis rascándose su sucio cráneo—. Parece ser que se han recuperado.

Gregor olfateó el aire.

—Huelo a carne asada. —Escupió al suelo con fuerza—. Yo digo que ataquemos ahora, mientras todavía haya comida de sobra.

—Sí —acordó Murdoch—. No merece la pena esperar hasta que haya desaparecido toda.

—Paciencia, caballeros.

Su cabecilla se plantó con los pies separados y las manos entrelazadas a la espalda, observando calmosamente el castillo de los MacKendrick.

—Muchos ataques se han perdido por culpa de un exceso de ardor en hombres que han obedecido a sus apetitos, en lugar de esperar el momento adecuado.

—Con esos MacKendrick, no hay necesidad de esperar —se mofó Gregor—. No hay más que entrar y coger lo que se nos antoje, igual que la última vez.

—No tienen defensas, y seguro que no saben pelear —añadió Murdoch—. Bien podríamos entrar, comer como Dios manda y buscar una muchacha que nos calentase para pasar la noche. —Se encaminó en dirección a su caballo.

—Aguarda.

La orden fue pronunciada suavemente, pero Murdoch obedeció.

—Estoy de acuerdo en que resultará fácil vencerlos —dijo Roderic, dando la espalda a la fortaleza—, pero han recibido adiestramiento y han reforzado el castillo, y eso podría causarnos ciertos problemas.

—Dijiste que los estaba adiestrando un tullido borracho —se burló Tavis— ¿Qué puede haberles enseñado a esa pandilla de malabaristas?

—Probablemente nada —convino Roderic—. Aun así, estaban construyendo una puerta nueva, y han elevado el parapeto.

—Pero no está terminado —señaló Murdoch, quitándole importancia al asunto—. Podemos saltar la muralla fácilmente.

—Una vez que estemos dentro, estarán demasiado asustados para presentar batalla —bufó Gregor—. Agarraremos a la hija del jefe MacKendrick, la obligaremos a que nos dé la espada, y eso será el final.

—Y el principio —murmuró Roderic, al tiempo que se volvía para mirar una vez más el castillo brillantemente iluminado.

Sintió arder la cólera en el fondo de su estómago al contemplar la silueta fantasmal de la torre inacabada. Aquella bruja falsa se creía que lo había engañado. Primero le había rajado la mejilla, con lo que desfiguró para siempre un rostro que en otro tiempo había sido perfecto. Y después, precisamente cuando había encontrado la manera de obligarla a que le entregase la espada, lo frustró incendiando la torre. Se acordó de la impresión que le produjo ver cómo las llamas salían por las ventanas y devoraban la madera seca de su prisión. En aquel momento creyó que la poderosa espada de los MacKendrick jamás sería suya.

Pero Ariella no había muerto.

Para hacer más interesante aquella inesperada revelación, Malcolm estaba allí. No lograba imaginar qué habría inducido a su anterior jefe y señor a pensar que podría resultar de ayuda para aquella gente. El gran Lobo Negro no era más que un animal lastimoso y mutilado, que sobrevivía al vacío de sus días entregándose al estupor del alcohol. Los MacKendrick se estaban engañando a sí mismos si creían que Malcolm tenía algo que ofrecerles. Contempló por un momento la posibilidad de que Ariella le hubiera dado la espada a MacFane, pero la desechó enseguida. Según su contacto, ella no creía que MacFane fuera el

próximo jefe del clan, y, dada su inclinación por la perfección física y moral, no era de sorprender. Si había algo que Roderic había aprendido durante las semanas en que ella lo cuidó con tanto esmero, era que Ariella estaba convencida de que el siguiente jefe del clan sería perfecto.

Y el borracho, lisiado y maltrecho Lobo Negro a duras penas podía encajar con semejante descripción.

Se llevó una mano a la mejilla y se acarició con gesto ausente la fea y gruesa cicatriz que Ariella le había dejado. Durante un tiempo casi la tuvo convencida de que él era el hombre que buscaba; y entonces ella acudió a aquel viejo loco y charlatán, que afirmaba ver el futuro, y que le dijo que no era él. Aunque decepcionada, Ariella se resignó a la opinión de Alpin. Al parecer, la responsabilidad que sentía hacia su gente pesó más que sus preferencias personales.

Entonces fue cuando Roderic comprendió que tendría que asumir un control más firme de la situación.

—Los MacKendrick no serán más difíciles de vencer esta vez que la última —aseguró a sus hombres—. Una vez que tengamos a la muchacha, ya me encargaré yo de hacerla ver lo sumamente peligroso que será para los suyos que ella se niegue a entregarme la espada. Pero esperaremos hasta que hayan comido y bebido hasta hartarse. Entonces atacaremos, cuando tengan la cabeza pesada y el cuerpo entorpecido.

—Pero ya no habrá comida —protestó Gregor de mal humor.

—El castillo será nuestro —señaló Roderic—. Ya haremos que preparen más.

Medianamente apaciguados por aquella idea, sus hombres se reunieron con los demás guerreros para informarlos del plan.

Roderic volvió a fijar la vista en los haces dorados de luz que surgían de las ventanas del castillo. Pronto sería suya la espada. Y cuando estuviera por fin seguro de que sus poderes le habían sido transferidos, iniciaría a su nueva esposa en los deberes del lecho.

Y entonces le cortaría la cara, para que entendiera el precio que había de pagar por haber provocado la ira de su nuevo señor.

El gran salón bullía de alegría y color mientras los MacKendrick, cogidos de las manos, bailaban formando un círculo enorme alrededor | de la habitación. Los hombres se habían engalanado con sus mejores camisas y tartanes, y las mujeres lucían sus vestidos más hermosos, que no se habían puesto desde el día en que llegó MacFane. Las mesas estaban atestadas de fuentes de carne asada y pescado fresco, grandes hogazas de pan moreno, gruesos trozos de queso y tartas dulces rellenas de frutas. Todo ello regado con innumerables jarras de vino y cerveza, y el resultado se podía apreciar en los ojos chispeantes y las mejillas arreboladas de los bailarines. Graham y Ramsay tocaban sus gaitas con particular entusiasmo desde la alta galería, mientras que Bryce y Hugh se

detenían una y otra vez a tomar un buen trago de cerveza rubia antes de intentar un malabarismo aún más asombroso que el anterior.

—Ese Gavin es de lo más fastidioso —se quejó Elizabeth mientras se ajustaba el escote del vestido por centésima vez, en opinión de Ariella—. Está ahí sentado a la mesa con Angus, Dugald y mi padre, hablando, cuando debería estar bailando con todo el mundo.

—¿Por qué no te acercas y le pides que baile contigo? —dijo Ariella.

El semblante de la joven se iluminó.

—¿Crees que debería?

—Supondría ser demasiado directa —dijo Agnes, claramente incómoda con la idea.

—Gavin es un invitado aquí —observó Ariella—. Es probable que sienta cierto reparo en sacar a bailar a una mujer, por temor a que ella piense que la está cortejando. Pero si se lo pides tú, nadie malinterpretará sus intenciones. Aceptará con el ánimo de ser cortés, sobre todo si se lo pides delante de tu padre.

—¡Tienes razón! —exclamó Elizabeth, que obviamente no se sentía preocupada por el hecho de que Gavin pudiera bailar sin ganas. Se bajó un poco más el escote del vestido, abandonó a sus amigas y fue derecha al otro lado de la sala.

Gavin observó por encima del borde de su copa cómo la joven se dirigía hacia él con paso resuelto.

—Gavin MacFane, ¿pensáis quedaros sentado en esa silla toda la noche, o vais a levantaros y bailar conmigo? —preguntó en tono decidido.

Su padre la miró con sorpresa.

—¿Acaso has perdido el juicio, niña? Ése no es modo de hablarle a un hombre.

—Gavin es demasiado tímido para sacarme a bailar, padre —explicó ella—, así que lo estoy haciendo yo en su lugar.

—Las jovencitas de hoy en día tienen ese temple —comentó Angus sacudiendo la cabeza.

Gordon se quedó mirando a Gavin, desconcertado.

—¿Es cierto?

—¿Que si es cierto el qué?

—Que un guerrero como vos sea demasiado tímido para sacar a bailar a mi hija.

—Naturalmente que no.

—¿Lo ves? —dijo Gordon a su hija—. No es demasiado tímido.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no me lo pide? —insistió Elizabeth, retando a Gavin con la mirada.

Gordon frunció el ceño, recapacitando.

—¿Estáis diciendo que mi hija no es lo bastante agradable para vos?

--No —le aseguró Gavin—. Vuestra hija es preciosa.

La expresión de Elizabeth se suavizó.

—¿De verdad?

—Pero ése no es el problema —añadió con firmeza.

—Ah, entonces es que estáis casado —dedujo Dugald.

--No.

—¿Prometido? —probó Angus.

—No.

—¿Mal bailarín? —sugirió Gordon.

--No.

—Y bien, ¿qué es, entonces?—preguntó Dugald.

Todos lo miraban fijamente, esperando algún tipo de explicación.

—Soy demasiado viejo para ella —musitó él finalmente.

Angus lo miró sin expresión.

—¿Qué habéis dicho que sois?

—Demasiado viejo. —De repente se sintió tonto.

—¿Ha dicho el muchacho que es demasiado viejo? —quiso saber Dugald, incrédulo.

--Por supuesto que no —bromeó Angus—. Ha dicho que esta mal de reflejos.

—Adelante, pues, Gavin —dijo Gordon tras darle una palmadita afectuosa en la espalda-. Los MacKendrick no acostumbramos a obligar a un hombre a casarse con una joven solamente por haber bailado con ella. Y como conozco bien a mi Elizabeth, seguro que no se va hasta que le digáis que sí.

Gavin miró a Elizabeth, cuya bonita boca estaba curvada en una sonrisa de triunfo.

—Muy bien —cedió, al tiempo que se levantaba de la mesa—, Elizabeth, ¿me harías el honor de concederme este baile?

—Sería un placer para mí, Gavin —respondió ella amablemente—. Si es que creéis que un hombre de vuestra avanzada edad será capaz de seguirme el ritmo.

Ariella contempló cómo Gavin conducía a Elizabeth al centro del salón Tras hacer una profunda reverencia, la tomó de la mano e inicio con ella un animado baile que a Elizabeth le costó un poco seguir. Sin embargo, estaba deseosa de aprender, y cuando terminó la pieza, ambos se miraron el uno al otro como si fueran a derrumbarse sin aliento en un mar de risas.

Ariella sonrió.

Sólo unos meses antes había bailado ella con su padre en aquel mismo salón. El señor de los MacKendrick era un hombre apuesto y diestro, con talento para la poesía, la caza y la gaita. Su sabiduría y su compasión lo convirtieron en un jefe respetado, y todos los MacKendrick lo amaban. Aunque el clan quedó destrozado tras su muerte y las muertes de todos los que perecieron aquel día, esta noche no detectó ningún rastro de tristeza entre los presentes. Excepto en ella. Se sorprendió a sí misma echando de menos la consoladora presencia de su padre y la sensación de seguridad que experimentaba cada vez que él la rodeaba con sus fornidos brazos y le hacía cosquillas en la mejilla con su barba entrecana al darle el beso de buenas noches. Esta noche también sentía sobre sus hombros la pesada carga que suponía el bienestar de su clan. Pese a sus recientes progresos, Ariella sabía que no podrían rechazar un ataque durante mucho tiempo. Así lo había dicho el propio MacFane.

—¿Va a bajar MacFane? —preguntó Duncan al tiempo que Andrew, Niall y él se reunían con Ariella y Agnes.

—No lo sé —contestó—. Se encuentra mucho mejor que hace tres días, pero dudo que tenga ganas de unirse a nosotros. La medicación que le estoy dando para el dolor le produce cansancio.

—Ten cuidado de que no le tome demasiada afición —señaló Niall secamente—. Podría ser que esos polvos le hagan efecto más rápidamente que todo el vino que bebe.

Ariella sintió arder la cólera en su interior.

—¿Por qué lo desprecias tanto?

La expresión de Niall se endureció.

—Ya sabes por qué, Ariella. Nos falló. Tu padre y otros muchos murieron porque él no se molestó en venir. Dios santo, podrían haberte matado a ti. Y luego llega por fin, pero sin su ejército. Está claro que no va a ser el próximo jefe del clan, pero en cambio tú le permites que se quede aquí, que duerma en la cámara de tu padre y que nos dé órdenes, como si lo fuera. —Sacudió la cabeza disgustado—. Su presencia misma es una deshonra para la memoria de tu padre.

Ariella escrutó los ojos de Niall mientras éste hablaba. Resultaba obvio que no sentía nada más que desprecio por MacFane. ¿Sería su odio lo bastante intenso como para intentar echarlo de allí?

-Me duele oírte hablar así —le dijo en un susurro— cuando tu sabes que yo jamás haría nada para deshonrar…

—Aquí tenemos a MacFane —interrumpió Andrew.

Ariella levantó los ojos y vio a MacFane en lo alto de la escalera. Estaba erguido y contemplando la habitación, sin rastro alguno de la lesión sufrida tres días antes. Llevaba una camisa plisada nueva, que estaba elegantemente bordada en el cuello y en los puños con un tino hilo de oro que formaba un dibujo. Su tartán verde y negro iba pulcramente ceñido con el cinturón a la altura de la cintura, y después echado sobre el hombro y sujeto con su broche viejo y gastado de siempre. Contemplaba la animación que reinaba entre los MacKendrick con

sus fuertes piernas separadas y el semblante sereno, la viva imagen del poderoso e imponente Lobo Negro, un hombre de enorme fuerza y resistencia.

Entonces comenzó a descender los peldaños con paso rígido, y aquella ilusión se hizo pedazos.

--Ya está mucho mejor —comentó Agnes con gesto de sorpresa.

-Sí -murmuró Ariella. Se recordó a sí misma firmemente que tres días antes MacFane no era capaz de enderezar espalda.

Malcolm luchó por llevar un paso uniforme al atravesar el salón, consciente de ser el blanco de todas las miradas. Aquélla era la primera vez que lo veía el clan entero desde que se cayo del caballo, y estaba deseoso de aparecer fuerte y en forma. A decir verdad, se sentía mucho mejor. El tratamiento suave y constante de Ariella a base de masajes, calor, estiramiento –y una sorprendente manipulación de su espalda que produjo un crujido indoloro- había aliviado considerablemente su sufrimiento. Le dio instrucciones detalladas sobre cómo estirar y ejercitar suavemente la espalda, el brazo y la pierna, y aquel día había intentado hacerlo él por primera vez. Aunque al principio se sentía reacio a asistir a la fiesta, el ruido de las risas y de la música que.se filtraba por las paredes de piedra de su cámara resultó una tentación irresistible. Ahora que estaba levantado y vestido, se sentía notablemente bien.

Sobre todo cuando se acerco a Ariella.

Su esbelta figura estaba engalanada con un vestido de lana suave de manga largar color azul zafiro, que acentuaba sus delicadas curvas. Sobre él se había colocado un tartán azul y escarlata, bellamente te, tejido, que llevaba sujeto al hombro con un alfiler enjoyado y ceñido a la cintura con una hermosa cadena de plata. El cabello le caía hasta los hombros en ondas castañas y cobrizas, como fuego y tierra, pensó Malcolm al contemplar cómo jugaba sobre él el parpadeo dorado de la luz de las antorchas. Una vez más se sintió sorprendido de que hubiera logrado esconder su extraordinaria belleza durante tanto tiempo. Si se lo contase a cualquiera que la hubiera visto siquiera por un breve instante, esa persona lo habría tomado por un hombre totalmente ciego o perpetuamente borracho.

—Buenas noches, mi señora —dijo con una pequeña reverencia—. Agnes— agregó, volviéndose hacia ella e inclinándose de nuevo.

Ariella respondió con un gesto de cabeza, sorprendida por aquellos modales cortesanos. MacFane parecía sentirse inusualmente bien, sin embargo, sus despejados ojos azules le indicaron que no había estado bebiendo.

—Me alegra ver que estáis mejor, MacFane —dijo Duncan.

—Gracias.

—Resulta increíble que hace sólo unos días no pudierais casi poneros de pie —señaló Niall— ¿Creéis que durará esta recuperación vuestra? —Su tono era de un flagrante escepticismo.

Malcolm contempló con calma a aquel joven hostil.

—Me conmueve tu preocupación, Niall. Por fortuna, he recibido el mejor de los cuidados. Estoy seguro de que si, por ventura, volviera a molestarme la espalda, Ariella acudiría a mí enseguida con sus aceites tibios y el bálsamo de sus manos.

El rostro de Niall se oscureció de furia.

Así que era cierto, pensó Malcolm. Niall estaba enamorado de Ariella. Malcolm se fijó en ella, con la súbita preocupación de que la joven albergara tiernos sentimientos hacia aquel hombre tan apuesto. Pero resultaba difícil de distinguir, dado que ahora Ariella miraba furiosa a ambos.

—Perdonadme, mi señora —dijo, en un intento de sofocar su ira. No sabía si era la ocasión o el hecho de que él se sintiera realmente bien aquella noche, pero estaba experimentando un desconocido deseo de mostrarse elegante en sus modales. Por desgracia, su memoria de cómo comportarse se encontraba muy fragmentada—. Me temo que debería pediros que bailarais conmigo —empezó—, pero mi estado no me lo permitiría. En lugar de eso, ¿puedo acompañaros hasta vuestra mesa? —le preguntó al tiempo que le ofrecía su brazo.

Ariella lo miraba desconcertada. No sabía que MacFane fuera capaz de desplegar semejante cortesía. Ciertamente, desde el día en que se conocieron no había hecho esfuerzo alguno por emplearla. Pero es que no siempre había vivido como un animal en la miserable cabaña en que ella lo encontró, claro; se había criado en un castillo como único hijo del señor de los MacFane, y desde su nacimiento había sido educado para asumir el puesto de jefe que le correspondía por legítimo derecho. Los MacFane eran un clan grande, famoso por su riqueza además de por su ejército. Quizás hubo un tiempo que en Malcolm había disfrutado de banquetes en compañía de los miembros de su clan. Quizás hubo un tiempo en que había podido bailar.

Conmovida por aquella idea, Ariella extendió la mano y la posó en el brazo de Malcolm.

—Os lo agradezco, señor. Me siento desfallecida por haber estado tanto tiempo de pie.

Caminaron despacio para no forzar la pierna de Malcolm, aunque Ariella opinaba que aquella noche apenas se le apreciaba la cojera. MacFane la escoltó hasta la mesa del señor del clan, donde estaba sentado el consejo, le retiró la silla y acto seguido tomó asiento a su lado. Aquélla fue la primera vez que estaban sentados de aquel modo, y Ariella se sintió extrañamente abrumada por la enorme corpulencia de Malcolm. Era como si la mesa se hubiera empequeñecido de repente, y se vio obligada a desplazarse hasta el borde de su silla para no sentirse apabullada por la poderosa presencia de él.

—¿Por qué te meneas de esa forma? —quiso saber Angus—. ¿Le ocurre algo a tu silla?

—No me estoy meneando —replicó Ariella.

—Esta noche parecéis estar en plena forma, MacFane —señaló Gordon—. Esa camisa que os ha hecho la esposa de Ewen os sienta muy bien.

—Gracias.

Ariella centró su atención en la citada camisa, que acentuaba la enorme anchura del pecho de Malcolm y estaba bellamente ribeteada de hilo de oro.

—¿Annie os ha hecho esta camisa?

—Ha sido un regalo —explicó Malcolm—. Un gesto de agradecimiento por haber arreglado un asunto entre su marido y un vecino.

—¿El problema del perro?

Él la miró sorprendido.

-¿Os habéis enterado?

—Este clan es pequeño. Nadie puede hacer nada sin que se entere todo el mundo.

—Procuraré tener eso en cuenta —declaró Malcolm al tiempo que alargaba la mano para coger la jarra que había en el centro de la mesa-. ¿Os apetece tomar un poco de vino?

Ariella afirmó con la cabeza. Malcolm le llenó la copa, titubeó un instante, y después volvió a dejar la jarra en su sitio

-¿Vos no vais a beber nada? -preguntó Ariella con sorpresa.

_Creo que esta noche no siento deseos de hacerla -Extrajo su puñal del cinto y empezó a cortar un pedazo de carne de la fuente que compartían.

—Así que os sentís bien de verdad, pues

-En efecto -Malcolm la miró fijamente- Gracias a vos.

Sus ojos estaban despejados de las nieblas del alcohol y del dolor, sin embargo parecían tan impenetrables como el más profundo de los lagos. Ariella sintió un extraño desasosiego al devolverle la mirada, como si-estuviera viendo una faceta de Malcolm que hasta el momento él había mantenido oculta, o que tal vez él mismo había olvidado que existía. Un aspecto más de hombre en otro tiempo conocido como el Lobo Negro. Ahora estaba claro que no sólo había sido un gran guerrero, sino también un hombre educado en la sociedad cortés. Es más, había sido un hombre capaz de ejercer el dominio de sí mismo.

Le dolía pensar cuan bajo había caído.

-Nos gustará contar con, vos de nuevo para adiestrarnos mañana —indico Angus en tono jovial.

-Angus y yo hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano para ayudar a Gavin en vuestra ausencia, pero por lo visto no nos oía. Yo creo que ese muchacho está un poco sordo -le confió Dugald

-¿De veras? -dijo Malcolm- Es extraño que yo jamás lo haya notado.

En aquel momento se oyó una voz que cortó en seco la música y las risas.

—¡Un ataque! ¡Nos atacan!

—¡Es Roderic! —anunció el joven Colin sin resuello, que acababa de presentarse en la entrada del salón-. Él y sus hombres están trepando por la muralla

Un silencio de estupefacción se extendió por el aire.

Y entonces la sala estalló en un vocerío

Todo el mundo echó a correr en diferentes direcciones, volcando mesas y sillas, gritando y lanzando chillidos. Algunas mujeres corrieron a buscar a sus hijos, chocando contra hombres que ladraban órdenes que nadie obedecía, mientras que otros se quedaron petrificados, inmovilizados por el miedo.

Fue la más horrible demostración de pánico que Malcolm había presenciado nunca.

—¡Silencio! —rugió, golpeando la mesa con el puño—. ¡Silencio, todo el mundo!

Por increíble que pareciese, los MacKendrick guardaron silencio.

—Vamos a empezar a rechazar este ataque conservando la calma —los informó, al tiempo que se ponía de pie—. Colín, ¿cuántos hombres tiene consigo Roderic?

—No estoy seguro —balbució el chico—. Creo que unos cuarenta.

—¿Y cuántos hombres y mujeres ves en esta sala.?

El joven miró confuso a MacFane.

—Habrá unos doscientos cincuenta, pero...

—Así que superamos en número a esa triste banda de ladrones y desgraciados en más de seis a uno —observó Malcolm. Paseó la mirada con calma sobre los MacKendrick—. Ésta es una oportunidad espléndida para que por fin pongáis en práctica vuestro adiestramiento con un oponente real. Sólo que esta vez no tendréis miedo de hacerle daño. ¿Ha quedado claro?

Los MacKendrick asintieron con las caras pálidas.

—Gavin y Duncan, llevad vuestros hombres a las almenas e impedid que esos enemigos suban la muralla —ordenó rápidamente—. Andrew, tú y tus hombres debéis situaros encima de la puerta, por si decidieran echarla abajo. Elizabeth y Agnes, llevad a las mujeres a las torres y disparad contra todo lo que se mueva. Helen, esconde a los niños y los ancianos abajo, en el pasadizo secreto que hemos estado excavando. Llévate un arco y dispara a todo el que intente cruzar la entrada. El resto de vosotros, coged vuestras armas y vuestros escudos y colocaos en las posiciones que tenéis asignadas en el patio y en el castillo, por si consiguen abrir un boquete en el muro. ¡Moveos!

Aún impresionados, pero considerablemente más calmados ahora que había alguien al mando, los MacKendrick se precipitaron fuera del salón para defender su castillo.

Ariella volcó su silla en su prisa por seguirlos.

—¿Adónde vais? —exigió Malcolm.

—Debo cerciorarme de que Catherine se encuentra a salvo, y luego vestirme de Rob antes de subir a las almenas —explicó ella rápidamente.

—Roderic ya sabe que estáis viva, Ariella. Por eso ha vuelto.

Ella negó con la cabeza.

—No podéis estar seguro de eso.

—Aunque no lo supiera, hay un traidor en vuestro clan que se lo dirá —señaló Malcolm—. Id a buscar a Catherine y reunios con Helen y los niños en el pasadizo secreto. Quedaos allí hasta que yo vaya a buscaros.

—No puedo quedarme allí —protestó Ariella—. He de ayudar a pelear a mi clan.

—Escuchadme —le ordenó Malcolm, yendo hacia ella—. Sea por la razón que sea, estoy seguro de que lo que quiere Roderic es a vos.

Por lo tanto, nos hacéis a todos vulnerables. Nadie seguirá luchando si os capturan y amenazan con haceros daño. Debéis permanecer al margen de esto, Ariella.

Era imposible lo que él le estaba pidiendo. Ariella no podía quedarse a un lado mientras su gente corría peligro.

—No puedo.

Malcolm sintió cómo lo invadía la cólera.

—Haréis lo que yo os diga —le dijo en tono impaciente—, ¡aunque tenga que arrastraros escaleras abajo y encerraros yo mismo!

—No lo entendéis, MacFane —susurró ella, rodeándose con los brazos—. Roderic irá matando a todos, de uno en uno, hasta que yo salga.

Le temblaba la voz, lo cual delataba su miedo. Malcolm notó que se debilitaba su voluntad, pues comprendía perfectamente los sentimientos de la joven. Ariella amaba a los suyos y prefería morir luchando por protegerlos antes que esconderse en un rincón oscuro mientras su gente peleaba por ella. Pero él no podía permitir tal cosa; si Roderic la encontrara, sería el fin. Y él no podría dirigir aquella batalla a menos que supiera que Ariella estaba a salvo.

—No pienso dejar que Roderic asesine a vuestra gente como hizo antes —prometió, implacable—. ¿Me oís? Si muere alguien, será luchando por defenderse, no de pie y desvalido ante él. Pero para poder dirigir nuestra defensa, he de saber que vos estáis a salvo. No puedo arriesgarme a que os maten o que os capturen. —Alargó la mano y la tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo—. ¿Lo entendéis?

—Sí —admitió ella de mala gana—. Lo entiendo.

Su bello rostro estaba pálido pero tranquilo. Sin embargo, Malcolm distinguió el miedo que nublaba sus grandes ojos grises. En aquel momento experimentó un

abrumador deseo de estrecharla contra sí, de rodearla con sus brazos y tranquilizarla con palabras dulces.

—Todo va a salir bien, Ariella —le prometió, aunque sabía que era de necios hacer una afirmación tan imposible.

Ella escrutó sus ojos, desesperada por la necesidad de creerlo. Y allí, bajo la fría fachada de seguridad, vio una chispa de incertidumbre.

—Vos no lo creéis así, MacFane —lo retó en tono vehemente al tiempo que se zafaba de él.

Malcolm la agarró por los hombros y la acercó a él.

—Hay una cosa que sí sé Ariella. Roderic no os causará ningún daño -juró en voz grave y dura—, porque antes lo mataré yo mismo.

Le estaba haciendo daño, y vio cómo ardía vivamente la furia en su mirada. Estaba a punto de liberarse de un tirón cuando de pronto él la soltó. Aún tenía la cólera dibujada en el semblante, pero había algo más en su expresión que no logró entender. Con los ojos ensombrecidos y con gran pesar, alzó una mano y deslizó los dedos con dolorosa dulzura por la mejilla de ella.

—Id abajo, Ariella —le ordenó en voz baja—. Tengo una batalla que librar.

Dio media vuelta y descendió las escaleras, frenado sólo ligeramente por su cojera. Ariella lo siguió con la mirada hasta que desapareció, sin saber bien qué hacer.

Entonces estallaron los primeros gritos de batalla, y se lanzó escaleras arriba en busca de Catherine.

—¡Toma eso, cerdo peludo! —chilló Ramsay al tiempo que Duncan y él lanzaban una enorme piedra por el parapeto.

Observaron con prudencia entre las almenas cómo la piedra daba con su objetivo y se abatía sobre el guerrero gigante que había conseguido llegar casi al final de su escala. Levantó los brazos para protegerse del pesado misil, y al instante perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, arrastrando consigo la escala y todos los hombres que tenía debajo.

—¡Le hemos dado! —exclamó Duncan en tono triunfante.

—De hecho, hemos dado a cuatro —corrigió Ramsay dándole una palmada en la espalda—. Mira, dos de esos bastardos se han levantado y salen huyendo.

—Ya casi tienen el ariete en posición —gritó Gavin a los hombres situados en lo alto de la puerta—. ¿Está lista el agua?

—¡Sí! —vociferó Andrew mientras Graham echaba un último cubo de agua humeante al enorme caldero.

—Esperad —ordenó Gavin, viendo cómo se acercaban a la carrera los hombres de Roderic—. Esperad… Esperad… ¡Ahora!

Andrew y sus hombres volcaron de costado el caldero y derramaron sobre sus atacantes una cortina de agua hirviendo.

El aire se llenó de rugidos de dolor y sorpresa. Los guerreros dejaron caer el ariete y se apresuraron a retirarse de la puerta.

-¡Excelente! —elogió animado Gavin— ¡Tened preparado el otro caldero!

-lEstán subiendo por detrás! -gritó Malcomí al tiempo que emergía del castillo, espada en mano- ¡En grupos de uno y de dos id hasta allí e impedid que suban!

Los MacKendrick de las dos primeras sesiones de adiestramiento abandonaron al instante sus posiciones y corrieron por el paseo de ronda del muro para defender la otra cara.

-¡Dispersaos por este lado! —ordenó Malcolm— ¡Llenad los huecos!

—Gavin, ¿os importaría apartaros un poco a la derecha? —llamó Elizabeth, que estaba apuntando con su arco hacia él.

Gavin se desplazó hacia la derecha al momento. La flecha pasó zumbando junto a él y se clavó en un guerrero que estaba a punto de atravesarlo con su espada.

Gavin se quedó mirando al hombre, estupefacto. Acto seguido levanto la vista hacia Elizabeth.

—Gracias —le dijo, impresionado tanto por la destreza como por la tranquilidad de la joven.

—Por favor, tened más cuidado. —Su tono fue tajante.

Gavin sonrió.

—Lo intentaré, Elizabeth.

—¡Arqueras apuntad a ese grupo de ahí abajo, los de la escala! —ordeno Malcolm.

Las mujeres apostadas en las torres y a lo largo de las almenas apuntaron inmediatamente a los nuevos asaltantes que comenzaban a trepar por la escala. Una densa lluvia de flechas cruzó el aire, hirió a varios de los hombres e hizo huir despavorido al resto.

—¡Excelente tiro! —alabó Malcolm.

—¡MacFane, no podemos contenerlos aquí! —gritó Gordon que estaba enzarzado en una lucha a espada con un hombre enorme y fornido que había logrado subir al bajo parapeto.

—¡Id unos cuantos más a la parte de atrás! —ordenó Malcolm al tiempo que avanzaba por el muro para ayudar-. Los arqueros también, ¡pero sólo hombres!

—¡Toma eso, perro asqueroso! —rugió Gordon con una estocada al vientre de su contrincante.

El hombre agrandó los ojos por la sorpresa.

—Dios —jadeó—, se suponía que los MacKendrick erais fáciles de matar.

—Una buena sorpresita para ti, ¿eh? —bufó Gordon, contemplando cómo se desplomaba su pretendido asesino.

—¡Niall! —tronó Malcolm—. ¡Detrás de ti!

Niall giró en redondo y blandió su espada, con la cual asestó hábilmente un tajo en el hombro del guerrero y lo obligó a soltar su arma.

—Si quieres vivir —rugió Niall, con la punta de su acero apoyada en la garganta del otro—, siéntate ahí y no te muevas.

El hombre, agarrándose el hombro sangrante, se apresuró a acurrucarse en un rincón.

—¡Gracias, MacFane! —exclamó Niall, pero Malcolm ya estaba gritando órdenes a otro grupo y no lo oyó.

Ariella corrió por el pasillo en dirección a las escaleras que llevaban a las almenas. Al pasar frente a la cámara de MacFane, se percató de una figura en sombras que estaba penetrando por la ventana. Se apretó contra la pared, extrajo una flecha de su carcaj y la colocó contra la cuerda del arco. A continuación apuntó con cuidado al guerrero, pero entonces vio que acababa de unírsele otro hombre. Se mordió el labio. Era posible dispararle a uno, pero de ningún modo tendría tiempo de preparar una segunda flecha antes de que la atacara el otro hombre. Por fin decidió que era mejor matar a uno que a ninguno, de modo que tensó el arco.

De repente, cayó del techo una enorme red que atrapó a los dos hombres en una maraña.

—¡Aja! —exclamó Angus, que emergió de un rincón y esgrimió su vieja espada contra los intrusos, que no dejaban de forcejear—. Pensabais entrar aquí sin que nos diéramos cuenta y asesinarnos, ¿verdad? ¿Verdad, sabandijas?

—¿Angus?

—Oh, hola, Ariella —dijo el anciano jovialmente—. No hay necesidad de que dispares, ya tengo a estos canallas a buen recaudo.

En eso surgió Dugald de las sombras del rincón contrario.

—Estamos guardando la cámara de MacFane —anunció, arrastrando tras de sí su vieja espada.

—¿Pero cómo… ?

—MacFane sabía que su ventana era especialmente tentadora, ya que es grande y está relativamente cerca del suelo —explicó Angus—. De modo que nos pidió que nos encargáramos la red que los muchachos tejieron ayer.

—Nos turnamos para dejarla caer —añadió Dugald—. Luego vienen Bryce y Hugh y se llevan a los prisioneros abajo y los encierran en el almacén. Ya hemos capturado seis hombres.

—Es maravilloso.

Se veía a las claras que Angus y Dugald se estaban divirtiendo inmensamente, y desde luego no parecían correr un gran peligro al accionar su trampa. Ariella movió la cabeza en un gesto negativo, asombrada de que MacFane hubiera encontrado de verdad algo útil que pudieran hacer los dos ancianos.

—Malditos vejestorios, vais a lamentar esto cuando salgamos de aquí— masculló uno de los guerreros.

—¡No me digas! —comentó Angus con una risita— Mira, muchacho, me parece que tú vas a tener mucho más que lamentar cuando el Lobo Negro decida encargarse de ti. ¡Come cachorros como tú para desayunar! —amenazó con grandilocuencia.

—El Lobo Negro no es más que un lisiado —se burló el otro guerrero—. Lo desterraron de su propio clan por permitir que asesinaran a las mujeres y a los niños mientras él estaba borracho…

—Por Dios, no pienso quedarme aquí a escuchar esas sucias mentiras—rugió Dugald, esforzándose por levantar su pesada espada—. ¡Retíralo, o te corto esa asquerosa lengua!

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber Bryce, desde la puerta.

—Este sapo repugnante estaba insultando a MacFane —declaró él furioso.

La expresión de Bryce se endureció.

—Ya veremos cuánto tienes que decir después de pasarte unos años encerrado en una mazmorra —afirmó amenazante.

Los dos guerreros palidecieron. A pesar de que Ariella sabía que la amenaza de Bryce carecía de fundamento, no pudo evitar sentir satisfacción al ver su miedo.

—Voy a reunirme con los demás —dijo—. Por favor, tened cuidado.

—No te preocupes por nosotros, muchacha —contestó Angus—. Dugald y yo llevamos luchando desde… —Calló un instante y se rasco la cabeza blanquecina—. ¿Hemos luchado alguna vez, Dugald?

Dugald se inclinó sobre su espada para apoyarse, pensativo.

—Hubo esa ocasión en la que luchamos por Bessie cuando éramos jóvenes —reflexionó—. ¿Eso cuenta?

—Claro que sí—decidió Angus—. Sobre todo porque gané yo

—No sé por qué piensas eso —lo desafió Dugald— teniendo en cuenta que fui yo quien se casó con ella…

Ariella sonrió y continuó su camino.

* * *

El paseo de ronda estaba atestado de hombres y mujeres que corrían de un lado para otro luchando por impedir que los hombres de Roderic treparan por el muro. Si uno conseguía escalarlo, se sorprendía al encontrarse con que los

MacKendrick lo estaban esperando con una espada, una flecha o un empujón bien atinado que lo mandaba volando por los aires de espaldas. Ariella escrutó rápidamente la oscuridad en busca de MacFane. Lo encontró en la parte posterior de la muralla, batiéndose con un hombre enorme que lograba hacerlo parecer casi de estatura normal. MacFane peleaba de modo implacable, su furia se imponía a todo vestigio de sus lesiones, pero su oponente era fuerte y rápido, y esquivaba sus golpes con habilidad. Ariella apuntó con su arco, pero los dos se movían demasiado deprisa para poder estar segura de no herir a MacFane. Por el rabillo del ojo vio a Gavin, que corría hacia ellos para prestar su ayuda.

De pronto, un hombre alto y de pelo rubio surgió por el parapeto y lo agarró.

—Tira el arma, valiente Gavin —ordenó Roderic al tiempo que levantaba su espada hasta la garganta del otro.

Gavin tiró su acero al suelo.

—Maldito cobarde.

—¡Gavin! —chilló Elizabeth con los ojos agrandados por el terror.

Roderic la miró sorprendido.

—Vaya, Elizabeth, no me digas que le has tomado afecto a este viejo guerrero. Qué lástima. —Situó a Gavin frente a sí para usarlo como escudo—. ¡Basta, Gregor! —gritó al guerrero que luchaba con MacFane—. Ya es mío.

El grandullón sonrió, dejando ver una colección de dientes marrones y podridos, y bajó la espada.

Malcolm hizo un esfuerzo por controlar la furia que lo devoró por dentro al volverse y quedarse mirando a su antiguo guerrero.

—Hola, Malcolm —dijo Roderic—. He de decir que tienes mejor aspecto de lo que esperaba. Aun así, ¿es que no has aprendido que eres incapaz de proteger a nadie?

—¿Qué es lo que quieres, Roderic? —exigió él en tono engañosamente manso.

—Bueno, nada más que lo que quiere todo hombre —replicó Roderic con un encogimiento de hombros—. Un castillo que sea suyo. Unas cuantas personas que se ocupen de sus necesidades. Y una mujer hermosa que le caliente la cama. —Su mirada se posó en Ariella—. Buenas noches, querida. Estás tan encantadora como siempre. Ni siquiera me importa que te hayas cortado el pelo.

Ariella mantuvo la flecha apuntada hacia Roderic, pero no albergaba esperanzas de herirlo mientras él tuviera prisionero a Gavin.

—Ríndete, Roderic —ordenó Malcolm—. Tus fuerzas han quedado reducidas a la mitad, entre los que están heridos y los que han sido capturados. En cuanto a los MacKendrick, apenas han empezado a pelear. No tienes ninguna esperanza de tomar este castillo.

—Tal vez no —admitió él—, al menos esta noche. Baja el arco de una vez, querida —le dijo a Ariella—, de lo contrario me veré obligado a rebanarle el cuello al pobre Gavin.

Ariella titubeó, pero bajó el arma.

Roderic sonrió.

—Muy bien. Ahora, hay un asunto personal que deseo zanjar con vuestro tullido jefe. Te aconsejo que les digas que no interfieran, Malcolm, o Gregor le cortará la cabeza al pobre Gavin. —Empujó a Gavin hacia el corpulento guerrero, quien le apoyó el filo de su espada contra el cuello.

—¡No! —exclamó Ariella, horrorizada.

Malcolm alzó su espada despacio.

—Nadie debe interferir —ordenó ásperamente.

Roderic sonrió otra vez.

—Excelente. Y ahora, amigo —dijo al tiempo que levantaba su acero—, veamos qué clase de contrincante eres.

El terror invadió a Ariella al contemplar cómo los dos guerreros cargaban el uno contra el otro. Ambos pelearon con salvaje empeño, haciendo entrechocar sus espadas con un fuerte sonido metálico en su lucha por obtener la ventaja. Roderic era más joven y se hallaba en mejor estado físico, pero a Malcolm lo impulsaba una rabia que Ariella no había visto nunca. Su gran espada escocesa caía y atacaba, describiendo un arco de plata que rasgaba la negrura del aire, devolviendo golpe por golpe. Malcolm manejaba el acero con ambas manos, y, a juzgar por sus gruñidos, no cabía duda de que el enfrentamiento le estaba suponiendo un esfuerzo. Ariella empezó a temer que Roderic se limitase a jugar con él hasta agotarlo, y después asestara el golpe de gracia. Pero Malcolm continuaba luchando con destreza y determinación, y fue haciendo retroceder lentamente a Roderic sobre el parapeto.

-De manera que –comenzó a decir Roderic, sin dejar de igualar los movimientos de Malcolm-. , Por lo visto, Ariella no te la ha entregado.

Negándose a permitir que lo distrajeran, Malcolm hizo caso omiso del comentario. Lo siguiente que supo fue que Roderic había girado en redondo y se había subido de un salto al muro.

-Creo que ya basta por esta noche –anunció, blandiendo su espada con gesto amenazante delante de él-. Vámonos Gregor.

El gigante soltó a Gavin al momento, salvó el parapeto y comenzó a bajar por una escala.

-Adiós, dulce Ariella. –Roderic se guardó la espada en el cinturón, asió una cuerda que alguien le había lanzado por encima de la almena y saltó.

Los MacKendrick se precipitaron al borde del parapeto. Roderic cayó unos diez pies, y después descendió a toda prisa y montó su caballo.

-¡Retirada! –ordenó al tiempo que hacía girar a su montura.

Deseosos de obedecer, sus hombres abandonaron al instante la batalla y corrieron a buscar sus caballos.

Los MacKendrick estallaron en un estruendo de vítores.

-¡Lo hemos conseguido! –gritó Duncan mientras daba una palmada en el hombro de Andrews.

-¡Por el cielo, lo hemos conseguido, ciertamente! –repitió Gordon. Fue a dar un abrazo a su hija, pero ésta había tirado su arco al suelo y ya corría en dirección a Gavin.

-¿Os encontráis bien? -preguntó con vehemencia.

Gavin la miro sorprendido. Sus enormes ojos azules estaban arrasados en lagrimas y le temblaba el labio inferior.

-Estoy bien, Elizabeth —le aseguró.

La joven permaneció mirándolo fijamente, con el rostro pálido. Parecía necesitar algo más de él. pero Gavin no estaba seguro de lo que era.

-Estoy bien —repitió.

Elizabeth asintió y se volvió lentamente. Pero de pronto dejó escapar un leve quejido, se precipitó sobre Gavin y empezó a lanzar sonoros sollozos contra su pecho.

Gavin titubeó, sin saber muy bien qué hacer. Por fin, con un suspiro, rodeó a Elizabeth con sus brazos.

-No llores -le dijo mientras le acariciaba el pelo con suavidad- Ya estamos a salvo. Todo va a salir bien, Elizabeth.

Malcolm observó en grave silencio cómo Roderic y sus hombres se alejaban a caballo. Inquieto al ver con cuánta facilidad había renunciado al ataque su antiguo guerrero, se volvió para mirar a Ariella. El miedo que vio en sus ojos le indicó que ella estaba demasiado segura de que Roderic regresaría.

—¡Hurra por MacFane! —rugió Ramsay alzando bien alto su espada—. ¡Sin el que no podríamos haber derrotado a esos cerdos cobardes!

Un griterío de contento llenó el aire, seguido por la cantinela repetida del nombre de Malcolm.

—¡MacFane! ¡MacFane! ¡MacFane!

Un grupo de hombres se lanzó hacia delante y, antes de que Malcolm pudiera protestar, lo levantaron en hombros.

—¡Hurra por el Lobo Negro!

Todos los miembros del clan gritaban y vitoreaban enardecidos. Abrumado por su idolatría, Malcolm les ordenó que lo depositaran en el suelo, pero le resultó imposible hacerse oír por encima de aquella algarabía.

—¡Levantemos nuestras copas en honor del Lobo Negro y del magnífico triunfo al que nos ha conducido esta maravillosa noche —vociferó Dugald.

—¡MacFane! ¡MacFane! ¡MacFane!

Ariella observó a los suyos apelotonarse entusiasmados alrededor de Malcolm. Lo llevaron a hombros hasta la entrada del castillo, allí lo dejaron en el suelo y lo arrastraron al interior. Sus chillidos de alegría continuaron oyéndose mientras bajaban la escalera para guiarlo hasta el gran salón, donde celebrarían su destreza de gran guerrero.

A pesar de su alivio por haber ganado la escaramuza, Ariella descubrió que no podía reunirse con ellos.

En lugar de eso, se quedó de pie sola en las almenas, preguntándose entumecida cuándo regresaría Roderic.

El manto de terciopelo negro de la profunda noche estaba salpicado de estrellas.

En el castillo reinaba por fin el silencio, tras largas horas de incesante jolgorio. Ariella se levantó del banco y se apoyó sobre el bajo parapeto para consolarse con la áspera frialdad de la piedra bajos sus dedos. Allí era donde aún no se había terminado la elevación del muro, y por lo tanto constituía un punto vulnerable. También era un lugar en el que uno podía sentarse en un banco y contemplar el magnífico paisaje de las tierras que rodeaban su fortaleza. Grandes y oscuras masas de bosque se extendían ante Ariella, durmientes. Hacia el oeste se encontraba el lago, de un reluciente color carbón bajo una cinta perlada de luz de luna, y cuyas aguas profundas y frías albergaban incontables peces, y tal vez algún que otro espíritu acuático. Y luego estaban las montañas. Eran lo que más amaba Ariella, aquellas gloriosas cumbres que se alzaban imponentes, poderosas, misteriosas, y los encerraban en forma de un vasto muro velado por la niebla que durante años los había mantenido aislados del resto del mundo.

Hasta ahora.

Qué ingenuidad la suya, tan conmovedora, tan necia. Su clan había estado dormido por espacio de cien años, escondido entre aquellas montañas con aroma a brezo, dejando transcurrir sus vidas. No habían conocido casi nada del mundo exterior. Por supuesto, habían oído relatos de algún que otro viajero que tropezaba con ellos, y de Alpin, que les hablaba de las leyendas, los paladines y las guerras. Y de los grandes héroes como el Lobo Negro. Pero todo aquello parecía siempre muy lejano, perteneciente a otro lugar que no tenía nada que ver con ellos. Los MacKendrick habían tenido grandes jefes también, y el consuelo de saber que no era propio de ellos practicar el latrocinio ni la brutalidad. Lo único que deseaban era aprender a apreciar mejor la belleza que los rodeaba y, si era posible, contribuir a incrementarla. Aquélla era la razón por la que habían construido un parapeto bajo, de piedra de intrincado labrado, que no impidiera ver el paisaje. Lo que no habían comprendido era que algún día podía llegar alguien con la intención de arrebatarles todo aquello, que habría alguien que se creería con derecho a robarles lo que habían creado, a gobernarlos por la fuerza y a asumir el poder de la vieja espada sin haber sido elegido.

Aquello, naturalmente, era lo que quería Roderic; no quería a Ariella, a pesar de su deseo lujurioso hacia ella. Roderic codiciaba su castillo y sus tierras, y

convertir a su gente en esclavos. Por encima de todo, ansiaba la capacidad de derrotar a un oponente en combate. Aquél era el poder que creía que le otorgaría la espada, aunque en realidad nadie sabía si la leyenda del poder de la espada era cierta o no.

Y por esa razón iba a regresar.

En eso, oyó un ruido, suave como un susurro. Se volvió de pronto y se encontró con Malcolm de pie detrás de ella, con el rostro velado por las sombras de la noche. Ariella tuvo la impresión de que llevaba mucho tiempo allí.

—No quería molestaros —dijo él en voz baja.

—Creía que todos estaban durmiendo -dijo Ariella haciendo un gesto con la cabeza.

-Y así es -contestó Malcolm al tiempo que se situaba a su lado- Estaban emocionados por la victoria, y deseosos de celebrarla con gran cantidad de vino y cerveza. Si hubiera pensado que Roderic iba a regresar esta noche, les habría ordenado que se moderasen un poco.

La sonrisa de Ariella era casi imperceptible, pero Malcolm la percibió

—¿Por qué os hace tanta gracia?

—Es la idea de que vos penséis que otra persona está bebiendo demasiado.

El ladeo la cabeza y aceptó la ironía. A continuación, apoyó las manos en el bajo muro y contempló en silencio el magnífico paisaje que los rodeaba.

-Este lugar es muy hermoso -murmuró, preguntándose por que no se habría fijado antes.

Ariella lo miró sorprendida. No creía a MacFane capaz de apreciar algo simplemente por su belleza. Era un guerrero y parecía evaluar todo solo en cuanto a su ventaja militar. ¿De verdad tendría una faceta que comprendiera la maravilla que suponía la perfección de un cielo nocturno que arrojaba sus sombras sobre el mundo?

—Gracias por protegerlo.

Él negó con la cabeza.

—Lo ha protegido vuestro clan -corrigió-. Yo me he limitado a enseñarle cómo.

—Nos habéis conducido a la victoria —insistió Ariella—. Cuando nos dimos cuenta por primera vez de que nos estaban atacando, cundió el pánico. Vos nos tranquilizasteis y nos hicisteis creer que podíamos rechazar el ataque de Roderic y de sus hombres.

Malcolm guardó silencio durante unos instantes, pensativo. ¿De verdad había llevado a los MacKendrick a la victoria? Resultaba tentador pensar que sí, sobre todo después del derroche de adulación que siguió a la retirada de Roderic. Por espacio de breves momentos de euforia, cuando lo subieron a hombros y lo aclamaron, casi recordó lo que era ser el Lobo Negro. De pronto se sintió fuerte, capaz, intrépido... y querido. Pero ahora, en la despejada soledad de la noche, se

encontró con su maltrecho cuerpo dolorido y con su mente ansiosa de abandonarse al sopor del alcohol.

Difícilmente eran aquellos los rasgos de un gran guerrero.

—Roderic no esperaba la resistencia con que se encontró, y por eso resultó fácil vencerlo —señaló Malcolm— La próxima vez será más astuto en su estrategia. —Calló unos momentos, y seguidamente añadió en voz baja—: Y más violento.

Ariella se agarró con fuerza al muro al comprender aquello, en un intento de absorber la fortaleza de su sólida estructura a través de las manos.

—Puede que no vuelva —sugirió, sabiendo, incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, que se trataba de una esperanza muy frágil.

Malcolm se volvió para mirarla.

—Volverá, Ariella. Roderic fue en otro tiempo un MacFane. Yo lo adiestré como uno de mis guerreros.

—¿Vos lo adiestrasteis? —murmuró Ariella, horrorizada.

Malcolm afirmó con la cabeza.

—Ya entonces ansiaba el poder. Intentó derrocarme, y lo expulsé. Al parecer, sigue buscando un clan que gobernar. Se ha sorprendido al ver la demostración de fuerza de vuestro clan, pero regresará. Lo que quiero saber es a qué se refería cuando dijo que vos no me habíais entregado no sé qué.

Ariella desvió la mirada.

—No lo sé.

Su rostro estaba iluminado por un pálido resplandor de luna que perfilaba cada una de sus facciones perfectas en contraste con la oscuridad. Aunque mostraba una expresión calma, Malcolm experimentó la clara sensación de que lo sabía pero no quería decírselo. La miró fijamente, contemplando la elegante elevación de sus mejillas, la larga curva de sus pestañas, el gesto decidido del mentón. Su cabello dorado se agitaba suavemente con la brisa nocturna y rozaba la tersura de su cutis. En aquel momento, era de una belleza abrumadora. Porque debajo de aquella encantadora delicadeza había una mujer de inmenso coraje y gran fuerza; la educada hija del señor de un clan, que era capaz de cortarse el pelo, mancharse la piel y vestirse de chico, si aquello era lo que hacía falta para proteger a los suyos; una mujer que se atrevía a luchar antes que rendirse, con independencia de los riesgos que pudiera correr ella misma. Al verla allí apoyada sobre el muro bañado por la luna y con la mirada fija en el bosque y las colinas, Malcolm comprendió de pronto por qué tenía que regresar Roderic.

Si él se hubiera considerado, incluso remotamente, digno, también habría luchado por ella.

Abatido, apartó de sí aquel pensamiento. Sus días de estar con mujeres se habían terminado, se recordó a sí mismo con dureza; habían muerto en aquel campo de batalla empapado de sangre, cuando quedo reducido al ser inválido y borracho que era ahora. Todo fragmento de orgullo o de valor que pudiera haber

sobrevivido intacto había sido erradicado la noche en que, estando borracho, sacó a sus guerreros de su castillo y dejó a las mujeres y los niños totalmente vulnerables a la barbarie de Roderic. Las muertes inocentes que pesaban sobre su alma eran demasiado numerosas para contarlas, una carga demasiado grande para soportarla. Sus actos no tenían perdón. Ninguna mujer podría desear jamás a un hombre que le había fallado a su gente de un modo tan espantoso.

Sobre todo, una mujer que poseyera los elevados ideales de Ariella MacKendrick.

—Hemos de encontrar un jefe con un ejército bien adiestrado para vuestro clan —anunció Malcolm de pronto—. Yo no puedo quedarme aquí mucho más.

Ariella sintió que la invadía el pánico.

—¿Porqué?

¿Qué podía contestarle? ¿Que se estaba volviendo demasiado difícil quedarse allí, en un lugar que no era el suyo, viendo cómo aquellas gentes iban respetándolo cada vez más? ¿Un lugar en el que se veía obligado a levantarse cada mañana y probarse a sí mismo día tras día, sin pensar en sus dolores ni en lo mucho que hubiera bebido la noche anterior? ¿Un lugar en el que su vida tenía un propósito y en el que se sentía casi necesario? ¿Un lugar en el que ella lo atormentaba a cada momento con su belleza y su fuerza, y le mostraba lo que él jamás podría esperar tener?

Era mejor marcharse pronto, antes de que la partida resultara insoportable.

—Dije que me quedaría hasta que estuvierais a salvo, y así lo haré —le aseguró—. Pero tenéis un traidor dentro del clan que ha hecho llegar a Roderic el mensaje de que estáis viva. Ahora que él mismo os ha visto, no esperará mucho para atacar de nuevo. Vuestra gente se ha hecho más fuerte, pero no lo bastante para derrotar a un guerrero como Roderic. Necesitáis un jefe poderoso que posea un ejército, y alianzas para reforzaros por si acaso eso no es suficiente.

Ariella comprendió que lo que estaba diciendo Malcolm era verdad. Lo que no lograba entender era por qué la idea de que MacFane se fuera le provocaba aquel sentimiento de soledad. Siempre había sabido que se quedaría sólo durante un corto espacio de tiempo. Tres meses. Aquello era lo que habían acordado. La espada debía ser entregada antes de que volviera Roderic, o de lo contrario su gente corría un grave peligro. Una vez que hubiera elegido al nuevo señor del clan, no había razón para que se quedara MacFane. Al fin y al cabo, aquél no era su sitio, ninguno era su sitio. Le pagaría el oro, y punto final.

Se rodeó a sí misma con los brazos, pues súbitamente sintió un poco de frío.

—Mañana hablaré con Alpin. Puede que él me ayude a buscar el hombre que ha de gobernar a mi gente.

—Un hombre que posea una fuerza excepcional y un valor inquebrantable, y que se guíe por su sentido innato del honor —reflexionó Malcolm, repitiendo las cualidades que ella había descrito. «Todo aquello que tú creías que fui yo en otro tiempo», agregó en silencio.

Ariella asintió.

—Son bellos atributos para el señor de un clan —reconoció Malcolm, preguntándose si alguna vez él habría estado cerca de cumplir dichos requisitos—. Pero ¿y vos, Ariella? ¿Qué buscáis vos en el hombre que ha de ser vuestro esposo, el hombre con el que vais a compartir vuestra vida, engendrar hijos y envejecer?

—No he pensado en mis propios deseos —repuso ella, con la vista perdida en la oscuridad—. No vienen al caso. Lo único que importa es su capacidad para gobernar y proteger a los míos.

Lo dijo como quitándole importancia, pero Malcolm no estaba convencido de que creyera lo que decía. Tenía los brazos fuertemente ceñidos alrededor del cuerpo. La conocía lo bastante bien para comprender que hacía aquello sólo cuando tenía miedo.

O cuando estaba previendo algo que le resultaba doloroso.

—No, Ariella —replicó, acercándose un poco más—. No es eso lo único que importa. El hombre que sea vuestro esposo ha de ser valiente y honrado, tal como vos lo describisteis. —Alargó una mano y rozó con los dedos la seda de su mejilla, consciente de que no tenía derecho a hacerlo—. Y también debe respetaros —continuó con suavidad—, y debe prometer trataros con el mayor de los cuidados.

Ariella lo miró fijamente, incapaz de moverse. Sentía el calor de su mano en la mejilla, una mano fuerte y poderosa. ¿Cómo era posible que la mano de un guerrero, una mano que había dado muerte a incontables hombres en combate, pudiera rozarle la piel con tanta reverencia y ternura? Los ojos azules de MacFane la perforaban, y las arrugas de su rostro se veían como profundos surcos, mientras le acariciaba la mejilla y el mentón. Ariella percibió una difícil batalla interna dentro de él, una batalla que no estaba acostumbrado a librar. Su semblante estaba tenso de pesar y deseo, y Ariella sintió que su propio corazón se aceleraba, pues cayó en la cuenta de que ya había visto antes aquella expresión. Supo que debía apartarse cuando él la tomó suavemente de la barbilla y se la inclinó hacia arriba; supo que debía protestar cuando él bajó la cabeza; supo que debía decir basta cuando los labios de Malcolm se apretaron, firmes y cálidos, contra los suyos.

«Detente, MacFane.»

Le rodeó el cuello con los brazos y se dejó caer contra la sólida muralla de su pecho para besarlo con una desesperación que jamás había sentido y que no podía siquiera comprender.

«Por favor, detente.»

Malcolm no la oyó. Por eso gimió contra su boca compartiendo su misma desesperación mientras paladeaba profundamente el interior de aquellos labios que se abrieron para él.

«Por favor, te lo suplico, debemos parar», rogó en silencio Ariella, abrazada a él como si creyera que podía protegerla de algún modo, que podía salvarla de la amenaza de Roderic, y de su esposo desconocido, y de la terrible y solitaria carga

que suponía tener en su mano el futuro del clan. «No podemos hacer esto», añadió con fervor, apretada contra Malcolm mientras las manos de él empezaban a acariciarle el pelo, los hombros, la espalda, a tocarla con una ansia hambrienta y dolorosa, como si hubiera anhelado aquel momento y supiera que pronto fuera a esfumarse. «Debo entregarme sólo al próximo señor de los MacKendrick.» ¿Por qué no la escuchaba?, se preguntó, al tiempo que hundía los dedos en la cascada oscura del cabello de Malcolm y se apretaba más para sentir su calor, su fuerza, su contacto, con una extraña sensación de seguridad al sentirse ceñida por sus brazos, más segura de lo que había estado en toda su vida.

Un ardiente deseo inundó a Malcolm al besar a Ariella y saborear el suave frescor de su boca, al inhalar su aroma bañado por el sol, al palpar las esbeltas curvas de su leve constitución por debajo de la suavidad de aquel vestido color zafiro. Era imposible lo que estaba sucediendo, lo entendía, pero por algún motivo no lograba obligarse a sí mismo a detenerse. Ella lo estaba besando con una desesperación que parecía igualar a la suya propia, y gemía contra su boca abrazada a él, aplastada contra él, llenándolo de un anhelo más potente que ningún otro que hubiera experimentado jamás. Era una locura, era una quimera, no estaba bien, era todo aquello y más, y sin embargo, separarse de ella no le habría resultado más fácil que alcanzar la luna. De modo que acarició su espalda estrecha, la curva delgada de su cintura, el vuelo sensual de sus caderas, y la acercó un poco, y otro poco más, aprendiendo cada detalle, grabándola en su memoria para que, cuando retornara a su vida triste y yerma, pudiera recordar aquel momento. La deseaba con un ansia que aturdía, quería arrancarle el vestido, tumbarla sobre la piedra lisa del suelo y tomarla bajo aquel cielo negro plateado, rodeados por las montañas, y el lago, y todo lo que ella amaba tanto. Pero de ningún modo podría quedar satisfecho con una sola noche; tenerla una noche y saber que no podría volver a tocarla de nuevo sería un tormento mucho mayor que no tenerla nunca. Y ella no podía darle más que eso, comprendió con melancolía. Por más dulce que fuera el modo en que se abrazaba contra él.

Hizo acopio del último vestigio de fuerza que le quedaba, alzó una mano y rompió suavemente el abrazo.

—Perdonadme, Ariella —dijo con un hilo de voz. No sabía si estaba pidiendo perdón por desearla o por no ser el guerrero que ella necesitaba. Por no ser el Lobo Negro.

Con los sentidos aún entumecidos, Ariella levantó los ojos hacia él. Su expresión era dura, pero sabía que no era la cólera lo que contraía su rostro. En aquel instante recordó de pronto quién era ella y cuáles eran sus responsabilidades. Horrorizada por su conducta, dio un paso atrás, como si la distancia pudiera apagar el fuego que ardía entre ambos.

—Debo… Debo irme —balbució, de repente nerviosa por marcharse, por zafarse de la abrumadora aura de Malcolm, que la inundaba de deseo. Siempre lo había imaginado débil y maltrecho, no sólo físicamente, sino también en el aspecto espiritual, un hombre que había quedado destrozado por las pruebas sufridas en su vida. Pero al verlo de pie frente a ella, con aquella figura alta y musculosa, cincelada por las sombras y por la luz de la luna, mirándola con un

deseo apenas contenido, parecía ileso, fuerte y peligrosamente poderoso. Una ilusión, se recordó a sí misma, desesperada. Pero esta vez no logró convencerse.

—Buenas noches, Ariella. —Su tono de voz fue suave, sin embargo entrañaba una orden de todos modos.

Ariella le dio la espalda y se alejó de él con los hombros rectos y el porte digno. «No es el elegido», se dijo a sí misma vehementemente. «A pesar de lo de esta noche, no es el elegido.»

Fue aquella verdad, dolorosa e irrefutable, la que la obligó a seguir caminando, en vez de dar media vuelta y arrojarse al cálido refugio de sus brazos.

Capítulo 10

Su padre la estaba llamando.

Se oía amortiguada, como si estuviera muy lejos, pero no cabía duda de que era su voz, de timbre grave y dulce La llamaba con cariño, e incluso con una pizca de humor, tal como hacia cuando ella era pequeña y había pasado demasiado tiempo fugando en el bosque. Por muy tarde que fuera, nunca temía que su padre estuviera enfadado con ella. Cuando oía aquella voz ronca y cariñosa, se recogía las faldas con sus manos regordetas y echaba a correr hacia el castillo lo mas rápido que podía. Jadeante y sin resuello, abría los brazos para que el señor de los MacKendrick pudiera alzarla en volandas bien alto y empezar a dar vueltas y más vueltas, hasta que el mundo se convertía en un torbellino de luces y colores. Sus gritos de alegría se mezclaban con la risa profunda de él, haciendo que todo el mundo se parase y sonriera. Por fin la depositaba en el suelo, y ella, mareada, daba un paso o dos antes de derrumbarse sobre la hierba caldeada por el sol y contemplaba cómo giraba el cielo por encima de ella mientras su padre no dejaba de reír.

"Ariella"

Se arrebujó un poco más en la blandura de su almohada, recordando.

«Ariella, mi amor, abre los ojos.»

Con el corazón acelerado, Ariella se irguió de golpe.

Tardó un momento en aceptar que no había nadie en la habitación. Por la ventana llegaban voces procedentes del patio, pero ninguna de ellas era la de su padre. De repente sintió un intenso frío, volvió a acostarse y se arropó con las mantas hasta la barbilla. Escuchó un instante, como si de verdad creyera poder oír una vez más la voz grave y sonora de su padre, pero lo único que se filtraba a través de los gruesos muros de piedra fueron los habituales sonidos amortiguados de las actividades del castillo.

«Está muerto», se recordó a sí misma, entumecida. Muerto por la espada de Roderic cuando intentaba proteger a su hija y a su clan. Una muerte valiente y honrosa. Aquello había dejado en su corazón una herida tan honda, que a veces tenía la sensación de no poder soportarla ni un momento más.

Seguramente por eso había actuado de manera tan inconcebible con MacFane la noche anterior. El hecho de ver a Roderic había resucitado los horrendos y sangrientos recuerdos de la muerte de su padre, de Douglas y Myles, y de todos los demás que habían caído bajo la siniestra avaricia de aquel hombre. En el momento en que Roderic apoyó su espada contra la garganta de Gavin y desafió a MacFane, la invadió el terror de que su clan estuviera acabado. Malcolm no podía de ningún modo vencer a espada a un guerrero que estaba tan adiestrado y en forma. Y no lo había vencido. Ciertamente, había logrado devolverle golpe por golpe, a pesar de sus limitaciones físicas; pero si Roderic no hubiera decidido parar, habría terminado derrotando a Malcolm.

Y seguidamente lo habría matado.

El hecho de que MacFane hubiera estado a punto de morir por su clan fue lo que la empujó a sus brazos, decidió Ariella. Se había sentido abrumada por el alivio y el miedo, y había permitido que dichas emociones nublaran su juicio. Una oleada de calor la recorrió de arriba abajo al recordar cómo la envolvió con su cuerpo enorme, duro como una piedra, que la protegía de Roderic, de sus recuerdos y hasta de la terrible carga de sus responsabilidades. La tocó con desasosiego, con hambre, fue la forma de tocar de un hombre que está consumido por el deseo. Y ella le había devuelto sus caricias completamente, apretándose contra él mientras él la besaba, disfrutando del contacto de su ancho pecho y sus musculosas piernas contra su cuerpo menudo. Segura y libre. Así era como la había hecho sentirse MacFane la noche anterior.

Pero ni estaba segura, ni era libre. Estaba atada desde que nació a una profunda responsabilidad para con su clan, y éste no estaría a salvo hasta que hallasen a su legítimo señor. El propio MacFane lo había dicho. Cuando antes entregase la espada a ese guerrero, antes alcanzarían la seguridad, y antes podría marcharse MacFane. Que era precisamente lo que él deseaba.

Y después de lo ocurrido entre ambos la noche anterior, lo mejor era que se fuese pronto.

Apartó los cobertores y comenzó a vestirse. Era esencial que su gente empezara de inmediato a prepararse para otro ataque de Roderic. La noche anterior se las habían arreglado para echarlo de allí, pero sólo porque no esperaba encontrar oposición. Malcolm estaba en lo cierto cuando dijo que la próxima vez Roderic sería más astuto en sus métodos. Era probable que tardase un tiempo en atacar, porque había perdido parte de sus hombres, capturados o heridos; pero el comentario que le hizo a Malcolm indicaba a las claras que lo preocupaba que Ariella llegara a entregar la espada antes de que él pudiera robarla. No esperaría mucho para volver, y antes de eso ella debía encontrar al próximo jefe del clan.

Corrió escaleras abajo, y al salir se encontró con los miembros de su clan ya trabajando de firme. Los hombres estaban izando hasta las almenas las grandes piedras que habían lanzado desde el parapeto, y las mujeres estaban ocupadas en recoger flechas y valorar los desperfectos que éstas habían sufrido. Gavin daba instrucciones a varios hombres que estaban poniendo ladrillos en la parte más baja del parapeto, mientras que Bryce y Hugh examinaban la puerta en busca de puntos débiles. Nadie estaba adiestrándose, excepto un pequeño grupo que practicaba con la espada en un rincón. Como siempre, Angus y Dugald observaban todo lo que ocurría desde su plataforma elevada, y gritaban sugerencias de las que nadie hacía caso.

A Malcolm no se lo veía por ninguna parte.

—Buenos días, Ariella —exclamó Angus haciendo un gesto con la mano—. Interesante batalla la que libramos anoche, ¿no es cierto?

—Así es —convino ella—. Debemos estar orgullosos.

—La red que diseñó MacFane funcionó espléndidamente —agregó Dugald—. Capturamos a siete hombres. ¡Eso hará que Roderic se lo piense dos veces antes de atacar a los MacKendrick!

—¿Qué ha sucedido con los hombres que han sido hechos prisioneros? —preguntó Ariella.

—Están encerrados en uno de los almacenes —repuso Angus—. Es una lástima que no tengamos una auténtica mazmorra donde encerrarlos, pero MacFane dijo que el almacén serviría.

Ariella recorrió el patio con la vista, buscando a Malcolm. Después de lo que había pasado entre ellos la noche anterior, la ponía nerviosa encararse con él.

—¿Dónde está MacFane esta mañana? ¿Aún no se ha levantado?

—Ah, se ha ido —dijo Dugald.

Una sensación vacía y gélida la traspasó de parte a parte.

—¿Que se ha ido?

—Sí —respondió Angus—. Se fue esta mañana temprano, y se llevó consigo a Duncan y a Ramsay.

—Va a visitar a los clanes de los alrededores para hablar de la posibilidad de establecer alianzas —explicó Dugald—. Ha dejado a Gavin encargado del adiestramiento y de las obras de fortificación del castillo, y ha dicho que volverá dentro de dos semanas. ¿Es que no te lo mencionó a ti? —preguntó, frunciendo el ceño.

En efecto, recordó Ariella. La noche anterior había hablado de nuevo de la necesidad de establecer alianzas, y también de buscar un nuevo jefe que poseyera un ejército poderoso para que pudiera protegerlos.

—No… No sabía que fuera a partir tan temprano —balbució.

—Cuanto antes tengamos un nuevo jefe, mejor —comentó Angus—. La espada ha de serle entregada antes de que regrese ese canalla de Roderic. —Miró a Ariella con intención—. ¿Todavía no tienes idea de quién puede ser, muchacha?

Ariella negó con la cabeza.

—A mí me parece que podría valer MacFane —dijo Dugald—. Al principio no lo creí así, pero desde que está aquí, ese muchacho ha demostrado ser bueno para mandar. Lo único que hace falta es que se le una su gran ejército, y ya nadie se atreverá a atacarnos de nuevo.

—Lanzó a Ariella una mirada de esperanza.

—MacFane no es el hombre adecuado.

Nada más decirlo percibió la desilusión de los ancianos. Era evidente que en las últimas semanas su gente había aprendido a admirar a MacFane poco a poco. Por supuesto, eran conscientes de sus heridas, y él no había conseguido guardar en secreto durante mucho tiempo su adicción al alcohol. Esas cosas ya no parecían molestarlos. Pero su gente no lo veía como era en realidad, no sabía que

ya no era el jefe de los MacFane, que había sido expulsado de su clan por algún terrible crimen, despojado de su título y de su apellido, y relevado del derecho a mandar a los guerreros a quienes tan valerosamente había dirigido cuando era el Lobo Negro. Que cuando ella lo encontró, vivía como un salvaje, borracho, sucio y sin afeitar. Y que había ido allí no por su voluntad, sino tan sólo impulsado por la avaricia.

Si supieran todo aquello, entenderían por qué un hombre así no podía ser de ningún modo el próximo jefe de los MacKendrick.

* * *

—Entra, Ariella.

La aludida empujó la pesada puerta sin sorprenderse en absoluto de que Alpin hubiera sabido que era ella. Ivor agitó sus alas gigantescas y emitió un gran chillido para mostrar su disgusto por ser molestado. Ariella no le hizo caso y cruzó la sombría estancia hasta donde se encontraba Alpin, que estaba inclinado sobre una mesa, absorto en la tarea de salpicar un polvillo plateado en el interior de un cuenco. Entonaba algo en voz baja y agitaba las manos, con sus grandes cejas blancas apretadas en un gesto de concentración.

De pronto se produjo un enorme fogonazo, tan brillante que Ariella tuvo que cerrar con fuerza los ojos. Cuando los abrió de nuevo, lo único que vio fue una cortina de humo.

Alpin había desaparecido.

Se oyó una fuerte tos cuando sus manos huesudas emergieron de las volutas de humo e intentaron dispersarla.

—No ha funcionado —gruñó, apartándose.

—¿Qué es lo que debía suceder?

—Debía convertirme en pájaro. Hubo una época en que lo lograba con facilidad, pero en los últimos cuarenta años o así no ha habido necesidad de hacerlo, y temo que, tristemente, haya perdido la práctica. —Lanzó un suspiro—. Uno debe mantener estas cosas al día, o de lo contrario las pierde para siempre.

—Puedes probar otra vez mañana —sugirió Ariella.

—Quizá —concedió él sin demasiado entusiasmo—. Últimamente estoy viendo que me cansan los hechizos complicados. —Asió su cayado y se acercó arrastrando los pies hasta el fuego, donde empezó a verter un líquido lechoso en una olla pequeña que rebosaba una espuma amarilla—. Así que —murmuró al cabo de un momento—, nos ha dejado.

—Sí. Durante un tiempo.

—Y tú tienes miedo.

—¿De qué?

—De tus sentimientos hacia él.

—No albergo ningún sentimiento hacia MacFane —se apresuró a asegurar Ariella.

Alpin alzó una ceja en actitud escéptica.

—Tenemos un… una amistad —concedió ella de mala gana—. Nada más.

—Entiendo.

Ariella lo observó en silencio mientras él hurgaba en una jarra marcada con el rótulo «arañas secas», extraía una generosa cantidad de criaturas encogidas y las echaba a la olla. Un penetrante olor se extendió por toda la habitación.

—Me estaba preguntando —empezó después de unos instantes— si habrías tenido alguna otra visión acerca del futuro jefe del clan.

—Algunas. Pero no han sido muy claras. Es más una sensación de ese hombre, de cómo es, y no una visión de quién es en realidad.

—¿Y cómo es?

—Ya lo sabes, Ariella —le recordó el anciano—. Hemos hablado muchas veces del hombre que blandirá la espada de los MacKendrick. Hubo que instruirte en ello, para que supieras qué debías buscar.

—Necesito oírlo otra vez —dijo ella suavemente—. Te lo ruego.

Alpin continuó removiendo el contenido de la olla, pensativo.

—Posee una fuerza indomable —dijo por fin—. De cuerpo, mente y espíritu.

A Ariella le vino a la mente una imagen del cuerpo destrozado y debilitado de Malcolm. Aquello, y su incapacidad para controlar su necesidad de beber.

—¿Qué más?

—Vive con su esposa con valentía y honor —añadió Alpin—. Tiene un deseo profundo e inherente de ayudar a quienes no pueden ayudarse a sí mismos.

De nuevo pensó en Malcolm, que no había querido ir allí hasta que ella lo sobornó con oro y le prometió que sólo sería por espacio de tres meses.

—¿Algo más?

—La gente lo respeta porque es un gran jefe. Y él ha hecho mucho para ganarse ese respeto.

Malcolm había sido un gran jefe en otro tiempo, convino Ariella; pero luego había hecho algo tan horrendo, que había sido desterrado de su clan.

«Lo desterraron de su propio clan por permitir que asesinaran a las mujeres y a los niños mientras él estaba borracho…»

—¿Es cierto eso? —preguntó Ariella bruscamente.

Alpin la miró confuso.

—¿El qué?

Era una mentira. Tenía que serlo. Aun así, necesitaba estar segura.

—Anoche, uno de los hombres de Roderic dijo que MacFane fue desterrado de su clan porque las mujeres y los niños fueron asesinados mientras él estaba borracho. —Titubeó un instante, no muy segura de querer oír la respuesta—. ¿Es cierto?

El anciano la miró serenamente, con sus ojos negros carentes de toda emoción.

--Sí, Ariella. Es cierto.

Ella se rodeó con los brazos, un vano intento de resguardarse de tan horrible información. Desde el momento en que Malcolm no apareció cuando atacó Roderic, cuando ni siquiera contestó a las misivas de su padre, Ariella sabía que el Lobo Negro no era el elegido. Pero Alpin le había dicho que debía ir a buscarlo, y así lo había hecho. Primero fueron al castillo del señor de los MacFane, donde el nuevo jefe, Harold, los informó de que Malcolm había sido desterrado por sus crímenes. Pero no les dijo qué crímenes eran aquellos.

Si lo hubiera sabido, jamás habría traído a MacFane.

—Te equivocas, Ariella —dijo Alpin en tono grave—. Hiciste lo correcto al traerlo aquí.

Ella tragó saliva con dificultad, luchando por asimilar aquella terrible información sobre Malcolm.

—MacFane nos ha ayudado a aprender a defendernos solos, y le estoy agradecida por eso —admitió—. Pero ahora debe marcharse. El clan le está tomando demasiado afecto. No conocen su horrendo pasado, ni tampoco el hecho de que ya no es el jefe de su clan. Son incapaces de verlo como es en realidad.

—¿De veras?

--Sí. —Fue hasta la puerta, pero se detuvo—. MacFane está convencido de que Roderic va a volver.

Alpin no dijo nada, obviamente enfrascado en su tarea de remover la mezcla espumosa que bullía en la olla.

—¿Volverá, Alpin?

Transcurrieron largos instantes.

—Sí, Ariella —dijo el anciano por fin—. Roderic volverá. Y cuando vuelva, no será tan fácil de vencer. Su cólera es grande, e intentará castigarnos por haberlo humillado.

Ariella sintió un escalofrío de miedo.

—En ese caso, no tengo más remedio que encontrar al poseedor de la espada. Es vital que lo encuentre antes de que regrese él.

—¿Te refieres a Roderic?

_No —contestó ella al tiempo que abría la puerta—. Me refiero a MacFane.

* * *

En alguna parte, lloraba una mujer.

Ariella avanzó lentamente a través de la densa niebla blanca con las manos extendidas hacia aquel frío velo, intentando encontrarla. Los sollozos de la mujer eran largos y atormentados, era el llanto de alguien cuyo corazón ha sido partido en dos. Ariella sentía su dolor como si fuera el suyo propio, pues aquel llanto le recordaba lo que había llorado ella misma cuando se arrodilló junto a su padre asesinado y le suplicó, histérica, que volviera con ella. La leve gasa que la envolvía se volvió más densa y le impidió ver nada. Cerró los ojos y se dejó guiar por los sollozos. Continuó avanzando, a través de aquel húmedo sudario suave como una pluma, cada vez más cerca del sentido llanto que le salía a aquella mujer del corazón. Por fin, presintiendo que había encontrado lo que estaba buscando, Ariella abrió los ojos.

Entonces vio que la cortina blanca se había rasgado dejando ver una joven muy hermosa, de cabello rojo y dorado, arrodillada junto a un lobo negro gravemente herido. Las carnes del animal se veían desgarradas en muchos sitios, su respiración era rápida y superficial, y de su boca salían burbujas de espuma de color rosado. La mujer le sostenía la cabeza sobre su regazo y lo acariciaba con dulzura mientras lloraba, y lo tocaba con la misma ternura que si se tratara de un amante. El lobo soportó sus atenciones durante un momento, pero de repente sus labios se curvaron en un rugido y le clavó los dientes en la mano. El dolor se dibujó en el rostro ceniciento de la joven, pero no se quejó, sino que esperó en silencio a que el enfurecido animal la soltara. Cuando lo hizo, Ariella esperó verla salir huyendo de aquella bestia, que obviamente estaba enloquecida por el sufrimiento; sin embargo, la joven levantó su mano ensangrentada y empezó a acariciarlo otra vez, a tranquilizarlo con palabras tiernas, sin dejar de llorar. Al cabo de unos instantes empezó a correrle por el cuello un hilillo de color escarlata que le bajó por el pecho y se perdió en la tela de su vestido. Al principio, ella no pareció darse cuenta, pero conforme su vestido se iba empapando, se fue debilitando. Alzó la mirada, y Ariella se horrorizó al ver que le habían cercenado la garganta. Por fin se desplomó en el suelo, con una mano aún apoyada en gesto protector sobre el lobo, que todavía gruñía.

Entonces apareció un guerrero, un hombre furioso, de aspecto imponente, con el cabello del mismo color rojo dorado que el de la joven. Lanzó un rugido de horror al verla, sin vida y empapada de sangre. Furibundo sin medida, levantó el lobo del suelo como si no pesara nada y lo arrojó por los aires, lejos del cuerpo de la mujer. A continuación se arrodilló, tomó a la joven en sus brazos y la acunó contra; su enorme pecho. Dio media vuelta con la intención de marcharse, y eso le permitió a Ariella vislumbrar por un instante al poderoso guerrero que había llegado demasiado tarde.

Era Harold, señor de los MacFane.

«Ariella, despierta.»

Se irguió en la cama, con la respiración agitada, y escrutó la oscuridad. Allí no había nadie. Desasosegada, saltó de la cama, se echó una manta sobre los

hombros y fue a sentarse frente a los rescoldos del fuego. Levantó las rodillas hasta el pecho y las rodeó con los brazos, sintiéndose pequeña y sola, y se puso a reflexionar sobre el sueño.

Era evidente que el lobo negro que había visto era Malcolm gravemente herido. ¿Pero quién era la hermosa mujer que lloraba abiertamente por él? ¿Y por qué él la había rechazado tan cruelmente? Parecía que Harold culpaba al lobo de la muerte de la joven, y por eso lo lanzó por los aires con tanta violencia. Tal vez eso representara el destierro de Malcolm de su clan. ¿Sería la joven de cabellos de fuego una de las muchas que habían perecido la noche en que Malcolm se emborrachó y no socorrió a su gente? ¿Cuántas mujeres y niños murieron aquella noche?, se preguntó. ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Doscientos? Sintió un escalofrío, incapaz de imaginar tan horrenda tragedia. El sentimiento de culpa por un fracaso tan terrible, tan imperdonable, debía de resultar insufrible.

Se quedó allí largo tiempo, acurrucada delante de la chimenea, pensando en el sueño. Y durante aquellas largas horas de silencio, mientras reflexionaba sobre la horrorosa matanza que le había sobrevenido al clan MacFane, comenzó a tomar forma una revelación. Fue incierta y borrosa al principio, pero cuanto más pensaba en ella, más obvia resultaba. Por fin, cuando la luz de la mañana empezó a reptar sobre el frío suelo de piedra, aceptó el significado que tenía aquel sueño.

Harold, señor de los MacFane, el hombre que había despojado a Malcolm de su posición y lo había desterrado de su gente, estaba destinado a ser el próximo jefe de los MacKendrick.

Capitulo 11

Malcolm se revolvió incómodo sobre su silla de montar, en un intento de aliviar la presión que sufrían su espalda y su pierna.

Después de casi dos semanas de viaje, su cuerpo roto y maldito se estaba rebelando. Antes de sus heridas, no le habría parecido nada el hecho de cabalgar durante diez días o más, pero en este viaje se levantaba cada mañana del suelo húmedo con la espalda rígida y agarrotada, y durante las largas horas que pasaba en la silla aumentaba su sufrimiento. Se había obligado a sí mismo a estirar la espalda, el brazo y la pierna. varias veces al día, y a realizar los ejercicios que le había sugerido Ariella. No estaba seguro, pero creía que su brazo y su pierna tal vez estuvieran fortaleciéndose un poco. Con todo, cuando se acostaba todas las noches sobre aquella fría cama de hierba, se sentía dolorido y exhausto. Como Ariella no estaba allí con sus aceites tibios y con su toque suave y curativo, buscaba alivio en el vino y la cerveza que le ofrecían cada vez que visitaba un clan. Procuraba beber sólo lo suficiente para mitigar el dolor, ya que quería tener la cabeza despejada para las negociaciones. Aunque eso requería una enorme cantidad de autocontrol, lo complació descubrir que era capaz de saber cuándo ya había bebido bastante. Cuando regresara al castillo de los MacKendrick, se buscaría una mujer sencilla, casada, que le diera masajes de forma habitual, y él continuaría con sus ejercicios. Quizá, con el tiempo, aprendiera a dominar el dolor sin necesidad de beber.

El castillo de los MacKendrick apareció erguido tras un velo plateado de niebla, con su resplandeciente piedra de color rosado y crema a la suave luz de primeras horas de la mañana. En su interior se prendió una llama de emoción por lo que lo aguardaba, y espoleó a Caín para que apretara el paso. Se sorprendió al descubrir que estaba deseoso de volver.

Nunca se había considerado a sí mismo un hombre que necesitara rodearse de comodidades. Al fin y al cabo, había pasado la mayor parte de su vida adulta como guerrero, viajando y viviendo al aire libre durante varios meses seguidos. Cuando Harold lo desterró, Gavin construyó una diminuta cabaña en que vivir los dos. Aunque Gavin a menudo hablaba de ampliarla y de fabricar muebles decentes, Malcolm le ordenó que no lo hiciera. Aquella estructura basta y llena de estrecheces les servía lo bastante bien de refugio, y dado que él estaba borracho casi todo el tiempo, no veía la necesidad de contar con más habitaciones ni más muebles. Pero las últimas semanas las había pasado viviendo en un elegante castillo, rodeado de tapices exquisitos, techos de bellos artesonados y fino mobiliario. Durante el viaje, todas las noches había echado de menos la comodidad de su cama, cuando tan sólo muy poco antes se conformaba con un jergón de paja lleno de bultos. También había anhelado las comidas que servían los MacKendrick, y la maravillosa música que tocaban todas las noches mientras cenaban y reían, incluso aunque sólo la oyera desde su habitación.

Y por encima de todo, había echado de menos a Ariella.

No sabía qué fue lo que se apoderó de él para besarla como la besó. Al principio, se dijo que era simplemente el alivio por haber vencido a Roderic, y que había despertado de su letargo una olvidada sensación de triunfo y realización, aun cuando supiera que se trataba de una victoria efímera. También influyó el oscuro terciopelo del cielo de la noche, así como el magnífico paisaje que por alguna razón le había pasado inadvertido antes, y la fresca brisa de verano que soplaba entre los árboles.

Luego recordaba a Ariella de pie sola en las almenas, con su cabello castaño rojizo que se agitaba suavemente a su alrededor mientras contemplaba la tierra que amaba tanto. Y entonces lo inundaba un deseo tan intenso que pensaba que iba a morirse.

La había observado durante largo rato, absorbiendo cada detalle maravilloso de su persona, antes de que ella se diera cuenta por fin de su presencia. Era menuda y esbelta, casi delicada con aquel vestido de lana de color zafiro, sin embargo, Malcolm sabía que estaba contemplando una mujer forjada en el acero más fuerte. Alpin le había dicho una vez que Ariella era una luchadora, y tenía razón. Si fuera un hombre, sería un guerrero formidable. Pero no era un hombre; era una mujer que soportaba la pesada carga de encontrar al próximo señor de su clan y casarse con él, quienquiera que fuese. Por el bien de su clan, era capaz de tenderse desnuda al lado de un hombre al que apenas conocía, sin que importara que lo deseara o no, y permitirle que la tocase de manera íntima y que plantase en ella su semilla. Por el bien de su clan, honraría y respetaría a aquel hombre, al menos delante de los demás, y mostraría deferencia por sus opiniones porque era el que poseía el título de señor del clan. Por el bien de su clan, le daría hijos e intentaría que fueran varones, para que se conservara el linaje del antiguo fundador de los MacKendrick. Por el bien de su clan, dejaría a un lado sus sueños y sus deseos, igual que había hecho cuando aceptó la decisión de su padre de que se casara con el Lobo Negro, un hombre al que jamás había visto.

Si había una lección que había aprendido Ariella mucho mejor que él, era la lección inflexible y agridulce del deber para con el clan al que uno pertenecía.

Duncan se puso a su altura y contempló con satisfacción el valle que se extendía ante ellos.

—Desde aquí la vista es muy hermosa, ¿verdad?

Malcolm detuvo su caballo y estudió el panorama del castillo que se elevaba sobre su repecho de color esmeralda, con la superficie azul y negra del lago que brillaba a los pies del edificio. Ninguna de las oscuras y lúgubres fortalezas de los clanes vecinos podía compararse con las líneas elegantes del castillo de los MacKendrick. Su arquitectura era un testimonio de equilibrio y simetría, un elegante conjunto de torres redondas y almenas perfectamente medidas, dotadas de numerosas ventanas en forma de arco y de saeteras recién abiertas, que invitaban a que pasara la luz a través de la intrincada sillería. No había sido construido para impedir el acceso, sino para invitar a que entrara la gente para que pudiera disfrutar de su comodidad y su belleza. Y en su afán por ser gentiles, al construir movidos por la alegría y el orgullo en vez de por el miedo, los MacKendrick habían creado una estructura que no sólo resultaba agradable, sino

mucho más civilizada que los grandes y oscuros bastiones de quienes vivían con el temor constante de ser atacados.

¿Por qué no habría sido él capaz de apreciar antes aquella belleza?

—No creo que Roderic pueda regresar por lo menos en un plazo de dos semanas —reflexionó, observando que no se veía señal de él ni de sus guerreros—. Le hemos restado bastantes hombres. Tendrá que esperar hasta que se curen los heridos, o bien intentar atraer más hombres a su banda. Ahora que sabe que los MacKendrick están preparados para devolver el ataque, tendrá que planificar una ofensiva mejor.

—Pero esta vez nosotros contamos con aliados listos para acudir en nuestra ayuda —dijo Ramsay—. Roderic no podrá derrotar a los ejércitos de los Campbell y los MacGregor, ni de los demás que han aceptado ayudarnos cuando los necesitemos.

—Cierto —concedió Malcolm—. Pero esos aliados se encuentran a varias horas a caballo, lo cual quiere decir que serán de ayuda sólo si logramos aguantar el ataque de un ejército por lo menos durante ocho o nueve horas. Los MacKendrick siguen necesitando un ejército propio.

—¿Por qué no mandáis venir a vuestro ejército, MacFane? —se preguntó Ramsay—. Seguro que hasta un pequeño número de guerreros adiestrados por el Lobo Negro sería una protección más que suficiente.

Malcolm descubrió que lo había conmovido aquel halago. Conmovido y entristecido, porque el poderoso ejército que había mandado durante tantos años ya no era suyo.

Y lo peor era que todos y cada uno de sus guerreros lo despreciaban profundamente.

—Mi ejército está ocupado en otra parte —mintió, repitiendo la explicación que había dado Duncan al clan el día de su llegada—. Vamos, démonos prisa —prosiguió, cambiando de tema—. Estoy deseando darme un buen baño caliente.

Duncan alzó una ceja, como si le pareciera que estaba de broma. Entonces rompió a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quiso saber Malcolm.

—Nada —contestó Duncan con un encogimiento de hombros—. Me estaba acordando de cuando os trajimos aquí. —Instó a su montura y se lanzó al galope en dirección al castillo.

Malcolm no estaba seguro, pero le pareció que Duncan aún estaba riéndose.

—¡Han vuelto!

—¡Venid deprisa!

—¡MacFane ha vuelto!

A Ariella le dio un vuelco el estómago al oír los gritos de emoción de su gente. Tenía previsto desposarse con Harold antes de que volviera MacFane, pero el auténtico señor de los MacFane no pudo acudir inmediatamente, como ella había

solicitado. Envió un mensaje a Ariella para comunicarle que aceptaba sus condiciones para el casamiento y que iría en el término de una semana, aproximadamente. Eso quería decir que podía presentarse en cualquier momento, posiblemente incluso aquel mismo día. Sintió un escalofrío, pues temía la reacción de Malcolm cuando se enterase de aquella boda planeada con tanta precipitación con un hombre al que él sólo podía despreciar. También la preocupaba la reacción de los suyos, que aún no sabían nada de quién iba a ser su próximo jefe.

—¡Ha vuelto! —chilló Catherine encantada, al tiempo que atravesaba a la carrera el gran salón, donde estaban Ariella, Elizabeth y Agnes, limpiando—. ¡Ha vuelto MacFane!

—Catherine, no corras —la reprendió Agnes dejando su escoba para seguir a la pequeña.

Elizabeth dejó de arreglar los juncos frescos que habían esparcido por el suelo.

—Es buena señal que regrese tan pronto —declaró—. Eso quiere decir que el viaje ha sido un éxito.

—Tal vez —concedió Ariella, luchando contra el miedo que le atenazaba el estómago.

—Daos prisa, muchachas, ¿es que no habéis oído que ha regresado nuestro MacFane? —dijo Angus mientras se dirigía entusiasmado hacia la puerta, arrastrando los pies.

—Lo he visto por mi ventana, y está tan estupendo como siempre —añadió Dugald—. Un buen guerrero que vuelve a casa. —Y miró a Ariella a hurtadillas.

Ariella movió la cabeza en un gesto negativo, maravillada por los intentos mal disimulados de los ancianos de hacerla ver con buenos ojos a MacFane. Sabía que el consejo todavía abrigaba la esperanza de que escogiera a Malcolm como el nuevo jefe, pero ellos no lo conocían tan bien como lo conocía ella, y no se atrevía a informarlos de su terrible pasado. Si lo hiciera, aplastaría sus ilusiones y humillaría a Malcolm más de lo que sería capaz de soportar. A pesar de su horrible fracaso como señor de los MacFane, a su gente le había traído esperanza, confianza y orgullo.

No se merecía ser pagado con la exposición desnuda de la cruda verdad.

Malcolm se sorprendió al ver la entusiasta bienvenida que le procuraron los MacKendrick. Cuando Duncan, Ramsay y él pasaron por delante a caballo, todos subieron corriendo por la colina detrás de ellos y se precipitaron al interior del patio, riendo y haciendo preguntas sin parar sobre cómo les había ido en su busca de alianzas. Fueron instantes de calor y alegría, que le recordaron la época en que él regresaba a su propio clan, los años anteriores a convertirse en jefe del mismo.

—¿Qué noticias traéis, MacFane? —quiso saber Gordon con avidez.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Gavin.

Angus lo saludó con la mano desde el otro extremo del patio.

—Bienvenido, muchacho. ¿Habéis firmado alguna alianza con otro clan?

—No sólo una —repuso Malcolm, recorriendo el clan con la mirada—. Hay cuatro clanes que han firmado un pacto para acudir en nuestra ayuda si es necesario. Los MacGregor, los Campbell, los Grant y los Fraser.

Todo el mundo prorrumpió en gritos de alegría.

—¡Eso es maravilloso! —estalló Helen— ¡Ahora ya podemos sentirnos seguros!

—Sólo un poco —puntualizó Malcolm—. Seguimos necesitando…

—¡MacFane! ¡MacFane!

La pequeña Catherine venía corriendo hacia él, con las piernas desnudas y el vestido al vuelo, y su melena castaña flotando a la espalda. Levantó los brazos bien alto para que Malcolm pudiera alzarla y sentarla en el lomo de Caín, frente a él.

La niña contempló feliz a MacFane durante unos instantes, encantada de estar en lo que parecía ser un sitio de honor, pero al momento su carita se arrugó en un gesto reprobatorio.

—Habéis tardado mucho tiempo en volver —le dijo, pinchándolo con un dedo en el pecho.

—No ha sido tanto —contestó él, aunque le agradó que la pequeña lo creyera así. Le retiró un mechón de pelo de la frente—. Sólo doce días.

—Pues han parecido doce años —replicó Catherine en tono irritado—. He intentado que Ariella y Agnes me enseñaran a montar, pero han dicho que no tenían tiempo. Querían que practicase con la costura. —Puso los ojos en blanco, y acto seguido se acercó para susurrar—. A mí me gusta mucho más montar que coser.

—No te lo reprocho —reconoció Malcolm—, pero pienso que a lo mejor podrás encontrar tiempo para hacer las dos cosas.

—Os he hecho una cosa —anunció la niña, acordándose de repente. Se metió la mano en la manga y extrajo un papel doblado—. Tomad.

Malcolm desplegó el papel con todo cuidado. Mostraba un torpe dibujo de un guerrero muy grande a lomos de un caballo desproporcionadamente pequeño, al lado de una niñita que iba montada en su propio corcel. Debajo del dibujo, en letras infantiles, se leía: «El lobo Negro y yo».

—¿Os gusta?

—Es maravilloso —murmuró Malcolm con sinceridad.

—Me parece que os he dibujado un poco grande para Caín —admitió Catherine—, pero es que así es como os veo yo.

—Lo guardaré siempre como un tesoro —dijo Malcolm. Lo dobló de nuevo y se lo guardó en el cinturón—. Gracias.

La pequeña sonrió, y él se sintió extrañamente contento.

—Menos mal que habéis vuelto por fin —dijo Thomas—. Ese perro de Ewen ha estado otra vez cavando en mi jardín, y he esperado para saber qué opinabais vos del asunto.

—Ya te he dicho que voy a reponer todas las verduras destrozadas; —gruñó Ewen—. No deberías molestar a MacFane con asuntos tan triviales.

—No es molestia —les aseguró Malcolm.

—¿Qué opináis del parapeto? —preguntó Bryce—. Gavin nos ha tenido trabajando día y noche, pero está espléndido, ¿no os parece?

Malcolm reparó en Ariella, que estaba de pie frente a la entrada del salón observando cómo lo saludaba el clan. Iba ataviada con un sencillo vestido de color gris paloma, pero la simplicidad de su atuendo no lograba ni por lo más mínimo ocultar su belleza. Sus ojos se encontraron con los de él. Pero enseguida apartó la vista, como si no pudiera soportar mirarlo.

—¿MacFane? ¿Qué opinas? —insistió Gavin.

Malcolm miró distraídamente hacia el parapeto.

—Está muy bien.

Volvió a centrar la atención en Ariella, pero descubrió que había desaparecido.

—Hemos izado todas las piedras hasta el muro y hemos acumulado cincuenta más —informó Hugh.

—Y hemos fabricado cientos de flechas —añadió Graham—. De modo que si Roderic decide volver, estaremos bien pertrechados.

—Muy bien —murmuró Malcolm, nervioso de pronto. ¿Por qué Ariella no había permanecido en el patio, con su clan? ¿Era posible que el recuerdo de lo sucedido entre ellos hiciera que su presencia le resultara insoportable?

—Debes de estar cansado, MacFane —dijo Gavin—. Tal vez quieras descansar antes de informar al consejo acerca del viaje.

—¿Por qué habría de estar cansado un muchacho tan robusto como él? —protestó Angus—. Mira, cuando yo tenía su edad, permanecía de viaje meses enteros y no me cansaba nunca.

—No sé de qué estás hablando —señaló Dugald sacudiendo la cabeza—, tú nunca has tenido razones para ir a ninguna parte.

—Me reuniré con el consejo ahora —anunció Malcolm—. Más tarde haré una visita de inspección al castillo, y así podréis enseñarme lo que habéis hecho durante mi ausencia.

—¿Y después me enseñaréis a montar? —preguntó Catherine con ojos grandes y suplicantes.

—Hoy, no. —Al ver que la niña fruncía el ceño, le hizo cosquillas bajo la barbilla—. Pero mañana, sí.

—¿Me lo prometéis?

Él volvió a mirar hacia el castillo, aún preocupado por el frío recibimiento de Ariella.

—Te lo prometo.

No podía permanecer allí más tiempo.

Había pasado las dos últimas horas intentando desesperadamente convencerse a sí misma de que quizá no importase que Malcolm estuviera allí cuando llegara Harold. Después de todo, Malcolm entendía que su clan necesitaba un jefe poderoso que tuviera un ejército. A pesar de todos los logros que había alcanzado allí, ambos sabían que él nunca podría ser dicho hombre. Pero, en cambio, Ariella pensó en los suyos saliendo a su encuentro para darle la bienvenida a casa, dejándolo todo para estar cerca de él, rodeándolo de afecto y admiración al tiempo que le contaban sus cuitas y lo que habían hecho durante su ausencia. Pensó en la sonrisa radiante de la pequeña Catherine cuando Malcolm la izó hasta lo alto de su caballo, y en la tierna expresión de él cuando le apartó un mechón de pelo suelto de la cara. Un tumulto de emociones la envolvió al presenciar aquel momento, y le resultó totalmente imposible sostener su mirada.

Cuando llegó allí por primera vez, el clan contempló a Malcolm con decepción, suspicacia e incluso abierto desprecio. Sin embargo, él había soportado los intentos de ahuyentarlo y, haciendo gala de una paciencia y una determinación de las que Ariella no lo creía capaz, se las había arreglado para granjearse la amistad y el respeto de todos.

Y cuando llegara Harold, destruiría todo aquello.

Era inevitable que lo hiciera. Los suyos no aceptarían al desconocido que ella sabía que estaba destinado a ser el señor del clan; su lealtad hacia Malcolm, duramente ganada, no lo permitiría. Ariella había planeado casarse con Harold antes del regreso de Malcolm, y tener tiempo para ponerlo al corriente de todo lo que Malcolm había hecho por su gente. Había abrigado la esperanza de persuadir a su nuevo esposo de que tratase a Malcolm con justicia y dignidad, y de que guardase el secreto de su pasado, aunque sólo fuera por respeto a ella. Pero aquello era ya imposible. En cualquier momento llegaría Harold y se encontraría con que el hombre al que respetaban y adoraban los MacKendrick era el hombre responsable del asesinato de las mujeres y los niños de su clan. El insulto que suponía la reacción de frialdad de los MacKendrick, unido al odio que sentía Harold hacia Malcolm, casi con toda certeza llevaría a Harold a contar la verdad sobre el pasado de Malcolm con todos sus espantosos detalles. Y luego, después de haber hecho pedazos las ilusiones de su gente, remataría la degradación de Malcolm expulsándolo del clan MacKendrick. Malcolm sería humillado públicamente y después desterrado, igual que la primera vez.

Ariella no podía permitir que sucediera tal cosa.

—¿Deseabais hablar conmigo?

Ariella giró en redondo. Malcolm estaba de pie ante ella, bloqueando con su enorme figura el haz de luz que la había estado calentando cuando contempló la extensión de sus tierras desde las almenas. Su expresión era inescrutable, pero en su frente se apreciaban profundas huellas de dolor y cansancio. Era evidente que los largos días que había pasado en la silla de montar y las noches que había dormido sobre el duro suelo se habían cobrado su precio en su maltrecho cuerpo. Lo que necesitaba en aquel momento era unos días de descanso y varios baños calientes y relajantes, además del bálsamo que suponían los masajes que le proporcionaba ella. Pero, en lugar de eso, Ariella iba a despedirlo, a enviarlo de nuevo a su tosca cabaña y a la existencia vacía y solitaria que llevaba antes de llegar allí.

Un sentimiento de culpa le atenazó la garganta, tan intenso que creyó que iba a ahogarla.

—Por lo visto, vuestro viaje ha sido un éxito, MacFane —observó, en un afán de parecer natural.

Malcolm cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó contra el parapeto para acomodar su peso, en un vano intento de aliviar el dolor de la pierna. Se veía a las claras que Ariella se sentía aturdida por su presencia, pero el hecho de que estuviera dispuesta a verse con él a solas hizo desaparecer el malestar que lo había estado carcomiendo durante toda la reunión con el consejo. Estaba absolutamente maravillosa, allí frente a él. Su cabello iluminado por el sol bailaba en ondas fogosas sobre sus hombros, y sus grandes ojos grises lo miraban con solemne intensidad. El deseo inflamó su sangre. Ansiaba tomarla en sus brazos y aplastar su boca contra la de ella, para sentir la seda de su mejilla contra la rugosidad de su mentón, para estrechar contra sí su figura leve y abrazarla con fuerza, igual que la había abrazado aquella maravillosa noche en que derrotaron a Roderic.

Pero, en lugar de eso, se quedó donde estaba, dolorosamente consciente de que Ariella jamás podría ser suya.

—Las negociaciones han ido bien —contestó—. Hemos firmado alianzas con cuatro clanes que han aceptado acudir en nuestra ayuda si es necesario.

«Nuestra ayuda.»

—Ésa es una buena noticia —dijo Ariella, sorprendida y nerviosa por el hecho de que Malcolm se incluyera a sí mismo al referirse al clan de ella. Respiró hondo para recordarse cuál era su propósito y terminó rápidamente—: Significa que ya podéis marcharos.

De modo que era aquello lo que la preocupaba, comprendió Malcolm, y se preguntó por qué no había caído en la cuenta de inmediato. La última conversación que había tenido con Ariella había sido en aquel mismo sitio, recordó resistiéndose al impulso de sonreír; y le había dicho que no podría quedarse mucho más. Era evidente que Ariella estaba preocupada porque, como él había establecido alianzas para su clan, iba a abandonarla, aunque ella no hubiera encontrado todavía al hombre perfecto que cumpliera sus requisitos para ser el jefe del clan. Pero había pasado doce interminables días separado de ella; la

idea de dejarla ahora resultaba inconcebible. Tampoco podía imaginar dejar abandonada a su gente, que lo había recibido con la misma alegría y el mismo afecto del que él disfrutó hacía una eternidad, cuando regresaba a casa después de batallar.

—Podéis dejar a un lado esos temores, Ariella —dijo, conmovido por la preocupación de la joven—. No voy a irme a ninguna parte.

Ariella sintió que la invadía el pánico.

—¡Pero debéis iros!

Malcolm enarcó una ceja, en un gesto interrogante

-Lo que quiero decir es que... ya habéis hecho mucho por nosotros -enmendó, adoptando un tono más calmado—. Habéis logrado mucho mas de lo que yo esperaba..., pero ambos acordamos que sería sólo durante un breve período de tiempo. Ahora que mi gente ha aprendido a defenderse y que vos habéis establecido esas alianzas, estoy segura de que estaréis deseoso de cobrar vuestra paga.. que será generosa -le aseguro con expresión radiante- y volver a casa

La exasperación hizo peligrar la paciencia de Malcolm. Exasperación combinada con incredulidad. ¿Estaba diciendo Ariella que no quería que se quedara?

—A vuestro clan todavía le falta mucho para saber defenderse solo –señaló-. Solamente han aprendido lo más rudimentario del adiestramiento, y estoy convencido de que pueden mejorar sensiblemente. Las fortificaciones del castillo también distan mucho de estar finalizadas y debo cerciorarme de que se ejecuten como Dios manda. No pienso irme hasta que los MacKendrick sean capaces de defenderse incluso del más hábil y brutal de los ataques.

Ariella notó cómo la inundaba la desesperación. Harold iba a llegar de un momento a otro. ¿Por qué Malcolm no se limitaba a aceptar su paga y marcharse?

—No podéis quedaros, MacFane.

Malcolm la observó con curiosidad.

—¿Por qué no?

Ariella titubeó. El hecho de que estuviera a punto de casarse con el hombre que le había arrebatado todo a Malcolm le causaría a éste un daño insufrible. Si deseaba protegerlo, él debía marcharse sin saber que su primo recogería una vez más los frutos de lo que inicialmente había sido el destino de Malcolm.

-Tenéis que comprender, dado el recibimiento que os han proporcionado hoy, que el clan se ha encariñado con vos de manera excepcional -empezó, luchando por encontrar una explicación que resultara menos dolorosa que la verdad.

Malcolm frunció el entrecejo.

—¿Y qué importancia tiene eso?

-Me preocupa que os tomen demasiado apego, MacFane –confesó Ariella. Al menos, aquella parte era verdad-. Su lealtad hacia vos les va a poner difícil que reciban bien a su nuevo señor cuando llegue

-¿Habéis encontrado ya a vuestro señor, Ariella? –preguntó Malcolm con una naturalidad engañosa.

Su mirada era tan intensa, que Ariella temió que fuera capaz de advertir la verdad.

—No —mintió al tiempo que negaba con la cabeza—, no lo he encontrado. Pero cuando lo encuentre…

—Cuando lo encontréis —interrumpió Malcolm, profundamente aliviado—, será problema suyo sí puede o no puede imponer respeto y lealtad a vuestra gente. Dios no permita que tenga que ganárselo —rió— como me ha sucedido a mí. De todos modos, no acabo de entender por qué he de irme porque vuestro clan por fin haya empezado a apreciarme.

—Yo os contraté, MacFane —protestó Ariella—. Me corresponde a mí decidir cuándo debéis iros. Y estoy convencida de que lo mejor para mi clan es que os vayáis ahora.

—Os doy las gracias por expresar con claridad vuestros sentimientos —ironizó él—. Pero me temo que habéis subestimado mi compromiso con vuestra gente, Ariella.

—Vuestro compromiso con mi gente ya ha quedado cumplido…

Malcolm salvó la distancia que los separaba y tomó la barbilla de Ariella con firmeza para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Escuchadme bien, Ariella —ordenó—. No pienso comprometer la seguridad de este clan marchándome antes de que estén terminadas las fortificaciones y la gente lo bastante adiestrada, sólo porque vos temáis que ese guerrero espectacular que no aún no habéis encontrado pueda poner alguna objeción a mi presencia, o porque creáis que vuestro clan me ha tomado demasiado apego. —Su expresión era decidida y su mano casi le hacía daño. Por fin terminó—: ¿Queda claro?

Ariella se zafó de él de un tirón y lo miró ceñuda y frustrada.

—Bien. Ahora, si me disculpáis, tengo mucho trabajo que hacer.

Ariella contempló en silencio cómo se dirigía cojeando despacio hacia las escaleras.

Malcolm no podía quedarse allí, se recordó a sí misma sintiéndose desgraciada, odiando pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Por mucho que él pudiera odiarla, no permitiría que fuera destruido por Harold una vez más.

—Tienes que ayudarme en esto —rogó Ariella.

—Quizás MacFane lo entienda —arguyó Elizabeth con desesperación—. Quizá no le importe que te cases con Harold, y él y Gavin decidan quedarse.

—No puede quedarse —insistió Ariella—. Aunque quisiera, que no querrá, Harold jamás permitiría su presencia aquí. Harold es el que lo castigó desposeyéndolo de su título y desterrándolo del clan. ¿Cómo va a ser Harold el señor de los MacFane y de los MacKendrick, y aceptar que Malcolm esté viviendo aquí? —Sacudió la cabeza en un movimiento negativo—. Es imposible.

Los ojos de Elizabeth empezaron a llenarse de lágrimas.

—¿Pero por qué no puede quedarse Gavin?

—Gavin jamás abandonaría a Malcolm. Su amistad es demasiado profunda. Y aunque lo siguió voluntariamente al exilio, no debe estar aquí cuando llegue Harold. Es posible que Harold lo haga responsable en parte de lo que ocurrió. Y no quiero provocar la cólera de nuestro jefe. —Puso una mano sobre el brazo de Elizabeth para consolarla—. Lo siento.

—Yo no he creído en ningún momento que MacFane sea el elegido —dijo Elizabeth tragando saliva con dificultad—. No lo ha creído nadie, desde el día en que lo trajiste aquí. Pero, por alguna razón, a lo largo de estas semanas…

—No ha cambiado nada —la interrumpió Ariella—. Sigue siendo el mismo hombre lisiado y borracho de antes. Harold MacFane es el legítimo guardián de la espada del señor de los MacKendrick, y en cuanto se case conmigo, él y su ejército nos mantendrán a salvo de Roderic. Pero el clan se ha encariñado peligrosamente con Malcolm, y tengo la impresión de que su lealtad hacia él los hará poner objeciones a mi decisión. Dado que Harold llegará en cualquier momento, hemos de hacer que Malcolm se vaya inmediatamente. No quiero que el clan se enfrente a su nuevo señor con su lealtad dividida. Y tampoco deseo someter a Malcolm a la humillación de presenciar cómo Harold reclama como suyo lo que él ha ayudado a construir y proteger a lo largo de estos meses. Después de todo lo que ha hecho por nosotros, no merece que se le pague con tanta crueldad.

—Pero drogar a Gavin…

—Gavin no se irá voluntariamente si descubre que MacFane ha sido secuestrado —señaló Ariella—. También hay que drogarlo a él para que no pueda interferir con nuestro plan. Tú estás lo bastante cercana a él como para tener acceso al vino que bebe; cerciórate de que se lo toma, y luego, cuando esté dormido, díselo a Andrew y a Duncan. Mañana, para cuando el clan se despierte, MacFane y Gavin ya no estarán, y nuestro nuevo jefe vendrá de camino.

—Pero ¿y si MacFane intenta regresar?

—No regresará.

—¿Cómo lo sabes?

—La rabia se lo impedirá —murmuró Ariella, mirando por la ventana.

Afuera vio a Malcolm que caminaba lentamente en dirección a la entrada, con un paso cansado que delataba su agotamiento. Por lo menos una docena de MacKendrick se apiñaban a su alrededor para describirle con gran entusiasmo los trabajos que habían llevado a cabo durante su ausencia. La pequeña Catherine tiraba impaciente de su mano, en un intento de ganar su atención. Malcolm se detuvo, volvió la vista hacia donde señalaba la niña y a continuación le alborotó el cabello con cariño.

¿Cuándo habían desarrollado una amistad tan estrecha?, se preguntó Ariella. ¿Y cómo reaccionaría su hermana pequeña al día siguiente, cuando le dijera que MacFane se había ido durante la noche?

—La rabia le impedirá regresar —repitió con la voz dolorida—. Y el hecho de saber que si regresa, Harold sacará a la luz la terrible verdad de su pasado ante las personas que han llegado a sentir gran afecto por él.

Malcolm cerró con gesto cansado la puerta de su cámara. Ahora que estaba solo al fin, se permitió cojear abiertamente, sin preocuparse de que nadie lo viera. Gavin le había dejado sobre la mesa una jarra de vino y una copa, pero nada de comida. Dejó escapar un suspiro. Estaba demasiado cansado para cenar aquella noche en el gran salón, y abrigaba la esperanza de que hubiera comida y un baño caliente esperándolo. Como no encontró ni una cosa ni la otra, se acomodó en una silla y se sirvió una copa de vino para descansar un momento antes de llamar a alguien para que se lo preparase. Se reclinó, hizo una mueca al acusar el dolor que le recorrió la columna, bebió un buen trago de la copa y se puso a reflexionar sobre su vuelta.

Gavin lo había manejado todo bien durante su ausencia, tal como esperaba. El parapeto estaba casi terminado, la puerta ya estaba lista, y los MacKendrick habían hecho nuevamente acopio de armas y piedras que lanzar desde las almenas. El paso siguiente consistía en ampliar la base de la muralla para que les resultara más difícil a los zapadores y a los mineros horadar la manipostería o cavar un túnel por debajo. Después de eso, habría que excavar un foso e inundarlo de agua, el cual impediría a los asaltantes saltar el muro. Al día siguiente organizaría partidas de trabajo para comenzar la construcción de la base de la muralla, y también para construir una galería de madera que sobresaliera del parapeto, con aberturas en el suelo desde las que se podrían dejar caer proyectiles. Al final, el castillo de los MacKendrick sería impenetrable, pensó. Mientras tuvieran abundancia de agua y comida y siguieran adiestrándose, tal vez lograran repeler el ataque de un ejército hasta que les llegase ayuda de uno de los clanes vecinos.. a no ser que la gente que vivía en las casas de la colina fuera atacada antes, lo cual obligaría a los hombres a salir del castillo y luchar en terreno abierto. Para un ataque así, requerirían el mando de un guerrero curtido y la potencia de un ejército muy bien adiestrado.

Como el que había mandado él.

Bebió un buen trago de vino. Qué agradable había resultado regresar y encontrarse con los MacKendrick emocionados, que no dejaban de hacerle

preguntas y contarle lo que habían hecho, y que, al parecen, lo habían echado de menos sinceramente. Se acordó del primer día en que llegó al castillo, lo contentos que estaban por la llegada del Lobo Negro, con sus estandartes, sus gaitas, sus poemas y sus discursos. Después lo vieron cojear torpemente al subir a aquel estrado y descubrieron que no traía consigo ningún ejército. La sorpresa y la desilusión con que lo miraron hizo desaparecer lo poco que le quedaba de su maltrecho orgullo sin embargo, hoy se habían arremolinado alrededor de él, entusiasmados, deseosos de que les contase el viaje y de contarle ellos los logros realizados durante su ausencia. Lo habían recibido con el afecto y la reverencia propios de un jefe que regresa a su clan, aun cuando conocían de sobra sus limitaciones físicas y todavía no habían visto señal alguna de su supuesto ejército.

¿Era posible que los MacKendrick ya no se preocupasen de aquellas cosas?

La respuesta no importaba, se recordó a sí mismo con dureza Ellos no conocían la verdad, y por lo tanto no lo veían como era realmente. Sólo él sabía en qué grado monumental había fallado a los suyos. Si los MacKendrick supieran que sus manos estaban manchadas de sangre inocente, lo obligarían a marcharse, horrorizados. Ni siquiera Ariella le permitiría quedarse, por más que hubiera ayudado a su clan.

Se removió inquieto en su silla, reflexionando sobre la incomprensible aseveración de Ariella, en el sentido de que ya era hora de que se fuera. Aquélla no era precisamente la bienvenida que había imaginado que iba a proporcionarle. Pero claro, ¿qué esperaba? ¿Qué ella viniera corriendo a sus brazos y le cubriera la boca de besos hambrientos y desesperados? ¿Que le regalase los oídos con dulces palabras de adoración y le dijera cuánto había añorado su regreso, tanto como él la había añorado a ella?

Era un necio, comprendió amargamente. Lo que sucedió entre ellos aquella noche en las almenas fue una locura pasajera, y nada más. Ariella tenía la responsabilidad de casarse con el próximo jefe de su clan, y el no era dicho hombre. No tenía derecho a entretenerse en amores con ella. Se hallaba allí para ayudar a que los MacKendrick se hicieran lo más fuertes posible y para rechazar otro seguro ataque por parte de Roderic. Una vez que el nuevo señor de los MacKendrick estuviera instalado, y una vez que tuviera la certeza de que Ariella se encontraba a salvo, Gavin y él se marcharían. Tendría que irse, o de lo contrario arriesgarse a volverse completamente loco viendo a Ariella soportar que la tocase otro hombre.

Aquella idea le produjo una furia incontenible.

Unos suaves golpecitos en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

-Entra.

-Os pido disculpa, MacFane -dijo Elizabeth, entrando en la habitación-. Ariella me ha pedido que os entregue esta nota.

Malcolm tuvo buen cuidado de reprimir su agarrotamiento al levantarse de la silla

—Gracias.

Elizabeth le dio el mensaje, y después vaciló un instante.

—¿Hay algo más?

—No —se apresuró a asegurar la joven—. Eso es todo.

Malcolm aguardó, pero Elizabeth no se iba.

—¿Estás segura de que no hay nada más? —insistió

—Hay una cosa que deseo decir -confesó Elizabeth de mala gana-. Quería que supierais que Gavin y vos habéis llevado a cabo una tarea maravillosa al adiestrarnos y... que todos os estamos muy agradecidos.

—Gracias, Elizabeth -repuso él, conmovido por aquella declaración tan inesperada-. Eso significa mucho para mí.

Los ojos de la joven brillaban por las lágrimas, y comenzó a temblarle el labio inferior. Malcolm se preguntó si siempre sería así de emotiva.

—Adiós, MacFane —susurró.

-Buenas noches, Elizabeth. -Malcolm se sorprendió a sí mismo casi sonriendo cuando se cerró la puerta. Le gustaría saber si Gavin tenía idea de que aquella joven, que indudablemente se sentía atraída por él, era una persona tan sensible. Tenía que comentárselo, decidió mientras abría la nota de Ariella, sólo para cerciorarse de que Gavin tuviera cuidado al tratarla.

«MacFane,

Es urgente que os vea. Os ruego que acudáis a mi cámara.

Ariella.»

Malcolm frunció el ceño. ¿Por qué iba Ariella a enviarle una nota en lugar de sencillamente venir a su habitación? ¿Estaría enferma?

Abrió la puerta de un tirón y echó a andar por el pasillo tan deprisa como se lo permitió su pierna herida.

Ariella estaba midiendo cuidadosamente los polvos para dormir que vertía en la copa. Pensó en la talla inusual de Malcolm y añadió otra dosis entera.

Era vital que Malcolm permaneciera muchas horas profundamente dormido, así no despertaría mientras lo trasladaran. Cuando por fin emergiera del denso sopor provocado por la droga, ya se encontraría lejos de aquellas tierras. Dejó la copa sobre la mesa, donde se había dispuesto una cena para dos a base de ciervo asado, salmón fresco, queso y galletas de avena, y recorrió la habitación con mirada nerviosa. El fuego ardía con vigor y había velas encendidas por todas partes, que bañaban la estancia de una luz de color miel. Aunque esperaba que Malcolm se bebiese el vino nada más llegar, la posibilidad de que no lo hiciera la obligaba a crear un motivo para que se quedase un rato. Había dado instrucciones a Elizabeth para que se deslizara en la habitación de él y retirase la bandeja de comida que le había dejado Gavin. Cuando acudiera a la habitación

de Ariella, Malcolm se sentiría tentado por el aroma de las viandas, tras lo cual se quedaría a cenar con ella. No estaba segura de la rapidez con que actuarían aquellos polvos en un hombre de su considerable estatura, pero confiaba en que se quedase dormido mucho antes de terminar de cenar. Rezó para que Elizabeth tuviera el mismo éxito en administrar la droga a Gavin.

La sobresaltaron unos golpes fuertes a la puerta. Antes de que tuviera ocasión de decir nada, ésta se abrió de golpe y entró Malcolm.

—¿Estáis enferma? —le preguntó en tono urgente.

Ariella lo miró con expresión confusa.

—No. ¿Porqué?

Malcolm la recorrió de arriba abajo con la mirada, evaluándola, nada convencido por aquella respuesta. Por fin decidió que parecía estar bastante bien, y las arrugas de su rostro se suavizaron.

—Creía que tal vez estuvierais enferma —confesó, sintiéndose tonto de repente.

—Me encuentro bien, MacFane —le aseguró ella—. Os he mandado llamar porque lamentaba el modo en que terminó nuestro último encuentro. Espero que podamos olvidar dicho incidente.

Malcolm la escrutó con cierto escepticismo, sin saber decidir si estaba siendo sincera o si se trataba de algún juego.

Ariella percibió su cautela y buscó algo que hacer sirviéndole un poco de vino, tras lo cual contempló cómo giraba el polvo en el líquido carmesí. Seguidamente llenó otra copa para ella muy despacio, para dar tiempo a que se disolviese el bebedizo.

—¿Os apetece vino? —le preguntó al tiempo que se lo ofrecía.

—Gracias.

Ariella levantó su copa.

—Por el éxito de vuestras negociaciones.

Y sonrió mientras tomaba un pequeño sorbo.

—He pensado que podíais cenar conmigo y hablarme de vuestras conversaciones con esos clanes —prosiguió, con un gesto que señalaba la mesa.

La fragancia dulzona y picante de la carne asada flotó hasta Malcolm, que de pronto cobró aguda conciencia del hambre que tenía.

—Gracias —dijo, preguntándose a qué se debería tanta amabilidad.

Aguardó a que Ariella lo invitara a sentarse, y después puso su copa delante de su plato y tomó asiento frente a ella.

—Y bien, MacFane —empezó Ariella mientras le servía un poco de salmón—, habladme de esas alianzas que habéis establecido para nosotros.

—El primer clan que visitamos fue el de los Campbell, que habitan una amplia extensión de tierra al sudeste. Aunque conocían vuestro clan, cuando se enteraron de lo pequeño que era no les interesó venir en vuestra ayuda. El hecho de que carezcáis de ejército os impide poder ofrecerles a ellos un compromiso similar.

—Ya imaginaba que iba a ser un problema —musitó Ariella.

—Por eso les presenté una propuesta alternativa.

—¿ Comprar sus servicios?

—No exactamente —repuso Malcolm—. Antes de nuestra partida, les dije a Duncan y Ramsay que tomasen unas cuantas muestras de los mejores trabajos de los MacKendrick en telas, tapices, tallas de madera y platería, y también varios dibujos de las obras de manipostería que se han llevado a cabo aquí. Cuando se los enseñé al jefe de los Campbell, quedó bastante impresionado. Jamás había visto un trabajo tan elaborado, y enseguida supo apreciar su singularidad y su valor.

El cumplido hizo sonreír a Ariella.

—Mi gente se siente muy orgullosa de sus habilidades.

—Los MacKendrick se sienten muy orgullosos de todo lo que hacen —observó Malcolm—. Cuando decidieron aprender a defenderse solos, y yo encontré el método apropiado para enseñarles, se lanzaron hacia su objetivo sin reservas.

—Ello se debe a años de estudio disciplinado. Cuando los niños son muy pequeños, empiezan a tomar clases de artesanía, música, piruetas y escritura. Al cabo de unos años ya se les nota cuáles son sus actividades favoritas, y ésas son las que se les estimula a cultivar. Lo que comienza como un juego se convierte en un estudio, después en una pasión, y finalmente en una fuente de placer para toda la vida.

Malcolm bebió un trago de vino, reflexionando sobre lo que le habían enseñado a él en su niñez. Su padre había estimulado a su único hijo a arrastrar una espada de madera desde que aprendió a caminar. Más tarde lo estimuló a la lucha cuerpo a cuerpo, y el señor de los MacFane no mostró compasión alguna por los cortes y hematomas del pequeño. Le enseñaron a montar cuando contaba cuatro años, y enseguida se vio jugando a juegos en los que tenía que lancear, pasando junto a él a todo galope, un saco relleno de paja que colgaba de una cuerda. Después vino el arco, a continuación manejar el hacha y aprender a lanzar un cuchillo con puntería certera. Conforme se fue haciendo mayor, los juegos se volvieron más complicados, y consistían en que varios hombres se escondían y trataban de atacarlo a un tiempo. Su cuerpo fue creciendo fuerte y vigoroso, y pronto comenzó a disfrutar del reto que suponía instigar o repeler una agresión. Cuando cumplió los diecinueve años, su padre le concedió a Gavin el honor de cuidar del futuro señor del clan. Eso ocurrió poco después de que se ahogara la esposa de Gavin, tras la muerte del hijo pequeño de ambos. Gavin aceptó su nuevo puesto con solemne devoción y le enseñó a Malcolm todo lo que sabía de estrategia militar. Con los años, Malcolm se sintió muy agradecido por

aquel implacable adiestramiento de Gavin, que le había permitido convertirse en un gran guerrero y mandar un ejército que había sido la envidia de muchos jefes. Una fuente de orgullo, ciertamente.

¿Pero una fuente de placer?

—¿Hemos de pagar a los Campbell su protección con nuestros trabajos de artesanía? —preguntó Ariella.

—En parte —contestó Malcolm—. Pero el hecho de pagar la protección no la garantiza necesariamente. Quise cerciorarme de que hubiera un compromiso, una obligación que fuera más allá de simplemente comprar su ayuda cuando la necesitáramos.

Ariella lo miró sorprendida. Otra vez estaba incluyéndose a sí mismo al referirse al clan de ella.

—Para fomentar dicho compromiso y desarrollar un vínculo más estrecho, le sugerí que quizás a unos cuantos Campbell les gustaría pasar aquí unos meses y recibir lecciones del tema que prefieran. De ese modo, podrían mejorar sus propias destrezas y después volver y enseñárselas a otros.

—Pero se necesitan años para dominar el arte de tejer, o de tocar la gaita —protestó Ariella—. Esas cosas no pueden enseñarse en uno o dos meses.

—Exacto. Lo cual significa que el compromiso sería permanente. Vendrían aquí, se quedarían un tiempo y luego regresarían a su casa para que otros pudieran ocupar su sitio. Incluso podríamos establecer un programa especial de verano para niños, en el que pudieran aprender piruetas y juegos malabares.

Ariella empezó a comprender.

—Si empiezan a venir miembros de los Campbell y a hacer amistades, el clan tendrá más motivos para acudir en nuestra ayuda si nos atacan, porque tendrán el deber de defender a los suyos que estén aquí.

Malcolm asintió.

—También se invitaría a varios grupos de MacKendrick a pasar un tiempo en tierras de los Campbell, si lo desean. Los hombres podrían adiestrarse con su ejército, y sus mujeres podrían conocer gente nueva y compartir ideas acerca del mantenimiento de la familia.

—¿Y por qué no pueden las mujeres adiestrarse también con el ejército?— exigió Ariella.

Malcolm reprimió el impulso de sonreír.

—Me parece que puede que los Campbell no estén preparados para una propuesta tan poco convencional, pero podéis planteársela, si ése es vuestro deseo.

Ariella se iba entusiasmando cada vez más al pensar en las ventajas de la idea de MacFane. Al cultivar los lazos de amistad con otros clanes, podrían descubrir más los unos de los otros. Y las amistades resultantes estarían

arraigadas en la paz y el conocimiento, no en el horror de la agresión. Era un plan espléndido.

—¿El señor de los Campbell se mostró dé acuerdo con ese arreglo?

—Sí—respondió Malcolm—. Al igual que los Grant, los Fraser y los MacGregor. No obstante, quisiera contar con la aprobación vuestra y del consejo antes de invitarlos a que enviasen a los primeros visitantes.

—¿Y qué ha dicho el consejo?

—Angus y Dugald se han mostrado un tanto reticentes al principio —admitió—, lo cual ya había previsto. Vuestro clan lleva muchos años viviendo en el aislamiento, y le cuesta imaginarse la presencia de desconocidos en este lugar. Pero Gordon no es tan resistente al cambio, y ha visto enseguida las ventajas que supondrá un pacto así.

—Lo mismo que yo —dijo Ariella—. Será saludable para los míos que hagan nuevas amistades con quienes compartir ideas y destrezas.

—Excelente. Mañana enviaremos dos mensajeros a visitar a los clanes y confirmar el acuerdo.

«Enviaremos.»

Ariella bajó la mirada hacia su plato.

Malcolm no podía quedarse allí, se recordó a sí misma. Era imposible. Estaba haciendo aquello para evitarle problemas, no para hacerle daño; no era culpa suya que no fuera él el elegido. La responsabilidad de aquel giro del destino le correspondía a él. Sólo a MacFane se le podía pedir cuentas de lo que le había sucedido a su clan aquella noche, y también de aquello en lo que se había convertido después.

Su mano bronceada por el sol estaba apoyada con naturalidad sobre el pie de su copa, que se encontraba casi llena. Ariella experimentó una punzada de alarma. Un hombre de su tamaño tenía que beberse la poción en su totalidad, o de lo contrario tal vez no surtiera efecto.

—Vamos, MacFane, no estáis bebiendo —observó, levantando la jarra—. Terminad eso y os llenaré otra vez la copa.

Malcolm la miró con curiosidad.

—Resulta impropio de vos, Ariella, animarme a beber.

—No os estoy animando —protestó ella—. Simplemente he pensado que quizás os apeteciera un poco más. —Volvió a dejar la jarra sobre la mesa.

Al parecer la había insultado, aunque no entendía por qué. Tomó un pequeño sorbo de vino, sólo para parecer complaciente. A decir verdad, se sentía más bien cansado y no tenía deseo alguno de beber. Obviamente, el viaje lo había agotado más de lo que creía, y por eso el alcohol estaba causando un efecto más potente en su organismo.

—Mientras estuve con los Fraser, me contaron una historia muy divertida sobre vuestro clan —empezó, buscando aliviar la tensión que había nacido entre ambos—. Una tonta leyenda acerca de una espada.

A Ariella se le aceleró el corazón.

—¿De veras? —dijo, procurando parecer sólo medianamente interesada.

—Por lo visto, los Fraser llevan mucho tiempo relatando la historia de una antigua espada que una vez perteneció al fundador de este clan —explicó Malcolm—. Al parecer, opinan que vos todavía conserváis esa espada, y que posee alguna clase de poderes mágicos.

—Mi clan fue fundado hace más de cuatrocientos años, MacFane —replicó Ariella, fingiendo regocijo—. Por más viejas y oxidadas que estuvieran algunas de nuestras espadas cuando llegasteis vos, dudo que ninguna de ellas sea tan antigua. —Consiguió esbozar una leve sonrisa.

Malcolm también sonrió.

—Yo les dije que jamás había oído hablar de tal espada, pero ellos parecían estar totalmente convencidos de su existencia —prosiguió—. Lo cual me hizo pensar si Roderic conocerá también esa leyenda, y por eso está tan empeñado en adquirir el control sobre vuestra gente. Tal vez crea que puede obligaros a que le entreguéis esa espada.

—No puedo saber si conoce esa leyenda o no —mintió Ariella en tono indiferente—. Jamás me la mencionó. Creo que no cabe duda de que quiere ser el jefe del clan porque él no posee nada, ni manda sobre nadie que no sean esos cerdos pestilentes, y no tiene adonde ir.

—Os olvidáis de una cosa.

—¿De qué?

—Os quiere a vos.

Malcolm la miraba fijamente, con sus ojos azules ensombrecidos por una emoción que ella no supo identificar. Ira, tal vez, lo cual la hizo preguntarse si sospecharía que ella estaba a punto de traicionarlo, si era aquello por lo que se demoraba tanto en beberse el vino drogado O deseo..., aquel apetito turbio, apenas contenido, que lo había instado a tocarla antes, a abrazarla y acariciarla hasta que ella comenzó a ahogarse en la pasión y el ansia. Atemorizaba ver cómo la contemplaba de aquel modo, como si estuviera desnudando una por una todas sus mentiras y sus defensas, intentando ver qué había debajo. Deseaba que dejara de hacerlo, pero no lograba apartar los ojos de los ojos de él, por miedo a que se notara aún más que era incapaz de soportar su escrutinio.

—Ya os lo dije —empezó, con voz extrañamente cavernosa-; Roderic quiere tenerme sólo porque cree que el hecho de casarse conmigo dará solidez a su puesto de señor del clan.

¿De verdad era tan inocente para creerse aquello?, se preguntó Malcolm. ¿Acaso no era consciente del insufrible deseo que era capaz de suscitar en un hombre? Él había visto cómo el vil y rapaz Roderic la miraba de manera impúdica

aquella noche en lo alto del muro; y se sintió invadido por la furia al pensar que alguien se atreviera a posar los ojos en ella, como si Ariella fuese algo que conquistar, algo maravillosamente fuerte y raro de encontrar que Roderic sabía que se le resistiría, pero que finalmente podría doblegar. No utilizando la violencia contra ella, aunque bien lo intentaría —incluso encontraría en ello un placer morboso, malvado—, sino utilizando la amenaza de la violencia contra su clan. Aquélla era la mayor debilidad de Ariella, y Roderic lo sabía. Con sólo levantar una mano contra Elizabeth, o Agnes, o Helen —o con apoyar una espada contra la garganta de Duncan, o de Andrew, o del pobre y anciano Angus—, Ariella caería de rodillas suplicando clemencia y prometería hacer todo lo que quisiera Roderic.

Pero él no iba a consentir que sucediera algo así.

—Estas alianzas resultan de utilidad sólo si conseguimos contener un ataque al menos durante cuatro horas —señaló—. Seguimos necesitando un ejército, sobre todo si atacan las casas de la colina y nos vemos obligados a luchar a campo abierto.

«Nos vemos.»

Ariella no podía soportar más oírlo planear la defensa de su gente. No podía soportar el hecho de saber que al día siguiente MacFane estaría ya muy lejos, forzado a marcharse en contra de su voluntad. Y que cuando por fin se despertase y comprendiera lo que había hecho ella, se sentiría consumido por el odio.

Odio hacia ella.

Malcolm se levantó de la mesa, inquieto de pronto.

—He de escribir a cada uno de los cuatro clanes para preguntarles si están dispuestos a prestarnos diez de sus guerreros. Los mensajeros podrán llevar estas misivas a primera hora de la mañana. Con cuarenta hombres bien adiestrados, deberíamos ser capaces de oponer resistencia a las fuerzas de Roderic por lo menos hasta que llegue la ayuda. —Se encaminó hacia la puerta.

A Ariella la invadió el pánico. MacFane se estaba marchando sin haberse bebido el vino.

—¡Esperad!

Malcolm se detuvo.

—¿Hay alguna otra cosa de la que deseéis hablar conmigo?

—No habéis terminado de cenar, MacFane —dijo ella, intentando que sonara con dulzura.

—Perdonadme. Estoy cansado, y si quiero terminar esta noche esas cartas, debo empezar ahora mismo.

—Por lo menos terminad el vino —insistió Ariella, señalando la copa con un gesto—. Tal vez os ayude a dormir mejor.

—Ya he bebido suficiente.

Ariella, desesperada, lo observó cojear hasta la puerta. Andrew y Duncan no conseguirían dominarlo si antes no estaba debilitado por el somnífero. Pero era esencial que se fuera aquella misma noche, antes de que llegase Harold.

—Debéis dejarnos, MacFane —dijo en un impulso, casi frenética.

El se volvió para mirarla, con una oscura ceja alzada.

—¿Por qué estáis de pronto tan deseosa de que me vaya, Ariella? —preguntó con suavidad.

—Fuisteis contratado para adiestrar a los míos, y ya lo habéis hecho —explicó ella con desasosiego—. Nosotros podemos encargarnos de las negociaciones que sea preciso llevar a cabo entre los clanes.

Malcolm la estudió durante unos instantes. Luchaba por parecer tranquila, pero sus esbeltos dedos apretaban con fuerza el tallo de su copa, y delataban así su ansiedad. No sólo quería que él se marchara, sino que de hecho sentía terror de que pudiera negarse a hacerlo. Pero, ¿por qué? ¿Qué era lo que de repente la hacía estar tan desesperada por que él se fuera, cuando su clan seguía corriendo peligro?

De pronto cayó sobre él la revelación, igual que una ola glacial.

—De modo que —dijo muy despacio— ya habéis decidido quién va a ser vuestro nuevo jefe.

Ariella lo miró sorprendida. Su primera reacción fue negarlo, pero la furia que congestionaba el rostro de MacFane la obligó a pensarlo mejor.

—Pero esto es motivo de celebración, ¿no es cierto? —dijo él ácidamente— Por fin Ariella MacKendrick ha encontrado al hombre perfecto que ha de gobernar a su clan. Un magnífico guerrero con un poderoso ejército, que abarca todos sus sagrados ideales. Vamos, no me dejéis en suspenso. ¿Quién es ese esforzado caballero?

—No lo conocéis —replicó Ariella, cortante.

Malcolm reflexionó un instante, sin saber si debería creerla.

—Bueno, no puedo decir que eso me sorprenda —señaló en tono de burla- No creo haber conocido nunca a nadie que fuera tan santo y tan galante como el hombre que habéis estado buscando vos No importa. Ardo en deseos de conocerlo cuando llegue. —Fue hasta la mesa, levantó su copa en una parodia de brindis y acto seguido bebió amargamente.

—No lo conoceréis, MacFane.

—¿Por qué no?

—Porque yo no deseo que lo conozcáis.

—Entiendo -Entornó los ojos-. De manera que, después de todo lo que he hecho aquí, estoy despedido, ¿no es así?

—No sé por qué actuáis como si se estuviera cometiendo una grave injusticia con vos -replicó Ariella, enfadada-. Vos nunca habéis deseado venir. Mi padre os

pidió socorro, pero vos rehusasteis. Luego acudí yo a vos y os supliqué que nos ayudarais, y vos volvisteis a negaros. Cuando vinisteis por fin, fue por codicia, MacFane, no porque desearais ayudarnos.

Todo lo que decía era cierto. Pero el hecho de oírla decirlo no hizo sino incrementar su furia.

-Con independencia de mis motivos, ahora estoy aquí. El gran Lobo Negro a vuestro servicio, señora -exclamó en tono irónico, acompañándose de una rígida reverencia-. Lleno de defectos, lisiado con un pasado hecho pedazos y un futuro vacío y hueco. Naturalmente, no doy la talla para ser ese heroico jefe de clan con el que Alpin y vos habéis fantaseado tanto en encontrar para vuestra gente No soy ni tan joven ni tan fuerte, y Dios sabe que mi vida dista mucho de ser pura. Pero estoy aquí, Ariella. ¿Entendéis lo que estoy diciendo? ¡Estoy aquí!

-¡Ya es demasiado tarde! -estalló ella-. Podríais haber sido vos, Malcolm. Deberíais haber sido vos. Si por lo menos hubierais hecho el esfuerzo de salir de vuestro estupor de alcohol y autocompasión y hubierais venido, no porque supierais que podíais ser de ayuda sino porque creyerais que tal vez pudierais ayudar, quizás entonces hubiera sido distinto. Porque habría sido el acto de un hombre de valor -termino en un tono teñido de desprecio- habría sido la hazaña de un autentico guerrero.

-Por el cielo, ¡yo era un auténtico guerrero! -rugió Malcolm. Dominado por la furia, agarró la jarra de vino y la estrelló contra la pared A continuación, avanzó hasta Ariella, no muy seguro de lo que iba a hacer.

Ella se puso en pie de un salto y volcó la silla en su desesperación por huir de MacFane. Pero Malcolm actuaba impulsado por la cólera que ardía en sus venas, y no estaba dispuesto a dejarla escapar. El mordaz desprecio que le había mostrado era más de lo que podía soportar. La aferró por los delgados hombros y la empujó contra la pared. A continuación apoyó ambos brazos a uno y otro lado, aprisionándola en el refugio de su destrozado cuerpo.

La rabia ardía en los ojos plata de Ariella, y su pecho bullía sin resuello, rozando apenas la tela del tartán de Malcolm. Aquélla era la mujer que podía haber sido su esposa, la mujer que él deseaba con un apetito tan abrumador, un ansia tan aplastante, que creyó sucumbir bajo su fuerza. Y mientras ella lo miraba fijamente, con las mejillas encendidas de rabia y los ojos en ascuas, quiso que ella lo deseara también, sólo una fracción de lo mucho que la deseaba a ella. Jamás sería lo bastante bueno, ni lo bastante fuerte, ni lo bastante puro para asumir el sagrado papel de ser su marido y su señor. Tal vez tres años atrás, antes de que comenzara aquel descenso infernal hasta la patética criatura en que se había convertido, pudiera haber cumplido alguna de las expectativas de Ariella. Pero lo único que quedaba del poderoso Lobo Negro era el hombre fracasado y tullido que se erguía ante ella. En aquel momento la odió con una pasión que le hizo flaquear las rodillas. La odió por haberlo llevado a aquel lugar y haberle mostrado lo que en otro tiempo pudo ser suyo, pero que ya no lo sería nunca. Quizá fuera aquélla la manera que tenía Dios de castigarlo todavía más, reflexionó con amargura, atormentarlo con la idea de que había perdido más de lo que creía aquella aciaga noche en la que se llevó su ejército lejos del castillo. Por

eso Dios le había enviado a Ariella MacKendrick. Dios quiso que Ariella lo sacara de la ciénaga de su autodestrucción y lo llevara a un lugar en el que recibiera respeto y un propósito, sólo para arrancárselo y arrojarlo de nuevo al pozo de soledad y desesperanza que era su vida. Era más de lo que podía soportar, ser torturado de aquella forma tan despiadada. Y aquel sentimiento lo llenó de una rabia que no pudo controlar y una desesperación que jamás lograría superar. No era que no mereciese ser castigado tan cruelmente, no, él era muy consciente de la justicia que entrañaba todo ello; era sólo que, en aquel momento de insufrible dolor, con aquella maravillosa mujer que podía haber sido suya atrapada entre sus brazos, deseó que cesara el sufrimiento.

—Lo siento, Ariella —le dijo con la voz enronquecida por la cólera y la pesadumbre—. Os fallé cuando me necesitasteis. Yo no era el guerrero que buscabais. Y, en efecto, he venido por el dinero. Pero una cosa que debéis saber —murmuró, apartando una mano del frío muro de piedra para rozarle con los dedos la ardiente mejilla. Ariella lo miró confusa, hipnotizada por el dolor que dibujaban profundamente las arrugas de su rostro.

—¿De qué se trata, MacFane? —articuló, con voz que era apenas un susurro.

—Me he quedado por vos.

Y tras hacer aquella cruda confesión, bajó la cabeza y tomó los labios de Ariella con los suyos. La besó con una desesperación urgente y brutal, loco de deseo por ella hasta el punto de perder la cordura, seguro de que ya no había nada más allá de aquel momento único y robado. La boca de Ariella estaba tibia y dulce por el vino, su mejilla era un velo de seda contra su áspera mandíbula, y deseó recordar aquellas cosas, deseó grabarlas a fuego para siempre en su mente, para que cuando se acostara a solas cada noche en los años venideros, pudiera recordar la caricia aterciopelada de los labios y la mejilla de Ariella. Ella no forcejeó, quizá porque estaba demasiado aturdida, pero dentro de un momento recobraría el juicio y lo apartaría de un empujón, y él jamás volvería a tocarla. La inevitabilidad de aquello lo inundó de angustia, igual que el hecho de saber que Ariella pertenecía a otro, que lo que pudo haber sido suyo ya no lo sería nunca. Lo atenazó una insoportable sensación de pérdida que le oprimió el pecho de tal manera que le pareció que no podía respirar, ni siquiera se atrevía a hacerlo, por miedo a que su respiración lo abandonase en forma de sollozo. La saboreó profunda, apasionadamente, sabiendo que el tiempo era su enemigo, que en cualquier instante aquel frágil lazo quedaría roto, y deseoso de dejarla marcada con su beso, para que cuando se acostase al lado del hombre que había escogido y soportase sus caricias, pudiera recordar lo que era ser deseada más allá de todo raciocinio.

Ariella iba precipitándose en un mareante torbellino de luces, calor y ansias. Era imposible lo que estaba sucediendo, no había duda, pero al parecer no era capaz de recuperar el control de sus sentidos lo bastante para detener a Malcolm. El deseo de él resultaba abrumador; la arrastraba hacia delante igual que una poderosa ola que arrastrara la arena hacia el océano. Había furia en aquel beso, furia, dolor y una desesperación terrible, como si estuviera intentando hacer que ella le perteneciera a él y al mismo tiempo supiera que no podía tener esperanzas

de conseguirlo. Era aquello lo que le impedía a Ariella apartarlo de sí, aquel ardiente apetito, aquel terrible tormento, que la dejaba incapaz de hacer nada excepto continuar allí de pie, contra la pared, aguantando aquel beso. Entonces, Malcolm comenzó a retirarse, y ella se vio acometida por una sensación de pérdida, como si toda la luz del mundo se hubiera extinguido de pronto. No tenía sentido... Debería haber supuesto un alivio que todo hubiera terminado, y en cambio se sentía abandonada y vacía, un fragmento hueco de lo que había sido momentos antes. «Él no es el elegido», se recordó a sí misma desesperadamente mientras percibía cómo se iba enfriando el aire a su alrededor. Pero el hecho de saberlo no le proporcionó ningún consuelo, no mitigó el dolor que le desgarraba el corazón. Sin poder soportarlo más, dejó escapar un quejido de desesperación y buscó a Malcolm con las manos, lo atrajo hacia sí para poder rodearle el cuello con los brazos y apretó sus labios temblorosos contra los de él.

Malcolm se quedó petrificado, sin poder creer que ella deseara aquello de verdad, sin poder fiarse de sí mismo ni de sus propios sentimientos. Entonces, con un gemido, presionó su boca contra la de Ariella y la paladeó a fondo mientras sus manos recorrían ansiosas sus hombros, su espalda, sus caderas, estrechándola con fuerza hasta tenerla pegada al cuerpo. Aquello era lo único que necesitaba para que su vida cobrara sentido de nuevo, comprendió al besarla. Si Dios sólo le permitiera tener a Ariella, podría soportar cualquier cosa.

Aquello no estaba bien, pensó Ariella con desesperación, sintiendo cómo Malcolm asía la suave lana de su vestido y lo levantaba hasta sacarlo por la cabeza para dejarla sólo cubierta por la camisola. Era pecado, agregó cuando ambos se acercaron a la cama, ella luchando a ciegas con el broche que ceñía el tartán de Malcolm a sus hombros. Le soltó el cinturón y tiró con gesto impaciente de la interminable tela que le envolvía la cintura, haciendo que ésta cayera formando un montículo verdinegro alrededor de sus musculosas pantorrilas. Cuando Malcolm se quitó la camisa, sus ojos se clavaron en los de Ariella, con el color azul acero de un lago justo antes de una tormenta. Por fin quedó desnudo ante ella, con aquel cuerpo bronceado por el sol y cubierto de cicatrices bañado por la luz ambarina del fuego. En aquel momento no era débil ni estaba tullido, sino que su poderosa presencia llenaba la habitación y hacía a Ariella sentirse caliente y segura. Aquel hombre no era el próximo jefe de su clan, y entregarse a él no era su destino; pero en aquel instante inmóvil, suspendido, dejó de preocuparse, lo cual la hizo comprender que o bien se había vuelto loca, o bien simplemente había sucumbido bajo el implacable peso del deber para con su clan. Después de tanta lucha y tanto dolor, y teniendo en cuente todos los sacrificios y sufrimientos que aún estaban por venir, Malcolm y ella se merecían tener aquel momento

Solo aquella vez.

Malcolm inclinó la cabeza y tomó su boca, y a continuación apretó su cuerpo tembloroso contra él para que percibiera su calor. Habían pasado ya mas de cuatro años desde la última vez que había estado con una mujer, y se sentía tan torpe y nervioso como un muchacho. Antes de sufrir sus heridas había incontables jovencitas deseosas de calentar la cama del gran Lobo Negro, pues lo

consideraban un honor, o creían que a partir de ahí ya siempre estarían bajo su protección. Disfrutaba con aquellas atenciones, y se había complacido en la compañía de más mujeres de las que podía contar. Sin embargo, cuando se prometió con Marrian, prefirió no avergonzarla acostándose con otra, aunque nadie lo habría menospreciado por hacerlo.

Pero el deseo que ahora le corría por las venas no se parecía a nada que hubiera conocido antes; lo hacía sentirse fuerte y poderoso, y pleno, lo lavaba de su pasado y de su futuro, de tal manera que sólo exista aquel momento, y Ariella, y la increíble, la imposible revelación de que ella también lo deseaba. Le pareció pequeña y delicada cuando se aferró a sus hombros vestida tan sólo con la delgada tela de la camisola, pero Malcolm sabia que su fragilidad era ilusoria. La mujer que él tendió sobre el colchón era más fuerte y más valerosa que la mayoría de los hombres que había conocido. La había visto aplastar con el pie la cara de un ladrón cuando creyó estar a punto de morir, porque Ariella no era de las que sucumbían sin pelear. La había visto vestirse de jovenzuelo y adiestrarse con hombres que le doblaban la estatura y levantarse siempre que la derribaban, siempre esforzándose por hacerlo mejor, porque estaba convencida de que sólo mejorando sus propias capacidades podría proteger a los suyos. Se había tragado su rabia y había ido a buscar al Lobo Negro porque así le habían ordenado que lo hiciera, y después lo contrató para que ayudara a su gente, aun cuando le echara a él la culpa de sus sufrimientos. Ariella MacKendrick era una luchadora, sí, pero era más que eso, comprendió Malcolm al tiempo que la acariciaba con reverencia

En el interior del cuerpo pequeño y esbelto de Ariella latía el corazón de un guerrero.

Ariella beso profundamente a Malcolm mientras sus dedos se deslizaban sobre el tibio acero de sus hombros macizos, los músculos de su pecho, el plano ondulado de su espalda. Conocía íntimamente aquel cuerpo, estaba muy familiarizada con cada una de aquellas cicatrices, con cada uno de aquellos músculos asediados por el dolor, y sin embargo tenía la sensación de estar descubriéndolo por primera vez Ahora Malcolm no hacía ningún gesto de dolor mientras ella lo acariciaba, sino que parecía suspirar bajo sus manos, como si ansiara hondamente su contacto. Lo sentía sólido y poderoso bajo los dedos, vibrante de calor, de vida y de anhelo, y lo deseó con una intensidad que le resulto aterradora. Cada vez que recorría con las manos aquellas curvas duras y nervudas, ansiaba conocerlo todavía más, explorar las zonas de él que hasta el momento estaban prohibidas, memorizar todos los detalles. Se sintió diminuta tendida junto a él, diminuta pero maravillosamente segura, como si no hubiera nada que pudiese causarle daño mientras la rodearan los brazos de Malcolm. Pero también sentía la inquietud provocada por un anhelo que no entendía, un deseo de ser más acariciada, más besada, de envolverse en su calor, hasta que no existiera nada más que Malcolm y ella, y el muro de fuego que rugía alrededor de ambos.

Malcolm separó su boca de la de Ariella para besarla en la mejilla, en el mentón, en la seda y el marfil de su garganta. La tocó a través de a fina tela de la camisola al tiempo que inhalaba su aroma a brezo, enloquecido por aquella

barrera que sabía que podía abrir con sólo rasgarla de un tirón. Pero en cambio apoyó una mano contra su tobillo y comenzó a empujar la prenda hacia arriba, fuertemente excitado por la suavidad de la pierna, la leve flexión de la rodilla, la cremosidad del muslo. Suavemente le descubrió un hombro y la cubrió de besos hambrientos apartando la tela poco a poco mientras la saboreaba, hasta que por fin tuvo bajo sus labios la lozana curva de sus senos, que subían y bajaban. Acarició un momento con la lengua la punta de color coral y acto seguido la capturó con la boca y succionó suavemente lo cual hizo a Ariella inspirar aire, sorprendida por el placer que le causo. Ariella hundió las manos en su cabello para retenerlo allí, ofreciéndose, de modo que Malcolm permaneció unos instantes sobre aquella cumbre aterciopelada, bañándola de ardientes caricias, hasta que al fin se apartó para prestar igual atención al otro seno. Mientras volvía a tomarla con la boca, sus dedos se deslizaron hacia el suave pasadizo que se abría entre las caras internas de los muslos y penetraron en aquel tibio satén. Ariella ahogó una exclamación, y Malcolm se irguió para besarla en la boca una vez más, y saborearla profundamente al tiempo que sus dedos acariciaban los pétalos suaves y húmedos estaba maravillosamente excitada, y Malcolm fue avanzando sin prisas, acariciándola despacio, luego un poco más aprisa, explorándola con reverencia, después con ansia, hasta que Ariella se incorporó para acercarse a él y gimió contra su boca.

Ariella ardía en llamas, y con cada caricia y cada beso se inflamaba más su fuego. Se aferró a Malcolm con desesperación y sin aliento, recorriendo frenéticamente con las manos toda la extensión de su espalda, queriendo más de él, ansiando sentir el calor de Malcolm fundirse con el suyo hasta que los dos fueran un solo ser. «No es el elegido», se recordó a sí misma con impotencia mientras él derramaba una lluvia de besos sobre su garganta, sus senos, la cálida planicie de su estómago, bajando poco a poco la camisola hasta retirarla del todo y arrojarla al suelo. Un instante después lo tuvo sobre la suave hendidura de entre los muslos, y sintió en la piel el calor de su respiración. De pronto se sintió insegura e intentó rodar hacia un lado, pero Malcolm la sujetó de las muñecas y la retuvo con fuerza mientras la penetraba con la lengua. Ella lanzó una ahogada exclamación de sorpresa, pero Malcolm no le dio tiempo para resistirse, porque ya la estaba sondeando de nuevo con su lengua, paladeándola con caricias rápidas y etéreas. Ariella experimentó una oleada de placer, como si fuera miel caliente que le corriera por las venas, y entonces dejó escapar el aliento que estaba conteniendo y se hundió en la blandura del colchón al tiempo que se rendía a las caricias maravillosas e insoportables de Malcolm. Aquel beso se fue haciendo más lánguido, Malcolm saboreó hasta el pliegue más intrincado, con levedad, con delicadeza, hasta que Ariella dejó escapar un suave gemido y comenzó a agitarse contra él. Le dejó libres las muñecas para introducir un dedo dentro su cuerpo, después dos, y empezó a empujar despacio, en exquisita cadencia con el movimiento de su lengua. El cuerpo de Ariella se tensó de pronto, sus dedos se hundieron en la oscura mata de pelo de Malcolm, pero inmediatamente lo abandonaron para aferrar las sábanas al tiempo qué su respiración escapaba de su boca en bocanadas superficiales de aire. Justo cuando creía no poder soportarlo ni un instante más, cuando estaba segura de

morir a causa de las sensaciones que la inundaban, Malcolm se irguió sobre ella y la cubrió con su fuerza y su calor.

Había nacido en su interior una sensación angustiosa, de intensa soledad, que la hizo sentirse vacía. «Éste es el hombre que podría haber sido mi esposo», pensó con un insufrible sentimiento de pérdida. Se abrazó al cuello de Malcolm y alzó las caderas hasta notar la presión de la punta aterciopelada de él. Malcolm la miraba fijamente con las arrugas de su rostro hundidas en profundos surcos, compartiendo su desolación. Y a continuación lo sintió dentro de ella, dilatándola, desterrando aquella sensación de vacío. Se retiró y la penetró de nuevo, despacio, con suavidad, dándole tiempo para que lo aceptase. Sus ojos azules ardían vivamente al mirarla, con una mezcla de deseo y de una terrible tristeza, una pena tan intensa que Ariella sintió deseos de llorar por él, por ella, por la intolerable crueldad de una vida que les había arrebatado a los dos lo que podía haber sido. Malcolm se detuvo, con su cuerpo a medías dentro del de Ariella, y alzó una mano para acariciarle la mejilla con dolorosa dulzura.

—Ariella —murmuró con la voz ronca. Entonces bajó los labios y terminó en un susurro—: Amor mío.

Un ramalazo de dolor estremeció a Ariella cuando Malcolm unió su cuerpo al de ella, una fusión de carne, sangre y espíritu. Ariella dejó escapar una exclamación ahogada contra su boca y se aferró a él con más fuerza. Malcolm no se movió, excepto para acariciarle la mejilla sin dejar de susurrarle al oído palabras dulces, tranquilizadoras. Sus ojos se inundaron de lágrimas, no a causa del dolor, sino porque en aquel momento el corazón se le partió en dos y no creyó poder soportarlo. Malcolm continuó susurrando al tiempo que depositaba besos en sus ojos húmedos, en sus mejillas, en su garganta, la calmaba con su voz grave y paciente, revelando una amable empatia de la que Ariella no lo creía capaz. Ojalá Malcolm fuera ajeno a aquel sufrimiento suyo, ojalá se limitase a satisfacerse a sí mismo y terminar de una vez. Pero en cambio siguió abrazándola, besándola, consolándola, hasta que Ariella creyó morir de dolor. Al día siguiente él se habría marchado y ella se vería obligada a casarse con otro y a yacer en sus brazos, y a intentar no acordarse de este momento glorioso y desgarrador.

Aspiró aire con fuerza, luchando por contener las lágrimas que le corrían calientes por ambos lados de la cara. Su desazón hizo que Malcolm apretara su boca contra la de ella con una posesividad salvaje, y de nuevo sintió que la invadía una oleada de intenso calor. Malcolm empezó a empujar suavemente dentro de ella, avivando las llamas de la pasión. Ariella acarició sus hombros tensos, la suave caída de su columna vertebral, la curva firme de sus caderas, lo tocó por todas partes besándolo con un ansia desesperada y frenética, intentando erradicar todo pensamiento del pasado y del futuro, y todo lo que quedara más allá de aquel momento de ardor. Una sensación nueva comenzó a crecer en su interior, una sensación de excitación, de deseo, de anhelo, que se mezcló con su tristeza y la llevó a besar a Malcolm con mayor intensidad y a arquearse hacia él, en un afán de tener más de él, de convertirlo en una parte de ella misma, de perderse completamente en la tormenta que los azotaba a los dos. Malcolm

deslizó una mano hacia abajo y empezó a acariciarla hasta que cada una de las fibras de su cuerpo se vio inundada por el placer, hasta que el deseo se apodero de ella y nublo todo menos el cuerpo duro de Malcolm estirado sobre ella, llenándola, envolviéndola toda. Se abrazó a él y se apretó con fuerza, respirando en una serie de minúsculos y frágiles gemidos conforme iba subiendo cada vez más alto, convencida de que no podría soportarlo otro instante pero queriendo más, sintiendo cómo Malcolm empezaba a formar parte de ella con cada arremetida, cada caricia y cada beso, hasta que finalmente ya no supo dónde terminaba la carne de él y dónde comenzaba la suya. Y entonces, justo cuando creía estar a punto de morirse a causa del placer insufrible que la asediaba, comenzó a hacerse pedazos, igual que una estrella que explotase en medio del cielo y que alumbrara el mundo con una lluvia de chispas incandescentes. Gritó el nombre de Malcolm, un grito de alegría y sorpresa y se aferró más a él, sintiéndose plena y segura, sabiendo que nada podría hacerle daño mientras permaneciera en los brazos de Malcolm.

Malcolm sintió cómo se agarraba a él el cuerpo de Ariella como terciopelo liquido, eliminando los últimos fragmentos de su autocontrol. Aplasto su boca contra la de ella al tiempo que se introducía más hondo en aquel cuerpo sintiendo el eco de sus gemidos en el fondo de su garganta, bebiendo la dulzura del placer de Ariella mientras la acometía una vez, y otra, abandonándose completamente a la increíble maravilla de aquella mujer. El éxtasis de ella lo hizo sentirse fuerte y vivo; arrastro todos los anos de amargura y de dolor, y trajo un agua limpia, refrescante, que dejó al descubierto el hombre que había sido antaño. Se enterró cada vez más profundo, perdiéndose en la fortaleza de Ariella, en su coraje, en su resistencia, sintiendo que iba convirtiéndose en una parte de ella y deseando permanecer así para siempre. Por fin no pudo aguantar más; arrancó su boca de la de ella para exclamar su nombre a modo de ronca súplica y solemne juramento, porque en el instante maravilloso en que la llenó de calor y deseo, supo con claridad meridiana que jamás la dejaría marchar.

La cámara quedo en silencio excepto por la áspera respiración de ambos y el ocasional crepitar del fuego. Yacieron entrelazados, todavía siendo uno solo, sin querer hablar, por temor de que se quebraran los tenues lazos que los mantenían juntos. Ariella abrazaba a Malcolm con profunda desesperación, notando cómo latía su corazón firmemente contra sus senos mientras ella intentaba reprimir las lágrimas que le arrasaban los ojos. Jamás había imaginado que aquello fuera así; nada en su vida la había preparado para algo tan maravilloso, o tan doloroso. Ya no quería ser Ariella MacKendrick, guardiana de la espada de los MacKendrick; ojalá hubiera nacido de un linaje corriente, con derecho a escoger por marido a quien se le antojase. En ese caso, quizás hubiera podido ignorar los defectos y las debilidades de Malcolm. Pero era una mujer que tenía un solemne deber para con los suyos, y lo que ella sintiera carecía de importancia. Tomó aire con un sordo suspiro, sintiéndose perdida y vacía, cuando apenas un momento antes estaba inundada por la alegría.

Malcolm levantó la cabeza de la seda fragante del cabello de Ariella para contemplarla. Frunció el entrecejo al ver las lágrimas que resbalaban de sus ojos,

y entonces alzó una mano para capturarlas con los dedos. Ella desvió el rostro, incapaz de soportar su escrutinio.

—Crees que no reúno los requisitos para ser el señor de tu clan —murmuró al tiempo que le cogía la barbilla y la obligaba a mirarlo—. Pero te juro, Ariella, que no permitiré que a tu clan le suceda nada. ¿Lo entiendes?

Sus ojos ardían de intensidad, su expresión era grave, y Ariella no dudaba de la solemnidad de su juramento; pero sabía que Malcolm carecía de capacidad para cumplirlo. Era aquella verdad irrefutable, combinada con el hecho de estar enterada de la matanza sufrida por su clan, lo que la hizo cerrar los ojos, pues no podía sostenerle la mirada.

—No puedes quedarte, Malcolm —susurró penosamente—. No eres el elegido.

Malcolm sintió cómo lo invadía la ira y apagaba el fuego de la pasión que lo inflamó momentos antes.

—Por el cielo, de verdad que agotas mi paciencia con tanto hablar del «elegido» —le espetó al tiempo que se apartaba de ella. Se acercó desnudo hasta la mesa, cojeando ligeramente, y cogió su copa—. No existe el hombre perfecto, Ariella —la informó en tono áspero—. Todo hombre que posea alguna valía ha asumido riesgos en su vida, lo cual quiere decir que ha cometido errores. A veces, esos errores dejan terribles cicatrices. Pero la ventaja de cometer incluso el más fatal de los errores consiste en que uno aprende de ellos. Siempre, claro está —puntualizó en tono de abierto desengaño— que uno sea lo bastante desafortunado como para sobrevivir. —Echó la cabeza atrás y apuró el brebaje.

—Mi padre nunca cometía errores —replicó Ariella, ciñendo las mantas contra su pecho—. Él siempre fue honrado y valiente. Jamás le falló a su gente como hiciste tú. -Fue una declaración cruel, hiriente, pero en aquel momento necesitaba decirlo, tal vez porque necesitaba recordarse a sí misma los fallos de Malcolm.

Aquella ofensa contrajo el rostro de Malcolm.

-¡Tu padre jamás se enfrentó a los desafíos a los que me he enfrentado yo! -rugió, enfurecido por aquel razonamiento tan simplista y santurrón- Él nunca fue a la guerra, nunca mandó un ejército nunca salió siquiera de estas tierras aisladas y protegidas para ayudar a otro. La única ocasión en que se vio atacado, su clan estaba tan patéticamente mal preparado, que el resultado fue de muchas muertes, incluida la suya, y casi la de su hija. ¿Eso es lo que me propones como ejemplo de gran jefe? —exigió en tono mordaz.

-Al final no pudo protegernos —admitió Ariella, herida por aquel modo tan despectivo de condenar a su padre—. Porque no era un guerrero. El próximo señor de los MacKendrick ha de ser un gran guerrero, además de un gran jefe.

Malcolm la miró con amargo rencor.

-Y tú opinas que yo no soy ninguna de las dos cosas. —Aquella afirmación salió lentamente de sus labios, que parecían estar extrañamente torpes.

-Quizás en otro momento —reconoció Ariella, esforzándose por mantener un tono tranquilo—. Pero ya no.

El dolor que le produjo oír aquello lo hizo tambalearse. Ariella lo percibió en las profundas arrugas de su rostro, en la expresión dolida de su mirada. No había sido su intención herirlo de aquel modo, pero ya no había remedio. Malcolm debía comprender que a pesar de lo que había sucedido entre ellos, jamás podría persuadirla de que lo aceptara como señor de su clan. Además, necesitaba estar segura de que no regresara nunca, de que cuando emergiera del denso sopor del sueno hacia el que ya se precipitaba rápidamente, la odiara con una virulencia tal que no deseara volver jamás.

El solo hecho de pensarlo resultaba insoportable.

Malcolm parpadeó, en un intento de aclararse la vista. Un profundo cansancio se iba apoderando de él y no lo hacía desear otra cosa que meterse en la cama, tomar a Ariella en sus brazos y estrecharla con tuerza contra sí mientras se dormía. Unas cuantas horas de sueño en las que pudiera olvidarse de su pasado y de su futuro y simplemente aceptar la maravilla del cuerpo de Ariella, suave y tibio. Al día siguiente la haría comprender cuan equivocada estaba; no acerca de sus fracasos, que estaban grabados a fuego en la dura roca del tiempo y no había nada que él pudiera hacer para cambiarlos, pero encontraría la manera de convencerla de que él era algo más que el guerrero fracasado, sin voluntad y lleno de lástima por sí mismo que había visto el día en que fue a buscar al gran Lobo Negro. No era el guerrero que fue en otro tiempo, y era lo bastante hombre para reconocer que no volvería a serlo jamás. Pero para ser jefe se necesitaba algo más que fuerza física; se necesitaba sensatez, coraje y honor, e incluso las duras e implacables lecciones de la experiencia. Y él estaba seguro de poseer todas aquellas cosas. Y aunque jamás había deseado la carga abrumadora de ser de nuevo el jefe de un clan, estaba dispuesto a hacer el sacrificio.

Por ella.

—Estoy cansado —farfulló, extrañado por el esfuerzo que le costó pronunciar aquellas palabras y por la extraordinaria fuerza de voluntad que necesitó simplemente para mover su cuerpo agarrotado y dolorido en dirección a la cama—. Ya hablaremos de esto mañana.

Ariella negó despacio con la cabeza.

Malcolm la miró fijamente, confuso al ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas, tan deprisa que enseguida goteaban de su rostro y mojaban la sábana que ella sostenía contra su pecho. ¿Por qué lloraba de aquel modo?, se preguntó, haciendo un esfuerzo para concentrarse. ¿Qué era lo que la hacía tan infeliz? Frunció el ceño en un intento de despejar la neblina que se arremolinaba en su cabeza. El sueño lo iba invadiendo en forma de ola intensa, cálida, que le robó toda capacidad de pensar, y de hablar, e incluso de acordarse de lo que habían estado hablando. Pero él nunca se quedaba dormido de aquella manera, pensó al tiempo que daba otro paso inseguro hacia la cama. Ariella lloraba ya abiertamente, agitando sus delgados hombros, con una pena que le escapaba de la garganta en sollozos ahogados. ¿Qué demonios le pasaba?

—Dios mío —murmuró con dificultad cuando por fin el entendimiento perforó la neblina—. ¿Qué me has hecho?

El semblante de Ariella se veía conturbado, pero eso no alcanzó a aplacar la furia de Malcolm. Gavin. Tenía que buscar a Gavin.

Se volvió hacia la puerta. Un paso. Después, otro.

De repente se sorprendió cayendo en un remolino de oscuridad, ajeno a todo excepto su rabia y el sonido amortiguado del llanto de Ariella.

CAPITULO 12

Un tenue velo de niebla de color lavanda acariciaba la piedra crema y rosada del castillo cubriéndola de un sudario de vapor frío. Prestaba a la fortaleza un aire mítico, como si ésta hubiera surgido de pronto sobre la cresta esmeralda de la colina y pudiera desvanecerse en cualquier momento. Las casitas blancas que salpicaban la falda de la colma resaltaban esa fantasía; de cada chimenea se elevaba una delgada columna de humo que aportaba una suave bruma a la claridad de primeras horas de la mañana.

«Pronto», reflexionó Roderic, sintiendo cómo se le encogía el estómago por la emoción, «todo eso será mío. »

Habían transcurrido casi dos semanas desde la noche en que los MacKendrick rechazaron su ataque. Al principio resultó inconcebible que aquellos infantiles artesanos hubieran aprendido tanto sobre el arte de guerrear en tan corto período de tiempo, que hubieran logrado mantener a raya a sus guerreros, duros y curtidos. Pero en el momento en que vio a Malcolm de pie en el muro, su incredulidad se endureció para convertirse en amarga furia. El caído Lobo Negro, aquel patético tullido que se suponía que estaba matándose con el alcohol en alguna parte de las tierras del rey, de algún modo había encontrado la manera de llegar hasta los MacKendrick. Todavía más asombroso era el hecho de que su antiguo señor no pareciera estar ebrio en absoluto, ni siquiera acosado por el dolor, cuando se encaró con él. Al principio, Roderic temió que aquello fuera una prueba del efecto del poder de la espada, que Ariella se la había entregado a Malcolm sin recapacitar y que había obrado aquella milagrosa recuperación; pero tras unos instantes de batirse descubrió que no era así. Aunque Malcolm seguía siendo un oponente formidable, la espada que esgrimía no le confería ninguna capacidad especial. Su brazo derecho era débil v lo obligaba a manejar el arma con ambas manos, y aunque caminaba relativamente bien, su pierna herida suponía un estorbo durante los movimientos rápidos y bruscos del combate. Unos pocos minutos de intenso enfrentamiento y quedaría debilitado hasta el punto de poder ser despachado fácilmente.

El problema, comprendió Roderic mientras se acariciaba pensativamente la gruesa cicatriz de la mejilla, radicaba en que ahora había muchos otros dispuestos a luchar y muy capaces.

Aquella noche habían caído una docena de sus hombres, heridos o muertos y otros diez habían sido capturados, lo cual le había dejado una banda mas bien insignificante de unos veinte guerreros hábiles Dado que el castillo contaba con fortificaciones nuevas y que era obvio que los MacKendrick estaban ansiosos de demostrar su capacidad para combatir, ahora quedaba descartado lanzar un ataque directo La única manera de hacerse con la espada de los MacKendrick era capturar a Ariella y obligar a ésta a que se la entregara. Con la espada en su poder y Ariella como rehén, nadie se atrevería a enfrentársele cuando matara a Malcomí y asumiera el control del castillo. Por fin tendría una fortaleza y tierras propias, y sería el señor de un clan cuya inusual laboriosidad lo haría rico más

allá de todo lo imaginable. Y lo más importante: tendría el poder de aquella espada, que le permitiría conquistar innumerables clanes y extender su dominio por todas las Highlands.

En cuanto a Ariella, sería severamente castigada por haberlo puesto en ridículo dos veces. Esbozó una sonrisa.

Ya era hora de que aquella zorra entendiera que a su nuevo señor se le había acabado por fin la paciencia.

-Y ésa es la razón por la que ha tenido que volver a casa —termino Ariella al tiempo que apartaba con cariño un mechón de pelo de la frente de Catherine.

Su hermana pequeña la miraba con ojos muy abiertos y expresión desolada.

—Pero si ni siquiera se ha despedido.

—Era muy tarde, y tenía que marcharse enseguida. —Ariella trato de enjugar su sentimiento de culpa agregando-: Me pidió que te dijera que lo sentía mucho, y que explicara que lo necesitaba su clan.

—Pero también lo necesitamos nosotros —replicó Catherine—. Hoy iba a enseñarme a montar. Me lo prometió. —Comenzó a temblarle el labio inferior.

—Nuestro nuevo jefe está a punto de llegar, y viene con su gran ejército, de modo que ya no necesitamos a MacFane —la consoló Ariella—. Y cuando llegue Harold, daremos una gran fiesta, con mucha música y baile, y podrás quedarte levantada todo el tiempo que quieras. ¿No te gusta eso?

La pequeña negó con la cabeza, desconsolada.

—Tenía otro bordado que regalar a MacFane, y ahora ya no lo verá nunca. — Sus palabras se quebraron por los sollozos.

—Podemos enviárselo —dijo Ariella, abrazándola. Incluso al decir aquello, sabía que no lo haría. No podía justificar ordenar que alguien hiciera un viaje de una semana para entregar un trapo que sin duda no haría sino intensificar la cólera de Malcolm.

Y cuando el somnífero por fin hubiera dejado de surtir efecto aquella mañana, su cólera debía de ser ciertamente temible.

—¿También se ha ido Gavin? —quiso saber Catherine, frotándose los ojos con los puños.

Elizabeth mantuvo la vista fija en el tartán que estaba tejiendo.

-Sí —contestó Ariella en voz baja—. Gavin ha tenido que irse con él.

Tenía el rostro pálido y gélido, como si luchase por controlar la desesperación que la consumía. Se sorprendió a sí misma preguntándose cuan profundo sería el afecto que se profesaban Gavin y Elizabeth el uno al otro. Nunca se lo había preguntado a su amiga, pero no había pensado que la relación entre ambos fuera más allá de un inofensivo coqueteo. La expresión sombría que marcaba el perfil de Elizabeth sugería que con su traición había destruido algo mucho más serio.

¿Sería posible, se preguntó con un sentimiento de culpa, que Gavin y Elizabeth de hecho se hubieran enamorado?

Fuera lo que fuese su relación, de ningún modo podía llegar al grado de intensidad de lo sucedido entre Malcolm y ella la noche anterior.

Un calor inundó sus mejillas al recordar el peso y la fuerza del cálido cuerpo de Malcolm estirado sobre el suyo, aplastándola contra el colchón y colmándola de deseo. ¿Cómo era posible que fuera un hombre tan poderoso y sin embargo tan vulnerable, tan furioso y sin embargo capaz de mostrar semejante ternura? Lo había visto pasar por la ebriedad y por la apatía, por el dolor insufrible y por la humillación, y finalmente por un momento de tremendo orgullo y victoria. Creía conocerlo mejor que nadie, salvo Gavin; y sin embargo, la noche anterior se dio cuenta de que no conocía en absoluto a Malcolm MacFane. Todo en él se había vuelto súbitamente nuevo y desconocido, como si el guerrero caído que había arrastrado hasta su casa se hubiera ido transformando poco a poco, hasta que por fin la noche anterior se hubiera desprendido de las últimas capas de su antigua personalidad.

«Me he quedado por ti», le había dicho él con los ojos ardientes de deseo. Y Ariella sabía que había dicho la verdad, que ninguna cantidad de dinero podría haberlo tentado a soportar el desdén con que lo trataron al llegar, la humillación de sacar a la luz sus debilidades para que los demás se rieran de ellas, y la increíble frustración de intentar adiestrar a unas personas que no lo respetaban y que no querían ser adiestradas. «Me he quedado por ti», aun cuando estaba convencido de que jamás podría adiestrar a aquel clan, aun cuando le dispararon una flecha, y lo hicieron caer de su caballo a propósito y lo hirieron de tal modo que apenas pudo mantenerse en pie. Había soportado todo aquello, cuando podía simplemente haber exigido su paga y haberse marchado, y haberla dejado a ella abandonada ante las amenazas que se cernían sobre su gente.

Por ella.

Y ella se lo había agradecido drogándolo, atándolo y amordazándolo, y después sacándolo en secreto del castillo que él tanto se había esforzado por fortificar, y alejándolo de la gente cuyo respeto se había ganado por fin.

Se había pasado la noche entera intentando convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Se lo dijo a sí misma una y otra vez, mientras luchaba por vestirlo con su camisa y su tartán, cada vez más frenéticamente mientras observaba cómo Duncan y Andrew lo ataban, lo envolvían en una manta y después cargaban con él y desaparecían por la escalera oculta que arrancaba de su habitación en la torre. Y luego, cuando su cámara quedó vacía y oyó el retumbar de los cascos de los caballos al salir por la puerta del castillo, se preguntó por qué de pronto la habitación le parecía tan grande, tan helada, tan sin vida. Echó más leña al fuego y se refugió bajo las mantas frías y arrugadas de su cama, pero no había nada que pudiera mitigar el frío glacial que la invadió. Era como si todo su calor se hubiera vertido en Malcolm y él se lo hubiera llevado consigo. Había tenido que traicionarlo, se recordó a sí misma con desesperación; intentaba protegerlo, a él y a su gente, incluso a Harold, de la horrible escena que se produciría si Malcolm se encontrara presente cuando llegara el verdadero

señor de los MacFane. Tenía que ahorrarle a Malcolm la insufrible crueldad de que su pasado fuera sacado a relucir delante de quienes habían llegado a admirarlo y confiar en él.

Y por encima de todo, tenía que protegerse a sí misma del profundo dolor que le causaría ver arder el odio de Malcolm hacia ella cuando diese la bienvenida a su esposo y señor.

—¿Estás diciendo que MacFane y Gavin ya no van a volver? —preguntó Agnes, atónita.

Ariella movió la cabeza en un gesto negativo.

—¿Y Duncan y Andrew se han ido con él?

—MacFane pidió a Duncan y a Andrew que lo acompañaran, pues quería presentarlos a los MacLean, al este, donde creía que Duncan podría llevar a cabo ciertas negociaciones para establecer una alianza —mintió—. Regresarán dentro de una semana, aproximadamente.

Les había ordenado que permanecieran con MacFane hasta dejarlo de nuevo en su cabaña, que se encontraba a tres días de marcha. Acto seguido, debían darle las gracias por los servicios prestados y pagarle con una cantidad varias veces mayor de lo que habían acordado originalmente. Nada serviría para apaciguar su furia, pero tal vez así pudiera comprar algo de tierra y construirse un buen hogar. Quizá pudiera intentar construirse una vida mejor.

Pero aquella idea parecía poco probable.

—¿Y cuándo va a venir Harold? —preguntó Agnes, obviamente preocupada por el hecho de que carecían de jefe.

—Llegará en cualquier momento —respondió Ariella con gesto distraído—. Puede que incluso hoy mismo.

Las tres mujeres trabajaron en silencio por espacio de unos minutos.

—Ven, Catherine —dijo Agnes de pronto, dejando a un lado su labor—. Vamos por una cesta grande para recoger unas flores con que adornar el gran salón, para que esté bonito cuando llegue nuestro nuevo jefe.

—No quiero recoger flores para él —protestó Catherine.

—Entonces, bajemos hasta el lago a ver si vemos algún espíritu acuático —sugirió la joven. Se levantó y tendió la mano a la niña—. A lo mejor encontramos unas cuantas piedras bonitas que añadir a tu colección.

Catherine le dirigió una mirada dubitativa.

—Ve, Catherine —la animó Ariella—. Ya es hora de que salgas a tomar un poco de aire fresco. Y si me traes una piedra bonita de verdad, esta noche te contaré el cuento del hada traviesa que cometía toda clase de diabluras en la casa de una niña, y los padres de la niña le echaban la culpa a ella.

Catherine se frotó de nuevo los ojos con los puños y suspiró.

—Está bien.

Fue hacia Agnes con clara desgana.

—Así se hace —dijo Agnes— Estaremos de vuelta antes de la cena.

Dirigió una sonrisa a Ariella, y a continuación cogió a Catherine de la mano y se la llevó.

Malcolm sentía arder la rabia en el fondo de su estómago, tan intensa que casi eclipsaba el dolor que le agarrotaba la espalda y la pierna en un brutal espasmo.

Ahora que su mente estaba por fin libre de fuera cual fuese la sustancia maligna que le había administrado Ariella, experimentaba su tuna y su sufrimiento con toda claridad. El resultado era peligrosamente abrumador. Si no fuera por el hecho de que tenía las manos firmemente atadas a la espalda, estaba seguro de que tendría gran placer en matar a Andrew y a Duncan por haber participado en aquel secuestro.

Trató de contentarse pensando en lo que iba a hacer si volvía a ver a Ariella.

Ariella lo tenía todo planeado, comprendió, asombrado de su propia estupidez. Mientras él forjaba alianzas con otros clanes y hacía todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que ella estuviera a salvo, Ariella había estado muy atareada organizando su casamiento y tramando la forma de librarse de él. Ahora entendía su cara de preocupación en el patio, el día en que regresó. Había pensado tontamente que Ariella, encantadora, se sentía avergonzada por lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior en el parapeto. Pero, en cambio, lo que pasaba era que se consumía de preocupación al ver que su clan salía a recibirlo con todos los honores y el afecto que normalmente se rendían a un jefe que regresa con su clan. En aquel momento debió de darse cuenta de lo mucho que había llegado a respetarlo su gente- tal vez incluso se percató de que él disfrutaba de aquellas atenciones, de que después de tantos años de culpa, ira y aislamiento, por fin se sentía capaz y necesario de nuevo.

Entonces fue cuando comprendió que no podía permitirle quedarse, reflexionó Malcolm con resentimiento.

Le había ordenado que se fuera, pero tras su encuentro en las almenas, comprendió que él no iba a consentir que lo despidiera como si fuera un sirviente medroso. Había trabajado mucho y con gran ahínco para adiestrar a su gente y hacer de su castillo una fortaleza prácticamente inexpugnable, y teniendo en cuenta los medios de que disponía para trabajar, había realizado una labor verdaderamente encomiable. En un principio había accedido a ayudar a Ariella por el oro que ella le ofreció, pero nada más ver los retos a los que se enfrentaba, la remuneración se volvió, irrelevante. Se había quedado porque lo atormentaba la idea de que Ariella se hubiera suicidado mientras esperaba al gran Lobo Negro. Había visto su busto y había quedado tan conmovido por su inocencia y su belleza, y tan abatido por la magnitud de su fracaso que juro no olvidar a su tierna prometida muerta. Eso, naturalmente, fue antes, de que comprendiera que

su desvalida prometida era en realidad aquel muchacho sucio e insolente llamado Rob

Una risa amarga le surgió del pecho.

-Me alegro de que uno de nosotros encuentre algo divertido en todo esto -musitó Gavin-. Por Dios, Duncan después de todo lo que hemos hecho por vuestro clan, cabría pensar que merecemos algo mejor que vernos maniatados y conducidos como si fuéramos delincuentes comunes.

-Os hemos maniatado para que no escapéis -explicó Duncan en tono de disculpa-. No pretende ser un insulto.

-Sea un insulto o no, esta soga me está desgarrando la piel, y empieza a dolerme la espalda y los brazos -gruñó Malcolm-. ¿Tenéis la intención de llevarnos maniatados durante todo el viaje?

_Sí.

—¿Y adónde diablos creéis que íbamos a ir? —preguntó en tono impaciente-. ¿De verdad crees que tengo algún interés en volver a tu clan después de esto?

-Ariella sabía que os negaríais a marcharos cuando ella os lo pidió -repuso Andrew- No debéis estar presente cuando llegue nuestro nuevo jefe. Cuando lleguemos a vuestra cabaña, tardaréis tres días en volver, y para entonces ya habrá llegado el nuevo señor de los MacKendrick.

-¿Y qué demonios importa que yo esté presente cuando llegue? —exclamo Malcolm.

-Ariella no os quiere allí. Supongo que ya sabréis el motivo, MacFane -dijo Duncan al tiempo que le dirigía una mirada reprobatoria.

Así que estaban enterados de que él había compartido su cama Le gustaría saber si lo habían encontrado despatarrado y desnudo en el suelo cuando entraron en la habitación.

Dios bendito.

—Podéis estar seguros de que no voy a regresar con la querida señora de vuestro clan ni aunque me lo supliquéis —murmuró en tono de enfado—. Me atrae poco la idea de ser drogado otra vez y arrastrado como si fuera una pieza de caza. Dejadnos libres, y nos iremos sin más.

—Mis órdenes son dejaros en vuestra cabaña, MacFane —replicó Duncan—. Y eso es lo que tengo intención de hacer.

Cabalgaron en silencio durante un rato. A cada milla, la soga que sujetaba las muñecas de Malcolm mordía un poco más su carne, y el dolor de su cuerpo iba aumentando. Por fin, buscando algún modo de distraer la mente del malestar que sentía, preguntó:

—¿Quién es el hombre que ha escogido Ariella para ser el señor del clan?

Duncan vaciló.

—No podemos decíroslo.

Gavin frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Duncan se encogió de hombros, pero su expresión era de intranquilidad.

—Ariella nos ha pedido que no lo digamos.

—¿Lo conozco yo? —quiso saber Malcolm.

Duncan guardó silencio.

—No será Niall, ¿verdad? —masculló, indignado por la idea.

Hacía mucho que era consciente de la atracción que sentía Niall por Ariella. Sus ojos se iluminaban de anhelo cada vez que la miraba. Y nunca había guardado en secreto el desprecio que le inspiraba Malcolm. Aquélla era la razón por la que había creído en un principio que fue Niall quien le disparó y quien puso la espuela bajo su silla de montar. Más adelante, ya no estuvo tan seguro; Niall había luchado valerosamente durante el ataque al castillo, y uno de los hombres de Roderic había estado a punto de matarlo. Si Niall fuera el aliado de Roderic, ¿por qué habría de intentar frustrar el asalto?

Naturalmente, era posible que las agresiones dirigidas contra él no tuvieran nada que ver con Roderic. Podía ser que Niall simplemente intentase ahuyentarlo, al principio porque odiaba al Lobo Negro y temía que Malcolm pudiera descubrir que Ariella estaba viva, y después porque percibía la atracción que éste sentía hacia ella.

—Niall no tiene ejército —señaló Gavin—. Dudo que sea él.

Por supuesto que no, se dio cuenta Malcolm. El principal deber de Ariella era para con su clan, y era muy consciente de que en aquel momento su clan necesitaba un contingente de guerreros adiestrados.

—Puede que sea uno de los jefes de los clanes vecinos —especuló, nuevamente furioso por aquella posibilidad. Repasó a toda prisa los jefes que había conocido que necesitaban esposa.

—No será el viejo Fraser, ¿verdad? —escupió. El jefe de los Fraser contaba con un sustancial ejército de unos quinientos guerreros, que podría garantizar fácilmente la seguridad de los MacKendrick. Pero era un hombre que ya había rebasado sobradamente los setenta años, con un esqueleto frágil y temblón, un exiguo parche de pelo amarillento y una caverna por boca casi totalmente desprovista de dientes. El solo hecho de pensar en que aquel individuo tocase a Ariella lo ponía enfermo.

—No seáis absurdo —replicó Duncan—. El jefe de los Fraser es demasiado viejo para ser señor de los MacKendrick.

Por supuesto. Ariella esperaba que el próximo jefe fuera perfecto, o todo lo perfecto que pudiera encontrar. «Podríais haber sido vos», le había dicho con voz temblorosa por la furia. «Deberíais haber sido vos.» ¿Habría sido alguna vez el hombre que ella creía que era? Llevaba tanto tiempo atrapado en aquel cuerpo maltrecho, cargando sobre sus hombros con el peso insoportable de tantas almas inocentes, que le costaba acordarse de una época en la que era joven y fuerte,

una época en la que se enfrentaba al mundo con la descarada seguridad en sí mismo propia de la juventud, con la conciencia limpia, y con la fuerza que da la rectitud firmemente implantada en su alma.

Una época en la que era conocido como el guerrero más intrépido, el Lobo Negro.

El profundo cansancio lo iba debilitando, e incrementaba su dolor hasta el punto de adormecer ligeramente su cólera. Ariella tenía razón: no estaba preparado para ser el señor de los MacKendrick, y además, no deseaba tan monumental responsabilidad. La noche anterior había creído que suponía un reto al que podría hacer frente, si bien de manera imperfecta; al menos estaba dispuesto a intentarlo. Pero no bastaba con intentarlo. Y fracasar resultaba impensable. De algún modo, a lo largo de los meses que había pasado con Ariella y con los suyos, se había ido engañando a sí mismo poco a poco para creer que era casi un guerrero otra vez, o por lo menos un caudillo de hombres. Y la noche anterior, por espacio de un breve y fugaz momento, había olvidado en qué se había convertido; había olvidado que ya no era apto para tener a su cuidado las almas de personas inocentes.

Su angustia aumentó más de lo que podía soportar.

Que Ariella se casase con quien se le antojara; ella y su clan podían enfrentarse o claudicar ante los peligros que los aguardaban. Ya no era problema suyo. Su vida era infinitamente más sencilla antes de conocerla a ella, y volvería a serlo.

Se concentró en las sogas que le sujetaban las muñecas y se puso a buscar el nudo. Este quedaba fuera del alcance de sus dedos. Tendría que emplear otra táctica para salir de aquella situación, tan intolerablemente humillante. Si debía irse a casa, sería porque él quisiera, no porque lo arrastraran en contra de su voluntad.

—Tengo que parar —anunció, valiéndose de una suave presión de sus piernas para frenar a Cain.

—¿Por qué? —exigió Duncan,

—¿Por qué crees tú? —replicó él.

Duncan le dirigió una mirada suspicaz.

—Muy bien —cedió—. Descansaremos un momento. Pero no tengáis un solo pensamiento de escapar, MacFane.

—No tengo pensado nada más ambicioso que aliviarme —ironizó Malcolm—. Por desgracia, teniendo las manos atadas a la espalda no puedo bajar sin ayuda.

Duncan desmontó y lo ayudó a apearse del caballo. Malcolm lo miró expectante.

—¿Y bien?

—Me temo que voy a necesitar las manos —le dijo Malcolm—, a no ser que tú te ofrezcas a levantarme el tartán.

—No intentéis nada, MacFane —lo advirtió Duncan al tiempo que se sacaba el puñal del cinto—. Daos la vuelta.

Malcolm obedeció. Una vez que las cuerdas se separaron de sus muñecas, estiró lentamente los brazos, los dobló y los flexionó hasta sentir de nuevo la sangre en las venas y la respuesta de los músculos. Su debilitado brazo derecho estaba un poco rígido, pero no se había portado tan mal como Malcolm esperaba.

—¿Ya os sentís mejor? —preguntó Duncan, comprensivo con su malestar.

Entonces, Malcolm se volvió de pronto y estrelló el puño contra la mandíbula de Duncan. La cabeza de Duncan salió disparada hacia atrás y el escocés cayó despatarrado en el suelo, donde se quedó perfectamente inmóvil.

—Mucho mejor —le aseguró Malcolm—. Andrew, ten la bondad de cortar las ataduras de Gavin y devolverle sus armas —ordenó al tiempo que se acercaba cojeando hasta el caballo de Duncan para recuperar su espada y su puñal.

—No… No puedo hacer eso, MacFane —balbució Andrew, llevándose una mano a su espada.

Malcolm se ciñó la espada a la cintura con toda calma.

—No seas ridículo, Andrew. Puede que yo sea más viejo y esté menos en forma que tú, pero no existe un solo movimiento que pudieras hacer que no te haya enseñado yo mismo. Además —terminó, enfundándose la daga—, ¿piensas sinceramente que yo te creo capaz de hacer daño a cualquiera de nosotros dos?

Andrew lo miró con expresión de impotencia durante unos instantes, sin saber qué hacer. Acto seguido, desmontó y fue hasta Gavin para desatarlo.

Malcolm, con gesto despreocupado, abrió una de las abultadas bolsas de cuero de Duncan, en busca de comida para el viaje a casa.

Pero frunció el ceño, confuso, cuando vio el oro y las joyas que brillaban en el interior de la alforja. Abrió otra bolsa, y después otras dos más. Las cuatro estaban llenas de riquezas a rebosar.

—¿Qué diablos es esto?

—Vuestra paga, MacFane —contestó Andrew—. Por habernos enseñado a luchar y por haber fortificado el castillo.

Gavin se reunió con Malcolm, que contemplaba con gesto de incredulidad la fortuna que tenía ante sus ojos.

—Dios mío.

—Jamás acordamos una suma semejante —protestó Malcolm, preguntándose qué jugarreta le estarían haciendo.

—Ariella ordenó expresamente que se os pagara con generosidad —explicó Andrew—. Quería que supierais lo mucho que ella… que todos os lo agradecemos.

Malcolm introdujo una mano en una de las bolsas y extrajo un puñado de joyas relucientes. Lo levantó hacia el sol, fascinado por el modo en que jugaba la cálida luz sobre las gemas. Allí había bastante para mantenerlos a Gavin y a él

con toda clase de lujos durante el resto de sus vidas. Podrían comprarse una enorme extensión de tierra, construirse un hogar impresionante y rodearse de los mejores muebles y obras de arte, caballos y sirvientes. Por Dios que con todo aquello podría tener lo que se le antojase, comprendió, dolorido.

Excepto a Ariella.

—Devuélvelo —rugió, al tiempo que guardaba de nuevo las joyas en la alforja.

Tanto Andrew como Gavin lo miraron estupefactos.

—¿Cómo?

—No lo quiero —dijo Malcolm, y se dirigió cojeando hacia su caballo—. Lo único que necesitamos Gavin y yo es una pequeña cantidad de comida y la cerveza o el vino que hayáis traído.

Andrew no podía creerse que lo estuviera diciendo en serio.

—Pero…

—Di a tu señora que el Lobo Negro no acepta pago alguno por sus servicios —le ordenó Malcolm, izándose hasta la silla. Su expresión era ya rabiosa cuando terminó diciendo—: Sobre todo de quienes lo traicionan.

Andrew lo miró con incredulidad.

—Pero la noche en que aceptasteis venir…

—Comida y cerveza, Andrew —lo interrumpió Malcolm—. Eso es todo. —La furia de su mirada lo advirtió de que no continuara discutiendo.

Sacudiendo la cabeza con desconcierto, Andrew fue hasta su caballo y desempaquetó los víveres que Malcolm había solicitado.

—Duncan se despertará en unos instantes —dijo Malcolm echando una ojeada al cuerpo del escocés tendido en el suelo—. Cuando lo haga, marchaos los dos a casa. No tenéis nada que temer de mí, no voy a perturbar la boda de vuestra señora, aunque estoy seguro de que será un acontecimiento espléndido —ironizó—. No pienso regresar a las tierras de los MacKendrick. Nunca.

Y dicho esto, hizo girar a su caballo.

Era mejor así, se dijo a sí mismo ásperamente. Una vez más, no era responsable de nadie excepto de él mismo. Podría levantarse tarde, beber hasta hundirse en un profundo estupor y no preocuparse de nada salvo de sí habría vino suficiente para pasar la noche.

El vacío que le desgarró las entrañas resultó insoportable.

—¿A qué te refieres con que se ha ido? —preguntó Angus, sin comprender.

—No será para siempre —le aseguró Dugald— Quiere decir que se ha ido a dar un paseo a caballo, ¿no es así, muchacha?

—No —respondió Ariella—. Quiero decir que Gavin y él se han ido a casa. Definitivamente. ¿Es que no sé, lo ha dicho Gordon al clan?

—Sí, lo ha hecho —admitió Angus—. Pero no lo ha creído nadie.

—¿Por qué habría de marcharse tan de repente ese muchacho? -se extrañó Dugald—. No es propio de él.

—Recibió un mensaje urgente durante la noche, en el que se le comunicaba que lo necesitaba su clan —mintió Ariella, mirando nerviosa a Alpin. Éste le devolvió la mirada con calma y con una expresión que no delataba nada—. Ha tenido que partir de inmediato. Pero no tenemos nada que temer—les aseguró en un tono falsamente jovial—. El próximo señor de los MacKendrick está ya de camino.

—¿Has escogido al que ha de empuñar la espada, sin consultar con nosotros?—saltó Angus, incrédulo.

—Me pareció que era mejor no haceros partícipes de mi decisión hasta que su llegada fuese inminente —explicó ella—. Porque le estabais tomando mucho afecto a MacFane.

-¿Y de quién se trata, pues?—preguntó Dugald, un tanto dolido.

—Es Harold MacFane, el primo de Malcolm —contestó Ariella—. Él es el destinado a blandir la espada de los MacKendrick.

Angus frunció el entrecejo.

—¿El primo de MacFane?

—Esto no tiene sentido, muchacha —le dijo Dugald, meneando la cabeza en un gesto negativo—. Más nos convendría ser gobernados por el propio MacFane, que es el jefe de un gran clan y de un ejército fuerte. No tiene sentido conformarse con su primo.

—Ningún sentido en absoluto —concordó Angus—. Y así se lo explicaremos a Harold cuando llegue. Estoy seguro de que lo entenderá. —Los dos hombres asintieron con satisfacción, complacidos de que el asunto hubiera quedado resuelto.

Ariella miró con ansiedad a Alpin, preguntándose si habría llegado el momento de contar a los ancianos la verdad sobre el pasado de Malcolm.

—Te corresponde a ti tomar esa decisión —le dijo éste—. Pero si no se la cuentas tú, se la contará Harold. ¿Quién crees que será más amable en sus explicaciones?

Alpin tenía razón. En el momento en que Harold se enterase de que Malcolm había estado allí, revelaría el horrible sacrificio de las mujeres y los niños del clan MacFane. Contaría que Malcolm había sido despojado de su puesto de jefe y expulsado de sus propias tierras, con la prohibición de regresar e incluso de usar el apellido de su clan.

Su gente se sentiría engañada, tanto por ella como por Malcolm.

—Hay una cosa que he de deciros. —Respiró hondo antes de afirmar con gesto grave—: Malcolm MacFane no es quien parece.

—Ya lo creo que no —convino Angus—. La primera vez que posé los ojos en ese muchacho, no soñé siquiera que un hombre en aquel estado pudiera hacer las cosas que ha hecho por nosotros.

—Las apariencias son engañosas —comentó Dugald—. Hay personas que al mirarnos ven dos ancianos, en lugar de los guerreros que somos.

—MacFane sí que sabía —dijo Angus con aprobación.

—En efecto —reflexionó Dugald.

—No me refiero a sus debilidades físicas —puntualizó Ariella, sorprendida de que los ancianos las aceptasen de tan buen grado. ¿Acaso no entendían los requisitos que eran necesarios para blandir la espada? ¿La necesidad de encontrar un jefe que poseyera una fuerza y una vitalidad soberbias?—. Me refiero a su pasado...

—Y, ciertamente, jamás se podrá encontrar una carrera más honorable —interrumpió Angus, con su arrugado rostro radiante de orgullo—. Ah, las hazañas del Lobo Negro son legendarias. —Miró a Dugald ceñudo—. No recuerdo ninguna historia legendaria sobre ese tal Harold, ¿y tú?

—Tampoco. Pero estoy seguro de que debe de haber hecho algo absolutamente magnífico, para que Ariella lo haya tenido en cuenta. —Miró a la aludida con expresión expectante—. ¿Qué ha hecho, muchacha?

—Pues... no lo sé —farfulló Ariella. Su mirada se posó en Alpin, suplicante.

Alpin cerró los ojos y juntó sus níveas cejas, mientras buscaba una visión de Harold. Unas graves palabras de encantamiento retumbaron en su garganta y fueron cobrando intensidad, poco a poco, hasta llenar la vasta caverna del gran salón. Abrió mucho los brazos, desplegando su capa de color plata y negro como si fueran unas alas gigantescas, y su frágil esqueleto comenzó a temblar. Por fin abrió los ojos.

—No ha hecho nada —anunció con un encogimiento de hombros.

—¿Nada?—repitió Angus.

—Seguro que habrá hecho algo —protestó Dugald—. ¿ Por qué, si no, lo habría escogido Ariella?

—Es un hombre fuerte y justo —declaró Ariella, buscando alguna cosa—. Será un buen jefe.

Angus la miró dubitativo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en cierta ocasión —respondió ella—. Y también lo he visto en un sueño.

Los dos miembros del consejo intercambiaron miradas escépticas.

—Será un buen jefe —repitió Ariella.

—También lo sería MacFane —señaló Angus.

—MacFane no es el elegido —afirmó ella tajante—. Jamás empuñará la espada, y jamás será un MacKendrick.

La desilusión se dibujó en los rostros de todos. Sabían que no podían discutir con Ariella, que la decisión le correspondía a ella sola. Pero era evidente que no les agradaba en absoluto lo que había decidido, pese al hecho de que no conocían a Harold. La única forma de hacerlos comprender era contarles el pasado de Malcolm. Sin embargo, no se atrevió a hacerlo. Hacer añicos su imagen de manera tan definitiva, después de los largos meses durante los cuales él se había ganado la amistad y el respeto de aquel clan, era impensable.

De todas maneras, no estaba convencida de que la creyeran.

El sol dibujaba suaves cintas de color oro y amarillo sobre el gris del cielo. Ariella estaba asomada a la ventana de su cámara, esperando a que Catherine y Agnes surgieran del bosque, o que tal vez aparecieran en las praderas que rodeaban el lago, cargando con sus cestas repletas de tesoros. El día apuraba sus últimas luces, y ya hacía mucho que deberían haber regresado. Sabía que Catherine estaba profundamente disgustada por la repentina partida de Malcolm, y deseaba pasar la velada con ella para ayudarla a superar su pena. Durante el tiempo que había pasado allí, Malcolm había forjado un estrecho vínculo con su hermanita, y la pequeña se sentía muy dolida por el hecho de que la hubiera abandonado de forma tan inesperada.

Como no vio señal alguna de Catherine ni de Agnes, se apartó de la ventana y recorrió la habitación con la mirada, inquieta, sin saber en qué ocuparse mientras aguardaba su retorno.

Entonces, captó su atención un papel doblado, que sobresalía de debajo del tartán que cubría la cama. Picada por la curiosidad, se arrodilló y lo abrió. Era uno de los dibujos de Catherine, que representaba un guerrero gigantesco a lomos de un caballo demasiado pequeño para aguantar su peso, y una niña pequeña cabalgando un corcel todavía más diminuto. Debajo se leían, garabateadas con una letra infantil, las palabras «El Lobo Negro y yo». Aquel dibujo debía de habérsele caído a Malcolm la noche anterior, cuando ella le soltó el cinturón para quitarle el tartán.

¿Cómo era posible que Catherine hubiera llegado a tomarle tanto cariño a aquel guerrero acabado?, se preguntó mientras contemplaba las desproporcionadas figuras. Se acordó del día en que llevó a Malcolm al castillo, y del modo en que lo miró fijamente su clan, impresionado y sin poder creer que aquél fuera el poderoso Lobo Negro que llevaban tanto tiempo esperando. Tan sólo Catherine no se sintió acobardada al verlo desmontar y caminar cojeando hasta la plataforma. En un gesto de aceptación pura e incondicional, extendió los brazos y tomo la mano enorme y cubierta de cicatrices de Malcolm en la suya. Desde el principio mismo, Catherine había sabido ver más allá de su cuerpo maltrecho, de sus miradas adustas, de sus contestaciones ariscas e impacientes. Ariella había tardado mucho más en comprender que había otro hombre atrapado debajo de la fachada de amargura de aquel inválido, un hombre que de algún

modo se había hecho cargo de los imposibles desafíos que se alzaban ante él. Cuando ella lo encontró, le pareció incapaz de asumir el control de su propia vida y sin embargo había venido a su castillo, si bien a regañadientes, y había imbuido en los suyos el deseo de aprender a defenderse. Les había demostrado que lo que más contaba al combatir no eran el tamaño y la fuerza, sino la habilidad, el coraje y la convicción de que era posible ganar.

Catherine había comprendido su fuerza interior mucho antes que todos los demás.

El retumbar de unas botas la arrancó de sus pensamientos.

—¡Ariella!

Se abrió la puerta de golpe, y apareció Niall mirándola con expresión severa el pecho agitado por el esfuerzo y una misiva arrugada en la mano. A su alrededor se apiñaron Gordon, Helen, Elizabeth y Ramsay, todos con el semblante grave.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada—. ¿Ha enviado Harold un mensajero para decir que se retrasa?

Niall negó con la cabeza.

—Es Roderic —declaró sucintamente—. Ha vuelto

Sabia que llegaría aquel momento. Alpin lo había visto. Pero se había aferrado a la esperanza de que no volviera antes de que llegase Harold.

—Hemos de prepararnos para la batalla -dijo, imitando las maneras bruscas y autoritarias que había visto usar a Malcolm la vez que fueron atacados- Ya hemos rechazado su asalto en una ocasión y podemos rechazarlo de nuevo. Lo único que necesitamos es contenerlo hasta que llegue Harold con su ejército.

Nadie se movió.

—Tiene a Catherine —dijo Niall con voz ronca

Un intenso terror se abatió sobre Ariella, que le robó el aire, las fuerzas y hasta la capacidad de asimilar del todo lo que estaba diciendo Niall.

-¿Catherine? –repitió con un hilo de voz en contraste con el estruendo que le retumbaba en los oídos.

-Debió de capturarla cuando Agnes y ella salieron a dar un paseo –dijo Elizabeth, retorciéndose las manos-. También ha desaparecido Agnes.

Era imposible lo que le estaban diciendo. Estaban en un error. Ariella abrió la boca para decírselo, pero Niall le tendió la misiva arrugada a modo de horrible, indiscutible confirmación. Con dedos temblorosos, tomo el papel en sus manos.

Mi querida Ariella:

Puedes tener la seguridad de que no tengo por costumbre tomar a niños como rehenes, a menos que me vea obligado por las circunstancias. Por desgracia, tú y tu clan me habéis opuesto resistencia en dos ocasiones, y no pienso consentir que me pongáis en ridículo de nuevo. Ven a mí, sola, trayendo únicamente contigo la espada de los MacKendrick. A continuación llevaras a cabo la ceremonia que sea

precisa para entregarme sus plenos poderes e investirme como señor de tu clan. Una vez que quede convencido de que dichos poderes ya son míos regresaremos a tu castillo, donde tu gente depondrá sus armas y me jurara lealtad.

Agnes me dice que nadie ha visto esa espada en realidad ya que tu padre neciamente, prefirió no hacer uso de ella. Como soy un hombre razonable, comprendo que tal vez necesites tiempo para sacarla de su escondite. Tienes hasta las primeras luces de mañana.

Si para entonces no te has presentado en el bosque, o si vienes acompañada de alguien, le cortaré el cuello a la pequeña Catherine.

Roderic

La habitación comenzó a dar vueltas- Ya había vivido antes aquel momento, cuando Roderic le prometió asesinar uno por uno a los miembros de su clan hasta que ella le diera lo que quería Y por esa razón había orquestado su propia muerte, con lo que le robó el único instrumento que necesitaba para apoderarse de la espada. Pero no estaba dispuesto a que lo engañasen otra vez. Aunque ella llegara a suicidarse de verdad, Roderic mataría a Catherine de todos modos, y también a Agnes, sólo para apaciguar su furia.

Dejó caer la carta al suelo, asqueada por el hecho de que las manos de Roderic hubieran tocado aquel papel. Detrás de Niall habían aparecido mas miembros del clan, que fueron penetrando silenciosamente en la cámara y la miraban con ojos grandes y solemnes La decisión a la que se enfrentaba era difícil. Podían transcurrir momentos o días antes de que llegara Harold. Y aunque se presentase antes del amanecer del día siguiente, Roderic daría muerte a Catherine al ver aproximarse su ejército. La única manera de salvar a su hermana y a Agnes era entregar la espada a Roderic y ordenar a su clan que lo aceptase como jefe. Pero al hacerlo, estaría traicionando a los suyos.

Y condenándolos a la destrucción y a la muerte, que sería el modo en que iba a retribuirla la espada por haber escogido al hombre inapropiado.

CAPÍTULO 13

Malcolm inclinó la cabeza hacia atrás y tragó con fuerza.

Ansiaba apurar el contenido del odre de vino y comenzar otro, pero se obligo a sí mismo a ejercer cierta continencia. Gavin y él aún tenían por delante dos días más de viaje, y a la noche siguiente su espaldar, su pierna y su brazo pedirían aún más a gritos el efecto entumecedor del alcohol. Además necesitaba permanecer más bien sobrio, ya que dentro de pocas horas le tocaría el turno de hacer guardia en el campamento.

Habían adoptado un paso sin prisas desde que se separaron de Duncan y Andrew Aunque Malcolm se dijo a sí mismo que se alegraba de haberse librado de Ariella y del clan de ésta, la perspectiva de volver a vivir aquellos días largos y vacíos en su oscura y mísera cabaña lo llenaba de una aplastante desesperación. No había necesidad de apresurarse para llegar a aquel patético final de su existencia. Era mejor estar allí fuera, acostado junto a una tibia fogata y teniendo sobre sí el frescor de un cielo del color del carbón y la dura presión de la tierra contra su cuerpo dolorido. Había una especial sencillez, una extraña claridad, en el hecho de estar en el bosque, una mezcla de espacio, oscuridad e incomodidad que intensificaba su percepción de sí mismo y de lo que lo rodeaba.

-Viene alguien –anunció de repente, al tiempo que arrojaba a un lado el odre de vino en favor de su espada. Se puso tenso para escuchar-. Veinte jinetes por lo menos. Deben de haber visto el fuego.

Gavin se aprestó a coger su arco y su carcaj de flechas.

-Te vigilaré desde aquí -le dijo ocultándose en las sombras que formaban los árboles.

El retumbar de los cascos de los caballos cobró intensidad, hasta que comenzó a temblar el suelo. Por fin surgió del bosque el primer grupo de jinetes, con las caras iluminadas por el resplandor anaranjado de la fogata.

Malcolm se quedó mirando a los tres hombres, atónito.

—¿Roben? ¿Alex? ¿Y Edward? En nombre de Dios, ¿qué estáis haciendo aquí?

—¡MacFane! —exclamó Robert, que encabezaba la pequeña partida.

—Por el cielo, no habíamos pensado encontrarte aquí —añadió Edward.

Malcolm no estaba seguro, pero no logró detectar rasgo alguno de malicia en su tono ni en las expresiones de sus rostros. Se veía a las claras que sus antiguos guerreros estaban demasiado estupefactos para reflejar sus verdaderos sentimientos respecto a él.

—Sólo hay un jefe de los MacFane —afirmó una voz gélida que surcó las sombras.

Los guerreros se separaron al instante para dejar pasar a un hombre alto y con barba que montaba un poderoso caballo de guerra gris. Su cabello, largo

hasta los hombros, tenía el color del fuego, el mismo que el del pelo de Marrian. Vestía un tartán marrón y morado, esmeradamente sujeto con un cinturón, una camisa de tosca fabricación y un justillo de cuero oscurecido por el aceite. Sobre su hombro relucía un broche de oro finamente labrado con un enorme rubí en el centro. Era un broche que Malcolm conocía muy bien, ya que en otro tiempo había pertenecido a su padre, antes de pasar a él durante un breve espació de tiempo.

La amargura que lo invadió estuvo a punto de hacerlo perder el equilibrio.

—Te saludo, Harold.

Su tono fue calmado, sin que dejara entrever ni una chispa de la hostilidad que lo carcomía por dentro. Aunque luchó por controlarla, sabía que era un sentimiento injustificado. Cuando desterró a Malcolm del clan, Harold había hecho lo que tenía que hacer; si la situación fuera al contrario, Malcolm habría hecho lo mismo.

O algo peor.

Si Harold se sorprendió al verlo, lo disimuló muy bien. Su mirada recorrió fríamente a Malcolm de arriba abajo, fijándose en cada detalle de él.

—Luces buen aspecto, Malcolm —observó por fin—. Había oído algunos informes que aseguraban que ibas sucio y sin afeitar, y que vivías como un eremita entregado al alcohol. Es obvio que exageraban.

Resultaba imposible distinguir por la frialdad de su tono si aquella revelación lo complacía o lo irritaba.

-Las cosas me van bastante bien.

-¿Qué te trae por estos bosques?

Malcolm entornó los ojos.

-No sabía que tuviera la obligación de informarte de mis movimientos.

-Y no la tienes -le aseguró Harold-. Mientras no vuelvas a poner un pie en las tierras de los MacFane, eres libre de ir adonde se te antoje. Te lo pregunto como un viajero a otro viajero. No tienes por que contestarme, si no lo deseas.

Aquel comentario provocó en Malcolm un ligero sentimiento de animosidad ¿Por qué reaccionaba de semejante forma?, se preguntó asqueado. Había sido una pregunta sencilla, y nada más.

-He tenido ciertos asuntos de que ocuparme con uno de los clanes de las inmediaciones. Pero ya he terminado, y Gavin y yo nos dirigimos a casa.

En aquel momento salió Gavin de su refugio entre los árboles.

-Hola Harold. -Omitió intencionadamente hacer uso del título que Harold le había arrebatado a Malcolm.

Harold inclinó apenas la cabeza.

—Gavin.

—¿Qué te trae por aquí con tantos hombres? —le preguntó Malcolm, observando cómo varias docenas de guerreros detenían sus monturas en la oscuridad, a su espalda- ¿Acaso te diriges a una batalla?

-Nada tan emocionante. Voy a encontrarme con mi futura esposa. -Su expresión de cansancio sugería que aquellas próximas nupcias eran más un mal necesario que un motivo de celebración

-En ese caso, debo darte la enhorabuena —articuló Malcolm tajante.

Trató de pensar en varias razones por las que Harold no tuviera la menor posibilidad de satisfacer las expectativas de Ariella para convertirse en jefe de su clan, pero no le vino a la mente otra cosa que su propia hostilidad. Su primo era joven, sano y fuerte. Era un consumado guerrero que había combatido al lado de él mismo en innumerables batallas. Además, actualmente era el señor del poderoso clan MacFane, y mandaba lo que en otro tiempo había sido el mejor ejército de Escocia.

El ejército que Malcolm había formado y adiestrado.

—¿Y quién es la bella prometida? —preguntó Gavin.

Harold encogió los hombros con un gesto de indiferencia.

—Una joven del clan MacKendrick. Desconozco si es bella o no, jamás la he visto.

Vaya, vaya. No bastaba con que Ariella hubiera ordenado su secuestro para librarse de él; ahora estaba ofreciendo todo lo que él se había esforzado tanto por proteger al hombre que ya se había apoderado de su vida misma. La traición de Ariella le resultó tan demoledora, que a duras penas confió en poder hablar.

—¿Cómo se han arreglado estos esponsales? —preguntó. Sin saber cómo, consiguió mantener un tono de seguridad.

—Este mismo verano vinieron a verme tres miembros de los MacKendrick y me dijeron que estaban buscando al Lobo Negro —explicó Harold—. Dos hombres y un muchacho muy desaliñado, de unos doce años. De igual modo que los mensajeros que llegaron antes, fueron inflexibles en su deseo de verte, aun cuando les expliqué que ya no eras el jefe de los MacFane. Por fin les dije dónde estabas. ¿Llegaron a dar contigo? —preguntó con curiosidad.

Por supuesto que sí. Duncan y Andrew le dijeron a Gavin que primero habían acudido a ver a Harold. Lo cual quería decir que Ariella por lo menos había visto a Harold antes de optar por él. Afirmó con la cabeza y dijo:

—Así es.

—Los MacKendrick viven en el interior de un círculo de montañas, a cierta distancia de aquí —prosiguió Harold, que evidentemente suponía que no había resultado nada de aquella visita—. Al parecer, han pasado toda su existencia prácticamente aislados y saben poco de defenderse solos. La hija del último jefe me ha propuesto casamiento, con la esperanza de que mi ejército pueda garantizar la seguridad de su clan.

«Ese ejército es mío», pensó Malcolm furioso. Y por supuesto que garantizaría la seguridad de los MacKendrick. Sintió deseos de romper a reír por lo irónico que resultaba todo aquello. Al fin y al cabo, Ariella iba a contar con los guerreros del Lobo Negro como guardianes.

Pero sin la molestia ni la incomodidad de soportar al fracasado Lobo Negro.

—¿Y qué obtienes tú de este acuerdo, Harold? —Su tono de voz fue engañosamente manso.

—Esa joven afirma que su gente posee una inusual destreza para el arte y la fabricación de objetos —repuso Harold—. Los regalos que me ha enviado como muestras de su trabajo son impresionantes. Dado que ya es hora de que me case, este acuerdo supone una oportunidad espléndida para expandir mis tierras y mis recursos.

Naturalmente, así lo veía él. No lo consideraba una oportunidad para ayudar a un clan necesitado, sino meramente una ampliación de su poder. Un enfoque lógico y pragmático.

—Ese clan se encuentra a varios días de distancia del tuyo —señalo Malcolm—. ¿Cómo vas a hacerte cargo de tus deberes como señor de los MacFane viviendo tan lejos de ellos?

—No tengo intención de quedarme allí —le aseguró Harold—. Una vez que haya visto por mí mismo que esos MacKendrick son capaces de fabricar objetos tan buenos, desposaré a la muchacha y volveré a casa. Su clan pasará a ser una parte de los MacFane y tomará nuestro nombre. Dejaré unos treinta hombres allí para que protejan la plaza y se encarguen de sus asuntos. De hecho, muchos de mis guerreros se han ofrecido voluntarios para vivir allí, dado que quedan tan pocas mujeres MacFane.

Su expresión permaneció tranquila, pero no había duda en cuanto al carácter reprobatorio de su tono. «Por mi culpa», pensó Malcolm. «Ya casi no quedan mujeres porque yo las abandoné y permití que las asesinaran. Marrian incluida.»

—Hubiera creído que tú deseabas un matrimonio más auténtico que ése, Harold —observó Gavin secamente—. ¿Tienes intención de visitar a tu esposa sólo lo necesario para dejarla encinta?

—No tengo ninguna intención de visitarla —replicó él—. Vivirá conmigo.

—¿Ha accedido a dejar su clan? —dijo Malcolm, sorprendido de que Ariella consintiera ante semejante condición.

—Aún no —admitió Harold—. Pero ese punto no es negociable. Llevo mucho tiempo sin compañía femenina, y no estoy buscando una esposa que viva tan lejos. Si no está dispuesta a marcharse, no habrá trato.

Le produciría un profundo dolor Ariella, comprendió Malcolm. Dejar su hogar sería como arrancarle un pedazo de corazón y dejarlo atrás. Pero Ariella lo haría si creía que era lo mejor para su clan. Sacrificaría lo que fuera preciso para garantizar la seguridad de los suyos.

Incluida ella misma.

Pero aquél no era asunto suyo, se recordó amargamente. Ariella estaba desesperada por librarse de él, y ya se había librado. Que se casara con Harold y le entregara todo lo que él había trabajado día y noche por proteger. Estaba muy claro que creía que Harold era mucho más digno que él de gobernar a su gente. Y sin embargo, iba a verse obligada a marcharse. Iba a aprender la cruel lección que suponía que a uno le arrebatasen de un solo golpe todo lo que había conocido y amado. Y Harold, maldito fuera, lo tendría todo; sería el jefe del poderoso clan MacFane y del diminuto, aislado y excéntrico clan MacKendrick. Y por encima de todo, tendría a Ariella.

Con lo cual no quedaría nada para él.

Dos veces ya lo había perdido todo en favor de Harold, no porque su primo ansiara el poder, sino debido a su propia y patética incapacidad de aferrarse a lo que era legítimamente suyo. Mucho antes de que le quitaran su clan y su título, creía que ya no merecía ser jefe; dado el maltrecho estado de su cuerpo, su incapacidad para aguantar un día entero sobrio, su rabia y su autocompasión... a causa de todas aquellas cosas y de muchas más, lo ponía enfermo pensar en ello. Y con todo, salvo Roderic y unos cuantos soldados desafectos, su gente nunca había desafiado el derecho que él tenía de gobernarla. Creían, aunque fuera ingenuamente, que iba a superar sus dificultades físicas y espirituales.

En cambio, había sucumbido a ellas.

Por eso creía Ariella que no estaba capacitado para gobernar a su gente. Lo condenaba por los fracasos de su pasado, igual que había hecho él durante tantos años: por ser un borracho, por dejar morir a los suyos, por perder su jefatura y su ejército. Sobre todo, le reprochaba no haber acudido cuando lo necesitaba el clan de ella. «Esa habría sido la hazaña de un auténtico guerrero.» Y tal vez tuviera razón. Cuando era el Lobo Negro, habría hecho cualquier cosa por socorrer a otro, sin que importasen las fuerzas que tuviera en contra.

Deseaba ser de nuevo aquel hombre.

—Ya es tarde —observó Harold de repente—. Debo dejarte.

—¿Prosigues tu camino?

Harold asintió.

—He decidido seguir viajando de noche, ya que es agradable. Si este mapa es exacto, hemos de llegar al castillo de los MacKendrick mucho antes de que amanezca.

La mente de Malcolm trabajaba a toda velocidad, intentando buscar un modo de detenerlo. Era vital que él viera antes a Ariella. No tenía idea de cómo iba a convencerla de que él, con todos sus fallos y sus defectos, sería mejor jefe.

—Yo no continuaría, si estuviera en tu lugar —lo advirtió.

Harold lo miró con curiosidad.

—¿Por qué no?

—El terreno que nos rodea es muy montañoso, y resulta fácil perderse —contestó Malcolm—. Si te desvías lo más mínimo de tu ruta, pasarás varios días

vagando por las colinas, intentado encontrar el camino de regreso. Es mejor que esperes hasta las primeras luces para estar seguro de poder orientarte.

Harold se acarició la barba, reflexionando. Por fin sacudió la cabeza en un gesto negativo.

—Ya he conducido a mis hombres por rutas difíciles en otras ocasiones. Encontraremos ese lugar.

—Además, está la tormenta —se apresuró a añadir Gavin.

Harold frunció el ceño.

—¿Qué tormenta?

—Se avecina una tormenta importante —mintió Malcolm.

La expresión de Harold se tornó escéptica.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo hemos oído decir a un anciano vidente con el que nos hemos topado hoy. —Controló el impulso de sonreír al percibir el súbito interés de Harold; su primo, a diferencia de él, siempre había creído en las profecías de los videntes—. Más allá de estos bosques viajarás durante muchas millas al descubierto, sin posibilidad de hallar refugio. Si acampas aquí, tus hombres pueden cortar ramas y fabricar refugios cómodos.

—No hay nada peor que un ejército de guerreros mojados y muertos de frío, atrapados en una tormenta —señaló Gavin sacudiendo la cabeza—. Los pone de un humor verdaderamente de perros.

—El vidente ha dicho que la tormenta habrá pasado ya a primeras horas de la mañana —agregó Malcolm en tono tranquilizador—. Podrías partir al amanecer y acudir al encuentro de tu prometida seco y descansado.

Observó cómo su primo sopesaba las ventajas de hacer un alto y aguardar a que pasara la tormenta. Eso les daría tiempo a Gavin y a él para volver a las tierras de los MacKendrick mucho antes de que llegaran Harold y su ejército.

—La idea de cabalgar en medio de una tormenta me resulta poco atractiva —confesó Harold por fin—. Y aunque la noche parece estar en calma, no puedo hacer caso omiso de la profecía de un vidente. Robert —dijo, volviéndose hacia el guerrero que tenía al lado—, ordena a los hombres que acampen. Descansaremos aquí hasta que amanezca.

Ariella se ciñó un poco más la capa sobre los hombros mientras guiaba lentamente su caballo a través de la negrura aterciopelada que formaban las columnas de árboles. Le latía el corazón con fuerza en el pecho, y sentía la mandíbula tensa. Su gente le había suplicado que no se aventurase en el bosque, pero ella insistió; no podía soportar la idea de que su hermana pequeña estuviera pasando la noche sola con un grupo de guerreros salvajes. Por supuesto, Agnes estaba con ella, pero aquella pobre muchacha era tan dócil y sumisa, que era muy posible que fuera Catherine quien la consolara a ella. Como Roderic había

amenazado con matar a la niña si Ariella aparecía acompañada, prohibió que la siguiera nadie. A pesar del temor por su hermana, no se había llevado consigo la espada; intentaría entretener a Roderic hasta que llegase Harold con su ejército, lo cual podía suceder ya al día siguiente. Cuando llegase, ella rezaría para que Roderic comprendiera que era muy superado en número y las dejara en libertad a ella, a Catherine y a Agnes.

De lo contrario, las mataría.

Niall y Gordon se habían opuesto vehementemente a su plan. Deseaban enviar un fuerte contingente de hombres para que cercasen el campamento de Roderic y a continuación atacasen. Ariella señaló que cualquier debilitamiento de las fuerzas del castillo dejaría vulnerables a las mujeres y los niños, lo cual podía ser exactamente lo que pretendía Roderic. Además, si bien Malcolm les había enseñado muchas cosas sobre cómo defender un castillo, no creía que pudieran estar a la altura de los brutales guerreros de Roderic. Era mejor que su clan permaneciese a salvo detrás de los muros del castillo hasta que llegara Harold.

Un leve murmullo la sacó de sus pensamientos. Entornó los ojos en la oscuridad y vio una figura en sombras que emergía de detrás de un árbol, con un arco y una flecha apuntando a su pecho.

—Muévete, y estarás muerta.

Un tenue resplandor de luz de luna se filtró por entre los árboles e iluminó el rostro del hombre. Ariella lo reconoció al instante como el individuo llamado Gregor, que había luchado con Malcolm la noche en que atacaron su castillo.

—Soy Ariella MacKendrick —la informó en tono neutro al tiempo que su mano se deslizaba con gesto natural hacia la daga que llevaba oculta en los pliegues de la capa—. Si me matas, tu señor jamás obtendrá la espada, y entonces serás tú el que acabará muerto.

El hombre alzó las cejas en un gesto de sorpresa. Ariella no supo qué lo había confundido más, la amenaza o el hecho de que ella se atreviera a proferirla.

—Venid conmigo —gruñó por fin.

Cogió bruscamente la brida del caballo de Ariella y miró alrededor, escrutando la oscuridad por descubría a alguien que la hubiera acompañado. Satisfecho al ver que había venido sola, comenzó a guiarla a través del bosque. Se fue abriendo camino entre los árboles, avanzando y retrocediendo, tal vez en un intento de confundirla. Si era así, resultó un esfuerzo fútil; Ariella había crecido en medio de aquel denso follaje, y no había senda que no conociera. Al cabo de un rato comenzó a flotar en el aire un olor a humo. Su fornido acompañante la guió en la dirección del aroma, hasta que se atisbo entre los árboles el brillo anaranjado de un fuego. Conforme el resplandor se fue haciendo más intenso, fueron surgiendo más de una docena de guerreros sucios y de aspecto rudo de sus escondites detrás de troncos y piedras. Se apoyaron en sus arcos y espadas, y contemplaron a Ariella con siniestras y amenazantes expresiones de deseo.

Vanos de ellos se pasaron la lengua por los labios, como si ya estuvieran saboreándola por adelantado.

Ariella les devolvió una mirada feroz, para aplastar su miedo con odio.

—¿Qué bombón nos traes, Gregor? —preguntó un guerrero alto y escuálido y de cabello grasiento. Alargó una mano y agarró la pierna de Ariella.

Gregor descargó su puño macizo contra el rostro demacrado del admirador y lo tiró al suelo con un grito.

—Si vuelves a tocarla, Tavis, te mato —le prometió. Recorrió con la vista a los demás hombres, cuyas miradas impúdicas se habían transformado en expresiones de incertidumbre—. Es propiedad de Roderic.

—Roderic ya tiene una mujer —se quejó un hombre corpulento de barba oscura y enmarañada.

—Pues ahora tiene dos —saltó Gregor—. ¿Dónde está?

—Ahí —dijo otro, señalando con su espada. Su boca se abrió en una sonrisa que dejó ver una fila de dientes mellados y podridos—. Con la tonta.

Se refería a Agnes, comprendió Ariella, rezando fervientemente por que Roderic no le hubiera causado ningún daño.

Desmontó y siguió a Gregor por el campamento. Al parecer, había sólo unos veinte guerreros cerca, pero sabía que había más escondidos en la espesura del bosque, a la caza de intrusos. Muchos hombres estaban acostados en actitud indiferente al lado de alegres fogatas, con un brazo o una pierna vendados con harapos mugrientos y hechos jirones. Ariella se preguntó si sus heridas serían resultado del ataque contra su clan. Fuera cual fuese el modo en que habían resultado heridos, era evidente que Roderic sabía que no iba a poder asaltar el castillo contando con aquel contingente tan exiguo y ruinoso.

Y por eso había obligado a Ariella a acudir a él.

Encontraron a Roderic sentado delante de una fogata, contemplando las llamas. Levantó la vista, sorprendido, cuando se acercaron Ariella y Gregor, y entonces sonrió. La luz iluminó sus bellas facciones con un cálido resplandor, pero Ariella no halló nada ni remotamente atractivo en su aspecto. La idea de que en otro tiempo se hubiera sentido cautivada por la sólida estructura de su cuerpo, los agraciados contornos de su rostro y el color dorado de su cabellera, de la que él estaba tan orgulloso, hizo que se le retorciera el estómago de furia. ¿Cómo podía haber pensado, ni por un momento siquiera, que aquel bárbaro era el elegido para empuñar la espada? Fijó la mirada en la gruesa y abultada cicatriz que le cruzaba la mejilla y experimentó una macabra satisfacción.

«Pronto sufrirás una herida tan profunda, que nada podrá impedir que tu asquerosa vida se derrame en el suelo.»

—Te saludo, Ariella —dijo afablemente Roderic, al tiempo que se incorporaba, como para recibir a un invitado—. He de confesar que no pensaba verte tan pronto. —La recorrió con la mirada, y a continuación frunció el entrecejo—. ¿Dónde está la espada?

—¿Dónde está Catherine? —exigió ella en tono calmado.

—Ah, siempre la preocupada Ariella —ironizó él, al parecer más divertido que irritado—. Tu compasión fue lo primero que te atrajo a mí, ¿no es así? Yo era el desconocido apuesto y gravemente herido, y tú la encantadora y gentil dama deseosa de llevarme a casa y cuidar de mí.

—No acostumbro a dejar morir a la gente —replicó Ariella—. A diferencia de ti.

—Yo soy un guerrero —le recordó Roderic—. Dejar morir a la gente es mi oficio.

—Tú eres un asesino y un vulgar ladrón —lo corrigió Ariella con acritud—. Matar en combate no es lo mismo que asesinar personas inocentes en su propia casa.

—Fue de lo más desafortunado, lo de tu padre —señaló él, meneando la cabeza—. Sabes —continuó calmosamente—, si me hubiera dejado una alternativa, no lo habría matado.

Tan sólo haciendo uso de una increíble fuerza de voluntad consiguió Ariella evitar escupirle a la cara. Eso, y también el hecho de comprender que si provocaba su cólera en exceso, Catherine y Agnes sufrirían las consecuencias.

Igual que había sufrido su gente cuando ella le hizo aquel corte en la mejilla.

—Claro que tenías la intención de matarlo, Roderic —replicó en tono terminante—. Intentaba protegerme. Habrías matado a todo el que se interpusiera en tu camino.

Roderic reflexionó durante unos instantes, y luego se encogió de hombros.

—Me producen un profundo cansancio quienes me dicen lo que no puedo conseguir —reconoció—. Yo quería tenerte a ti y la espada, y no veía razón alguna para no tener ambas cosas. Soy joven, fuerte y un guerrero soberbio. Habría sido un jefe magnífico para tu clan.

Avanzó hacia Ariella, con sus ojos verdes relampagueantes a la luz de las llamas.

—Hasta tú, Ariella —murmuró, alzando una mano para acariciarle la mejilla— me encontraste deseable en otro tiempo. —Inclinó la cabeza hasta que sus labios rozaron apenas la piel de su oreja—. ¿No te acuerdas?

Ella apartó la cara bruscamente, repugnada por su contacto, por su vanidad, por todo lo suyo.

—En aquel tiempo no sabía cómo eras —le dijo—. No entendía el mal que anidaba dentro de ti.

—Me heriste —dijo Roderic, llevándose una mano al pecho en un gesto de burla—. Pero no importa. Esta noche estoy de buen humor y tus insultos me resultan divertidos. Sin embargo, en los meses venideros disfrutaré enseñándote a contener esa lengua. —Le tomó la barbilla firmemente entre los dedos y su semblante se endureció—. Y bien, ¿dónde está la espada?

Ariella levantó el rostro.

—Aún no me has dicho dónde están Catherine y Agnes.

Él parpadeó, como si no supiera de quiénes le estaba hablando. Acto seguido echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, al tiempo que le soltaba la barbilla.

—¿Todavía te preocupas por Agnes?

Ariella sintió un escalofrío de inquietud.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —contestó Roderic, procurando dominar su risa—. Nada que ella no quisiera.

La inquietud se transformó en pánico.

—Por Dios todopoderoso, Roderic, si la has tocado...

—Tráeme a Agnes —ordenó a Gregor, dejándola con la palabra en la boca.

Ariella observó cómo Gregor atravesaba el campamento a grandes zancadas. Habían levantado una tienda en un pequeño claro a cierta distancia, y enfrente de ella había un hombre haciendo guardia. Éste se apartó a un lado cuando se acercó Gregor, para permitirle abrir una rendija en la lona y llamar a Agnes. Al cabo de un momento se abrió la lona y apareció la joven. Caminó hacia ellos con porte erguido y paso regular, y no parecía ni sorprendida al ver a su señora ni temerosa por la perspectiva de enfrentarse a Roderic.

—Agnes —dijo Ariella con ansiedad—, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, Ariella. —Su mirada se posó en Roderic—. ¿Te la ha entregado?

—Todavía no. Antes quería cerciorarse de que Catherine y tú estabais bien. —Su boca se curvó en una sonrisa divertida.

Ariella se sintió atenazada por un sentimiento de aprensión. ¿Por qué parecían llevarse tan bien Agnes y Roderic?

—Catherine se encuentra bien —le aseguró Agnes—. Está durmiendo dentro de la tienda. Entrega la espada a Roderic —ordenó, al tiempo que se dirigía hacia el aludido— y todos nos iremos a casa.

De pronto Ariella empezó a comprender. Al principio resultaba tan difícil de asimilar, que se resistió a creerlo. Miró fijamente a Agnes, intentando inútilmente racionalizar su alegre conducta y el hecho de que deseara estar cerca de su secuestrador. Un destello de luz procedente de la fogata se derramó sobre la tela de su sencillo vestido, que se adhería estrechamente a las generosas curvas de su cuerpo. Ariella aspiró una brusca bocanada de aire que se le quedó atascada en la garganta.

En aquel momento, la leve y redondeada hinchazón del vientre de Agnes resultó tan innegable como la terrible verdad que revelaba.

Agnes advirtió la impresión que le había causado y posó una mano en ademán protector sobre el bebé que crecía dentro de ella.

—Entrega la espada a Roderic, Ariella —repitió, casi como un ruego.

—Se lo dijiste tú —murmuró Ariella en tono sepulcral—. Fuiste tú quien le habló de la espada cuando estuvo con nosotros.

—Sí, fui yo—admitió Agnes.

—¿Por qué? —exigió Ariella, todavía reacia a aceptar la traición de la joven. Durante los cinco años que Agnes llevaba trabajando en el castillo, siempre había parecido cariñosa y fiable. Por eso le había confiado Ariella que cuidase de Catherine cuando mataron a su padre. Con el apoyo de Agnes, Ariella pudo asumir más responsabilidades para ocuparse de los asuntos del clan. ¿Cómo podía aquella sumisa sirvienta ser la persona que había puesto en peligro la segundad de los suyos?—. ¿Por qué has traicionado así a tu gente, Agnes?

—Roderic me ama —respondió Agnes con sencillez—. Y será un buen jefe. Tú misma lo creíste así en otro tiempo.

Ariella fijó la vista en Roderic. Éste le dirigió una mirada de arrogancia y regocijo.

—No te ama, Agnes -la informó fríamente-. Es incapaz de amar a nadie excepto a sí mismo. Te lo dijo para poder utilizarte, y tu fuiste lo bastante necia para creerlo.

-Dijo que regresaría por mí, y lo ha hecho —arguyo Agnes—. Y me ha prometido que cuando sea el señor de los MacKendrick se casará conmigo.

-No ha regresado por ti -replicó Ariella-. Ha regresado por la espada.

-No sólo por la espada -puntualizó Roderic. Miró ardientemente a Ariella; no cabía duda de lo que quería decir.

Ariella se resistió al impulso de ceñirse más con la capa. Roderic jamás volvería a tocarla, juró.

Ella lo mataría antes.

-¿Intentaste ahuyentar a MacFane? -quiso saber, aun abatida por la traición de Agnes.

Agnes afirmó con la cabeza.

-Cuando supe que estabas viva, quise hacérselo saber a Roderic, para que volviera, pero entonces llegó MacFane y empezó a enseñarnos a luchar. Temí que Roderic terminara muerto si aprendíamos demasiado. Como a MacFane no parecía gustarle estar con nosotros, lo seguí hasta el bosque y le disparé, con la esperanza de que la furia lo hiciera marcharse. Por desgracia, te alcance a ti. – Parecía sinceramente pesarosa cuando terminó-: No tenía intención de hacerte daño.

—¿Y la espuela?

—A esas alturas, MacFane ya sabía quién eras en realidad. El clan comenzaba a respetarlo, y nuestra destreza en el combate había mejorado mucho. Temí que tal vez decidieras entregarle a él la espada, de modo que le puse aquella espuela debajo de la silla de montar. Estaba segura de que después de eso no desearía quedarse, sobre todo cuando el clan viera lo débil que estaba.

—Ése fue tu error —dijo Ariella en tono tenso.

Agnes la miró sin comprender del todo.

—¿Cuál?

—Creer que MacFane es débil.

Roderic dejó escapar un bufido.

—Te gusta tanto cuidar de animales heridos, que no puedes verlos como son en realidad.

—Tienes razón —convino Ariella—. El hecho de que cuidara de ti constituye una prueba.

—Puede que MacFane haya enseñado a tu gente unos cuantos trucos para luchar, pero él mismo es poco más que un desecho. Lo es desde el día en que Gavin lo arrastró a casa en un carro, destrozado y convertido en una piltrafa. Y aun así lo hicieron jefe. ¿Pero con qué derecho? —exclamó, con la voz enronquecida por el desprecio—. ¿Porque era el hijo del señor de los MacFane? Cualquier necio podía darse cuenta de que yo era mucho más indicado que él para gobernar a los MacFane. Pero cuando intenté convencer de eso al consejo, éste rechazó mi petición.

—De modo que intentaste derrocar a Malcolm por la fuerza —terminó Ariella—. Pero fracasaste. Y él te desterró.

—En aquel momento no disponía de guerreros suficientes que me apoyasen —reconoció Roderic encogiéndose de hombros—. Y el ejército de Malcolm le seguía siendo leal. Así que tuve que sufrir la indignidad de ser expulsado de mi clan sin nada, mientras Malcolm disfrutaba de las comodidades y los privilegios de ser jefe. Pero eso no duró mucho. —Su boca se torció con malévola satisfacción—. Seguro que estarás enterada del desdichado destino del clan MacFane.

Ariella lo miró fijamente, horrorizada.

—¿Fuiste tú quien mató a todas esas mujeres y niños?

—¿Qué mujeres y niños? —preguntó Agnes con el ceño fruncido.

—La responsabilidad de su seguridad le correspondía a Malcolm —dijo Roderic—. Yo simplemente intenté demostrar a los MacFane que habían cometido un tremendo error al elegirlo a él y no a mí. Por desgracia, después de convencer a los Sínclair de que estaban a punto de ser atacados por los MacFane, resultó difícil controlarlos. El gran Lobo Negro, por supuesto, estaba borracho aquella noche y no podía asimilar el peligro que corría. Enviamos un mensaje falso el que decía que los MacKay estaban sufriendo un ataque y necesitaban que acudiera con su ejército. Y él, como un estúpido, lo creyó. Ordenó a sus guerreros que lo acompañaran hasta las tierras de los MacKay, y dejó su precioso castillo prácticamente sin nadie que lo guardara.

Ariella se sintió invadida por una sensación de horror. Hacía tiempo que sabía que Roderic era despiadado. Había puesto de manifiesto la vileza de su corazón el día en que asesinó a su padre y mató a varios miembros de su clan en

su empeño de obligarla a entregarle la espada. Pero hasta este momento no había comprendido verdaderamente el grado al que llegaba su depravación.

—Asesinaste a las mujeres y a los niños de tu propio clan. —El tono de las palabras estaba cargado de odio.

—Ya no era mi clan —señaló Roderic con indiferencia—. Me habían desterrado.

—Santo cielo —susurró Agnes con el rostro ceniciento—. ¿Cómo pudiste hacer una cosa tan terrible?

Él apenas le dedicó una mirada y le propinó una bofetada en la boca. Agnes lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás.

—No se te ocurra hablarme de ese modo —amenazó.

Ella se llevó unos dedos temblorosos a los labios. El dolor que brillaba en sus ojos se tornó en pavor cuando se vio la sangre en las yemas de los dedos.

—Vuelve a la tienda —le ordenó Roderic sin contemplaciones—. Me pone enfermo mirarte. Ya no me eres de ninguna utilidad.

La ira de Ariella se mezcló con una chispa de lástima al ver cómo Agnes miraba fijamente a su amante con una expresión de impotencia y sorpresa. Si no hubiera sido por la traición de Agnes, su hermana y su clan estarían a salvo aquella noche, se recordó a sí misma con vehemencia. En cambio, corrían un grave peligro. Aun cuando Roderic decidiera perdonarles la vida en aquel bosque, si se veía obligada a entregarle la espada, ella y su gente se enfrentaban a interminables años de desgracia y tormento. Y si Roderic escogía valerse de la espada para expandir el reino de su poder, otros clanes de las Highlands caerían bajo su brutal dominio. Todo por culpa de aquella tonta joven, que se había dejado embaucar profundamente por aquel bello rostro y los suaves encantos de un monstruo. Ariella deseó no sentir nada excepto desprecio hacia ella, pero no pudo olvidar que ella misma se había sentido cautivada en otro tiempo por la apariencia y las palabras acarameladas de Roderic, aunque sólo hubiera sido por un corto período.

Fue el hecho de reconocer su propia ingenuidad lo que la hizo murmurar suavemente:

—Adelante pues, Agnes. Catherine estará echándote de menos, y el bebé que está creciendo en tu interior necesita que descanses.

Demasiado atónita para hablar, Agnes la miró con expresión abatida y empezaron a rodarle las lágrimas por las mejillas. Dio media vuelta y se escabulló al interior de la tienda, desaparecida la joven segura de sí misma que parecía cuando salió de ella.

—No tiene ni una pizca de pasión —observó Roderic en tono sarcástico. Se acarició la cicatriz de la mejilla y recorrió a Ariella de arriba abajo con mirada abrasadora—. Después de ti, bella Ariella.

Los guerreros que estaban tendidos junto al fuego esbozaron unas risitas al verla pasar por su lado. Ariella mantuvo la cabeza alta y se ciñó un poco más la

capa. «No me tocará», se recordó a sí misma empecinadamente, sintiendo la forma sólida de su daga contra el muslo. Sabía que tal vez pudiera apuñalar a Roderic una vez que estuvieran dentro de la tienda, pero sin la presencia de las fuerzas de Harold rodeando el campamento, los guerreros de Roderic matarían enseguida a Catherine a modo de represalia.

Tenía que encontrar otra manera de aplacar el ardor del deseo lujurioso de Roderic.

La tienda estaba cálidamente iluminada por un par de velas que ardían suavemente en lo alto de un elaborado candelabro de plata. Una de las favoritas de su padre, aquella pieza había adornado su mesa en el gran salón desde que ella era pequeña. Ahora descansaba sobre una hermosa mesa que había sido tallada por Angus en su juventud. La cama de Roderic era un montón de tartanes de buena factura extendidos descuidadamente sobre el suelo, cada uno de los cuales había sido tejido con todo cariño por las mujeres de su clan para mantener calientes a sus familias. Sintió que la invadía el odio en aquel momento, tan abrumador que su mano estuvo a punto de aferrar la daga. Respiró hondo. Era responsable de mucho más que una simple venganza.

Roderic dejó caer la tela que cerraba la tienda y quedaron recluidos en aquel estrecho recinto.

—¿Dónde está la espada? —exigió bruscamente.

—No la tengo.

El semblante de Roderic se endureció.

—No estoy de humor para juegos, Ariella. Dame la espada, o de lo contrario Catherine será arrastrada hasta aquí y le cercenaré la garganta delante de tus propios ojos.

—No dudo de que lo harías —dijo Ariella, fingiendo mayor aplomo del que sentía—. Por eso, si tuviera la espada, ya te la habría dado.

La expresión de Roderic se tornó pensativa. Estaba claro que no sabía si creerla o no.

—¿Dónde está?

—Se la entregué al jefe de los MacFane.

—Mientes. Agnes me ha dicho que Malcolm y Gavin partieron anoche y que no esperas que regresen.

—No estoy hablando de Malcolm —aclaró Ariella—. He enviado la espada a Harold MacFane, mi prometido, como símbolo que selle nuestro compromiso matrimonial. En este momento viene de camino hacia aquí, con su gran ejército.

La rabia se dibujó en las facciones de Roderic.

—Pero Harold no conoce los poderes de la espada —se apresuró a asegurar, temiendo haber provocado su furia excesivamente con aquella mentira—. Y la espada no reaccionará a él. Quien sea el que la empuñe ha de pasar primero por una prueba, y Harold no lo ha hecho.

Roderic la observó con suspicacia.

—¿Qué clase de prueba?

—No lo sé —admitió Ariella—. Nadie la ha presenciado nunca, y es diferente para cada persona que intenta realizarla. Alpin ha dicho que es una prueba de coraje y de fuerza. —Dos cosas que Roderic poseía en abundancia, comprendió con pesadumbre.

—Agnes no me ha mencionado nunca cada acerca de una prueba —replicó Roderic—. Dijo que bastaba con que me entregases la espada.

—Agnes no sabe nada de la prueba. Mi padre heredó la espada por derecho de cuna, al igual que su padre, y que el padre de su padre. Sólo cuando no existe un varón que sea heredero directo, el deber de escoger un nuevo jefe recae sobre la hija mayor. Una vez que ha sido elegido dicho hombre, ha de superar la prueba con éxito.

Roderic frunció el entrecejo, irritado por aquel retraso inesperado.

—Si la espada no tiene poder alguno, ¿por qué se la has enviado a, Harold?

—Se la he enviado como símbolo de mi palabra de casamiento —explicó Ariella—. La espada en sí misma es un objeto de gran belleza. Incluso sin su magia, sigue siendo una exquisita muestra de destreza artística.

—Estas intentando engañarme. Cuando llegue Harold, lo harás pasar por esa prueba e ir a por mí, blandiendo esa espada con todos sus poderes.

—¿Acaso crees que arriesgaría de ese modo la vida de mi hermana? —exclamó Ariella, impaciente—. El hecho de que haya venido aquí esta noche, desarmada y sin escolta, demuestra que estoy cediendo a tus demandas. He dejado dada la orden de que si llega Harold, ha de entregar la espada a uno de mis hombres, que la traerá al bosque. Tus guerreros lo conducirán hasta aquí, y yo te la entregaré. Tu éxito o tu fracaso durante la prueba depende enteramente de ti —terminó—. Si fracasas, no podrás intentarlo de nuevo.

—No fracasaré —le aseguró. Entornó los ojos para decir—: Deberías preocuparte más por lo que le sucederá a Catherine si me estás mintiendo.

—No miento.

Roderic la estudió durante unos instantes, pensando en aquella afirmación.

—Muy bien, dulce Ariella —dijo por fin, despojándose de la espada—, parece ser que disponemos de un poco de tiempo que pasar juntos antes de que llegue Harold. —Alargó una mano y la atrajo hacia sí—. Creo que es el momento de terminar lo que habíamos empezado.

Ariella no se movió lo más mínimo cuando él le apoyó las manos en los hombros. Permaneció inmóvil mientras Roderic abría el cierre de plata que le sujetaba la capa al cuello, y apenas se estremeció cuando la pesada prenda se deslizó hasta el suelo. Incluso cuando él le hundió la mano en el cabello con gesto brusco y la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás, lo miró con estudiada calma. Y entonces, justo cuando Roderic acercaba su boca a la de ella, declaró con voz suave y fría:

—Hay una cosa que deberías saber, Roderic.

—¿De qué se trata? —preguntó él, con los labios a escasa distancia de los suyos.

—No puedo otorgar los poderes de la espada si ya no soy casta.

Él levantó la cabeza ligeramente y escrutó su rostro.

—Estás mintiendo —decidió, insinuando una sonrisa—. Me dices esto porque desprecias mi contacto.

Tenía razón. Ariella luchó por dominar el asco que sentía al notar su aliento en la cara.

«Este es el hombre que asesinó a mi padre.»

—Es cierto que desprecio tu contacto —aceptó—, pero no estoy mintiendo.

Roderic sonrió y volvió a acercarse a su boca. Y entonces vaciló, inseguro de repente.

—Estás mintiendo —repitió—. Admítelo.

—No estoy mintiendo.

Sus ojos verdes se oscurecieron por el fastidio. Bajó la mano con que le aferraba el cabello, le rodeó la garganta y comenzó a apretar.

Ariella forcejeó en busca de aire. Roderic le estaba permitiendo respirar lo justo para poder hablar, pero no le suplicó que se detuviera. Sus fuertes dedos apretaron hasta que se le cerró la garganta del todo. En el interior de su cabeza empezaron a estallar chispazos de colores, y sintió un ruido ensordecedor en los oídos. Cerró los ojos, temiendo de pronto que Roderic pudiera estrangularla de verdad en su afán por obtener la respuesta que quería.

Súbitamente, Roderic la soltó.

Ariella aspiró una profunda bocanada de aire antes de clavar su mirada en la de Roderic. Entonces le permitió ver la profundidad de su odio.

—Si me violas ahora, la espada jamás será tuya —escupió.

Vio cómo se debatía entre la lujuria y su deseo de poder. De repente se volvió de espaldas, enfurecido y frustrado.

—¡Gregor!—gritó.

El corpulento guerrero alzó la tela de entrada a la tienda.

—Métela en la tienda con las otras dos —le ordenó Roderic en tono tajante—. Cerciórate de que estén bajo constante vigilancia.

Gregor miró a Ariella con un gesto de sorpresa. Ariella le devolvió aquella mirada con un frío desdén. Creyó detectar un destello de admiración en sus ojos, pero no estaba segura.

—Ven conmigo.

Ariella se puso de nuevo la capa, pasó junto a Roderic y siguió a Gregor al aire frío de la noche. Los otros guerreros la miraron atónitos, preguntándose cómo habría conseguido aquel respiro temporal. Con odio hacia todos ellos, Ariella mantuvo la espalda recta y la vista fija al frente.

«Cada uno de vosotros pagará por los crímenes cometidos contra mi clan», juró en silencio.

Al penetrar en la penumbra de la tienda encontró a Agnes acurrucada sobre una manta, llorando abiertamente, y a la pequeña Catherine a su lado, enjugando la sangre del labio de Agnes con el borde de su vestido e intentando consolarla. Catherine alzó la vista hacia ella y la miró con incredulidad, con ojos como platos. Al instante se puso en pie de un salto, se abrazó con fuerza a la cintura de Ariella y escondió la cara en los tibios pliegues de la capa de su hermana.

—Ariella —empezó a decir con un hilo de voz, temblando—, ¿podemos irnos ya a casa?

—Todavía no —murmuró ella al tiempo que acariciaba con los dedos el sedoso cabello de la niña—. Pero nos iremos pronto.

Sintió la tenaza de la desesperación al hacer aquella promesa. Había logrado entretener a Roderic hasta la llegada de Harold, y estaba con su hermana, que era lo que quería. Pero ambas estaban atrapadas. Los suyos no podían competir con la brutalidad de los guerreros de Roderic y aunque llegase Harold con todo su ejército, Roderic seguía teniendo a Catherine como rehén. Hasta que Ariella le entregase la espada y fuera investido con los poderes de la misma, su hermana se hallaba en grave peligro. Pero si lo hacía, condenaría a su clan, y posiblemente también a otros clanes, a varias décadas de intolerable sufrimiento.

Abrumada de pronto por el sonido lastimero del llanto de Agnes y por la desesperación con que se abrazaba a ella su hermana en busca de consuelo, se sorprendió a sí misma deseando, aun de modo ilógico, no que llegase Harold, sino ver aparecer a Malcolm.

CAPITULO 14

Un vivo resplandor de fuego dibujaba los elegantes perfiles del castillo en contraste con la oscuridad aterciopelada. A lo largo de las almenas, cada pocos pasos había una antorcha que flameaba y chisporroteaba, creando un magnífico círculo de llamas, y una luz anaranjada se derramaba desde las ventanas en arco convirtiendo en oro la intrincada sillería. Era la vista más espléndida y acogedora que Malcolm había presenciado jamás.

Su furia se hizo más intensa.

En lugar de llorar por su partida, aunque sólo fuera por una breve noche, era evidente que los MacKendrick habían decidido que correspondía organizar una gran celebración. Por supuesto, reflexionó con gesto sombrío; estaban esperando deseosos la llegada de su valeroso y nuevo señor, y querían ofrecerle una bienvenida espectacular. No habían hecho menos por Malcolm. El día en que él llegó, Ariella lo arrastró por en medio de un delirante torbellino de poetas y malabaristas, volatineros, oradores y estandartes, por no mencionar aquellos horribles gaiteros. En aquel momento se sintió enfurecido por haber sido convertido en el objeto de aquella inmerecida adulación. Sabía que en el momento en que desmontara, aquellas gentes lo mirarían con sorpresa y lástima, y se preguntarían por qué se habrían tomado tantas molestias para recibir a un tullido. Sin embargo, esta noche, al contemplar en silencio las brillantes llamas que pintaban la fortaleza de los MacKendrick de naranja y oro, se descubrió a sí mismo anhelando que aquel castillo ardiera por él.

Igual que había ardido Ariella la noche anterior.

—Salta a la vista que esperan que Harold llegue esta noche —señaló Gavin, deteniendo su caballo junto al de Malcolm—. Quieren que vea que va a obtener algo que es de una rara belleza.

—Harold jamás sabría apreciar lo que ofrece Ariella —comentó Malcolm en tono de desdén—. El hecho de que quiera obligarla a abandonar su hogar ya es una prueba de ello.

—En otro tiempo, tú habrías hecho lo mismo, Malcolm —le recordó Gavin—. No es lógico que un gran jefe pase el tiempo viviendo en un pequeño pedazo de tierra escondido entre las montañas. Harold necesita estar con los MacFane y con su ejército. Los MacKendrick y su castillo no son para él sino una posesión adicional, nada más.

—Igual que la esposa que ha venido a reclamar.

—No puedes esperar que sienta algo por ella. Jamás ha visto a Ariella. Por lo menos, no como mujer —puntualizó con una sonrisa—. No sé por qué, pero dudo que ella mencionase en su carta que lo visitó en cierta ocasión disfrazada de muchacho, con las piernas desnudas y el cabello sucio y revuelto.

Le vino a la mente una imagen de Rob, de pie y en actitud desafiante frente a él, con sus delgadas piernas separadas y los brazos cruzados delante de su pecho plano. Malcolm sacudió la cabeza, todavía asombrado de que Ariella hubiera sido capaz de engañarlo durante tanto tiempo.

—Podría ser que el pobre Harold se acordase demasiado bien de su aspecto escuálido —señaló en tono irónico— y rechazara su oferta.

Continuó observando el castillo, y preguntándose cómo reaccionaría Ariella cuando se enterase de que había vuelto. ¿Temería su cólera? Aquella idea provocó una sonrisa perversa. Sería un placer verla temblar frente a su furia desplegada. Tal vez eso ayudase a mitigar el dolor y el cansancio con que luchaba desde que aquella asquerosa droga que le dio Ariella le despejó por fin los sentidos. Sí, haría que sintiera temor de él, decidió; al menos, durante un poco de tiempo. Se inclinó hacia delante en la silla, inquieto de pronto.

—Escucha.

Gavin escuchó un instante.

—No oigo nada.

—¿Y no te resulta extraño?

Gavin lo miró con una expresión interrogante.

—¿Por qué?

—Los MacKendrick adoran la música y el jolgorio, siempre que encuentran la menor excusa para celebrar algo —explicó Malcolm—. Si creían que Harold iba a llegar esta noche, le habrían preparado un festín. ¿No crees que debería haber montones de música y risas en una ocasión como ésta?

Gavin se encogió de hombros.

—Quizás hayan terminado ya el banquete. O puede que no quieran empezar hasta que llegue Harold.

Malcolm recapacitó durante unos instantes, y después movió la cabeza negativamente.

—No es tan tarde para haber terminado —razonó—. Y aun cuando no hubieran empezado todavía, Graham, Ramsay y los demás músicos estarían practicando su pieza de bienvenida. El día en que llegamos nosotros, se los oía soplar esas malditas gaitas desde más allá de una milla, antes de que entrásemos por la puerta.

Gavin frunció el ceño y volvió a mirar el silencioso castillo.

—Tienes razón.

Malcolm instó a Caín a continuar la marcha, mientras escrutaba la oscuridad. Cuando penetraron en el círculo de luz que irradiaba el castillo, vio casi dos docenas de figuras en sombras situadas en lo alto del muro.

—Qué extraño —murmuró—. Parece como si estuvieran...

En aquel momento, dos flechas rasgaron el aire y se clavaron en el suelo a uno y otro lado de él, lo cual hizo recular a Cain.

—¡Dios todopoderoso! —rugió Malcolm, intentando calmar a su caballo.

—¡No deis un paso más! —advirtió Angus desde el muro—. ¡O de lo contrario os coseremos a flechas hasta que vuestra sangre fluya igual que el agua a través de una red!

—Tengo una apuntada directamente a tu pérfido y negro corazón —añadió Dugald en tono amenazante—. ¡Si haces el menor movimiento, eres hombre muerto!

Malcolm miró hacia arriba, incrédulo.

—¿ Angus ? ¿ Dugald ? En el nombre de Dios, ¿qué creéis que estáis haciendo?

Siguió un silencio de incertidumbre. A continuación, Angus asomó con cautela su cabeza canosa entre las almenas y entornó los ojos en un esfuerzo por ver en la oscuridad.

—¿MacFane? ¿Sois vos?

—Sí. Y también Gavin. ¿Qué diablos está pasando?

—¡El muchacho ha vuelto! —chilló Angus entusiasmado—. ¡Oíd, todo el mundo, ha regresado el Lobo Negro!

Un fuerte grito de alivio se elevó hacia el cielo, al tiempo que los que estaban tumbados a la espera sobre el muro se precipitaron hacia delante para verlo por sí mismos. Al instante empezaron a llover sobre Malcolm preguntas que venían de todas partes.

—¿Habéis traído esta vez vuestro gran ejército? —quiso saber Gordon.

—¿Está oculto en el bosque? —preguntó Bryce.

—Estábamos seguros de que volveríais —exclamó Helen, saludando con la mano.

—Alpin dijo que se acercaba un guerrero, y supimos que teníais que ser vos —dijo Ramsay—. Aunque Ariella nos dijo que era Harold.

—Cuando Ariella nos explicó que tuvisteis que iros —añadió Graham—, no pudimos creer que fuera para siempre.

Era maravilloso ser recibido de aquel modo, pero el calor que inundaba el pecho de Malcolm estaba oprimido por una punzada de inquietud.

Algo había ocurrido en su ausencia.

—Abrid la puerta —ordenó.

Continuó avanzando mientras se abría la pesada puerta de madera y se alzaba a toda prisa el nuevo rastrillo. Cuando Gavin y él estuvieron en el patio, el rastrillo cayó y la puerta se cerró de golpe. El joven Colín vino corriendo hacia ellos para hacerse cargo de Caín.

—Bienvenido de nuevo, MacFane —dijo el chico con avidez.

—Gracias, Colín. —Dejó escapar un gemido de dolor al desmontar, pero enseguida hizo caso omiso, enfadado—. Esta noche Caín necesita un cuidado especial. Ha recorrido un largo camino.

—Sí, mi señor. —El rostro de Colín se ruborizó de solemne orgullo. Tomó el caballo de Gavin y seguidamente dio media vuelta y se llevó los dos enormes corceles de guerra en dirección al establo.

Moviéndose todo lo rápido que le permitía su pierna rígida. Malcolm entró en el gran salón, donde se hallaba congregada la mayor parte del clan. Barrió con la mirada la estancia iluminada con las antorchas y descubrió un mar de caras angustiadas. Se fijó en que Duncan y Andrew habían vuelto y lo miraban con grave preocupación. Elizabeth estaba de pie en un rincón alejado, con el semblante pálido y expresión temerosa.

A Ariella no se la veía por ninguna parte.

—¿Dónde está Ariella? —preguntó con urgencia.

Transcurrieron unos instantes de turbado silencio antes de que

Niall contestara en tono grave:

—La tiene Roderic.

Malcolm sintió la tenaza del pánico, tan abrumadora que apenas le permitió respirar.

—¿Qué quieres decir? —articuló en voz baja

—Rodeno y sus hombres han capturado hoy mismo a Agnes y a Catherine - explico Duncan, con una expresión que reflejaba su alivio por el regreso de Malcolm- Envió un mensaje a Ariella en el que le exigía la espada de los MacKendrick a cambio de la libertad de las dos. Quiere que sea suya antes del amanecer, o de lo contrario le cortara el cuello a Catherine. Ariella estaba tan aterrorizada de que fuera a hacerle daño a Catherine, que ha ido a ver a Roderic, sin llevar la espada. Abriga la esperanza de entretenerlo hasta que llegue Harold MacFane con su ejército.

Malcolm aceptó un papel arrugado que le entregó Duncan y leyó rápidamente el mensaje.

-Cristo todopoderoso -juró, furibundo-. ¿De verdad se cree Roderic esa estupidez de una espada mágica?

Los miembros del clan cruzaron miradas de inquietud

Malcolm los contempló exasperado.

-No me digas que tu gente cree de verdad que tenéis una espada con poderes mágicos

-Bueno -comenzó Angus, titubeante-, resulta que sí, muchacho.

-Así es -convino Dugald- La tenemos hace ya aproximada mente cuatrocientos años.

-Cuatrocientos doce -corrigió Gordon- Según Alpin y él tiene que saberlo, claro está. Fue el año en que el gran jefe de los MacKendrick dio muerte con ella a un terrible monstruo de dos cabezas.

Malcolm no sabia que lo sorprendía más: el hecho de que de verdad se creyeran semejantes tonterías, o que estuviera en peligro la vida de Ariella y él estuviera perdiendo el tiempo escuchando aquellas bobadas

-Por el amor de Dios, si tenéis alguna vieja reliquia cubierta de herrumbre que consideráis mágica, dádsela a Roderic y terminad de una vez.

-No es tan sencillo, MacFane -dijo Niall-. Sólo Ariella puede entregar la espada junto con todos sus poderes.

-Y el hombre a quien se la entregue se convierte inmediatamente en el siguiente señor de los MacKendrick -agregó Andrew- Estamos obligados a obedecerlo.

—Eso es ridículo —gruñó Malcolm, impaciente—. No existe ninguna espada que sea mágica, y vosotros podéis obedecer a quien os apetezca, no a un depravado malnacido que empuñe una espada antigua.

—Si Ariella le entrega la espada a Roderic, él se convertirá en el próximo jefe de los MacKendrick —dijo Gordon con una expresión completamente seria—. Es así de sencillo.

—Y por ese motivo tiene Ariella la responsabilidad de esconder la espada de quien pretenda causarnos daño —explicó Angus—. Debe elegir al hombre adecuado.

—Ése es su solemne derecho por nacimiento —añadió Dugald—. Y su deber.

Malcolm luchaba por controlar su cólera. Aunque no creía aquellas bobadas, era obvio que los MacKendrick sí las creían. Lo cual quería decir que probablemente sucediera lo mismo con Ariella. Y era evidente que alguien había convencido también a Roderic.

¿Qué diablos les ocurría a todos ellos?

—Supongamos que lo que me estáis diciendo sea cierto —empezó, intentando dar la impresión de que por lo menos tenía en cuenta aquella posibilidad—. Dado que Roderic tiene en su poder a Ariella, Catherine y Agnes, ¿qué alternativa os queda, excepto entregarle la espada? —Su semblante mostraba una expresión dura cuando terminó—: ¿Tenéis idea de la barbarie de que es capaz Roderic?

Nadie respondió.

Sí, comprendió Malcolm tristemente al ver sus expresiones de angustia. La primera vez que atacó Roderic, dio a probar a los MacKendrick una muestra,

breve pero concienzuda, de su crueldad. Aquello no fue nada en comparación con la atroz matanza que había llevado a cabo con los MacFane, pero bastó para que comprendieran la gravedad de su situación.

—No tenemos alternativa —los informó—. Y menos aún tiempo. Dadme esa espada, y yo mismo se la llevaré a Roderic. Me cercioraré de que deje en libertad a las cautivas antes de ponerle la espada en las manos. Si lo que decís es cierto, y sólo Ariella puede entregar la espada con sus poderes a otra persona, no importará que él la tenga sin más, ¿no?

—Pero en ese caso nos quedaremos sin ella —señaló Andrew.

«Pues entonces, fabricad otra», pensó Malcolm con desdén.

—Una vez que sepa que Ariella, Catherine y Agnes están a salvo, la recuperaré para vosotros —dijo, en cambio.

Angus no parecía estar muy seguro.

—¿Y cómo vais a hacer eso?

—Con nuestra ayuda, naturalmente —terció Duncan—. Cuando Ariella, Catherine y Agnes estén libres, podemos atacar el campamento de Roderic.

—Ya hemos demostrado nuestra capacidad para presentarles batalla —señaló Niall—. Hemos de ahuyentarlos para que no se les ocurra atacarnos nunca más.

Numerosos murmullos de asentimiento se extendieron por la sala.

—No —declaró Malcolm con firmeza.

Duncan lo miró exasperado.

—¿Por qué no?

—Hacer que los hombres abandonen su casa y sus seres queridos es la estrategia favorita de Roderic —explicó—. Yo mismo fui víctima de esa táctica en una ocasión. Roderic me hizo creer que había otro clan que estaba sufriendo un intenso ataque y que necesitaba la protección de mi ejército. Yo me llevé a mis guerreros y dejé tan sólo un pequeño contingente en mi fortaleza. —Calló unos instantes, reacio a continuar—. La devastación que sufrió mi clan fue... indescriptible.

Los MacKendrick lo contemplaron compasivos, sin entender la magnitud de su error.

Ni que lo que había sucedido fue enteramente culpa de él.

No podía seguir mintiéndoles. De algún modo, en aquel momento, mientras ellos lo miraban fijamente con una confianza incondicional, deseó que supieran la verdad. De manera que prosiguió en tono grave, sombrío:

—Aquella noche fueron asesinados más de doscientas mujeres y niños. Jóvenes y viejos. Sanos y enfermos. Ni siquiera se salvaron las mujeres embarazadas. Roderic y sus aliados mataron a todos los que pudieron... porque el gran Lobo Negro, el señor de los MacFane, estaba borracho. Y yo, estúpidamente, en mi ebriedad, creí que el enemigo al que me enfrentaba se hallaba en otro

lugar. Por aquel error imperdonable fui despojado de mi título y desterrado para siempre de mi clan. Ya no soy el jefe de los MacFane —finalizó con voz ronca—. Ya no conduzco ningún gran ejército. Gavin y yo vivimos solos en una tosca cabaña, a unos tres días de aquí. Allí es donde me encontró Ariella.

Un profundo silencio de sorpresa llenó la sala.

Malcolm miró sus caras de abatimiento con rígida calma, sin mostrar ni una pizca del dolor que lo desgarraba por dentro. Tenía que de oírselo, se dijo a sí mismo seriamente mientras veía cómo iba desapareciendo la admiración de sus rostros. Nadie dijo nada, todos estaban demasiado horrorizados para encontrar palabras.

«Me lo merezco», pensó Malcolm ferozmente, luchando contra la desesperación que le estaba destrozando el alma. «Nunca he merecido su admiración y su respeto; ellos me los dieron basándose en supuestos falsos, pensando que yo todavía era el Lobo Negro. No podían verme como era en realidad.

«Sólo pudo Ariella.»

Resultaba un verdadero suplicio enfrentarse a aquellas miradas de asombro. Aun así, lo soportó. No sólo le había fallado a su propio clan, sino que además había mentido a los MacKendrick acerca de quién y qué era. Tenían todo el derecho de despreciarlo. Pero con independencia de su desprecio, pensaba ir en busca de Ariella, con o sin la aprobación del clan, incluso sin aquella absurda espada de la que le habían hablado. Nada le impediría traerla de vuelta a ella, a Catherine y a Agnes.

Igual que nada le impediría matar a Roderic.

—Lo decís como si ese terrible suceso hubiera sido culpa vuestra —señaló Angus de pronto, rompiendo el silencio.

—Fue culpa mía —le aseguró Malcolm ásperamente—. Yo era responsable del bienestar de mi clan. Si hubiera retenido allí a mis guerreros, hoy esas mujeres y niños estarían vivos.

—Pero actuasteis basándonos en lo que sabíais —razonó Dugald—. Creíais que había otros que necesitaban desesperadamente vuestra ayuda.

—Estaba borracho —dijo Malcolm con asco—. No debería haberme llevado tantos hombres conmigo.

—Tal vez —concedió Gordon—. Pero si hubiera otro clan sufriendo un terrible ataque y vos hubierais llegado con un contingente de hombres demasiado escaso, ¿seríais responsable de esas muertes también?

Malcolm lo miró sorprendido. ¿Por qué lo defendían?

—Se trataba de una decisión difícil, ya estuvierais borracho o sobrio —comentó Duncan—. Hace sólo un momento yo he sugerido que todos los hombres que están aquí presentes vayan al bosque a buscar a Roderic y sus hombres. Si vos no estuvierais aquí, eso es lo que habríamos hecho.

—Pero si lo hiciéramos, y todas la mujeres y niños de este clan fueran asesinados, no echaríamos la culpa a Duncan —dijo Ramsay—. Los únicos responsables de esa tragedia seguirían siendo Roderic y sus hombres.

El desconcierto lo obligó a guardar silencio. ¿Por qué no podían comprender que el ataque sufrido por su clan había sido culpa suya?

—Lo sucedido pertenece al pasado —declaró Angus sabiamente—. Lo único por lo que podemos juzgaros, MacFane, es por vuestros actos mientras habéis estado con nosotros. Y en ningún momento habéis hecho otra cosa que intentar protegernos, hasta donde llegaba vuestra considerable capacidad.

—Sí, es cierto —dijo Bryce.

—Si no hubiera sido por vos, Roderic nos habría capturado la última vez que estuvo aquí —señaló Niall— Vos nos enseñasteis a repeler un ataque.

—Nos convencisteis de que ciertamente podíamos ganar —añadió Hugh.

—Nos hicisteis sentir guerreros —terminó Helen— Incluso a las mujeres.

—Ariella jamás os habría traído aquí si no creyera que podíais ayudarnos —indicó Graham— Con independencia de vuestro pasado.

Malcolm no podía creer lo que le estaban diciendo. Estaban aceptando su fracaso a la hora de proteger a su clan, y el hecho de que les hubiera mentido a ellos.

—Volviendo a este asunto con Roderic —dijo Duncan, como si el delito de Malcolm ya no viniera al caso—, yo digo que permitamos que MacFane le lleve la espada a Roderic de inmediato, que se asegure de la liberación de Ariella, Catherine y Agnes, y que después intente recuperarla. Mientras no sea Ariella quien se la entregue a Roderic, éste no obtendrá sus poderes.

—Es un buen plan —convino Gordon— No sabemos si dará resultado el intento de Ariella de entretener a Roderic. Y no tenemos idea de cuándo llegará Harold con su ejército.

—Llegará mañana —terció Malcolm, preocupado por el hecho de que él mismo había retrasado la llegada de su primo. Harold viajaba con un pequeño ejército de unos cincuenta guerreros curtidos y muy bien adiestrados. Su presencia en aquel momento habría sido de incalculable valor—. Posiblemente para mediodía.

Dugald lo miró con curiosidad.

—¿Cómo lo sabéis?

—Gavin y yo nos tropezamos con él durante nuestro viaje. Cuando me di cuenta del propósito que lo traía aquí, lo convencí de que acampara para pasar la noche, para poder llegar yo primero.

Gordon frunció el entrecejo.

-¿Por qué hicisteis tal cosa?

-Para poder hablar con Ariella, naturalmente -explicó Angus sonriente—. Es así, ¿verdad, muchacho?

-¿Dónde encontraré esa espada? -pidió Malcolm, sin hacer caso de la pregunta.

-Debéis hablar con Alpin -dijo Dugald- Sólo él sabe dónde esta guardada.

-Bien. El resto de vosotros, regresad de inmediato a vuestras posiciones -ordenó-. Es preciso vigilar hasta el último pedazo de terreno circundante por si se produce cualquier mínimo movimiento Gavin asumirá el mando durante mi ausencia. Dos tercios de vosotros haréis guardia y el otro tercio se irá a dormir. Os alternaréis cada dos horas Es posible que Roderic y sus hombres esperen que nos agotemos durante la noche, y así estemos cansados y poco atentos por la mañana. No permitáis que suceda eso.

Todos asintieron. Ahora que Malcolm había asumido el mando sus semblantes se mostraban graves pero animados por un propósito'

—Muy bien. Moveos.

Observó cómo se dispersaban rápidamente los miembros del clan A continuación se encaminó hacia la cámara de Alpin para ir a buscar aquella ridícula espada.

El enorme búho agitó las alas y ululó ruidosamente cuando se abrió la pesada puerta, para protestar por la presencia de Malcolm. Éste miró con cara de pocos amigos a aquella antipática criatura y avanzó cojeando pero con paso decidido, hacia la parte posterior de la cámara en penumbra. Halló a Alpin encorvado sobre una mesa, troceando calmosamente una pila de alas de murciélago marchitas y de aspecto correoso.

—De modo que -murmuró Alpin, recogiendo despacio los fragmentos con una mano blanca y huesuda— habéis vuelto.

—Vengo por la espada, Alpin.

Sin dar muestra alguna de haberlo oído, Alpin empezó a echar en un cuenco pellizcos meticulosamente medidos de las alas desecadas.

-Roderic tiene en su poder a Ariella, Catherine y Agnes -explico Malcolm, convencido de que aquel anciano no era consciente de que su clan corría un grave peligro.

Alpin echó un pellizco más en el cuenco y seguidamente lanzó el sobrante sobre su hombro izquierdo.

—Ya lo sé.

Estudió con los ojos entornados los frascos que atestaban su mesa y por fin seleccionó uno con la etiqueta de «Aceite de Arenque», lo alzó hacia la llama de la vela para cerciorarse de estar leyendo correctamente la etiqueta y acto seguido empezó a verterlo gota a gota en el cuenco, con lentitud insufrible.

—Debo llevar la espada para salvarlas —insistió Malcolm, cada vez más nervioso—. El clan afirma que sólo vos sabéis dónde está.

—Es cierto —afirmó el anciano.

Dejó el frasco y cogió una jarra de arcilla, le quitó la tapa y la olfateó con cuidado. Satisfecho por lo que olió o no olió, extrajo una cuchara de plata de un bolsillo de su capa, la pasó por la superficie de la jarra y añadió una porción de su contenido de color pardo a la mezcla.

—Pero depende de vos que la encontréis —declaró crípticamente.

Malcolm sintió que se le acababa la paciencia.

—No tengo tiempo para estas tonterías —masculló al tiempo que daba media vuelta para marcharse.

—Debéis buscar tiempo, MacFane —le advirtió Alpin.

Malcolm se detuvo, respiró hondo y después preguntó en un tono de voz notablemente sereno:

—¿Podéis dármela o no?

—Me temo que no puedo dársela a nadie. —dijo Alpin negando con la cabeza—. Lo único que puedo hacer es deciros dónde podéis encontrarla. Que la encontréis o no depende enteramente de vos. Y de Ariella —añadió, volviendo a colocar la tapa de la jarra.

—Perfecto. ¿Dónde puedo encontrarla, pues?

—La espada de los MacKendrick está oculta en el bosque, donde ha permanecido, sin que nadie la toque, aproximadamente treinta años. Si el padre de Ariella la hubiera tenido consigo —reflexionó, meneando la cabeza—, el sufrimiento que infligió Roderic al clan tal vez no hubiera tenido lugar nunca.

—¿Y por qué no la tenía?

—Ni él, ni su padre, ni el padre de su padre usaron jamás la espada, excepto durante el ritual en el que se les invistieron los poderes de señor del clan. Dado que somos un clan pacífico, la espada se ha convertido en un objeto exclusivamente ceremonial. Sus poderes reales no han sido puestos a prueba en más de cien años.

—Lo que quiere decir que nadie ha presenciado su poder —señalo Malcolm secamente—. Me asombra que a nadie se le haya ocurrido cuestionar sí realmente posee poder alguno.

Alpin sonrió, sin turbarse por el escepticismo de Malcolm.

—La espada no es un objeto que pueda tomarse con facilidad. Debéis internaros en el bosque, solo y desarmado, y dormir allí esta noche. Mientras estéis dormido, soñaréis. Seguid las instrucciones de ese sueño, y quizá se os diga dónde encontrar la espada. Si la encontráis, quizá se os permita tomarla.

—No tengo tiempo para esta maldita estupidez —terminó Malcolm—. Las vidas de Ariella y de Catherine corren peligro, y no pienso vagar por los bosques

desarmado para que me encuentre Roderic dormido debajo de un árbol. Iré a buscarlas sin esa maldita espada.

Irritado por haber desperdiciado ya tanto tiempo, se dirigió cojeando hacia la puerta.

—Entonces morirán.

Se detuvo.

—El Lobo Negro puede actuar ahora, guiado por su furia temeraria, o bien puede escucharme. Una de las dos opciones conducirá inevitablemente a la muerte de las cautivas, la otra por lo menos conlleva la posibilidad de que sobrevivan. La decisión os corresponde a vos —finalizó Alpin apaciblemente, como si le importara un comino lo que decidiera Malcolm.

Malcolm vaciló. No creía en los videntes ni en espadas mágicas, se recordó a sí mismo de mal humor. Pero allí todo el mundo parecía creer, Roderic incluido. Si los MacKendrick tenían una espada vieja y oxidada oculta en el bosque, probablemente debería intentar recuperarla antes de encararse con Roderic. Su posición sería mucho más fuerte si tenía algo que Roderic deseaba con tanta desesperación.

Y tal como estaban las cosas, Roderic se hallaba en una posición mucho más fuerte que él.

—¿Qué pasará después de tener ese sueño?—quiso saber.

—El sueño os conducirá al lugar donde se halla la espada. Una vez que estéis allí, se os exigirá superar una prueba.

Malcolm puso los ojos en blanco. Todo aquello se estaba volviendo más ridículo a cada minuto.

—¿Qué clase de prueba?

—No lo sé —admitió Alpin encogiéndose de hombros—. Es diferente para cada persona que intenta obtener los poderes de la espada.

—Yo no intento obtener sus poderes —le aseguró Malcolm en tono sardónico—. Sólo quiero la espada en sí.

Alpin afirmó con la cabeza.

—Si superáis la prueba con éxito, es posible que aparezca la espada para vos, pero sólo si así lo quiere Ariella. En ese caso, significa que os ha aceptado como señor de su clan.

Una carcajada de impotencia le salió del pecho a Malcolm.

—Entonces, no tengo necesidad de perder así el tiempo —decidió—. Ayer, Ariella me drogó, me maniató y me hizo desaparecer en medio de la noche, precisamente porque no cree que yo sea ni remotamente parecido a lo que sería un buen jefe para su clan. Aunque supere esa prueba, lo cual es sumamente improbable, dada la debilidad de mi cuerpo, Ariella jamás me entregará la espada a mí. Quiere entregársela a Harold.

Alpin fue hasta el fuego y comenzó a remover una poción densa y espumosa que humeaba en uno de los calderos.

—¿Estáis seguro? —preguntó en voz baja.

«El próximo señor de los MacKendrick ha de ser un gran guerrero y un gran jefe. Tú no eres el elegido.»

—Sí —repuso Malcolm, de nuevo enfurecido por el recuerdo del despectivo rechazo de Ariella—. Lo estoy.

Alpin reflexionó un momento sobre aquel punto. Por fin lanzó un suspiro.

—Al principio, cuando estaba convencida de que iba a casarse con vos, MacFane, Ariella, de manera infantil, creó en su mente una imagen heroica de vos. Una imagen formada en parte con mis visiones y con las historias que había oído contar a algún que otro viajero ocasional. Vos erais el poderoso Lobo Negro, y vuestras hazañas eran legendarias. El hecho de que no aparecierais cuando más os necesitaba hizo pedazos esa imagen de manera irrevocable. Roderic asesinó a su padre y a miembros de su clan, pero, por desgracia, ella os echó la culpa a vos. De todos modos, yo la envié a buscaros. Cuando os encontró, quedó horrorizada al ver el ser en que os habíais convertido, y en su furia y su desilusión os juzgó por lo que fuisteis en otro tiempo, al menos según la leyenda y sus fantasías, en vez de por lo que sois. —Sus penetrantes ojos negros lo miraron fijamente—. Y vos, Malcolm MacFane, habéis sido culpable de la misma visión distorsionada. Ninguno de los dos habéis aprendido que no nos condenamos por los fracasos del pasado, siempre que no hayamos infligido sufrimiento intencionalmente. Con todas las limitaciones que a veces pesan sobre nosotros con tanta crueldad, es lo que hagamos hoy, y el día de mañana, lo que importa.

—Ariella ha visto lo que soy hoy —señaló Malcolm—. Ya no soy el patético borracho que un día trajo a rastras hasta aquí. Y aun así me ha rechazado.

—Naturalmente —aceptó Alpin, agitando la mano como para quitarle importancia al asunto—. ¿Cómo puede sorprenderos eso? Ariella se debe por encima de todo a su clan. Los requisitos del próximo señor los tiene muy claros desde el día en que falleció su padre. No es una tarea que deba tomarse a la ligera. Pero los anhelos del corazón y los actos de la persona son a veces dos cosas muy distintas. No podéis juzgar los verdaderos sentimientos de Ariella por lo que hace guiada por el deber para con los suyos.

—Creo que los actos de Ariella reflejan sus sentimientos con bastante exactitud —replicó Malcolm, dolido por el recuerdo de la noche anterior.

—¿Igual que vuestros actos reflejaban vuestros sentimientos cuando de forma tan desalmada le negasteis a Marrian vuestra ternura y vuestro afecto?

Malcolm se lo quedó mirando, sorprendido. ¿Cómo podía Alpin estar enterado de aquello?

—Marrian os amaba —continuó el vidente, imperturbable ante la confusión de Malcolm—. Tanto como cualquier joven ama a un guerrero apuesto y valeroso que está destinado a ser el señor de su clan y su esposo. Naturalmente, se asustó

cuando regresasteis tan malherido. Se sintió asustada y confusa. Pero aun así os amaba. Y os deseaba. Sin embargo, vos la apartasteis deliberadamente.

—No me deseaba —objetó Malcolm—. Sentía lástima de mí.

—¿Porque ninguna mujer podría desear a un hombre que tuviera el cuerpo y el alma tan horrendamente destrozados?

Malcolm desvió la mirada, desarmado por la verdad.

—Entonces decidme, MacFane, ¿cómo explicáis lo que sucedió anoche entre vos y Ariella?

El recuerdo de Ariella abrazada a él le hizo estremecer. Sus besos estaban llenos de deseo, su tacto desasosegado y ardoroso, como si tratara de capturar algo que deseaba desesperadamente pero sabía que no podía tener. De pie frente a ella en aquella cámara alumbrada por el fuego, Malcolm no se sintió feo y digno de lástima; por espacio de un breve, imposible momento, se sintió fuerte y pleno, como el hombre que había sido antes de aquel terrible día en el campo de batalla. Ariella ya lo había visto desnudo, había puesto sus manos pacientes y consoladoras sobre cada una de las cicatrices y los músculos doloridos de su cuerpo. Ella, más que nadie, sabía hasta dónde llegaban sus heridas y sus imperfecciones.

Y sin embargo lo deseó con una pasión que él no había conocido nunca.

No significaba nada, se recordó a sí mismo con amargura. Una cosa era desearlo en aquel momento de ardor robado, y otra muy diferente pensar que él podía ser el jefe de su clan. Así pues, buscar aquella vieja espada suponía una pérdida de tiempo. Ni siquiera creía que existiera de verdad. Pero si, por alguna remota posibilidad, era cierto que existía, y si el hecho de encontrarla dependía de que Ariella quisiera que él gobernara su clan, entonces no tenía ninguna esperanza de hacerlo.

Debía encontrar alguna espada vieja y herrumbrosa que sirviera de sustituto y buscar a Roderic enseguida, antes de perder más tiempo precioso.

—Debéis intentar encontrar la espada, MacFane —le dijo Alpin con gesto severo, interrumpiendo sus pensamientos—. Por muy ridícula o poco factible que parezca dicha búsqueda, debéis intentarlo.

Los ojos del anciano mostraban una expresión grave, semejantes a dos lagos negros que relucían en contraste con los pliegues de su rostro decrépito. Una inexplicable sensación de frío se extendió por la habitación mientras clavaba su mirada en Malcolm. En aquel momento silencioso, congelado en el tiempo, Malcolm estuvo a punto de creer que aquel anciano había visto más de un centenar de años ir y venir a través del anillo esmeralda que formaban aquellas montañas. Alpin no poseía poderes especiales, se recordó a sí mismo con firmeza, y aunque no podía entender cómo aquel hombre podía saber tanto, estaba totalmente seguro de que no era un vidente. Pero había algo en la intensidad de aquella mirada envejecida que consiguió resquebrajar la coraza de su escepticismo.

Si para salvar a Ariella y a Catherine era necesario ir a buscar la espada, entonces iría a buscarla.

Pero si al amanecer no la tenía en su poder, iría a rescatarlas de todos modos, y daría muerte a Roderic con sus propias manos.

En el aire se notaba la dulce fragancia de las agujas de pino aplastadas, la tierra húmeda y el tenue aroma del brezo que bajaba de las montañas. Eran olores intensos y misteriosos, muy diferentes de cuando flotaban sobre una ráfaga de viento del mediodía, calentado por el sol. Penetraban sus sentidos mientras avanzaba lentamente internándose cada vez más en el denso follaje, y agudizaban su percepción. Al cabo de un rato, el mundo comenzó a rugir con el suspiro desigual de la tierra que se movía bajo sus pies, la suave cadencia de su propio aliento, el latido uniforme de su corazón. Jamás había tenido una conciencia tan viva de sí mismo y de su entorno. Si los hombres de Roderic estuvieran explorando aquella zona, Malcolm percibiría su presencia mucho antes de acercarse a ellos.

Por supuesto, careciendo de toda arma que no fuera su cuerpo tullido y exhausto, prácticamente no tenía posibilidad alguna de sobrevivir a un ataque.

Era un idiota por haber permitido que Alpin lo convenciese de hacer aquello. Sin embargo, pese a la insistente voz que le decía que estaba perdiendo el tiempo y que debería dar media vuelta, no lo hizo. En cambio, avanzó con cautela entre las negras columnas de árboles, preguntándose cuánto camino más debía recorrer hasta encontrar un sitio donde acostarse a dormir sin que al despertar se encontrase con un tajo en la garganta. Aquella perspectiva lo obligó a seguir andando; eso, y el hecho de que con Ariella y Catherine en peligro, lo último que quería era echar un sueño.

Roderic era listo, se dijo, furioso por su propia estupidez. Malcolm había centrado la atención en hacer del castillo una fortaleza impenetrable. Había analizado la estructura e hizo que se instalasen todas las fortificaciones posibles; todas las mañanas se había levantado a horas intempestivas, por muy cansado y empapado en alcohol que estuviera, para realizar interminables ejercicios bajo la lluvia con un absurdo surtido de gaiteros, volatineros y poetas. Y muy despacio, de forma increíble, los había transformado en guerreros. No en guerreros capaces de matar y mutilar salvajemente en la más sangrienta de las batallas, como eran sus hombres, sino en hombres y mujeres valientes dispuestos y capaces de defender su hogar y sus seres queridos. Y no lo había hecho tentado por el oro, si bien fue eso lo que primero lo atrajo a aquel lugar, sino porque tenía una deuda inconmensurable con Ariella por haberle fallado tan horriblemente. Y cuando descubrió que estaba viva, se esforzó todavía más por proporcionar segundad a los MacKendrick, pues comprendió que la supervivencia misma de Ariella ponía a su clan en peligro. Todos los puntos débiles del castillo fueron evaluados exhaustivamente, se intensificó el adiestramiento y se buscaron alianzas con

clanes vecinos. Creía haber hecho todo lo que estaba en su mano para garantizar la seguridad de los MacKendrick.

Lo que no había previsto era que Roderic recurriera a la despreciable artimaña de utilizar a Catherine para obligar a Ariella a rendirse.

Había llegado a la parte más densa del bosque, donde los árboles estaban más juntos y formaban una alta arcada. Bajo sus pies crecía un grueso montículo de musgo y helechos que parecían secos. Decidió que aquél era un sitio tan bueno como cualquier otro y se sentó con movimientos rígidos y doloridos sobre aquel blando colchón. Se recostó contra un tronco y contempló las sombras que lo rodeaban, preguntándose cómo diablos podía esperarse de él que se quedara dormido. Sin embargo, comprendió que dormir constituía un requisito, de modo que cruzó los brazos delante del pecho, cerró los ojos y se ordenó a sí mismo relajarse.

Apenas habían transcurrido unos instantes cuando se dio cuenta de que lo estaban observando. Abrió los ojos de golpe y se llevó la mano al puñal de manera instintiva, pero sus dedos rozaron sólo el tartán, y entonces se acordó, frustrado, de que no se había traído ninguna arma consigo.

Entonces distinguió la silueta fantasmal de un lobo a escasa distancia, perfectamente inmóvil. Mantuvo la vista fija en la poderosa criatura al tiempo que sus manos recorrían rápidamente el suelo en busca de una rama gruesa o una piedra. No había nada. El lobo dio un paso hacia él. Malcolm tensó todo el cuerpo, preparado para luchar contra el animal con sus propias manos. Otro paso, esta vez más vacilante. El lobo cojeaba, comprendió Malcolm experimentando una punzada de empatia. El lobo lo estudió durante unos instantes con unos ojos ambarinos que no transmitían amenaza, sino cautela y curiosidad.

«Estoy volviéndome loco.»

¿Qué podía inducirlo a pensar que aquella criatura salvaje no estaba a punto de hacerlo pedazos? Sin embargo, tras unos instantes más de atento examen, el lobo se tumbó en el suelo, apoyó la cabeza en las patas delanteras y lanzó un largo suspiro de cansancio.

Resultaba extraño, pero ahora que ya no se sentía amenazado, la presencia de aquel animal le pareció casi reconfortante. Malcolm suspiró a su vez y cerró los ojos, vencido por el agotamiento e inexplicablemente calmado por el hecho de tener cerca de sí aquel mortal animal, vigilándolo. Se acomodó contra el árbol, aún alerta al menor de los ruidos, y rápidamente se hundió en la tibia bruma del sueño.

Entonces lo despertaron súbitamente los chillidos de Ariella.

Abrió los ojos y vio una torre de madera engullida por las llamas, que lanzaba al aire una negra nube de humo y cenizas. Se incorporó e intentó echar a correr, pero sentía las piernas como plomo y apenas pudo moverse. Cuando por fin alcanzó la estructura consumida por el incendio, ésta comenzó a desmoronarse y a arrojar fuego sobre él.

Abrió la puerta de una patada y penetró en el interior, ahogándose con el olor punzante del humo. Le escocían los ojos, su piel casi se derretía con aquel calor abrasador, pero de todos modos subió las escaleras cojeando, totalmente consciente de que el fuego se iba cerrando tras él. Encontraría a Ariella y la sacaría de allí, o moriría en el intento.

Era así de sencillo.

Al llegar al piso siguiente encontró tres puertas. La voz de Ariella lo llamaba desde todas ellas. Dudó apenas un segundo antes de arrojarse contra la tercera puerta. Entonces vio a Ariella atrapada dentro de un anillo de fuego, que devoraba ya el borde de su vestido blanco. Se lanzó hacia ella, la rodeó con sus brazos y la sacó de aquel infierno. Pero ahora las llamas bloqueaban la salida, y no había forma de escapar para ninguno de los dos. Había fracasado, comprendió desesperado, al tiempo que se dejaba caer con Ariella sobre el suelo de piedra.

—Perdóname —rogó con la voz ronca, apartándole un mechón de cabello castaño de la frente.

De pronto Ariella comenzó a transformarse; ya no era Ariella, sino Marrian, que yacía pálida e inmóvil entre sus brazos. La joven alzó una mano y la apoyó con ternura sobre su mejilla, con sus ojos azules humedecidos por el pesar. Entonces desapareció, y en su lugar surgió una planta nueva de lo que ahora era el suelo. El retoño creció y creció, hasta convertirse finalmente en un enorme árbol cuya copa estaba formada por hojas de fuego. Desprendía un calor terrible, y el aire se llenó del hedor a sangre y muerte propio de una batalla. Desde algún lugar en lo alto de la copa, oyó gritar a Ariella. Lanzó un rugido de rabia y empezó a trepar por el árbol, despacio, con dificultad, sintiendo cómo protestaba su cuerpo a cada movimiento. Las hojas de fuego le azotaban el rostro, los brazos y las piernas, quemaban sus ropas y su carne, y le abrasaban los pulmones con un calor tan intenso que no creyó poder soportarlo, pero lo soportó, porque nada importaba salvo llegar hasta Ariella. Por fin estuvo lo bastante cerca de ella para aterrarle la mano, pero al atraerla hacia sí se le agotaron las fuerzas y ambos comenzaron a caer atravesando la copa ardiente, y Malcolm supo que había fracasado de nuevo.

—Perdóname, Ariella —suplicó al tiempo que la rodeaba con sus brazos para amortiguar la caída, con la vana esperanza de que tal vez lograra sobrevivir.

Ariella lo miró fijamente, con una expresión de incertidumbre en sus ojos grises. Y de pronto su boca se curvó en una sonrisa amable.

—Sigue al lobo, Malcolm —susurró con suavidad, apretando los labios contra los de él—. El lobo te guiará a casa.

Malcolm sacudió la cabeza, abrumado por la desesperación.

—No tengo casa.

Ella alzó su mano y le acarició la mejilla.

—Sigue al lobo. —Y entonces desapareció y lo dejó solo.

Malcolm se incorporó con la respiración agitada.

Seguía estando oscuro, pero ya eran inminentes las primeras sombras grisáceas de la mañana. Los ojos del lobo se clavaron en los suyos. Entonces, de repente, el animal se puso en pie de un salto, dio unos pasos, se volvió para mirar a Malcolm y acto seguido desapareció entre los árboles.

Malcolm se incorporó con dificultad y empezó a seguirlo, la pierna agarrotada por el dolor, la espalda dolorida por haber estado tumbado en el frío suelo. Se abrió camino en la oscuridad, penetrando a través del intrincado ramaje que formaban árboles y matorrales, luchando para no cejar. No tenía idea de dónde estaba, pero por alguna razón eso no le importaba. El lobo se movía velozmente a pesar de su cojera y se veía obligado a detenerse de vez en cuando para que Malcolm pudiera acortar la distancia que los separaba. Avanzaron durante lo que pareció mucho tiempo, pero el bosque seguía estando oscuro, y Malcolm no estaba seguro de que su percepción del tiempo fuera exacta. Anduvieron y anduvieron, hasta que por fin el lobo desapareció tras una gruesa pared de arbustos. Con la respiración agitada y la mandíbula apretada para contener el dolor, Malcolm separó el tupido follaje y lo atravesó.

La oscuridad desapareció con un suspiro para dejar ver un reluciente lago de color azul asentado al pie de una montaña cubierta por un manto de brezo. El aire estaba en perfecta calma, los velos de niebla que envolvían la cumbre colgaban inmóviles, como si alguien los hubiera pintado delicadamente sobre el cielo de color gris paloma. Junto al lago se erguía un espléndido árbol de abundante copa y brillantes hojas que se mecían suavemente, de colores cobre, oro y amarillo. El lobo estaba de pie al lado del tronco, mirándolo fijamente. Malcolm lo reconoció como el árbol que había visto en el sueño, salvo que sus hojas no eran llamas, sino que sólo tenían el color de las llamas, y no se oía ningún grito desesperado que surgiera de él. Se acercó con precaución, consciente de que su belleza podía ser engañosa. El lobo lo esperó pacientemente. Cuando estuvo un poco más cerca, el lobo volvió la vista hacia el tronco. Malcolm siguió su mirada y captó un vivo relámpago de luz plateada.

Con el ceño fruncido, se acercó aún más.

Entonces vio una magnífica espada apoyada contra la vieja corteza del árbol, cuya empuñadura estaba bellamente labrada y tachonada de enormes zafiros y rubíes, y cuya hoja de resplandeciente plata irradiaba una aura que casi resultaba cegadora bajo la tenue luz. Al principio, Malcolm pudo hacer poco más que contemplarla, tan abrumado estaba por tan artística belleza. No se parecía a nada que él hubiera visto nunca, y no podía imaginar siquiera las incontables horas de trabajo esmerado y experto que habían sido necesarias para crear una pieza tan espléndida. Alargó una mano y la cerró firmemente alrededor de la empuñadura. Ésta se adaptaba perfectamente a su mano, como si hubiera sido especialmente forjada para él. Usando ambos brazos, levantó la espada en el aire bien alto, y a continuación la abatió en un salvaje mandoble. La hoja era sólida y estaba bien equilibrada, y sin embargo resultaba notablemente ligera.

Era, sin duda alguna, el arma más extraordinaria que había visto.

«Es posible que aparezca la espada para vos, pero sólo si así lo quiere Ariella. En ese caso, significa que os ha aceptado como señor de su clan.»

Era imposible, pensó mientras miraba fijamente la espada, incrédulo. Era impensable. Ariella había expresado con claridad meridiana que él no era digno de gobernar a su gente, y probablemente tenía razón. Sin embargo, ahora estaba allí, en aquel enclave verde y silencioso, con la cálida y sólida empuñadura de la espada de los MacKendrick firmemente sujeta en su mano.

«Sigue al lobo», le había dicho ella. «El lobo te guiará a casa.»

Volvió la vista hacia el lobo. Éste le devolvió su escrutinio con toda calma, y después, de repente, dio media vuelta, desapareció a través de la pared esmeralda que conducía de nuevo al bosque y dejó solo a Malcolm.

Malcolm no lo siguió. El lobo lo había traído hasta aquel lugar, y al hacerlo le había mostrado qué había verdaderamente dentro del atormentado corazón de Ariella.

Hasta que Roderic estuviera muerto y Ariella sana y salva en sus brazos, él no tendría un hogar.

CAPÍTULO 15

Ariella cerró los dedos alrededor de su daga, disfrutando del frío contacto del acero contra el calor de su palma.

Por las paredes de tela de su prisión se filtraban algunos hilos de luz grisácea que anunciaban la llegada de la mañana. Levantó la daga y observó cómo brillaba en la penumbra.

«Pronto estarás hundida en el pecho de Roderic, y entonces quedará vengada por fin la muerte de mi padre, y las muertes de todos los otros MacKendrick que causó Roderic en su afán de robar lo que no le pertenece.»

Ocurriera lo que ocurriera, Roderic iba a morir. Su ansia por conseguir la espada era absoluta, y mientras estuviera vivo supondría una amenaza para la seguridad de su gente. Ariella no podía permitirlo. Su deber consistía en velar por la seguridad de su clan y en cerciorarse de que la espada de los MacKendrick no cayera en las manos de alguien que fuera a abusar de sus poderes. Harold estaba de camino, pero cuando llegara sin la espada, Roderic se daría cuenta de que lo habían engañado, y en aquel momento su rabia no tendría límites. Pondría un cuchillo contra la garganta de Catherine hasta que Ariella se rindiera por fin y le diera lo que él quería.

No tenía otro remedio que matarlo ella primero.

A lo largo de toda la noche había intentado desesperadamente idear un plan para sacar a Catherine y Agnes del campamento. Sin su hermana, Roderic perdería la capacidad de amenazarla. A ella no la mataría, puesto que era la única que podía entregarle la espada, aunque se daría el placer de intentar obligarla a someterse a él. Tenía la intención de matarlo antes. Una vez que estuviera muerto, no podría esperar clemencia por parte de sus hombres. Lo único que esperaba era que Catherine y Agnes pudieran escapar de algún modo. Ahora que el día empezaba a filtrarse entre las sombras oscuras de su tienda, comprendió que aquello era imposible. Los guerreros de Roderic rodeaban por completo el campamento y vigilaban el bosque. Si su hermana y Agnes lograsen huir de alguna manera, rápidamente serían localizadas y devueltas al campamento. La idea de que Catherine fuera capturada como un animal era demasiado horrorosa para tenerla en cuenta.

Si tenían que morir, morirían juntas.

Sintió en la garganta la opresión de la pena. No por el sacrificio de su propia vida, que no significaba nada en comparación con la protección de la espada y la seguridad de su gente, sino por Catherine, que siendo tan joven ya había sufrido tanto. También lo lamentaba por Agnes, a pesar de que hubiera traicionado a su clan. Agnes era una necia muchacha que había estado ciega ante la maldad del hombre al que había escogido amar. No era difícil de entender; ni siquiera ella

misma había visto a Roderic como era en realidad hasta el día en que atacó su castillo. Teniendo en cuenta el volumen del vientre de Agnes, estaba claro que en aquel entonces ya llevaba dentro al hijo de él. Roderic debió de seducirla durante las semanas que pasó convaleciente en el castillo, mientras trataba de conquistar el corazón de Ariella al mismo tiempo. A Roderic se le daba muy bien ocultar su bajeza tras el escudo de su bello rostro y sus expertos encantos.

A diferencia de Malcolm, que nunca había fingido ser otra cosa que el guerrero fracasado y atormentado que era.

Le causaba un profundo dolor pensar en la furia que había destilado él en los últimos momentos que pasaron juntos. Durante el resto de su vida, Malcolm la odiaría con una vehemencia que ella no podría soportar. Aun así, el dolor que arrasó sus ojos en el instante de desplomarse en el suelo convenció a Ariella de que no había tenido otra alternativa. No podría haberse enfrentado a Harold con Malcolm allí presente, y despreciarlos a ambos. Además, quería proteger tanto a Malcolm como a su clan de la horrenda verdad del pasado de él, aunque ya no pudiera condenarlo por dicho pasado. La sangre de aquellas mujeres y niños inocentes goteaba sola y exclusivamente de las manos asesinas de Roderic. Ariella conocía lo bastante bien a Malcolm para comprender que, borracho o sobrio, habría hecho todo lo que estuviera en su mano para salvarlos, de haber podido hacerlo.

De igual modo que comprendía ahora que Malcolm habría acudido a la llamada de su padre si hubiera creído que tenía algo que ofrecer.

Los fuertes sonidos soñolientos del campamento que despertaba a la vida la sacaron de sus pensamientos. Una desagradable letanía de gruñidos y eructos le indicó que los hombres de Roderic se estaban despabilando de mala gana.

«Pronto habrá terminado todo», pensó, acariciando con calma la hoja de su puñal. «Roderic morirá, y la espada estará a salvo.»

En aquel momento, comenzó a temblar el suelo por el retumbar de cascos de caballos, y por el campamento se oyeron gritos alterados.

Ariella guardó el puñal en la capa y se acercó a la entrada de la tienda para separar la tela con precaución.

Vio a Roderic en el centro del campamento, con sus gruesos y musculosos brazos cruzados y las piernas separadas, escuchando las noticias que le estaban dando tres jinetes. Era obvio que se había levantado temprano, o tal vez no había dormido en absoluto, porque tenía la cara recién afeitada y el cabello peinado y brillante. Vestía una camisa de esmerada confección y un tartán colocado con todo esmero, que Ariella reconoció al instante como uno de los hechos a mano por su clan. Saltaba a la vista que deseaba mostrar el mejor aspecto posible cuando obligase a los MacKendrick a arrodillarse ante él y jurarle lealtad inquebrantable.

«La única arma que recibirás hoy será mi daga, que va a hundirse en lo más profundo de tu perverso corazón», pensó Ariella siniestramente.

Roderic se acarició la cicatriz con gesto pensativo mientras sus hombres terminaban su informe. Su semblante se veía tranquilo, pero también perplejo, como si hubiera ocurrido algo que no esperaba. Dio algunas órdenes a sus hombres, que Ariella no consiguió oír. Seguidamente, se volvió y echó a andar en dirección a la tienda.

—¡Agnes! ¡Catherine! —siseó Ariella, apartándose de la entrada a toda prisa—. ¡Despertad!

Catherine se incorporó y se frotó los ojos con sueño.

—¿Qué pasa?

—Viene Roderic.

El rostro de Agnes, marcado por las huellas de las lágrimas, se contrajo de miedo. Se le había formado un moratón alrededor de la boca, donde le había golpeado Roderic, y tenía el labio inferior hinchado y con plastones de sangre.

Ariella le dirigió una sonrisa de ánimo.

—No pasará nada —le aseguró en tono suave—. Tú quédate aquí y no digas nada.

—Buenos días, señoras —dijo Roderic en tono afable, entrando en la tienda—. Confío en que hayáis dormido bien.

Ariella lo miró con cara de pocos amigos.

—Excelente —repuso Roderic, sin molestarse por aquel gesto—. Quisiera hablar un momento contigo, Ariella. —Levantó la lona para que ella pudiera salir al exterior.

Ariella se echó la capa sobre los hombros y salió al aire fresco de la mañana. Los hombres de Roderic estaban recogiendo sus armas precipitadamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ariella, fingiendo mucho más aplomo del que sentía—. ¿Es que llega Harold?

—Al parecer, tienes un galante salvador que acude en tu rescate, bella Ariella —ironizó Roderic—. Tu herido Lobo Negro ha sido avistado cabalgando en dirección al campamento. Solo.

Ariella le dirigió una mirada desdeñosa, y se preguntó a qué estaría jugando Roderic.

—Eso es imposible. MacFane se ha ido de las tierras de los MacKendrick. Para siempre.

—Imposible o no, viene hacia aquí —le aseguró él—. Y trae consigo una espada magnífica, de una clase que mis hombres jamás han visto. Lo cual me lleva a pensar que me has mentido al decirme que habías enviado la espada a Harold. —La agarró del pelo sin contemplaciones y le forzó la cabeza hacia atrás para obligarla a mirarlo—. ¿Me has mentido, querida?

—No.

Su mente funcionó a toda velocidad asimilando lo que le estaba diciendo Roderic. MacFane se dirigía al campamento. Solo. Eso quería decir que estaba borracho o fuera de sus cabales. Obviamente, había regresado al castillo y se había enterado de que Roderic exigía que se le diera la espada. De modo que, por lo visto, traía una espada falsa, la cual ofrecería a Roderic con el pretexto de que se trataba del arma que buscaba éste. No se le ocurría otra explicación.

En el momento en que Roderic tuviera el arma en sus manos, cortaría a Malcolm en dos, con o sin los poderes de la espada.

—Si no le entregaste la espada a Malcolm, ¿cómo la ha conseguido? —exigió saber Roderic, furioso.

Buscando una respuesta plausible, Ariella se apresuró a decir:

—Si en efecto es MacFane el que viene, y si en efecto tiene la espada, debe de habérsela robado a Harold. No puede haberla conseguido de otro modo.

Los ojos verdes de Roderic se entornaron.

—Malcolm está demasiado débil y borracho para robarle nada a Harold. —Cerró los dedos alrededor de la garganta de Ariella— Me parece que me has mentido, querida, y le has entregado la espada a él.

—¿De verdad crees que le entregaría la espada a MacFane? —preguntó ella, mordaz.

Roderic titubeó, pensando. Entonces, bruscamente, la soltó,

—Sea como sea, esa maldita espada será mía —juró—. Y para celebrar esta magnífica ocasión, lo primero que haré será separarle a Malcolm la cabeza de los hombros. Eso será una compensación más que adecuada por todas las desgracias que me ha causado.

—Ya intentaste destruirlo, y él te desterró, lo cual supuso un castigo mucho más benévolo de lo que merecías —declaró Ariella—. Por eso regresaste y asesinaste a las mujeres y los niños de su clan. ¿Cómo puedes pensar que eres tú el perjudicado?

—Yo debería haber sido el señor de los MacFane —rugió Roderic—. Pero ese honor recayó en Malcolm, a pesar de que no estaba capacitado en absoluto, sólo porque según las leyes sucesorias debía heredar el puesto de su padre. Cualquier necio habría visto que yo era un candidato más apropiado que ese borracho tullido.

—Malcolm era un candidato muy superior, pese a sus debilidades —replicó Ariella—. Gobernar un clan requiere honor e integridad. Es una responsabilidad que exige una devoción absoluta y un valor inquebrantable, incluso cuando uno piensa que ya no va a ser capaz de soportar esa carga ni un instante más. Tú quieres ser jefe porque crees que el hecho de obligar a la gente a someterse a ti te dará poder —observó, en un tono que destilaba desprecio—. Un auténtico jefe desearía esa responsabilidad porque creería tener algo que dar, no porque desease tomar nada.

Roderic se cruzó de brazos y contempló a Ariella con expresión sardónica.

—¿Y tú crees que Malcolm posee esos valerosos atributos?

—Malcolm posee ésos y más —le aseguró Ariella—. Porque sabe lo que es sufrir Y sin embargo, cada mañana busca fuerzas para levantarse y continuar ayudando a los demás, a pesar de ese sufrimiento. Esa—finalizó en tono cáustico— es una clase de fuerza y coraje que tú jamás podrás entender; es la diferencia entre una rata que roba y asesina como tú, y un auténtico guerrero como Malcolm MacFane.

—Me siento halagado, mi señora, por la fe que tenéis en mí.

Ariella lanzó una exclamación y giró en redondo.

Allí estaba Malcolm, a lomos de su semental negro, contemplándolos a ambos con deliberada calma. A diferencia de Roderic, su camisa y su tartán estaban arrugados y gastados, iba despeinado, y con barba de dos días. El cansancio había cincelado las arrugas de su cara en forma de profundos surcos..., el cansancio, y también el dolor, y quizás incluso una pizca de preocupación, aunque Ariella no podía imaginar que se preocupase por lo que le sucediera a ella después de su imperdonable traición. Sin embargo, a pesar de su rostro demacrado y su desaliñado atuendo, a pesar de la profunda cicatriz que le recorría el brazo derecho y el dolor que ella sabía que en aquel momento le estaba atenazando la espalda y la pierna, emanaban de él una fuerza y una seguridad extraordinarias. Su estatura era alta, su cuerpo firme, su expresión de absoluta calma. Su mirada la recorrió de arriba abajo a modo de valoración superficial, casi carente de interés. Entonces clavó su atención en Roderic. A los ojos de cualquiera que estuviera observando la escena, daba la impresión de que el Lobo Negro sentía tan sólo una vaga preocupación por el bienestar de Ariella; pero ésta había captado la terrible rabia que ardía en lo más hondo de sus ojos.

En aquel momento casi se sintió convencida de que la furia de Malcolm, por sí sola, le daría fuerza para matar a Roderic.

—¡Qué inesperada sorpresa! —exclamó Roderic en tono humorístico, claramente disfrutando de la situación—. Estaba pensando que iba a tener que hacer frente a Harold y su ejército, lo cual probablemente habría supuesto sacrificar a la pequeña Catherine. Pero en cambio has llegado tú, y mis hombres me aseguran que de hecho has sido lo bastante necio para hacer el viaje solo. —Hizo una pausa y se acarició la cicatriz, reflexionando—. No estarás borracho, ¿verdad, Malcolm?

—No —contestó Malcolm en tono engañosamente manso—. No lo estoy.

—¡Excelente! Además, veo que has traído la espada.

Ariella se fijó en el arma que llevaba Malcolm al costado, y creció su confusión. Era una pieza magnífica, con una empuñadura incrustada de joyas y una hoja afiladísima que lanzaba destellos de plata a la suave luz matinal. Aunque nunca había visto la espada de los MacKendrick, aquella arma era una representación espléndida de la que le había descrito su padre en una ocasión. ¿Podría ser que su gente hubiera consultado a Alpin y hubiera creado aquella copia para que Malcolm se la entregara a Roderic? No se veía por ninguna parte

su propia espada. Se le cayó el alma a los pies al comprender cuál era el propósito de Malcolm: había sido lo suficientemente ingenuo como para venir de buena fe pensando simplemente en canjear la espada por la liberación de Ariella y Catherine.

No comprendía que esta vez Roderic no le consentiría salir vivo.

—Trae aquí a Agnes y a Catherine -ordenó Roderic, mirando a Gregor— No me perdonaría que se perdieran esto.

Malcolm observó calmosamente cómo Agnes y Catherine salían de la tienda. Tuvo cuidado de mantener el semblante sereno, incluso cuando vio el hematoma que lucía Agnes en la boca.

—¡MacFane! —estalló Catherine, entusiasmada—. ¡Habéis vuelto!

—Así es, Catherine -dijo- He vuelto. Ahora, vuelve a entrar con Agnes en la tienda. Ariella irá a buscaros dentro de poco.

Gregor dirigió una mirada interrogante a Roderic.

—Llévalas adentro —ordenó encogiéndose de hombros— Por lo visto, no quiere que presencien su muerte.

Malcolm aguardó hasta que las dos desaparecieron.

—En realidad, Roderic, lo que quiero ahorrarles es ver cómo mueres tu -le informó secamente-. Aunque -reflexionó- creo que tal vez Agnes no encuentre excesivamente doloroso tu inminente fallecimiento.

Roderic echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una carcajada.

Por Dios, Malcolm, posees una habilidad ciertamente increíble para engañarte a ti mismo. Lo llevas haciendo desde el día en que Gavin te llevo a casa a rastras como si fueras un insecto aplastado, y tú te permitiste creer que de hecho estabas capacitado para ser jefe.

Malcolm movió la cabeza en un gesto negativo.

—Sabía perfectamente que no estaba capacitado para ser jefe Acepte esa responsabilidad porque era mi deber hacerlo. Y porque estaba convencido de que quizás algún día volviera a ser digno de semejante honor.

—Ah, pues no volviste a serlo -saltó Roderic- Estabas patéticamente debí y lisiado, y no eras capaz de aguantar ni una hora sin ahogarte en el alcohol. Apenas te enterabas de lo que sucedía dentro de tu propio clan. Cuando yo me ofrecí para ser el jefe, debiste haber aceptado tus problemas de salud y haberte apartado a un lado. Hasta Ariella vio que no estabas capacitado para gobernar a su gente –se burló—. Puede que te haya utilizado por tus conocimientos militares, pero jamás te entregaría la espada.

Tenía razón, comprendió Ariella, abatida. Había utilizado a Malcolm. Lo había utilizado, y después lo desechó cuando dejó de necesitarlo.

Y, de modo imposible, Malcolm había vuelto por ella.

Lo miró desolada, deseando suplicar su perdón, pero Malcolm tenía la vista clavada en Roderic. Su porte era relajado y su expresión mostraba una profunda calma que Ariella encontró desconcertante. ¿Cómo podía no enfurecerse por las mordaces observaciones de Roderic?

—Un vez más, Roderic, intentas apoderarte de aquello a lo que no tienes ningún derecho —señaló Malcolm en voz baja—. Por lo visto, no has aprendido nada de tu destierro.

—He aprendido que merezco más —lo corrigió el otro—. Y por fin voy a tenerlo. Seré el señor de los MacKendrick, un clan que, aunque no tiene ningún peso en el aspecto militar, posee un inmenso potencial para fabricar objetos sumamente rentables. Con ese dinero podré crear un ejército aún más grande que era el tuyo, Malcolm. Y con esa espada —continuó, devorando el arma con sus ojos hambrientos—, conquistaré otros clanes, hasta convertirme en el señor más poderoso de las Highlands.

—De manera que pretendes esclavizar a los MacKendrick y emplear los beneficios obtenidos de su trabajo en formar un ejército, del cual te servirás para tiranizar a otros. Qué noble.

—No tengo ningún interés en ser noble.

—¿Y crees de verdad que una simple espada puede proporcionarte todo eso?

Roderic sonrió.

—Dámela, y lo averiguaremos.

Malcolm hizo un amago de ir a entregarle el arma, pero dudó.

—Antes quiero tu palabra de que, cuando tengas la espada en tu mano, no les harás ningún daño a Ariella, a Catherine ni a Agnes.

—No estás en situación de hacer peticiones.

—Tal vez no —reconoció—, pero te he traído la espada, tal como solicitaste. Has de respetar tu parte del trato.

—Entrégamela, o volveré a sacar aquí a Catherine y le cortaré el cuello —amenazó Roderic, sonriente—. Sabes que lo haré, ¿no es así?

—Sí —admitió Malcolm en voz baja—. Sé que lo harás. —Empezó a levantar la espada.

—Así no—gruñó Roderic, que se apresuró a apuntarle con su acero—. Te hincarás de rodillas ante mí y me la ofrecerás, igual que fui obligado yo a arrodillarme ante ti el día en que me desterraste de mi clan.

Ariella observó cómo luchaban en Malcolm el orgullo y el deseo de verla a ella a salvo. Por fin, dándose cuenta que no tenía mucho donde elegir, cedió. Aferró la espada en su mano izquierda, desmontó con dificultad y se encaminó cojeando lentamente hacia Roderic.

Su porte era digno, pero ahora que se había bajado del caballo ya no pudo ocultar por más tiempo el dolor y la rigidez. Caminaba a pasos lentos y desiguales, y se veía a las claras que estaba esforzándose por moverse sin hacer

muecas de dolor. Ariella sintió que la invadía la desesperación. Tal vez, con unos pocos días de descanso y atentos cuidados, pudiera haber estado lo bastante fuerte para enfrentarse a Roderic, al menos en un combate breve. Pero Malcolm había pasado casi dos semanas de viaje visitando otros clanes, y acababa de recorrer muchas millas a caballo para regresar a aquellas tierras. Las largas jornadas en la silla de montar y las noches que había dormido en el duro suelo se habían cobrado un precio excesivo en aquel cuerpo tan maltrecho.

Roderic iba a darle muerte con la misma facilidad que a un niño indefenso.

Las lágrimas velaban ya sus ojos cuando Malcolm se detuvo frente a Roderic. Con expresión resignada, se dejó caer pesadamente sobre una rodilla y tendió la espada ante él. Ella lo había llevado a aquella situación, pensó con el corazón oprimido. Si no hubiera sido por ella, Malcolm seguiría viviendo en su cabaña con Gavin. Estaría deprimido, borracho y solo, pero a salvo. Y en cambio estaba allí, a punto de ser inmolado, porque creía equivocadamente que al sacrificar su vida tal vez salvara la de ella. Lo que no debía de ningún modo saber, juró, mordiéndose con fuerza el labio inferior, era que tan pronto como ella se negara a entregar a Roderic los poderes de la espada, ella y Catherine serían asesinadas de todos modos. En aquel momento final, insoportable, Malcolm merecía creer, aun erróneamente, que había tenido éxito en su intento de salvarlas.

—Que dulce recompensa —observó Roderic en un tono teñido de desprecio—. Pensar que hace sólo dos años era yo quien estaba arrodillado ante ti. Entonces juré no descansar hasta que fueras destruido. Tu vergüenza y tu destierro posteriores calmaron en cierto modo mi deseo de venganza, pero —prosiguió, alzando la punta de su espada hasta la base de la garganta de Malcolm— nada puede compararse con la maravillosa perfección de este instante.

Malcolm lo miraba impávido, todavía ofreciendo su magnífica espada.

Con el rostro radiante de triunfo, Roderic fue a acogerla al tiempo que apartaba su propia arma.

En aquel momento el terror invadió a Ariella. Sin pensarlo, asió su daga y la lanzó en el aire. En el mismo instante Malcolm giró la espada hacia arriba y acuchilló con fuerza el brazo de Roderic.

Un bramido de dolor rompió la quietud de los bosques. Roderic agarró con la mano la daga que sobresalía de su hombro izquierdo y la arrancó de un tirón. Luego se quedó mirando con furia y desconcierto la sangre que manaba de la herida que le había abierto Malcolm en el antebrazo.

—Ya me destruiste una vez —dijo Malcolm, ahora en pie y con la espada relampagueante en la mano—. ¿Creías de verdad que iba a permitirte que lo hicieras de nuevo?

Aturdidos por aquel inesperado giro de los acontecimientos, varios de los hombres de Roderic acudieron a socorrer a su jefe.

—¡No os acerquéis! —rugió Roderic. Lanzó un gruñido al tiempo que hacía un esfuerzo para levantar su espada. Pero sintió un punzante dolor que le recorrió el

brazo herido y lo obligó a bajarlo de nuevo. Dirigió a Malcolm una mirada de odio no disimulado-. Herido o no, voy a matarte yo solo, Malcolm.

Y, con una mueca de dolor y empleando ambas manos, volvió a alzar la espada.

Las dos hojas chocaron entre sí en un estallido de plata provocando una nube de chispas que perforaron el aire diáfano de la mañana. Malcolm retrocedió instantáneamente y atacó otra vez, y otra vez más, pero Roderic era un oponente formidable a pesar de sus heridas, y paró sus golpes de manera experta. Los dos guerreros empezaron a moverse en círculos, llenando el aire con el entrechocar y el chirriar del acero. Malcolm luchaba con absoluta determinación, negando furiosamente su cansancio y su dolor. En aquel momento no estaba dispuesto a ceder a la patética fragilidad de su cuerpo; lucharía contra Roderic empleando hasta la última gota de sus fuerzas, con el corazón y con el alma, hasta que aquel mal nacido yaciera bañado en su propia sangre.

Aunque él tuviera que morir también en el intento.

Se movía con torpeza, estorbado por su pierna y sin poder agacharse debido a la rigidez de su espalda. Pero lo compensaba asestando golpes rápidos y seguros, con la esperanza de atrapar a Roderic en un instante de debilidad. Roderic era más joven y su estado físico era mucho mejor, pero la sangre que manaba de su brazo derecho y su rostro congestionado indicaban que su sufrimiento era considerable. Al igual que él, Roderic necesitaba valerse de ambos brazos para manejar la espada, lo cual igualaba la contienda. Malcolm paraba golpe tras golpe, lanzando mandobles hacia arriba y hacia abajo, con la mandíbula apretada y el pecho agitado en el afán de herir en la carne. Se le empezó a cansar el brazo derecho, y sus movimientos se hicieron más lentos. Roderic percibió al instante su ventaja y asestó dos rápidos golpes con su espada. Malcolm saltó hacia atrás, pero no lo bastante deprisa.

Un intenso dolor le atenazó el brazo izquierdo en el punto donde se abrió el músculo.

—Ríndete, Malcolm —lo tentó Roderic sosteniendo la espada frente a sí—. Ahora tienes dos brazos inútiles en vez de uno. Seguro que comprenderás que éste es un combate que no puedes ganar.

Malcolm inspiró, luchando por mantenerse concentrado en la pelea y no pensar en el líquido tibio que le resbalaba por el brazo. «Es una herida sin importancia», se dijo a sí mismo ásperamente, negándose a mirarla. «No es nada.»

—Hay una cosa de la que te estás olvidando, Roderic —observó con voz grave y gélida.

Roderic alzó las cejas en un gesto divertido y escéptico.

—¿Qué es?

—Que yo tengo la espada. —La boca de Malcolm se curvó en una sonrisa.

Un relámpago de inseguridad ensombreció el semblante de Roderic, el cual él se apresuró a ocultar.

—Puede que tú tengas la espada —concedió sin darle importancia—, pero no sus poderes. La espada por sí sola no te ayudará.

«Pero no lo sabes con seguridad», reflexionó Malcolm, captando una chispa de ansiedad en la expresión de autosuficiencia de Roderic. Decidido a aprovecharse de ella, reunió los últimos vestigios de sus menguantes fuerzas y levantó la espada en actitud amenazante.

De repente, un brillante haz de sol incidió sobre la empuñadura incrustada de joyas. Un calor inexplicable comenzó a extenderse hacia las palmas de Malcolm, como si la espada estuviera absorbiendo de algún modo la luz y la energía del disco solar. Aquel calor penetró su carne y le ascendió por los brazos, actuando como un bálsamo sobre los músculos cansados y seccionados, y aplacando el dolor. En unos instantes inundaba ya todo su cuerpo, semejante a un fuego líquido que le recorriera la piel, los músculos y los huesos erradicando toda sensación de sufrimiento y debilidad. Un instante más tarde se sintió poderoso y pleno, como el gran guerrero que había sido en otro tiempo. Aquella sensación no podía ser real, comprendió estupefacto; tenía que ser algún truco de su mente lo que lo hacía sentirse tan fuerte. Ya fuera ilusorio o no, irguió la espalda con toda facilidad y a continuación se atrevió a acomodar su peso hasta que la pierna herida lo sostuvo más plenamente. Roderic lo miró desconcertado, como si él también advirtiera que se había producido un cambio en él. Aprovechando el momento, Malcolm echó la espada hacia atrás y se lanzó adelante, seguro de que no iba a tropezar ni caer.

Roderic paró el golpe de la espada de Malcolm con un gesto defensivo, y seguidamente dejó escapar un gemido por el esfuerzo al luchar por repeler el ataque. Pero en Malcolm ardía una determinación terrible y absoluta; hizo acopio de una fuerza asombrosa que creía haber perdido años atrás y, sin importarle en absoluto si era real o imaginada, lanzó la espada hacia atrás y a continuación la hundió con todas las fibras de su ser en el cuerpo de Roderic.

Los ojos verdes de Roderic se agrandaron por la sorpresa. Miró horrorizado la empuñadura enjoyada que sobresalía de su estómago, cada una de cuyas magníficas gemas seguía resplandeciendo bajo la luz del sol. De la herida comenzó a manar sangre que formó un reguero escarlata y enseguida empapó la camisa y el hermoso tartán.

—Santo cielo, Malcolm —articuló con una voz rota que destacó en contraste con el aturdido silencio—. ¿Cómo diablos has hecho esto?

Malcolm asió con fuerza la empuñadura de la espada y la extrajo, arrastrando tras ella un chorro carmesí.

—Tenías que morir. Roderic. No había otra manera.

Roderic lo miró sin comprender, apretándose el vientre. La sangre se derramaba a borbotones sobre sus manos y goteaba de la pechera para salpicar finalmente en el suelo de tierra, a sus pies. Rápidamente se debilitó, y cayó de rodillas. Miro anhelante la espada que Malcolm sostenía en la mano, y después sus ojos se clavaron en Ariella.

—Debería haber sido yo —dijo en un tono que oscilaba entre la acusación y el quejido. Abrió la boca para decir algo más, pero lo único que logró emitir fue un suspiro gutural de impotencia. Dirigió a Ariella una última mirada de furia.

Y acto seguido se desplomó hacia delante como un bulto sin vida.

Ariella quedó mirando fijamente su cuerpo, con una expresión de incredulidad, como si creyera que de pronto fuera a levantarse y amenazarla de nuevo. La sangre comenzaba a filtrarse a la tierra formando una mancha negra y siniestra alrededor del cadáver. Con gesto dubitativo, alzó los ojos hacia Malcolm.

Pero la atención de Malcolm estaba fija en algo que había a espaldas de ella. Ariella se volvió y vio a Gregor que avanzaba hacia ellos con su mortífera hacha en alto.

—Y bien, MacFane —rugió mientras otros guerreros de Roderic formaban un cerco a su alrededor—. Ahora te toca morir a ti.

—Quizá —concedió Malcolm, que no parecía muy preocupado—. Por espléndida que sea esta arma —reflexionó, indicando su espada—, dudo que pudiera mataros a todos yo solo.

—No puedes —afirmó Tavis con una mueca—. Pero no tienes porqué preocuparte; cuando estés muerto, ya me encargaré yo de tu bonita espada.

Gregor frunció el ceño.

—¿Por qué has de quedarte tú con la espada? Tú no eres nuestro jefe.

—Ni tú tampoco —terció Murdoch—. Ahora que Roderic ya no está, el mando me corresponde a mí, y por lo tanto reclamo la espada y la muchacha. —Dirigió una sonrisa impúdica a Ariella.

—No veo por qué tiene que ser Murdoch el jefe —gruñó un guerrero detrás de Malcolm.

—Ni yo —añadió otra voz disgustada.

—Deberíamos escoger un nuevo jefe.

—Y el que escojamos matará a MacFane.

Unos murmullos de conformidad se extendieron por las filas de guerreros.

—No quisiera interrumpir tan importante conversación —suspiró Malcolm en tono de disculpa—, pero me siento obligado a haceros ver cierto detalle.

—¿Cuál? —le espetó Gregor, claramente irritado por la posibilidad de no tener el placer de matarlo él.

—Si alguno de vosotros osa dar un solo paso, nadie saldrá vivo de este bosque.

Gregor lo miró sin comprender. A continuación echó la cabeza atrás y estalló en una carcajada.

—Una amenaza más bien atrevida para un solo guerrero —señaló con admiración.

—Ciertamente lo sería —convino una agradable voz—, si fuera uno solo guerrero.

Con el corazón acelerado, Ariella apartó la vista de Malcolm para escrutar el bosque circundante.

En aquel momento emergió Gavin de la densa cortina de árboles que había más allá del claro del campamento, a lomos de su caballo.

Gregor soltó un bufido.

—De modo que sois dos los que tenemos que destripar, ¿eh? Bueno, me parece que nos las arreglaremos sin muchos problemas…

Pero su bravuconada se cortó en seco al ver aparecer a Duncan, Andrew, Niall, Ramsay y Graham. Les seguían otros más, hasta sumar unos treinta hombres armados y a caballo del clan de los MacKendrick, que formaron un círculo impenetrable alrededor de los guerreros de Roderic.

—Por Dios, si es una batalla lo que quieres, MacFane, una batalla tendrás —rugió Tavis, alzando su espada.

—Una decisión más bien precipitada, me parece, dado lo imposible de tu situación —observó Malcolm—. La precipitación no es precisamente el distintivo de un buen jefe —señaló, dirigiéndose al resto de los guerreros.

—Estos MacKendrick apenas nos superan en número —se burló Gregor—. Y aunque hayan conseguido expulsarnos de su castillo, no saben nada de la violencia del combate en terreno descubierto. —Levantó su hacha—. Acabaremos con ellos como si fueran conejos en una trampa.

Malcolm recorrió a los MacKendrick con la mirada y frunció el entrecejo.

—¿Estás seguro de que has contado bien?

Gregor, Tavis y Murdoch miraron satisfechos el círculo de hombres que los rodeaba.

Malcolm ladeó la cabeza ligeramente, indicando que debían mirar también a su espalda.

Desconcertada, Ariella siguió su mirada.

Entonces descubrieron varias decenas de guerreros que se habían acercado silenciosamente y que formaban una hilera interminable entre los árboles. Muchos iban a caballo, otros a pie, pero todos blandían un reluciente conjunto de espadas, hachas, lanzas, arcos y escudos. Los tartanes que les ceñían la cintura eran de colores diferentes, lo cual indicaba que no procedían de un solo clan, sino de varios; aquellos eran los clanes con los que Malcolm había forjado alianzas, comprendió Ariella. Antes de acudir al campamento, debía de haber enviado varios jinetes con el mensaje urgente de que los MacKendrick estaban en peligro.

Y, de manera increíble, aquellos guerreros habían venido.

—Tirad las armas y levantad las manos a la altura de la cabeza —ordenó Malcolm—. O de lo contrario ordenaré a estos hombres que ataquen y que no paren hasta que el último de vosotros esté hecho pedazos en el suelo.

Gregor, Tavis y Murdoch se miraron entre sí, sin saber qué hacer. Y a continuación, de mala gana, tiraron sus armas al suelo. Al instante, el resto de sus hombres hicieron lo mismo, y muchos de ellos chocaron unos con otros en su prisa por levantar las manos.

—Excelente —alabó Malcolm—. Venid y tomadlos prisioneros —ordenó con un gesto para que se acercaran los clanes vecinos—. Se los juzgará en grupo por sus crímenes, y después serán divididos entre vosotros para que cumplan sus condenas. No quiero que quede ninguno por aquí.

El círculo de guerreros se cerró sobre ellos y comenzó a conducirlos fuera de allí.

—¿Dónde están Catherine y Agnes? —preguntó Niall, acercándose a caballo.

—¡Aquí! —exclamó Catherine al tiempo que salía de la tienda seguida por Agnes, titubeante. La pequeña se levantó las faldas y echó a correr hacia Malcolm. Pero al ver el cadáver de Roderic, se quedó petrificada.

—Ven aquí, Catherine —le ordenó Malcolm, deseando que la niña no hubiera visto aquella horrible escena.

—¿Está muerto? —quiso saber.

—Sí.

Contempló a Roderic unos instantes más y seguidamente levantó los ojos hacia Malcolm.

—¿Lo habéis matado vos?

Malcolm asintió.

—Sabía que lo haríais —dijo la pequeña en tono de aprobación—. Era un hombre muy malo. —Sus ojos se agrandaron—. ¡Estáis herido!

Malcolm miró apenas la herida de su brazo izquierdo. La sangre resbalaba hasta su mano y le goteaba de los dedos.

—Parece mucho peor de lo que es —le aseguró. No estaba del todo seguro de que aquello fuera cierto, pero le daba ánimos el hecho de que casi no le dolía—. Cuando lleguemos a casa, limpiaré la herida y verás como no es nada.

—Pero hay que vendarla ahora —razonó Catherine mientras se inclinaba para rasgar un trozo de tela del borde de su vestido. A continuación, envolvió con gesto un poco desmañado la tela sucia alrededor del brazo—. Ya está —dijo satisfecha—. Mucho mejor.

—Gracias. —Malcolm le retiró un mechón de pelo de la cara—. Ahora, vuelve al castillo con Agnes y con los hombres. Ariella y yo iremos dentro de poco.

—Yo... Yo no creo que Ariella desee que acompañe a Catherine, mi señor —farfulló Agnes, mirando nerviosamente a Ariella.

Malcolm frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Agnes piensa que me gustaría acompañar yo misma a Catherine a casa —intervino Ariella rápidamente—. Pero Catherine está cansada, y yo no puedo partir en este preciso momento. Así pues, te confío el encargo de velar por su seguridad y acompañarla a casa, Agnes. —Y le dirigió una elocuente mirada.

Agnes la miró con una expresión de sorpresa, y al momento adoptó una solemne dignidad que pareció devolverle la vitalidad y sacarla visiblemente de su vergüenza.

—Como deseéis, mi señora —dijo en voz baja—. Conmigo estará a salvo.

Catherine miró a Malcolm con un gesto suplicante.

—¿No puedo quedarme aquí con vos?

Malcolm se apoyó en su espada y se agachó hasta que estuvo casi a la altura de la niña.

—Me avergüenza confesar que he perdido el dibujo que me regalaste el otro día —admitió con suavidad—. Si vas a casa ahora, es posible que te dé tiempo a hacer otro antes de que yo regrese. ¿Harías eso por mí?

Catherine sonrió.

—Claro que sí. —Le dio un abrazo rápido y fuerte, y luego se recogió las faldas desgarradas y echó a correr hacia Agnes.

La banda de Roderic y los guerreros de los clanes vecinos se habían ido, pero de pronto se sintió retumbar el suelo y apareció entre los árboles un ejército formado por unos cincuenta hombres a caballo. Sus corceles iban espléndidamente engalanados de escarlata y oro, y en los pesados escudos que llevaban los jinetes se veía el blasón de los MacFane. Un hombre alto y pelirrojo encabezaba aquel impresionante contingente. Harold levantó la mano a modo de señal para que se detuvieran sus hombres, y posó su mirada en Malcolm.

—La tormenta de que me hablaste no llegó a desatarse.

Malcolm se encogió de hombros.

—Ya sabes que nunca he tenido fe en las profecías de los videntes, Harold. Si así fuera, se supone que el nuestro me habría advertido del ataque de Roderic.

Harold miró ceñudo el cadáver sanguinolento que yacía en el suelo.

—¿Ese es Roderic?

—Sí —contestó Malcolm. Hizo una seña a Bryce y Ramsay para que retiraran el cadáver.

Harold miró a Malcolm sorprendido.

—¿Lo has matado tú?

—Sí.

Una expresión de respeto, y quizás incluso de alivio, cruzó el semblante apuesto y cansado de Harold. Por primera vez, Malcolm vislumbró una pizca de la pesada carga que se había visto obligado a llevar Harold desde que asumió la jefatura de su clan. No era un cargo que él hubiera buscado, ni siquiera deseado;

lo había aceptado por su sentido del deber, después de que hubiera tenido lugar el capítulo más negro de la historia del clan, en el que había sido asesinada su adorada hermana y él se había visto forzado a desterrar a su querido primo y amigo.

Malcolm nunca había comprendido cuan ardua había resultado aquella responsabilidad.

La mirada de Harold se posó en Ariella.

—¿Es ésta Ariella MacKendrick? —Dirigió la pregunta a Malcolm, como si creyese que Ariella era incapaz de hablar por sí misma.

Malcolm afirmó con la cabeza.

Harold la estudió durante unos instantes antes de preguntar en voz baja:

—¿Va a ser mi esposa, Malcolm?

—No —repuso él firmemente. Ni siquiera se molestó en mirar a la aludida cuando finalizó—: Ya está casada.

Ariella sabía que debía protestar ante aquella mentira. Se había ofrecido formalmente a Harold, y era su deber cumplir su palabra. Sin embargo, no dijo nada; permaneció allí de pie, mirando estupefacta a Malcolm, atontada, extasiada por la fuerza y la autoridad increíbles que manaban de él.

Harold miró a Ariella fijamente, tal vez para darle la oportunidad de negar la afirmación de Malcolm.

—Mi enhorabuena, mi señora —dijo por fin en un tono desprovisto de amargura y de rencor—. Os deseo muchos años de felicidad.

—Habéis recorrido un largo camino, jefe MacFane —observó Duncan, dirigiéndose a Harold—. Os invitamos a que os quedéis unos días con nosotros para comer y descansar. Estamos preparando un festín para esta noche, el cual, estoy seguro, complacerá a vuestros hombres.

—Observaréis que los MacKendrick no carecen de la compañía de damas casaderas —agregó Gavin, que se sentía compasivo con la desilusión de Harold al ver que se había quedado sin prometida—. Y a muchas de ellas les encanta la aventura. Es posible que vuestros hombres hallen una esposa o dos entre ellas. Eso sí, no os acerquéis a una de cabello rubio que se llama Elizabeth —lo advirtió, volviendo la mirada hacia Gordon—. Ésa ya tiene pretendiente. —Una vez que hubo dejado claras sus intenciones, hizo girar a su caballo y salió al galope en dirección al castillo para que lo siguieran Harold y sus guerreros.

—El resto de vosotros, regresad al castillo —ordenó Malcolm—. Hay que poner bajo vigilancia a los hombres de Roderic, y disponerlo todo para procurar comida y entretenimiento a quienes hoy han acudido en nuestra ayuda.

—Sí, mi señor Mackendrick —dijo Gordon, desmontando de su caballo. Puso su espada frente a sí, hincó una rodilla en el suelo, e inclinó la cabeza en señal de lealtad—. Se hará como deseáis.

Malcolm lo miró sorprendido.

—Levántate, Gordon —protestó—. Ya sabes que no soy un Mackendrick...

Pero se interrumpió, abrumado por lo que veía ante sí. Todos los guerreros MacKendrick estaban desmontando y arrodillándose, con las cabezas inclinadas respetuosamente.

—Salud, señor de los MacKendrick —dijeron todos, formando con sus voces un solemne voto en la quietud del aire fresco de la mañana—. Salud a nuestro bravo jefe, el poseedor de la espada.

Él los contempló en silencio, demasiado conmovido para hablar, y a continuación desvió la mirada, luchando por componer el semblante duro y sin emoción que tan bien le salía en otro tiempo pero que ahora le costaba tanto.

Cuando volvió a mirar, los MacKendrick habían subido a lomos de sus monturas y desaparecían entre el denso follaje.

Ariella miraba a Malcolm profundamente impresionada. De pronto, la percepción que tenía de él era tan clara, que apenas podía mirarlo sin miedo de quedar cegada por la resplandeciente aura que parecían irradiar tanto él como la magnífica espada que relampagueaba a su costado. Malcolm se erguía alto y poderoso ante ella, con un brazo mal vendado y goteando sangre, y cambiando ligeramente el peso de su cuerpo para aliviar su pierna herida. Se daba cuenta de que su debilidad física no había desaparecido, ya que entre los poderes de la espada no se encontraba el de curar las fragilidades del cuerpo. Y sin embargo, incluso con aquellas limitaciones era sin excepción alguna el hombre más fuerte, el más valeroso, el más honorable que había conocido.

Era el futuro señor de los MacKendrick.

—Estaba equivocada —susurró con un hilo de voz. Tragó saliva, luchando por conservar la compostura e intentar que Malcolm la entendiera—. Creía que el guerrero que empuñase la espada tenía que ser perfecto en cuerpo y en espíritu. Alpin habló de una fuerza indómita, y yo sólo veía tu debilidad. Pero él se refería a una fuerza basada en la integridad y en el alma, no en el cuerpo. También habló de honor y coraje. Yo no podía olvidar que rehusaste venir cuando te escribió mi padre, pero él se refería al coraje que se necesita para vencer los miedos y los fracasos personales, y para levantarse y seguir luchando. No lo entendía —admitió, abatida por lo estrecho y pueril de su simple entendimiento— , creía que el futuro jefe de mi clan debía ser un hombre sin defectos, tal como yo creía que era mi padre. Pero, por supuesto, no era así. —Se le empezó a quebrar la voz—. Mi padre era sólo un hombre, y los hombres cometen errores. Tú me lo dijiste en una ocasión, pero yo no pude aceptarlo.

Se secó, impotente, las lágrimas que caían de sus ojos, en un intento de conservar la dignidad en su alegato, pero sin conseguirlo.

—El hecho de aceptarlo significaba que tenía que culpar a mi padre de los horrores que había infligido Roderic a mi gente. Mi padre permitió que fuéramos débiles, y no tuvo la sensatez de conservar la espada a su lado, porque no creía en la guerra. Y por eso fueron asesinados él y otros miembros de mi clan. Pero yo no podía soportar la idea de culparlo de eso —sollozó, perdiendo la batalla contra

las lágrimas que le caían por las mejillas. Incapaz de mirar a Malcolm a la cara, inclinó la cabeza y terminó con un diminuto susurro, desgarrado—: Y por eso te culpé a ti.

Cayó de rodillas, muerta de vergüenza, haciendo acopio de fuerzas para soportar el látigo de la ira de Malcolm.

Malcolm avanzó hacia ella y, valiéndose de la espada como apoyo, dobló una rodilla con dificultad. A continuación tomó a Ariella de la barbilla y le alzó la cabeza para obligarla a mirarlo.

—¿Es que no lo comprendes, Ariella? —murmuró en un tono dolorosamente amable.

Ella inspiró con un estremecimiento y lo miró sin comprender.

Malcolm le soltó la barbilla para deslizar los nudillos sobre los brillantes rastros que habían dejado las lágrimas en su mejilla.

—Estaba muriéndome —afirmó con la voz ronca—. Y no me importaba lo más mínimo, porque sabía que prefería estar muerto a soportar otra hora más de dolor, de culpa, de fracaso. Era mucho más fácil no sentir —confesó—, y no ser responsable de nadie. Pero entonces apareciste tú. —Recorrió con los dedos el contorno de la mejilla de Ariella, en un gesto reverente—. Tan llena de vida y ardiendo de odio. Y de pronto ya no pude escapar de quien era yo. Con toda tu rabia y tu desprecio, resucitaste un fragmento del guerrero que había en lo más recóndito de este cuerpo destrozado. Y una vez que lo resucitaste, te negaste a permitirle sucumbir de nuevo a su debilidad. Tú me arrancaste de una existencia sin esperanza y me trajiste a un lugar en el que podía ser útil. Y al hacerlo, contribuiste a mi curación. No a la de mi cuerpo —puntualizó—, que está lastimado sin posibilidad de curación, sino a la de mi alma... hasta que logré dominar mis miedos y estuve preparado para aceptar la enorme responsabilidad de gobernar un clan otra vez.

—Pero entonces te envié lejos de aquí —replicó ella, abatida—. Habías cambiado, y aun así no vi más allá de tu debilidad.

—No te permitiste a ti misma creer que yo era adecuado para ser el señor de tu clan, al menos no abiertamente. Pero hay ocasiones —reflexionó en voz queda— en que los sentimientos más hondos se revelan tan sólo por medio de las acciones más puras del corazón.

Ariella siguió su mirada hasta la espada que yacía en el suelo al lado de Malcolm. Y entonces lo comprendió súbitamente. La rabia y la responsabilidad del deber le habían impedido reconocer que Malcolm era el legítimo poseedor de la espada.

Excepto en su corazón.

—Te quiero más que a mi vida, Ariella —murmuró él con voz enronquecida por la emoción—. Y si tú me lo permites, gobernaré tu clan haciendo uso al máximo de mis capacidades, y llevaré con orgullo el apellido Mackendrick como mío propio. Blandiré esta espada con honor, justicia y compasión, y entregaré gustoso mi vida por cualquier miembro del clan MacKendrick. Haré todo esto, y

más aún, a pesar de mis debilidades y de mis fallos. —Le besó con suavidad la palma de la mano y a continuación se la apretó con fuerza contra su pecho—. Por ti.

Ariella sintió cómo le latía el corazón con fuerza y seguridad bajo la fría palma de su mano. Se sintió inundada por la dicha, una dicha que erradicó toda sensación de angustia y de culpa. Lo rodeó con sus brazos y aplastó sus labios contra los de él para saborearlo profundamente, desesperadamente, deseosa de beber de su fuerza y su ternura, y, a cambio, de compartir con él el amor que ya no podía negar. Comenzó a tocarle hambrienta la espalda, los hombros, el pecho, necesitada de sentir el fuerte calor de su carne contra sí. Sus dedos acariciaron sin darse cuenta el brazo herido, y Malcolm gritó.

—¿Te duele mucho? —le preguntó, preocupada.

—Es sólo un rasguño —respondió Malcolm quitándole importancia—. Se me había olvidado. —Acercó a Ariella hacia sí y empezó a acariciarle con los labios la piel sedosa del cuello.

—Deberíamos regresar al castillo para curarte la herida —susurró Ariella al tiempo que hundía los dedos en el cabello oscuro de Malcolm.

—Sí, deberíamos —convino él, soltando el broche de su capa—. Pero allí hay mucha gente. —La prenda se deslizó hasta el suelo y dejó ver los suaves contornos del vestido.

—Sin duda, el clan estará preparándote una gran bienvenida —predijo Ariella. Suspiró de placer al sentir la mano de Malcolm cerrarse sobre su seno—. Probablemente, mientras hablamos, Graham y Ramsay estarán practicando con las gaitas. Y seguro que Dugald y Angus querrán recitar sus poemas.

Malcolm enterró el rostro en su garganta y dejó escapar un gemido.

—Creo que antes deberíamos descansar, ¿no crees? —sugirió Ariella con la voz tensa y sin aliento. Se puso de pie y empezó a guiar a Malcolm hacia el borde del claro y a internarse en la luz verde y oro del bosque.

Llegaron a una cama de helechos que crecían frondosamente bajo una parpadeante bóveda de árboles. Los rayos del sol jugueteaban formando luces de color amarillo sobre aquel colchón de dulce aroma, sobre el que Ariella dejó caer su capa sin prestar atención. Luego se volvió, se apretó contra el cuerpo de Malcolm y lo besó. No tembló cuando él le quitó el vestido, pues sentía el sol tibio en la piel y pronto la abrasó el calor de los músculos del cuerpo desnudo de Malcolm. Se abrazó a él con fuerza cuando Malcolm la tumbó sobre la capa y se tendió encima de ella, deseosa de compartir su fuerza, su deseo, su alegría. Malcolm la besó, la acarició y la paladeó hasta que se sintió colmada de un fuego líquido, y perdió conciencia de todo lo que no fuera su necesidad de estar con él, para siempre.

—Ariella —susurró Malcolm con voz ronca.

Al abrir los ojos descubrió que Malcolm la miraba fijamente, con sus ojos azules en los que ardía una intensidad tal, que se sintió desnudada hasta en lo

más profundo de su alma. Alzó la mano para trazar la severa línea de sus labios, y a continuación posó la palma contra la aspereza de su mejilla en sombras.

—Te amo, MacFane. —Al instante juntó las cejas, pensando—. ¿O debería llamarte ahora MacKendrick?

—Entre nosotros no hay necesidad de tales formalidades —le aseguró él al tiempo que inclinaba la boca para besarle los ojos y la nariz. Una levísima sonrisa curvó sus labios cuando terminó—: Bastará con que me llames «mi señor». —Y se enterró en lo más hondo de ella para hacer de ambos un solo ser.

Ariella dejó escapar una exclamación, Malcolm no supo si de indignación o de placer. Rió y la besó con ternura, sintiéndose maravillosamente fuerte y pleno, y los dos vibraron juntos bajo la luz parpadeante que se derramaba sobre ellos.